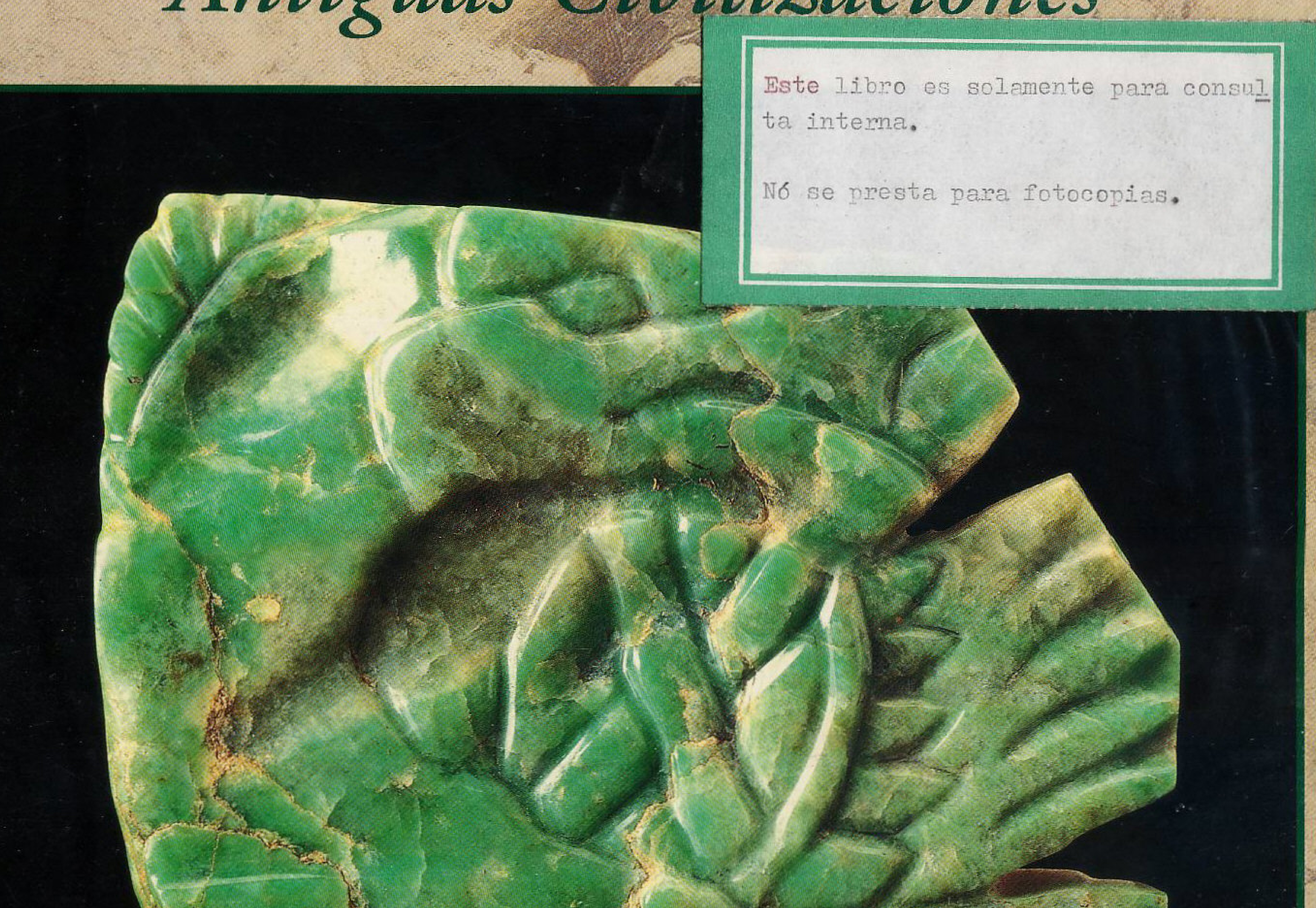
EL SALVADOR

Antiguas Civilizaciones



FOMENTO CULTURAL
BANCO AGRICOLA COMERCIAL DE EL SALVADOR



Máscara de jadeíta estilo maya. Chalatenango, clásico tardío.

EL SALVADOR

Antiguas Civilizaciones

William R. Fowler, Jr.
Autor

Federico Trujillo
Fotografía

Isabel R. de Bettaglio
Diseño



Coordinación
ERNESTO MAGAÑA

Editores
KNUT WALTER
GILBERTO AGUILAR AVILES
PRISCILLA GAMEZ DE GARCIA

Coordinación de Imprenta
ROBERTO AGUILAR TINOCO

Asesor Artístico
ROBERTO HUEZO

Ilustradores
MAYRA BARRAZA
SHIGEKI EDAMOTO
ELMO QUINTANILLA

Asistentes
MARCO BALDOCCHI
ROBERTO GALLARDO

Por su apoyo y contribución en la elaboración de este libro, el Banco Agrícola Comercial de El Salvador agradece a las siguientes personas:

Fabio Amador
E. Wyllys Andrews V
María Isaura Aráuz
Manuel de Jesús Ascensio
José Luis Cabrera
Alberto Cohen Sitruck
Ana Vilma de Choussy
Arthur A. Demarest
Peter Doty
Howard H. Earnest, Jr.
Angel Estévez Ulloa
Ana Marina de Figueroa
Roberto Galicia
Enrique Kuny Mena
Manuel Miranda
Manuel Murcia
José Panadés
José Leonardo Regalado
Jorge Neftalí Rubio
Robert J. Sharer
Payson D. Sheets
Kathryn E. Sampeck
José Concepción Torres
Ricardo Valdivieso

Banco Agrícola Comercial de El Salvador
Paseo General Escalón No. 3635
San Salvador, El Salvador, C. A.

ISNB 9977-12-160-5

Impreso en Miami, Florida, E.E.U.U., por Haff-Daugherty Graphics®.

PRESENTACION

Una de las inquietudes latentes en todo ser humano es conocer sus orígenes. Estas páginas presentan parte de ese lejano ayer que casi siempre pasa inadvertido entre los quehaceres del día a día y las preocupaciones del mañana.

Al dedicarle un poco de tiempo a nuestros antepasados, comenzaremos a conocer más sobre nuestra historia y a consolidar ese orgullo patrio que desde pequeños debemos ir inculcando en nuestros hijos.

William R. Fowler Jr., arqueólogo norteamericano que dirigió este proyecto, es probablemente una de las personas que más ha estudiado las antiguas civilizaciones que habitaban esta porción de tierra que ahora llamamos El Salvador. En combinación con un equipo profesional de apoyo han desarrollado una obra que describe los hechos más relevantes de esos tiempos. Este trabajo abre una ventana a la época en la cual aún no se había tenido contacto con quienes después construirían la gran síntesis de nuestro mestizaje. Sus vidas eran regidas por patrones netamente autóctonos aún no influenciados por costumbres ajenas a la región.

Para la posteridad, y como testimonio de su grandeza, estos primeros pobladores de Mesoamérica nos han dejado piezas y monumentos que ilustran sus costumbres, cultura e infortunios. Es importante cuidar estas obras para que futuras generaciones también las puedan admirar y mantener ese vínculo con nuestros ancestros.

Espero que este libro nos despierte el entusiasmo por conocer más el pasado y por preservar nuestros valores históricos, como un estímulo para sentirnos orgullosos de donde venimos y apreciar lo que tenemos.

Archie Baldocchi D.
Presidente
Banco Agrícola Comercial

CONTENIDO



Figura hueca de cerámica policromada que representa a una mujer. Asanyamba, clásico tardío.

INTRODUCCION

Mucho se ha escrito acerca de las civilizaciones antiguas, pero es mucho lo que aún falta por conocer. El término **civilizaciones antiguas** recuerda los logros en el arte, la arquitectura y el gobierno de los griegos y los romanos, o más en el pasado, el urbanismo racional, la potente burocracia y la economía centralizada de los sumerios. Tal vez pensamos en los faraones y la obsesión con la muerte de los egipcios, o la grandeza de los antiguos imperios chinos con sus objetos de bronce y jade. Sin duda, se nos ocurre también que las sociedades del hemisferio americano –los aztecas, los mayas y los incas, entre otros– desarrollaron su propia versión de la civilización.

Para entender el significado de la palabra "civilización" examinemos algunas características que comparten estas sociedades antiguas, ya sean del Viejo o del Nuevo Mundo . Para comenzar, todas tenían grandes poblaciones, parte importante de las cuales vivía en centros urbanos. Las ciudades antiguas de Mesopotamia, como Uruk o Nippur, por ejemplo, habrán tenido aproximadamente 50,000 habitantes en 2700 a.C. Se ha estimado que Tenochtitlán, la capital de los aztecas de México, había alcanzado hasta 200,000 habitantes cuando llegaron los españoles en 1519. Las poblaciones densas de las antiguas civilizaciones necesitaban de las obras públicas, tales como los sistemas de riego construidos y mantenidos por el esfuerzo de sus miles de habitantes. Todas dependían de alguna forma de la agricultura intensiva para su subsistencia. La organización social de las civilizaciones era siempre jerárquica y no igualitaria, con una estratificación de clases determinada por el acceso a los recursos básicos o estratégicos. La organización política era el Estado centralizado, gobernado por un soberano que actuaba con poder absoluto. El soberano era miembro de una clase profesional gobernante quien ejercía su poder a través de complejas instituciones estatales permanentes. El dominio sociopolítico estaba apuntalado por una religión estatal con sus sacerdotes profesionales, templos monumentales y, a menudo, un estilo de arte oficial ampliamente difundido sobre todo su territorio que pudo haber sido comprendido por una multiplicidad de grupos étnicos que hablaban diversos idiomas.

En cada secuencia arqueológica que conocemos, las civilizaciones antiguas son precedidas históricamente por sociedades pre-estatales de menor escala. La forma de sociedad que abre paso al Estado, es decir, a la civilización, es conocida por los antropólogos como el cacicazgo. Los cacicazgos son sociedades jerárquicas organizadas con base al parentesco. Son encabezadas por individuos que reciben en herencia el rango de cacique, pero que a la vez son excepcionalmente diestros en la política, el comercio o la religión. Aunque no existen clases sociales por sí, la organización social de los cacicazgos está dividida entre la élite y los plebeyos. El cacique, como *primus inter pares*, maneja los nexos de intercambio para obtener objetos exóticos que simbolizan el alto rango social, y se encarga de la distribución de estos bienes a sus seguidores en recompensa por su lealtad.

Los cacicazgos antiguos tenían poblaciones relativamente densas. La mayoría subsistía de la agricultura, aunque algunos que habitaban zonas costeras con recursos abundantes, como en el norte del Perú o la costa sur de California, fueron cazadores-recolectores. La complejidad de los cacicazgos puede variar mucho; algunos ejemplos de los que alcanzaron un nivel alto de sofisticación se encuentran en Hawaii, Tahiti, las sociedades Misisipianas del sureste de los Estados Unidos, Panamá y los Chibchas o Muiscas

de Colombia. En Mesoamérica, el cacicazgo era la forma predominante de organización sociopolítica de aproximadamente 1200 a.C. hasta 250 d.C.

Otras formas de sociedades pre-estatales también están basadas en el parentesco, pero son igualitarias. Organizadas como bandas, comunidades o aldeas, sus poblaciones son pequeñas y dispersas. En estas sociedades, la autoridad política permanente no existe sino más bien descansa en la experiencia o las habilidades personales de líderes informales. El único tipo de diferenciación social en estas poblaciones es la basada en el sexo y la edad. La subsistencia puede depender de la cacería, la agricultura sencilla o una mezcla de las dos. Hace aproximadamente 10,000 años todas las sociedades del mundo se organizaban de esta manera. Hasta fines del siglo 19, pequeñas sociedades indígenas mantenían una forma de vida igualitaria, basada en la caza y la recolección, en el oeste de Norteamérica y el sur de Sudamérica. Todavía existen pequeñas sociedades igualitarias tradicionales en la cuenca del Amazonas en Ecuador y Brasil, cuya subsistencia se basa en la caza y la agricultura sencilla.

Alrededor de 5000 a.C., pequeños grupos de cazadores-recolectores del Medio Oriente, organizados como bandas igualitarias, comenzaron la domesticación de plantas y experimentaron una explosión demográfica. Con el crecimiento de la población (ya sea como causa o efecto de otros factores), idearon nuevas formas de integración sociopolítica y los primeros cacicazgos emergieron alrededor de 3000 a.C. Un proceso semejante ocurrió en Mesoamérica, donde algunas sociedades igualitarias comenzaron a transformarse en cacicazgos a mediados del segundo milenio antes de Cristo.

Durante los últimos dos siglos, los pensadores han especulado, desde la comodidad de su butaca, sobre las causas y los orígenes de la civilización, pero el estudio de este fenómeno ha de ser abordado con seriedad, con rigor. Mucho se puede aprender por medio de la historia escrita acerca de los procesos de formación y desintegración del Estado. Sin embargo, todas las civilizaciones antiguas que dejaron testimonios escritos ya eran Estados de segunda generación, descendientes de los primeros que surgieron con anterioridad. Para entender los eventos y los procesos históricos en el desarrollo de las primeras civilizaciones hay que recurrir, por lo tanto, a la ciencia de la arqueología, porque la única evidencia que aquellas dejaron con respecto a este problema son los restos de su cultura material. De este modo, la arqueología funciona como una ciencia histórica para reconstruir los acontecimientos del pasado y es la única disciplina que aporta una metodología para comprender las sociedades humanas que no conocían la escritura.

Es más, aun cuando se trata de sociedades con una larga tradición de documentación histórica, la arqueología puede ofrecer explicaciones de ciertos patrones de comportamiento que no se describen en los documentos. Efectivamente, las investigaciones arqueológicas nos permiten conocer más al fondo cualquier sociedad de cualquier época, desde nuestra propia sociedad hasta los primeros grupos protohumanos que, hace unos 5,000,000 de años, se desplazaban por los llanos del Africa oriental.

La arqueología es el estudio de los restos materiales para conocer el pasado humano cultural y social. Es muy antigua la idea de conservar objetos y monumentos del pasado y tratar de resolver con ellos problemas históricos. Generalmente, se cree que los primeros pasos en el desarrollo de la arqueología fueron los de Nabodino, último rey de Babilonia, quien, en el siglo 6 a.C., encontró el antiguo templo de Ur, que había sido construido más de dos mil años antes.

Las metas de la arqueología son narrar el pasado y explicar los acontecimientos que lo componen. Intenta lograr estas metas por medio de la excavación y el análisis de los restos y los monumentos de las sociedades del pasado y de los contextos en que se hallan. Es obvio que la arqueología está aliada con la historia, ya que ambas tratan de ordenar el pasado e intentan explicarlo. Las diferencias entre las dos disciplinas tienen que ver más con sus respectivas metodologías que con sus metas o perspectivas. La historia ordena y presenta el pasado por medio del análisis y la interpretación de datos de textos coetáneos con los eventos que se intenta explicar, mientras que la arqueología maneja objetos tangibles, los restos de la cultura material, y estudia los contextos de donde los objetos son extraídos. Además, la arqueología cuenta con técnicas propias para excavar (o recolectar), interpretar y conservar los restos materiales del pasado. Sin embargo, la historia y la arqueología persiguen metas esencialmente iguales. Ambas disciplinas reconocen la necesidad de explicar la diversidad histórica en términos derivados de las teorías de la ciencia social. Por lo tanto, consideramos que los resultados de la arqueología de las sociedades que vivían antes de la historia escrita constituyen una extensión de la historia en grande.

La arqueología también está estrechamente ligada con la antropología y, especialmente en América, la mayoría de los arqueólogos son entrenados como antropólogos. Como disciplina fundamentalmente comparativa y generalizante, la antropología comienza con los datos específicos de una u otra cultura, pero la investigación antropológica se distingue por su perspectiva comparativa. El propósito de la comparación es para poder explicar el origen de distintas formas culturales y sociales y las maneras en que funcionan y cambian. La preocupación con los procesos sociales y culturales es entonces un rasgo característico de la investigación antropológica que influye mucho en el quehacer arqueológico, sobre todo al nivel teórico, cuando llega el momento de analizar causas y efectos de los fenómenos socioculturales. El carácter doble de la arqueología –como historia y como antropología– facilita la investigación de todos los ámbitos del comportamiento humano, desde la tecnología y la subsistencia hasta la política, la economía, el arte, la ideología y la religión.

La arqueología moderna ha estudiado a todas las facetas de las civilizaciónes antiguas de una forma muy sofisticada, a pesar de las lagunas en el conocimiento que todavía existen. Por medio de los estudios arqueológicos recientes, hemos aprendido mucho acerca de la demografía, la agricultura, el urbanismo, la economía política, el comercio, la guerra, el conflicto intestino y otros aspectos de la formación y la desintegración de los Estados del pasado. En el caso de El Salvador hay muchos restos arqueológicos importantes, con los que se pueden abordar estos problemas. Con sus suelos ricos, lluvia abundante y un clima suave y agradable, el territorio de lo que es hoy El Salvador desempeñó un papel clave en el desarrollo de la civilización indígena en Centroamérica.

El Salvador, antes de la conquista española, formaba parte de la región sureste del área cultural que los antropólogos llaman Mesoamérica. Un área cultural es un área geográfica en la cual distintas sociedades comparten un número grande de rasgos culturales, creando un nivel alto de homogeneidad cultural sobre el área. El concepto de Mesoamérica como área cultural está basado en la definición del etnólogo alemán-mexicano Paul Kirchhoff, quien, en 1943, publicó un ensayo señalando cientos de rasgos culturales compartidos por las distintas sociedades civilizadas de todo el área, comprendida entre el norte de México y el oeste de Costa Rica, en el momento de la conquista.



Mapa de Mesoamérica con los sitios arqueológicos principales

La frontera septentrional se traza aproximadamente en el paralelo 22, en la zona de la Huasteca, en México. Más allá, al norte de esta línea, el desierto estaba ocupado por pequeños grupos llamados chichimecas, o sea gente bárbara, cazadores y recolectores que no compartían la vida sedentaria civilizada de los habitantes al sur. Esta frontera norte constituyó una verdadera brecha cultural, separando dos mundos distintos. Las otras fronteras no son tan fáciles de definir ni tan claramente trazadas. El occidente de México (los Estados actuales de Michoacán, Colima, Nayarit y Jalisco) tradicionalmente está excluido del área y, bajo la definición original, el límite oeste corre de norte a sur, desde San Luis Potosí y Guanajuato hasta la costa de Guerrero; sin embargo, hay una tendencia entre los arqueólogos de incluir el occidente de México como una región especial de Mesoamérica. La frontera meridional ha sido la más controvertida y la más difícil de definir, pero la mayoría de los especialistas están de acuerdo en que está formada por una línea que se extiende desde La Ceiba, en la costa atlántica de Honduras, pasando al este del Lago de Nicaragua y llegando hasta el Golfo de Nicoya, en Costa Rica. Esta frontera no está formada por una barrera natural como en el norte, sino que es una simple frontera de carácter político y económico que marcaba la máxima expansión sureña alcanzada por grupos mesoamericanos como los pipiles de Guatemala y El Salvador, y los nicaraos de Nicaragua y Costa Rica. Más al sur y al este de esta línea en Centroamérica y Panamá, en la llamada Zona Intermedia, las sociedades indígenas compartían una cultura con influencias tanto de Mesoamérica como del norte de Suramérica. Hay que tomar en cuenta que la definición de Kirchhoff del área mesoamericana se refería a la distribución de los rasgos culturales al momento de la llegada de los españoles y que las fronteras siempre estuvieron en flujo a través del tiempo.

¿Cuales son los rasgos que sirven para definir el área cultural de Mesoamérica? En la definición original de Kirchhoff, el área fue definida por la distribución geográfica de rasgos culturales que abarcaban casi todos los aspectos de la vida como, para citar solamente algunos ejemplos, la agricultura (el maíz, los frijoles, el chile, el aguacate, el algodón); la preparación de los alimentos (el uso del comal, las tortillas, los tamales); los animales domésticos (el perro y el pavo); la bebida (el pulque, el chocolate); la ropa (los caites, el huipil, el quechquemitl); la arquitectura (templos en forma de pirámides arregladas en plazas, varias formas del juego de pelota); la economía (los mercados, el uso y el intercambio de la obsidiana, el cacao y el jade); y la religión (la adoración de un grupo de dioses más o menos paralelos, el culto a los antepasados, la escritura jeroglífica, el calendario, el uso de papel de amate, un sacerdocio institucionalizado, el sacrificio humano).

Estos rasgos han sido descritos ampliamente, aunque cada investigador tiene sus propios criterios en torno a la definición del área. Hoy en día, muchos arqueólogos conciben el área no como una lista de rasgos y su distribución geográfica sino, más bien, como un sistema de intercambio de mercancías, gente e ideas, un mundo en sí, dentro de cuyos límites sus habitantes encontraban todo lo que necesitaban y querían, todo lo que les interesaba. Un mecanismo importante en la formación del mundo mesoamericano fue, sin duda, el prestigio de la élite indígena y los contactos que tenían las élites de las distintas sociedades y regiones entre sí.

De los cacicazgos del período preclásico a los Estados e imperios de los tiempos tardíos, la organización social de Mesoamérica comprendía dos clases: la élite (los gobernantes y sus familias) y los plebeyos. La élite de cada región tenía mucho en común con sus contrapartes en regiones vecinas y lejanas. Efectivamente, la élite tenía más en común con la élite de otras regiones que lo que tenía con los plebeyos de su propia sociedad. Todas buscaban mantener su autoridad dentro de su dominio, y todas enfrentaron los mismos problemas administrativos y políticos. Por otro lado, entraron en competencia personalmente y también como representantes de sus unidades políticas regionales. Se casaban entre sí, se visitaban y se festejaban. Pero también se hacían la guerra. Estas actividades de la élite fueron los contactos que estructuraron el mundo de Mesoamérica.

La comunicación entre las élites fue el principal mecanismo social que impulsó la difusión de las creencias y los símbolos comunes que vemos en la cultura material, sobre todo a partir de 1000 a.C. Para fomentar las relaciones exteriores amistosas, las élites de distintas regiones se regalaban objetos de prestigio como alhajas de jade, plumas de quetzal, telas de algodón fino y pieles de jaguar. Usaban el mismo tipo de objetos para premiar su séquito, y el control sobre la distribución de estos objetos fue un aspecto clave del poder de un soberano mesoamericano.

Por medio del intercambio de los bienes suntuarios, las élites de las distintas regiones facilitaban también el comercio de los objetos y productos más comunes de una región a otra. Aparentemente, el intercambio de las élites proporcionaba el estímulo, la oportunidad y los procedimientos para un comercio más irregular de productos y mercancías de demanda popular como la obsidiana, los textiles, la sal y posiblemente algunos productos alimenticios. De esta manera, el sistema de prestigio de la élite no fue un mero capricho hecho posible por el trabajo de las grandes poblaciones y una agricultura muy productiva sino que motivó y reguló un comercio mucho más básico. Al fin y al cabo, fue la interacción entre las élites de las distintas regiones la que fomentó la unidad cultural de Mesoamérica a través de los siglos.

Periodo	Fecha	Chalchuapa	Santa Leticia	Valle del Rio Ceniza	Cuenca del Paraiso	Quelepa
	1700					
	1600					
	1500					
	1400	Ahal		Irarraga	Hediondo	
Postclasico	1300					
	1200					
	1100	Matzin		Herrera	Guazapa	
	1000					
	900					
	800	Payu				Lepa
Clasico	700					
	600			Guzman	Fogon	
	500	Xocco				
	400					
	300	Vec	Vec		Ejotal	Shila
	200			Fuentes		
	100		Caynac			
	AC/DC					Uapala
	100	Caynac			Dulce Nombre	
	200		Chul	Diaz		
	300	Chul				
Preclasico	400					
	500		Kal	Cerrato	Concepcion	
	600	Kal				
	700					
	800	Colos		Cepeda		
	900				Bagazo	
	1000	Tok				
	1100					
	1200					
	1300					

Cuadro cronológico de los sitios arqueológicos en El Salvador.



Hacha ceremonial de piedra tallada en bajo relieve que representa la cabeza de un águila. Clásico tardío.

1

DESENTERRANDO EL PASADO

Historia de la arqueología salvadoreña



Mapa del sureste de Mesoamérica publicado por E. G. Squier, en su edición de 1860, de la Carta Dirigida al Rey de España, por el Licenciado Don Diego García de Palacio, Oydor de la Real Audiencia de Guatemala; Año 1576.

La arqueología salvadoreña se ha desarrollado como una especialidad de la arqueología americana, una disciplina amplia que estudia las culturas indígenas del Nuevo Mundo antes de la llegada de los europeos. Su territorio geográfico incluye ambos subcontinentes, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego y las islas circunvecinas del Artico y las Antillas. Los límites cronológicos abarcan desde la llegada de los primeros pobladores, hace quizás unos 20,000 años, hasta el arribo de los europeos en 1492. Aunque la investigación principal, generalmente, se orienta a las culturas indígenas, también se ha aplicado la misma metodología a los europeos después de su llegada y a las situaciones de contacto entre los indígenas y los europeos. Por ejemplo, se puede estudiar el desarrollo del comercio de cacao en la región de los Izalcos durante la época colonial tanto por medio de la arqueología como por los documentos históricos. Los objetos que se hallan en las excavaciones muchas veces proveen una vislumbre de la vida y las costumbres que no se aprecia en los documentos.

La arqueología americana –y, por extensión, la salvadoreña– tiene un largo desarrollo que refleja la historia del pensamiento occidental y el interés de los intelectuales en el pasado. Los arqueólogos Gordon R. Willey y Jeremy A. Sabloff han dividido la historia de la arqueología americana en cuatro períodos mayores: especulativo (1492-1840), clasificatorio-descriptivo (1840-1914), clasificatorio-histórico (1914-1960) y explicativo (1960-presente). Los criterios para denominar los períodos representan las actividades y los modos de pensar predominantes de cada época.

Los escritos del primer período sobre las culturas indígenas de Centroamérica –*el especulativo*– son etnográficos, etnohistóricos y lingüísticos, pero los datos que contienen son de mucho valor para la arqueología actual. Desafortunadamente, carecemos de observaciones detalladas de testigos oculares de la conquista como lo son las relaciones de Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo para México. El conquistador Pedro de Alvarado describió los ejércitos pipiles, su indumentaria y sus armas, pero ni siquiera una palabra nos dejó sobre la capital de Cuscatlán, que los habitantes abandonaron para esconderse de los españoles, ni de cualquier otra ciudad pipil. Sin embargo, los funcionarios reales, cronistas, misioneros y viajeros de los primeros años de la colonia mostraron un interés fuerte en las costumbres de las culturas indígenas. También se pueden desprender muchos datos sobre los indígenas de los documentos de la época, que reposan en los archivos.

El modo de pensar dominante era especulativo debido a varios factores, entre los cuales se destacan la escasez de datos arqueológicos fidedignos, la predisposición de tratar los objetos encontrados como obras de arte y la falta de una tradición de explicación científica, combinadas con la aceptación casi universal de explicaciones teológicas de los fenómenos naturales y culturales. Además, el descubrimiento de América desató una sensación de admiración y curiosidad que todavía persistía en el siglo XVI y que pudo apaciguarse solamente por medio de la especulación, o sea, la conjetura no científica.

El origen del humano americano fue uno de los grandes problemas intelectuales de aquel entonces y, para algunos, los indígenas del Nuevo Mundo eran nada menos que los descendientes de las diez tribus perdidas de Israel. Otra explicación popular decía que los indígenas fueron los refugiados del mundo perdido de la Atlántida. Ya en 1590, el jesuita español Fray José de Acosta, en su *Historia natural y moral de las Indias*, planteó la hipótesis de que América se había poblado por medio de una migración de pequeños grupos que entraron por un puente de tierra que unía América con Asia, pero no descartó la idea de que algunos grupos llegaron por medio de embarcaciones pequeñas por el estrecho de Bering. Las investigaciones del siglo XX han respaldado la idea de Acosta del origen asiático de los indígenas americanos y la migración terrestre.

En Guatemala, el oidor Lic. Diego García de Palacio escribió su carta-relación al rey Felipe II, en 1576, dando a conocer los datos ecológicos, etnográficos y arqueológicos que él mismo había recolectado en un viaje por el oriente de Guatemala, El Salvador y Honduras. Palacio describió la provincia de los Izalcos, incluyendo valiosa información sobre el cultivo y la producción del cacao y las costumbres de los pipiles, su organización militar y sociopolítica, y sus ritos y deidades. De especial interés arqueológico son sus comentarios sobre la cerámica indígena de Ahuachapán.

Otro aspecto valioso de la relación consiste en los comentarios de Palacio sobre la distribución de las lenguas indígenas en El Salvador y el sureste de Mesoamérica en el siglo XVI. Palacio también se distingue por ser el primero en escribir una descripción de las ruinas de Copán, Honduras: "unas ruinas y vestigios de gran poblazón y de soberbios edificios ... edificios de tanta arte y suntuosidad".

Otros cronistas e historiadores del período incluyeron en sus obras mucha información de valor etnográfico e histórico que son de verdadero interés arqueológico. Fray Alonso Ponce viajó por El Salvador en 1586 y su secretario, Antonio de Ciudad Real, asentó muchas observaciones sobre la geografía, las costumbres indígenas y la distribución lingüística. Lo mismo hizo el cura inglés Thomas Gage en 1637. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán –en su *Recordación Florida*– disertó a fines del siglo XVII acerca de la geografía, la cultura y el calendario de los pipiles. El arzobispo Pedro Cortés y Larraz también proporcionó datos derivados de su visita pastoral entre 1768 y 1770 sobre la distribución de los idiomas indígenas.

Pasando al período *clasificatorio-descriptivo*, los principales acontecimientos intelectuales de la época fueron el descubrimiento de la antigüedad del hombre en el Viejo Mundo, la publicación del *Origen de las especies* de Charles Darwin y el ascenso de la ciencia de la geología. Simultáneamente, los comienzos de la arqueología profesional en Europa, junto con el surgimiento de la ciencia y el pensamiento positivista a costa del dogma teocrático, fueron a su vez reflejados en América. A lo largo de este período hubo un incremento constante en el descubrimiento y la descripción de las antigüedades en México y Centroamérica.

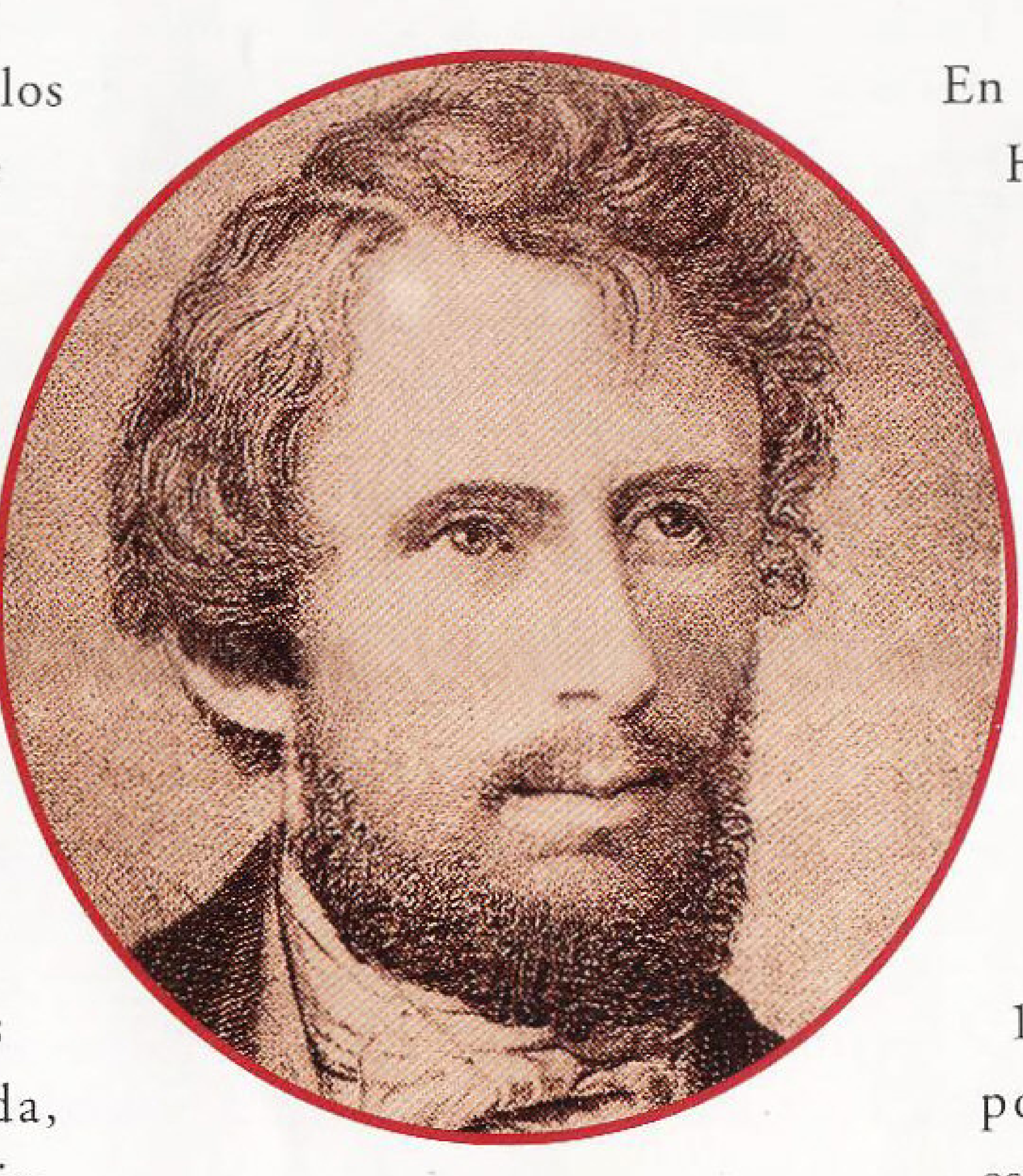
Dos grandes pioneros en el desarrollo de la arqueología mesoamericana se destacan a mediados del siglo 19. En 1840, el abogado neoyorquino John Lloyd Stephens transitó el territorio de El Salvador. Como consecuencia del fracaso de la Federación, toda Centroamérica estaba convulsionada por la inestabilidad causada por el conflicto entre los caudillos Morazán y Carrera. La mayor preocupación de Stephens en El Salvador fue pasar hasta Guatemala aunque se divirtió, eso sí, con algunas excursiones a los volcanes. Es curioso que, al parecer, nadie le indicó a Stephens la existencia de ruinas precolombinas importantes en El Salvador. Las únicas ruinas que menciona son las de unas bodegas coloniales en el puerto de Acajutla. Parece que a Stephens mucho le llamaron la atención las ruinas misteriosas de los mayas en Guatemala y Honduras, pero en El Salvador los problemas y las intrigas de la guerra le desviaron de la pista arqueológica. Sin embargo, como observan Willey y Sabloff, la arqueología mesoamericana arrancó con la publicación de *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán* de Stephens, con los dibujos muy precisos de Frederick Catherwood de sitios arqueológicos en Yucatán y Centroamérica. Las primeras exploraciones arqueológicas que se realizaban en El Salvador y otras partes de Centroamérica en las siguientes décadas fueron estimuladas por este notable libro.

Uno que sin duda leyó detenidamente el libro de Stephens fue Ephraim George Squier. En colaboración con Edwin Hamilton Davis, Squier había publicado en 1848 un estudio detallado y sobrio de los monumentos antiguos del valle de los ríos Misisipi y Ohio, en el este de los Estados Unidos, la primera monografía seria sobre los sitios con montículos grandes de esta región. Hombre muy ambicioso,

Página de la Carta-Relación de Diego García de Palacio en la cual describió la cerámica de Ahuachapán: *"...la mejor y más galana loza al modo de los indios que hay en estas provincias; principalmente la hacen y es oficio de las mujeres, las cuales la labran sin rueda ni instrumento alguno, mas que preparado el barro con las manos lo adelgazan e igualan, de manera que hacen muy bien cualquier vasija que les mandan. Hay en los términos de este lugar dos arroyos, y en el uno hacen los indios pozos y remansos de agua, en que se cría una nata y excremento que beneficiado se hace colorado como grana, y de esto hacen y dan color a unos jarros que hacen muy curiosos."*

Squier se había convertido de periodista a arqueólogo-etnólogo, y después de ganar cierta fama por sus investigaciones en los círculos intelectuales de Washington, ganó un puesto diplomático. Nombrado *chargé d'affaires* de los Estados Unidos en Centroamérica, Squier viajó a Honduras en 1849. Su tarea principal era investigar la ruta más apropiada para el canal ístmico cuya construcción se proponía en aquel entonces, pero también aprovechó sus viajes para entregarse a sus intereses antropológicos en un área nueva.

Squier tenía mucho interés en los grupos de habla náhuat de Centroamérica. Como consecuencia de su estadía en Centroamérica, se dedicó al estudio de los escritos cronistas españoles sobre los pipiles de Guatemala y El Salvador y los nicaraos de Nicaragua, y resumió los datos etnográficos de las fuentes históricas más importantes sobre estos grupos (Oviedo, Bobadilla, Cereceda, Alvarado, García de Palacio, Vásquez de Espinosa, Herrera, Fuentes y Guzmán, y Juarros). Le fascinó el problema de las migraciones de los pipiles, pero, en el afán de ligar sus investigaciones en Centroamérica con las anteriores en el este de Norteamérica, llegó a la conclusión curiosa de que estos movimientos fueron del sur al norte.

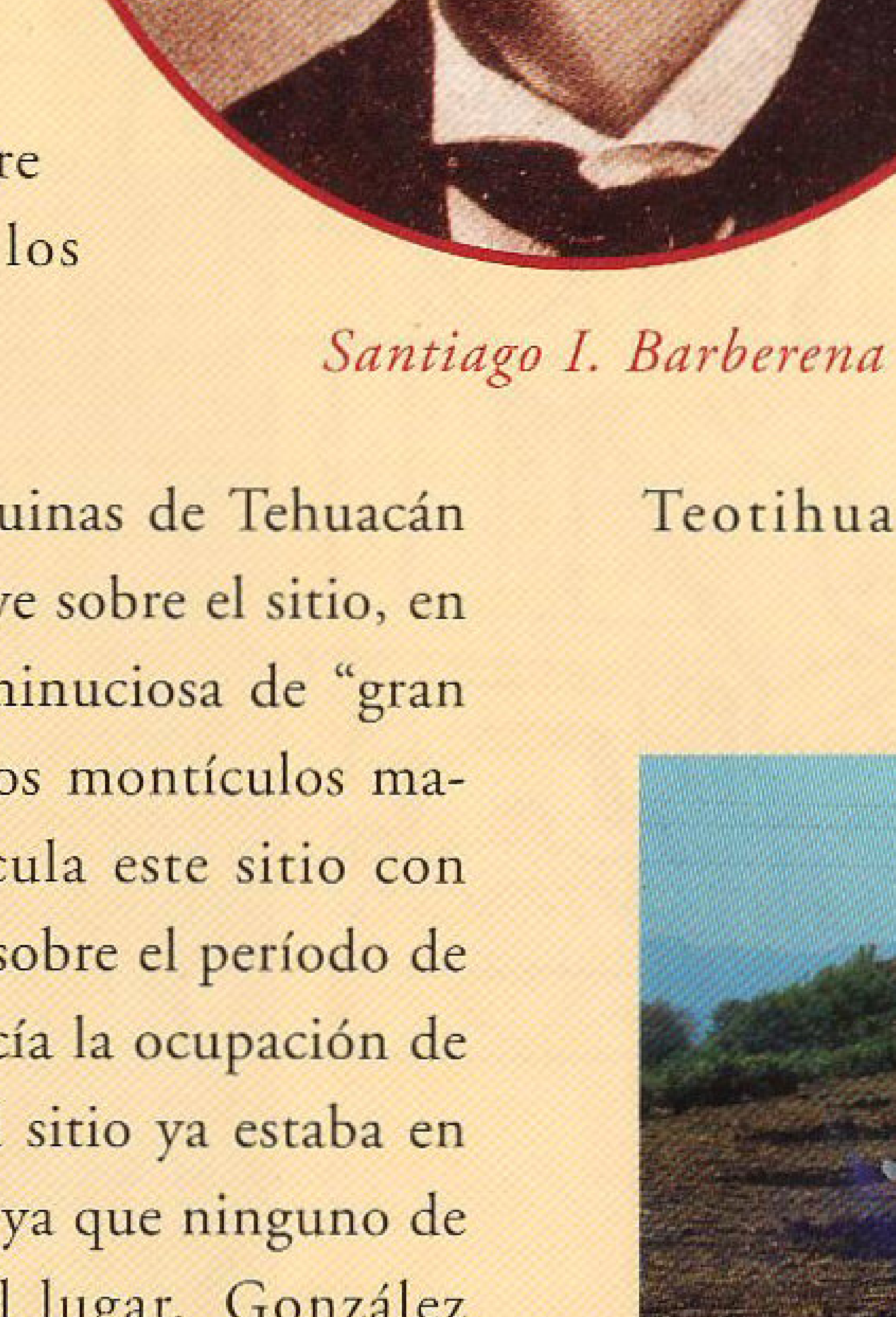

Ephraim George Squier

La arqueología salvadoreña nació con la llegada de Squier al país, en agosto de 1853. Hizo varios recorridos del país haciendo observaciones etnográficas y recolectó un vocabulario náhuat de Chiltiupán, en la Costa del Bálsamo, departamento de La Libertad, el cual publicó en 1858 en su libro *The States of Central America*. También, en esta obra, Squier asienta la primera descripción del sitio arqueológico de Tehuacán, en la falda del volcán de San Vicente, que "consistía de terrazas vastas, ruinas de edificios, y torres circulares y cuadradas, y galerías subterráneas, todas hechas de piedra canteada". Además, Squier menciona un sitio con montículos cerca de Sonsonate (¿Tacuscalco?) y "varios monumentos aborígenes" en las islas del lago de Güija, quizás una referencia al sitio de Igualtepeque.

En 1878, el viajero alemán Simeón Habel publicó una monografía sobre las esculturas de Santa Lucía Cotzumalhuapa, en la costa sur de Guatemala, las cuales habían sido atribuidas por muchos estudiosos de aquel entonces (y todavía por algunos especialistas hoy en día) a los pipiles. Habel viajó por toda Centroamérica y el noroeste de Suramérica entre 1863 y 1869 y luego, patrocinado por la Smithsonian Institution, escribió la narración de sus viajes, que publicó como parte de su monografía sobre Cotzumalhuapa. En El Salvador, Habel primero hizo un recorrido de la Cordillera del Bálsamo y de ahí fue a Sonsonate, donde visitó un sitio con dos montículos en las afueras de la ciudad, que bien pudo haber sido Tacuscalco. Acompañó al gobernador de Sonsonate en una visita de inspección de las comunidades del departamento, incluyendo un sitio en la Sierra de Apaneca que, aunque no se identifica por su nombre, tiene que ser el de Santa Leticia, donde Habel observó "tres monolitos esculpidos". En Apaneca, el gobernador ordenó una excavación en la plaza, donde tuvieron la fortuna de

hallar una tumba que contenía dos esqueletos, acompañados por un collar de "dientes puntiagudos", dos pectorales de jade, dos yugos, dos hachas, tres cuchillos de obsidiana, dos incensarios de cerámica, y varias otras vasijas. Al parecer, se trata de un entierro de finales del período clásico. Habel visitó también Izalco y Caluco, donde vió las ruinas de la iglesia colonial. En Santa Ana le regalaron una figurilla preclásica ("una muñeca") y en Atiquizaya un vaso de cerámica plomiza. Fue el primero en hacer mención del sitio de Cihuatán (aunque no lo visitó).

En 1888, el célebre historiador salvadoreño Dr. Santiago I. Barberena visitó la cueva de Corinto, en el departamento de Morazán, conocida por la gran cantidad de petrograbados en sus paredes, que luego fuera investigada por Wolfgang Haberland. Barberena no hizo investigaciones del campo pero, como historiador, tenía mucho interés en los vestigios precolombinos del país y llamó la atención sobre ellos para que los arqueólogos los investigaran.



Santiago I. Barberena

El Dr. Darío González visitó las ruinas de Tehuacán en 1891 y publicó un informe breve sobre el sitio, en el cual se destaca la descripción minuciosa de "gran cantidad de piedra canteada" en los montículos mayores, rasgo importante que vincula este sitio con Quelepa. Abordando la pregunta sobre el período de la historia indígena al que pertenecía la ocupación de Tehuacán, González razonó que el sitio ya estaba en ruinas en la época de la conquista, ya que ninguno de los cronistas españoles habla del lugar. González entonces saltó a la conclusión de que los antiguos habitantes de Tehuacán fueron toltecas de México pues ellos eran, supuestamente, los únicos conocidos capaces de construir un sitio tan monumental. En 1896, el geógrafo alemán Karl Sapper publicó un mapa de bosquejo de Tehuacán indicando la existencia de un juego de pelota y atribuyó el sitio a los mayas pokomanes.

El filólogo alemán Walter Lehmann publicó un artículo, en 1910, dando a conocer los resultados de una expedición a México y Centroamérica, que hizo de 1907 a 1909. Alumno de la escuela *Kulturkreis*, la mayor preocupación de Lehmann era identificar "tipos culturales", o sea, rasgos distintivos para poder trazar las áreas culturales antiguas de Centroamérica. Presentó un resumen de los datos históricos sobre la distribución lingüística indígena y los analizó con referencia a los datos arqueológicos incipientes. Lehmann incluyó en este artículo la primera ilustración publicada de la llamada "Virgen de Tazumal", o sea, la Escultura 21 de Chalchuapa, asociándola con los pokomanes. En otros materiales arqueológicos hallados en El Salvador, Lehmann vió conexiones con Veracruz, Teotihuacán, Oaxaca, Chiapas, Guatemala y



Juego de pelota de Tehuacán.



Dibujo de la "Virgen de Tazumal", por Lehmann, publicado en 1910.

Mapa lingüístico de Centroamérica, publicado por Lehmann en 1910.

Honduras. Diez años más tarde, en 1920, Lehmann publicó su obra maestra *Zentral-Amerika,* en la que tocó muchos temas semejantes.

La erudición de Lehmann fue extraordinaria; era muy consciente de los datos de los cronistas e historiadores para la etnografía histórica, pero su aproximación a la arqueología fue típica del período, totalmente descriptiva e iconográfica. En efecto, como ha observado Ignacio Bernal, tratar el material arqueológico con sentido cronológico era imposible, y, por lo tanto, Lehmann lo manejó como si todo fuera más o menos contemporáneo. Por otro lado, aunque le faltó la dimensión cronológica, Lehmann tenía buen entendimiento de cómo interpretar los materiales arqueológicos desde la perspectiva del funcionamiento de la sociedad.

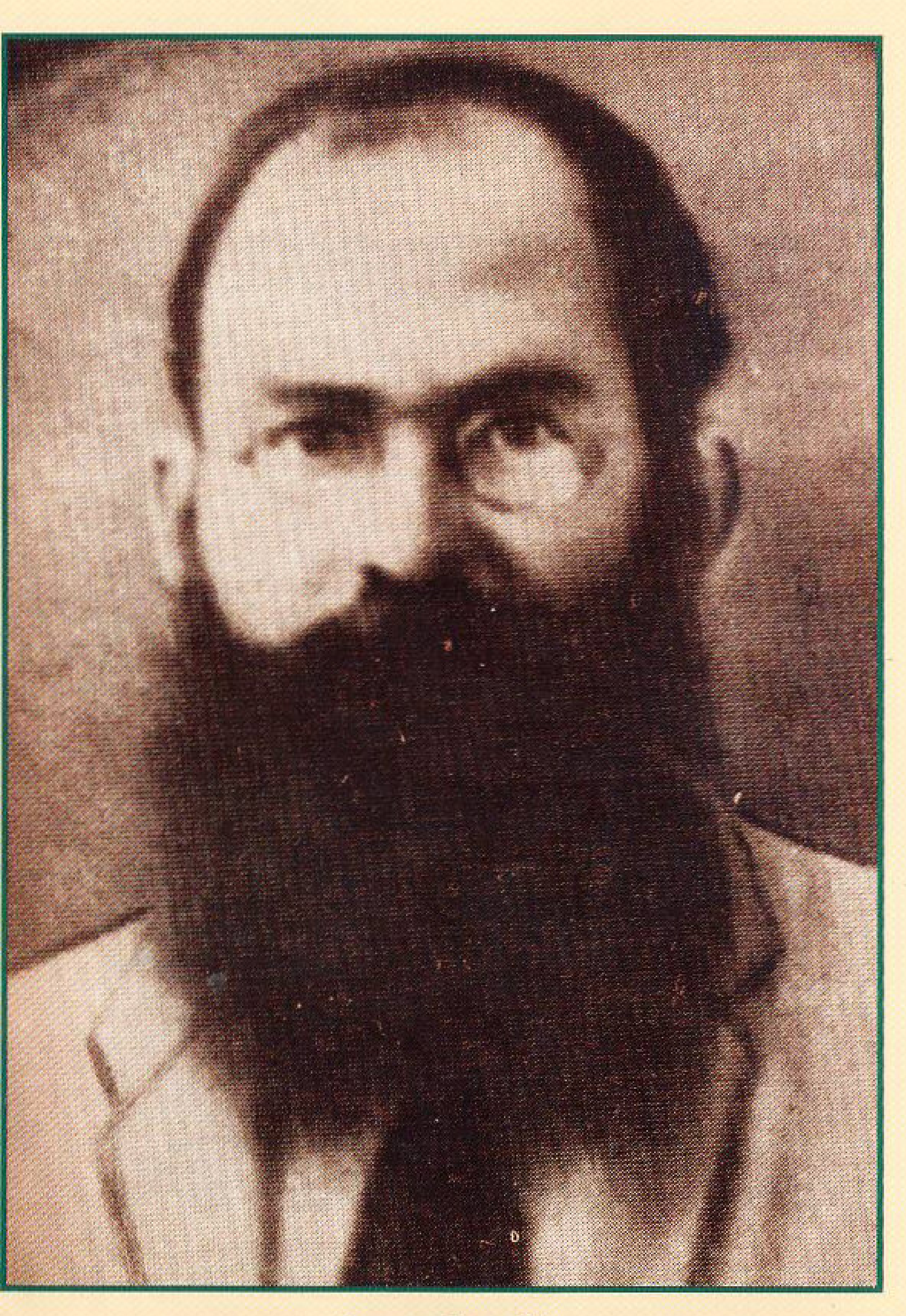


Monumento 21 de Chalchuapa, la llamada "Virgen de Tazumal".

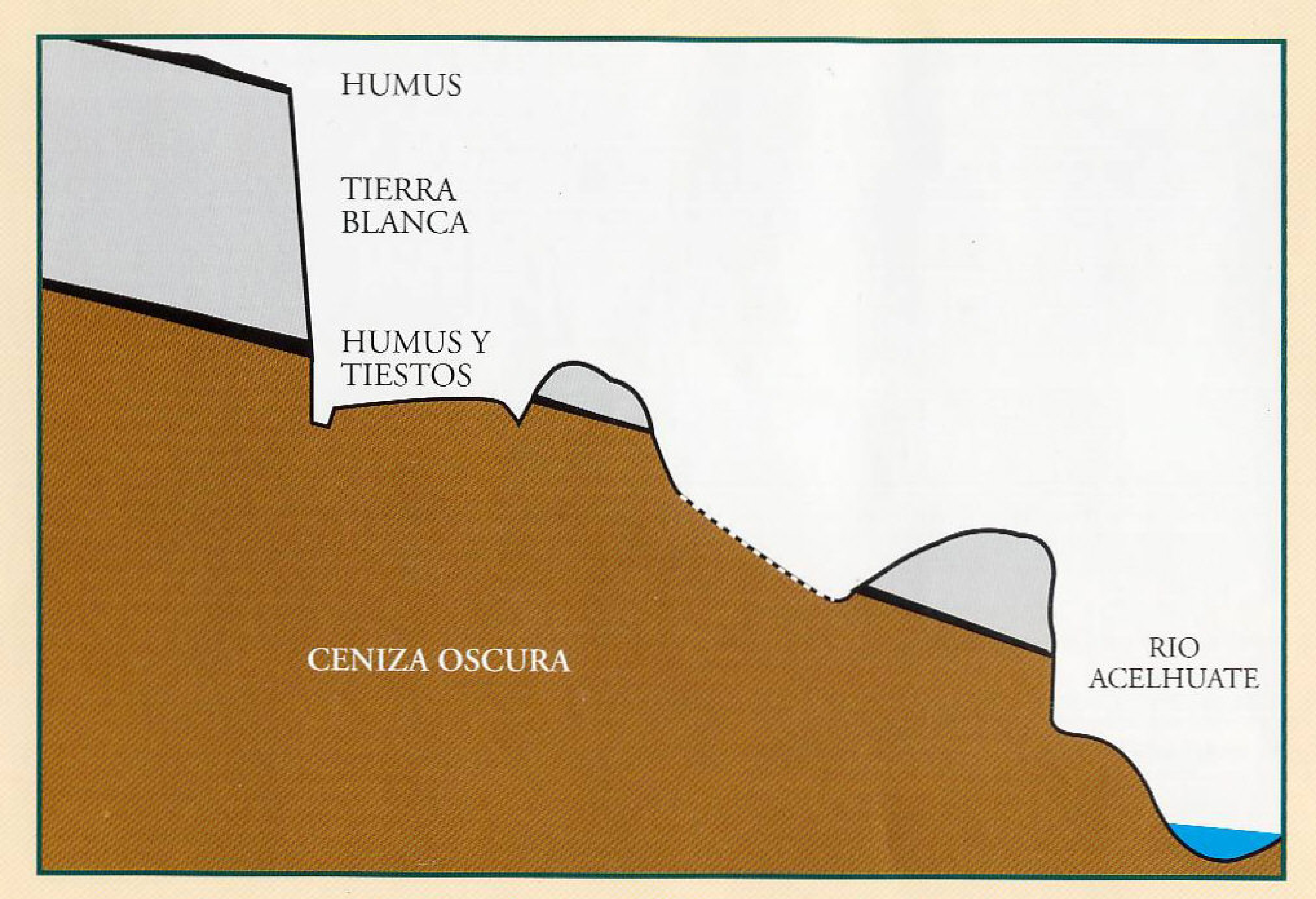
En una conferencia ante la *Société des Américanistes* de París, en 1912, Atilio Peccorini presentó la primera síntesis de la arqueología salvadoreña. Peccorini lamentó la falta de datos sobre las civilizaciones antiguas de El Salvador y señaló que generalmente se creía que no habían vestigios importantes que merecieran la investigación científica. Irónicamente, bien se puede decir que, en cierta medida, tal apreciación persiste hoy día. Peccorini reseñó todos los hallazgos arqueológicos conocidos a principios del siglo y ofreció la primera descripción del sitio de Quelepa, donde él había comenzado excavaciones en 1907. Su descripción del sitio es bastante detallada y no contiene especulaciones como la de González, mencionada anteriormente. Sin embargo, Peccorini no mostró interés en la cronología de Quelepa ni de ningún otro sitio que menciona.

El próximo período en el desarrollo de la arqueología americana, denominado por Willey y Sabloff el período *clasificatorio-histórico*, comienza alrededor de 1914. El tema principal de esta época fue la preocupación con la cronología y, lógicamente, su rasgo definitivo era la aplicación de métodos para lograr el control cronológico de los datos, especialmente el método estratigráfico. La tipología y la clasificación, que habían comenzado en el período anterior, ahora fueron ajustadas a la tarea cronológica. En 1911, el arqueólogo mexicano Manuel Gamio, alumno de Franz Boas, reconocido como el padre de la antropología americana, llevó a cabo la primera excavación estratigráfica en América. Trabajando en el sitio de Atzcapotzalco, en el valle de México, Gamio excavó un pozo de prueba hasta una profundidad de más de siete metros y recuperó una secuencia estratigráfica que pasaba de la llamada cultura arcaica hasta la azteca, o sea, en términos actualizados, desde el período preclásico medio hasta el postclásico tardío. Con esta excavación, Gamio estableció la secuencia arqueológica básica para el México central. Dentro de pocos años esta innovación metodológica se difundió a través del hemisferio, impartiendo una perspectiva nueva a la historia indígena de América.

Es interesante que, en 1915, Herbert J. Spinden, en el primer resumen detallado, publicado, de la arqueología salvadoreña, lamentó la falta de una secuencia estratigráfica regional: "Desafortunadamente, no sabemos nada de la estratigrafía real de los restos arqueológicos en El Salvador". A pesar de esta deficiencia, Spinden planteó una secuencia arqueológica por medio de un estudio de piezas en colecciones particulares. Su ordenamiento de las piezas fue basado más que todo en los conocimientos arqueológicos de México y distinguió cinco períodos: arcaico, transicional, maya, post-maya y azteca. Aunque no fue del todo correcta, la clasificación de Spinden fue el primer paso en la construcción de una cronología básica para la arqueología precolombina salvadoreña.



Jorge Lardé



Corte estratigráfico de Cerro El Zapote, según Lardé y Lothrop.

La revolución estratigráfica llegó a El Salvador en 1917, cuando el profesor Jorge Lardé, quien había sido entrenado como geólogo, comenzó a hacer observaciones de los estratos en y alrededor de San Salvador. La nueva tendencia se ve en un artículo de gran influencia que Lardé publicó en 1926, en la que afirmó que “la cronología es ciertamente el eje principal sobre el que giran las investigaciones arqueológicas de cierta amplitud, ya que ésta tiende a encontrar el orden, en el espacio y en el tiempo, de las diversas civilizaciones reveladas por los restos o vestigios de toda clase que del hombre pretérito han quedado”. Aplicando la interpretación estratigráfica, Lardé anunció la existencia de una "civilización arcaica" sepultada debajo de cenizas volcánicas.

El profesor había observado que con cierta frecuencia aparecían tiestos de cerámica precolombina y fragmentos de figurillas enterrados a una profundidad de hasta cinco metros, visibles en las capas de tierra expuestas en los cortes naturales como barrancos y en los cortes de caminos y de líneas férreas. Lardé se dio cuenta de que existía una secuencia de materiales culturales y ceniza volcánica en que los tiestos más antiguos se encontraban en un nivel de tierra negra debajo de una capa gruesa de ceniza volcánica, o tierra blanca, y los materiales más recientes encima de la ceniza. Además de establecer la primera secuencia arqueológica, Lardé presagió el estudio geológico-arqueológico de la actividad volcánica en el país y dedujo correctamente que la tierra blanca que recubre los objetos inferiores en la tierra negra tenía su origen en el volcán del lago de Ilopango.

Su hallazgo más destacado fue el realizado en el Cerro El Zapote, en el barrio de San Jacinto, al sur de San Salvador, donde Lardé y el arqueólogo norteamericano Samuel K. Lothrop colaboraron en excavaciones en 1926. Lothrop llegó a El Salvador con mucha experiencia en la arqueología de Latinoamérica; había publicado un estudio de la cerámica arqueológica de Nicaragua y Costa Rica; y, también, tenía amplio

conocimiento de los materiales de los valles de México y de Guatemala, y el valle de Ulúa y Copán en Honduras. Excavando con una cuadrilla de soldados del cuartel El Zapote, Lardé y Lothrop comprobaron una vez más la secuencia estratigráfica y la colocaron en un marco comparativo regional.

En su monografía *Pottery Types and Their Sequence in El Salvador,* publicada en 1927, Lothrop informó sobre las investigaciones estratigráficas y la secuencia hallada en Cerro El Zapote, e hizo comentarios descriptivos sobre los tipos de cerámica hallados en cada nivel y su significancia cultural. En el nivel inferior se hallaron tiestos del tipo Usulután, asociados con figurillas modeladas a mano. Estos restos fueron considerados por Lothrop como representativos de la cultura "arcaica" (ahora preclásica) que Gamio había definido en México. En el nivel superior, encima de la capa de ceniza, hallaron una variedad de tipos de cerámica que Lothrop clasificó como propios de la cultura arcaica tardía, los mayas y los pipiles. Además, describió la cerámica policroma Nicoya y la plomiza, hallada en los estratos superiores.

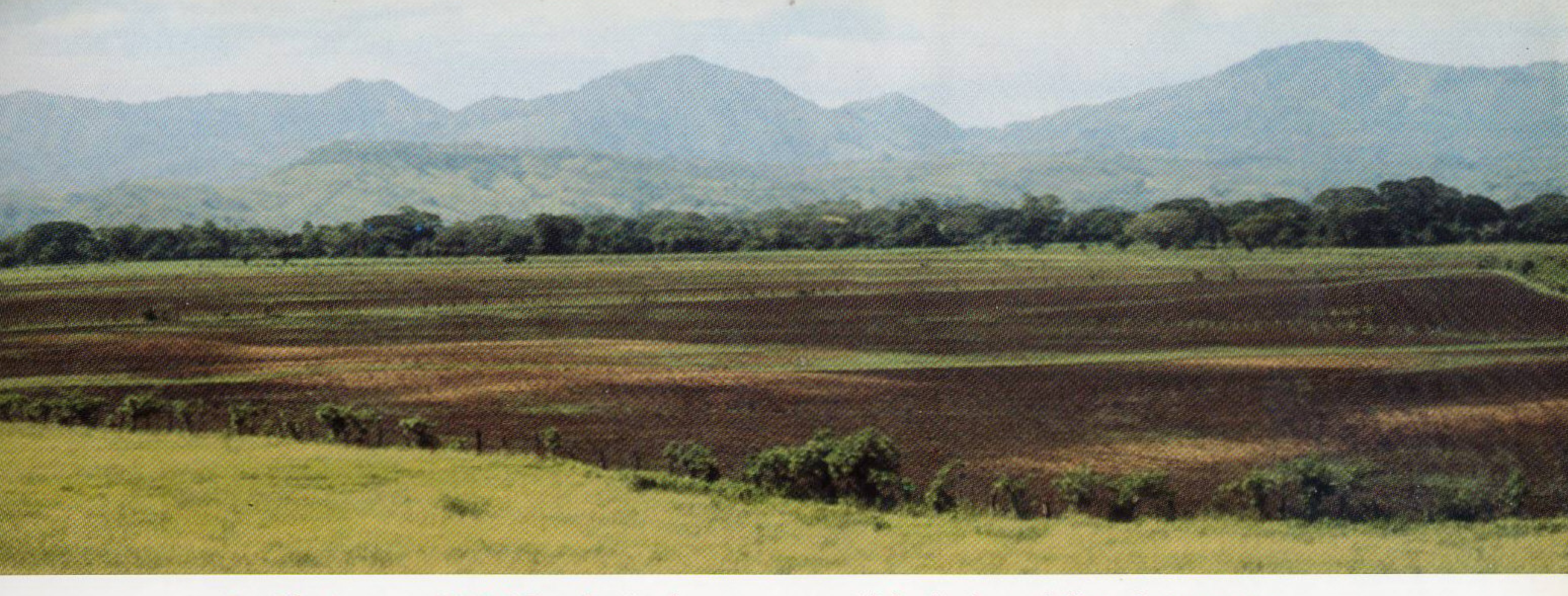
En un viaje previo de 1924, y también en el de 1926, Lothrop se desplazó sobre todo el territorio de la República, inspeccionando colecciones particulares, especialmente las de los señores Deininger y Soundy (esta última ya forma parte de la colección del Museo Nacional), visitando sitios y a veces haciendo excavaciones de prueba en los departamentos de San Salvador, Cuscatlán, Chalatenango y San Miguel. En 1926, Lardé y Lothrop publicaron listas de los sitios arqueológicos conocidos en el país; entre las dos listas aparecen casi 200 sitios.

En 1929 se llevó a cabo la primera investigación en Cihuatán, dirigida por Antonio Sol, entonces director del Departamento de Historia del Museo Nacional. Sin embargo, no pasó de excavaciones exploratorias en el llamado Templo de los Idolos (ahora conocido como la Estructura P-5) y una limpieza del llamado Templo de Sacrificios (ahora Estructura P-7). Esta expedición, por lo menos, produjo y publicó un plano del sitio elaborado por Augusto Baratta. El fechamiento del sitio quedó en duda ya que nunca se practicó un análisis de los materiales encontrados. Sol aludió a una afiliación pipil para el sitio, una aseveración poco atrevida que ha sido comprobada por investigaciones posteriores.

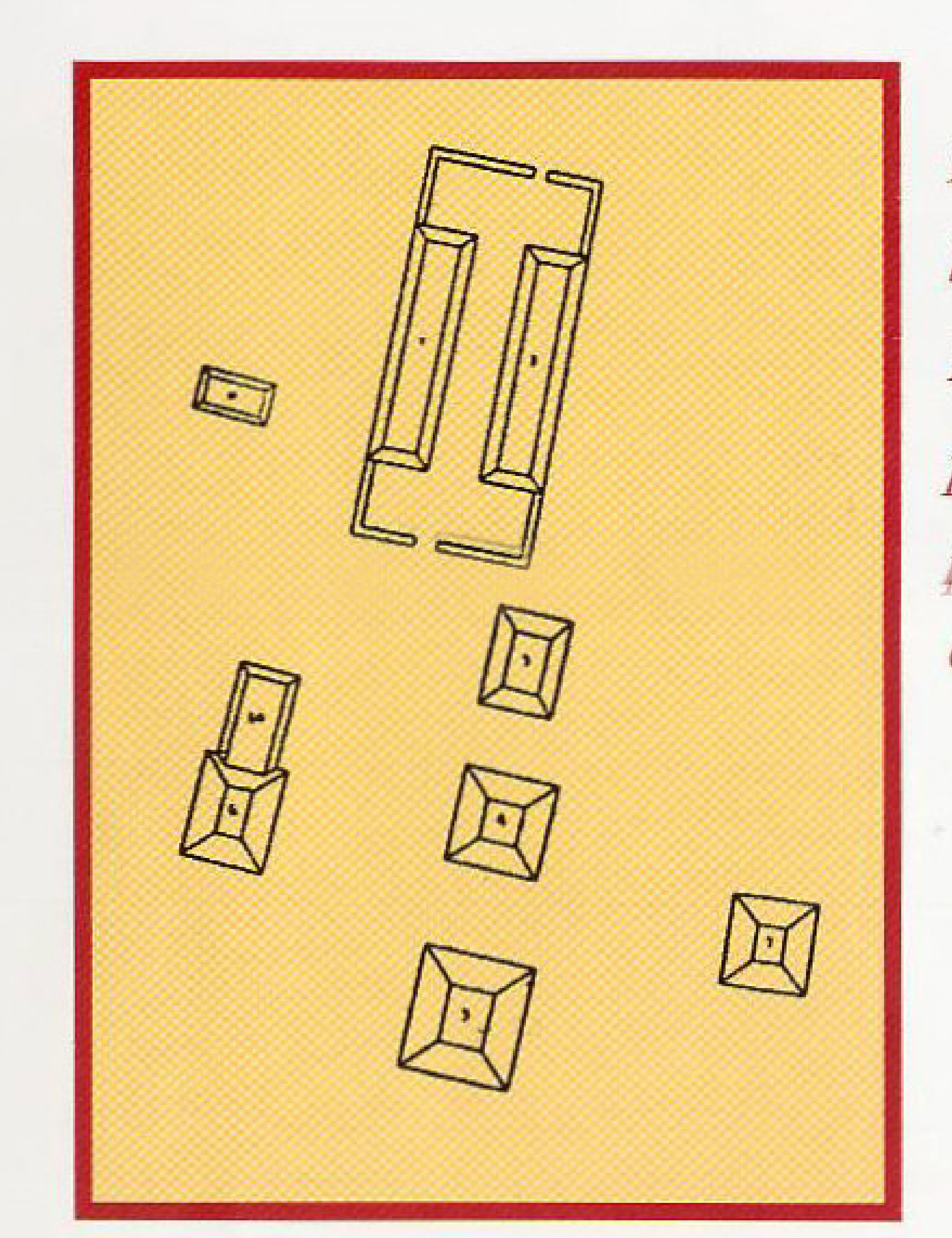
Después de un lapso sin actividad durante la década de 1930, se abrió una nueva etapa en la arqueología salvadoreña, la de excavaciones intensivas en los sitios de mayor importancia. En 1940 y 1941 se llevaron a cabo excavaciones en San Andrés, bajo la dirección de John Dimick, con la ayuda de Maurice Ries en la primera temporada y Stanley H. Boggs en la segunda. Se habían planeado cinco temporadas de investigación pero este trabajo fue suspendido debido a la segunda guerra mundial. Se hicieron excavaciones en las estructuras mayores de la plaza principal, y, de acuerdo al análisis de los materiales recuperados, practicado por Boggs y publicado en la revista salvadoreña Tzunpame, en 1943, la construcción de estas estructuras se fecha al período clásico terminal (700-1000 d.C.).

Boggs había comenzado un reconocimiento de las zonas occidental y central del país en 1940 y, en 1941, John M. Longyear emprendió un recorrido del oriente, con el patrocinio del Instituto de Investigaciones Andinas. También, como parte de este proyecto, en 1942, Longyear llevó a cabo excavaciones en el pequeño sitio de Los Llanitos, al sur de San Miguel, mientras que Boggs se dedicaba a hacer sondeos en la Hacienda Tula, ubicada al sur de Santa Tecla, y excavaciones de las Estructuras B1-1 y B1-2 de Tazumal en Chalchuapa. Los resultados de

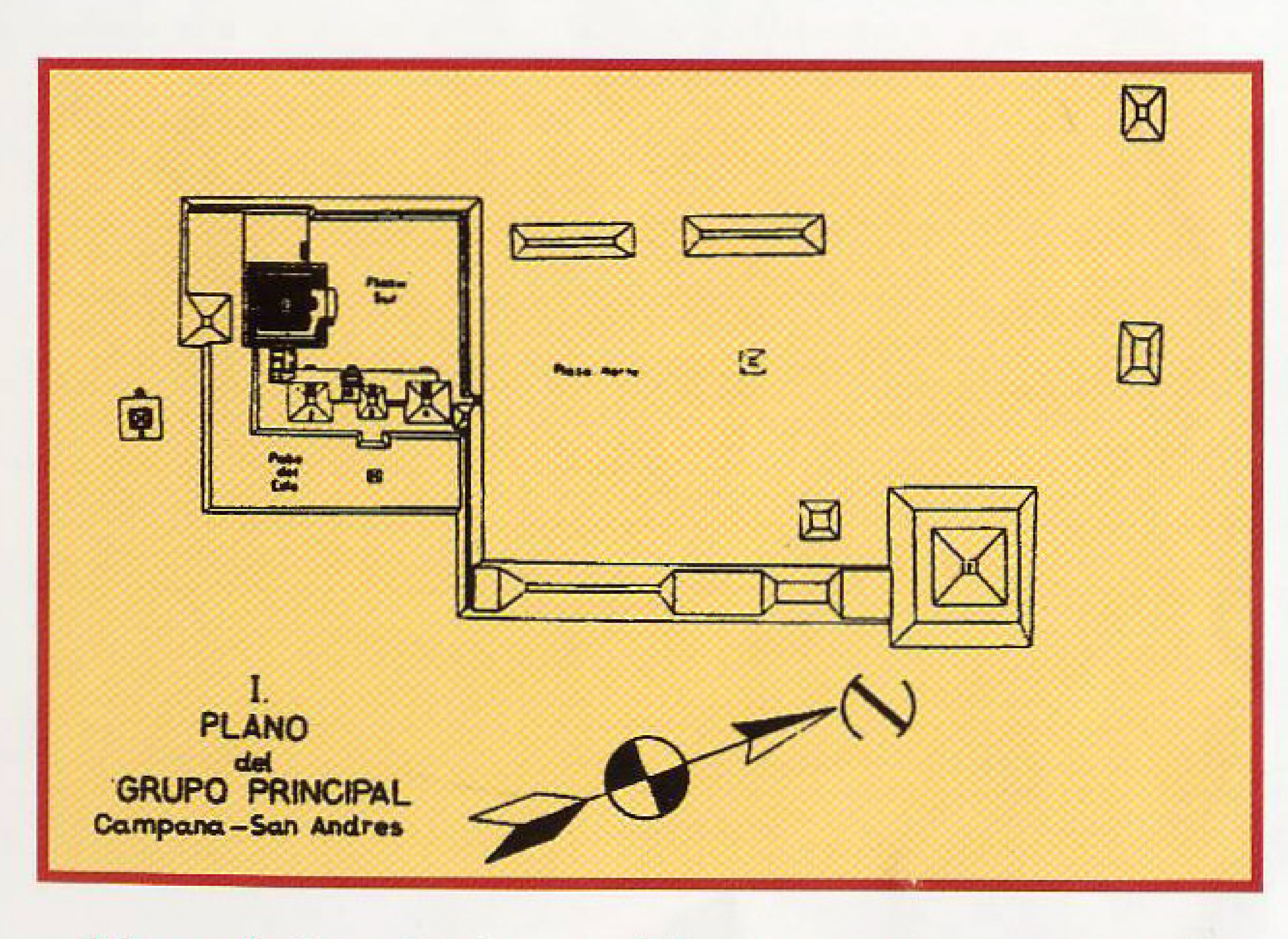
San Andrés, 1949, vista hacia el suroeste del lado norte de la Estructura 1.



Los Llanitos, en 1975. Vista hacia el sur - sureste. Al fondo, la cordillera de Jucuarán.



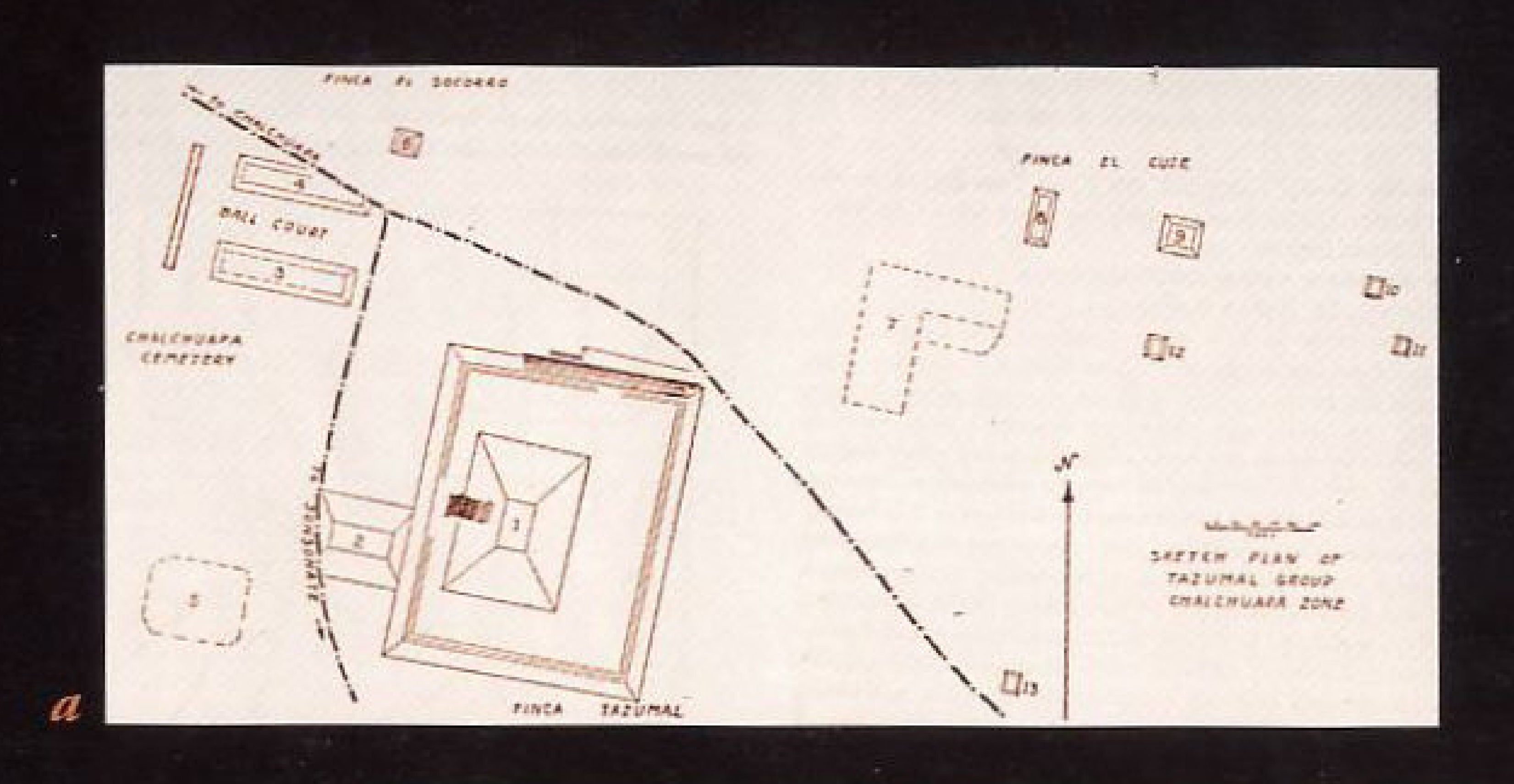
Plano de las ruinas de Los Llanitos, publicado por Longyear en 1944.



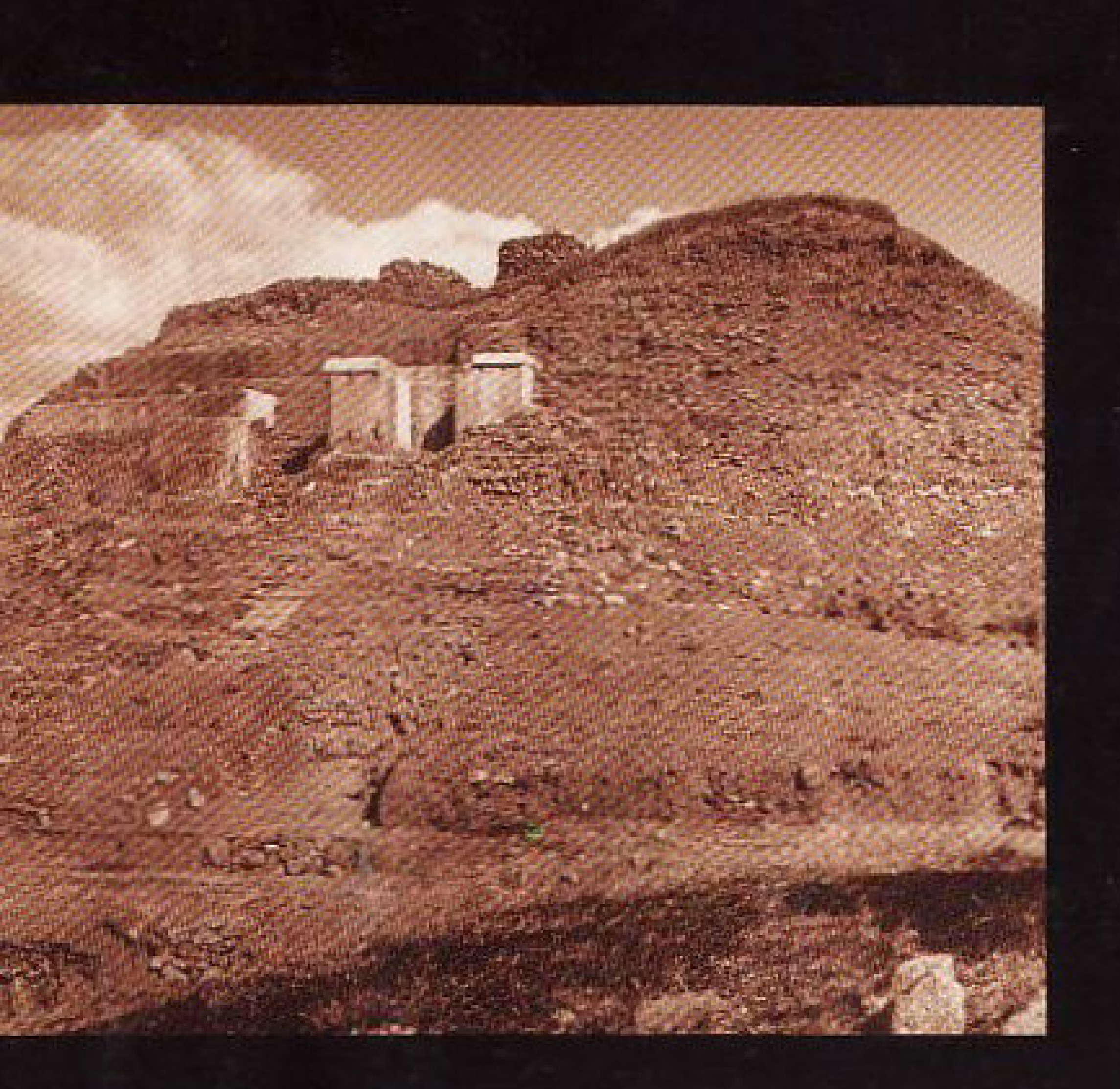
Plano de San Andrés, publicado por Boggs en 1943.

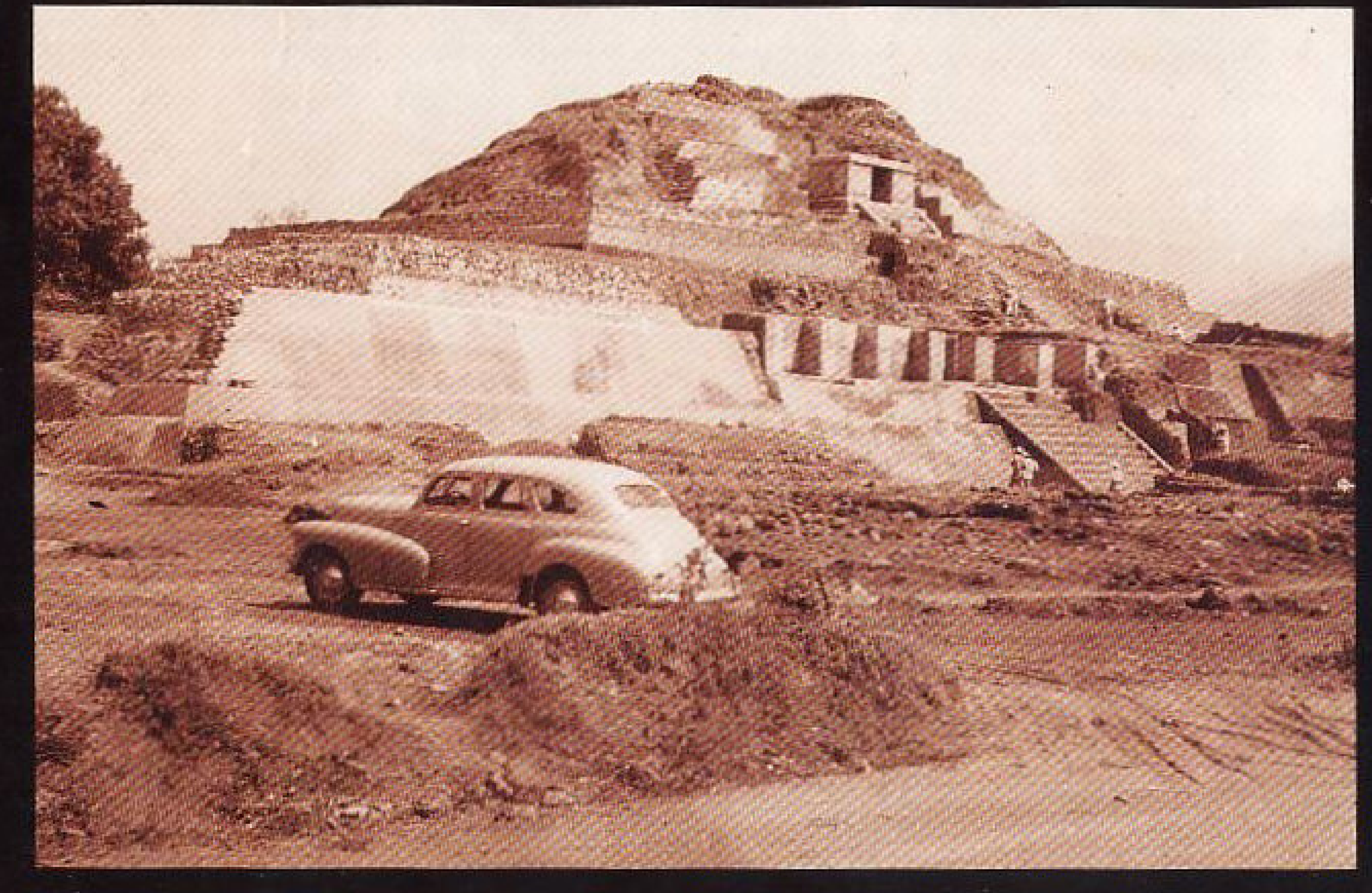
estas investigaciones fueron presentados en una monografía titulada *Archaeological Investigations in El Salvador*, publicada por el Museo Peabody de la Universidad de Harvard, en 1944.

Como ha señalado Rafael Cobos, esta publicación incrementó enormemente el conocimiento respecto a la existencia de los sitios arqueológicos, ya que se trata del primer recorrido extensivo del país con amplios datos bien ordenados sobre los sitios, y sirvió como la base para futuros trabajos de reconocimientos regionales más sistemáticos. Con respecto a las excavaciones, se conocía tan poco, en aquel entonces, de los sitios del oriente, que Los Llanitos, a pesar del estudio muy detallado de Longyear, quedó como en el vacío. Por otro lado, las excavaciones de Boggs lograron el establecimiento de conexiones entre ciertos tipos de cerámica hallados en San Andrés y Chalchuapa, una secuencia arquitectónica de las dos estructuras principales de Tazumal y la definición de una secuencia de cerámica para Tazumal.

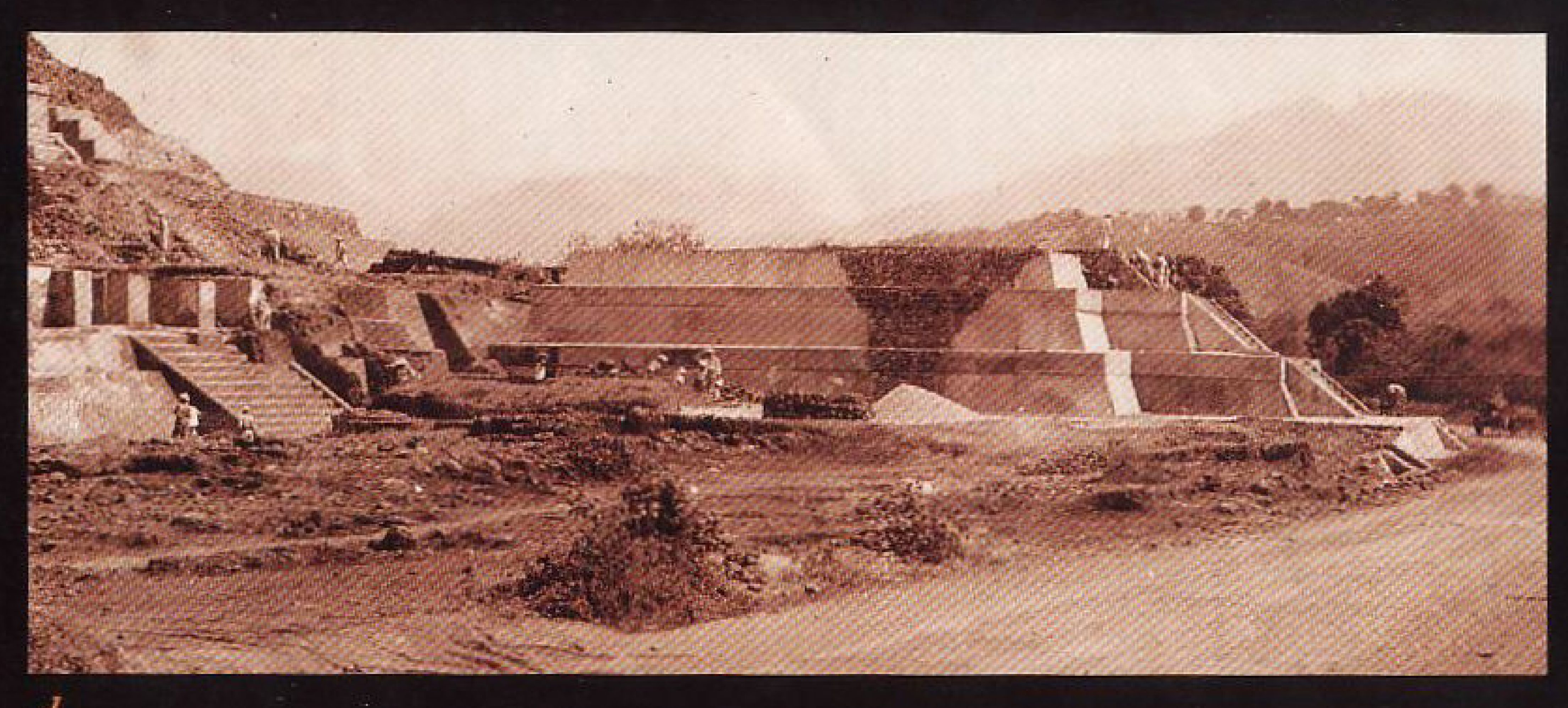


a





c

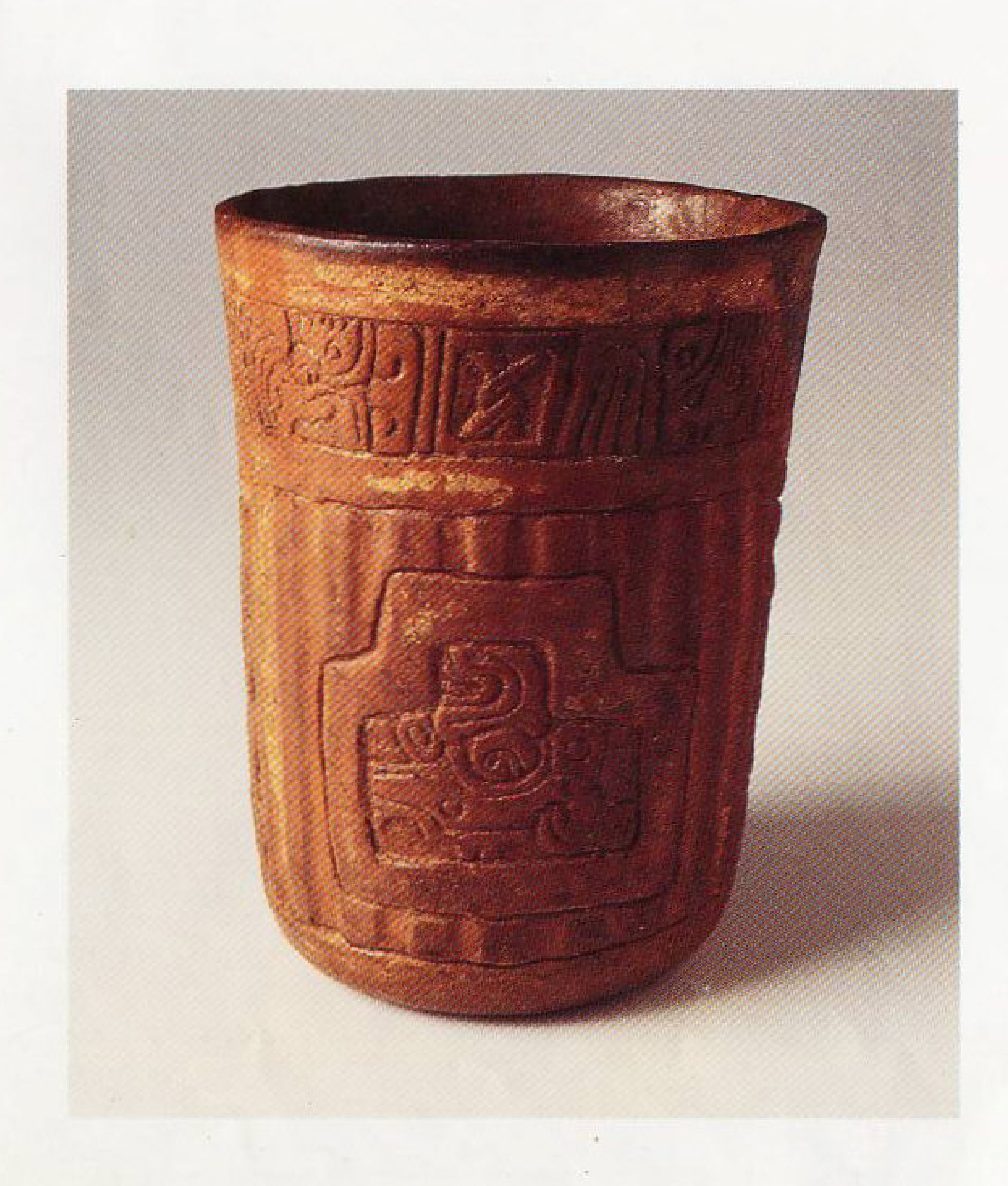


d

Boggs hizo el primer plano boceto del grupo Tazumal de Chalchuapa (a), y dirigió las excavaciones y la reconstrucción de las Estructuras B1-1 y B1-2, vistas aquí en 1949 (b) y 1950 (c y d). A la derecha, panorama aéreo de las Estructuras B1-1 y B1-2, en la actualidad, vistas hacia el sur.



Stanley Harding Boggs (1914-1991). Pionero de la arqueologia salvadoreña.



Vaso cilíndrico inciso de Tazumal.
Clásico tardío.

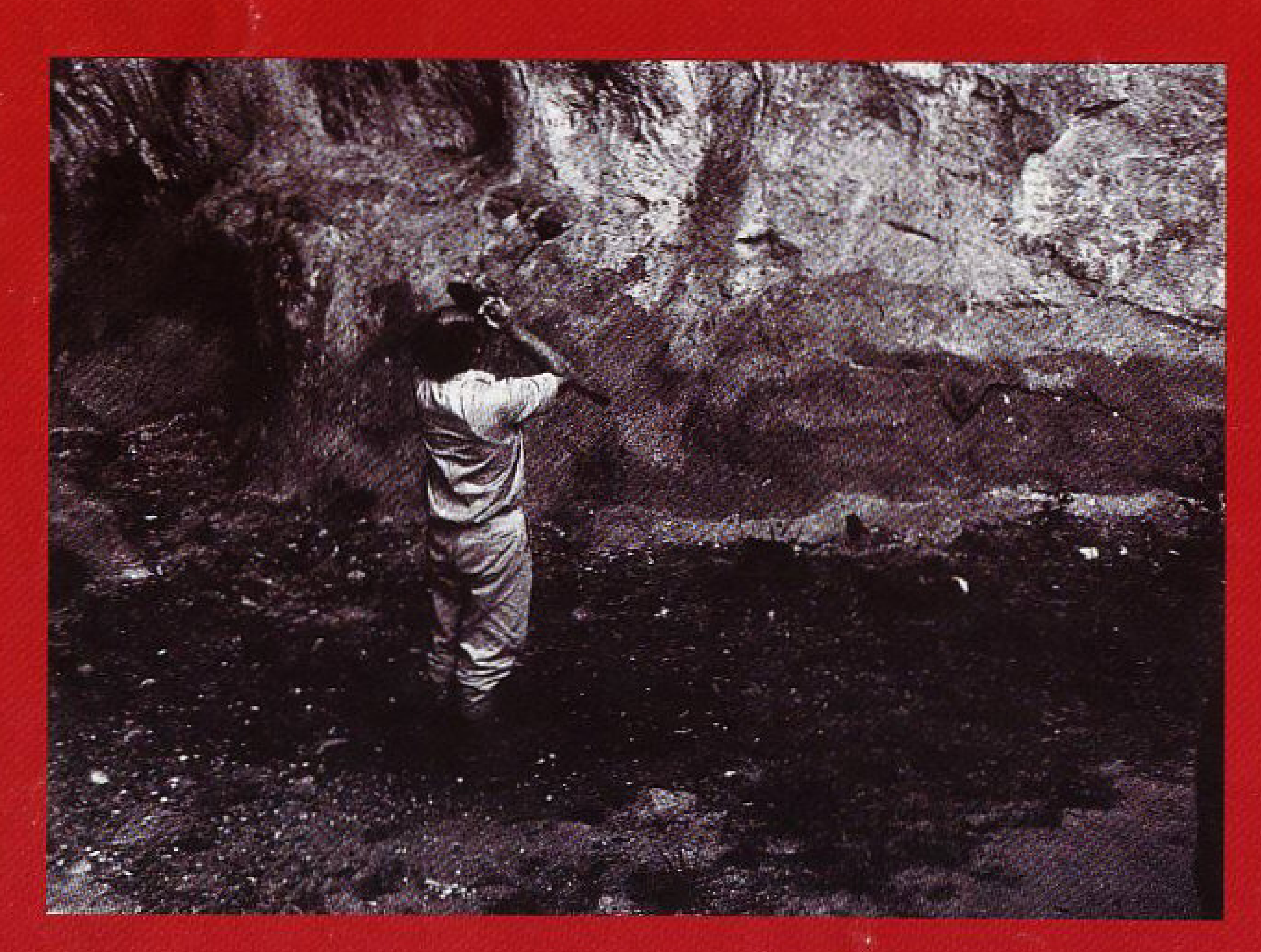


Vaso de cerámica policromada tipo Salua, hallado por Boggs en sus excavaciones de Tazumal, en 1943.

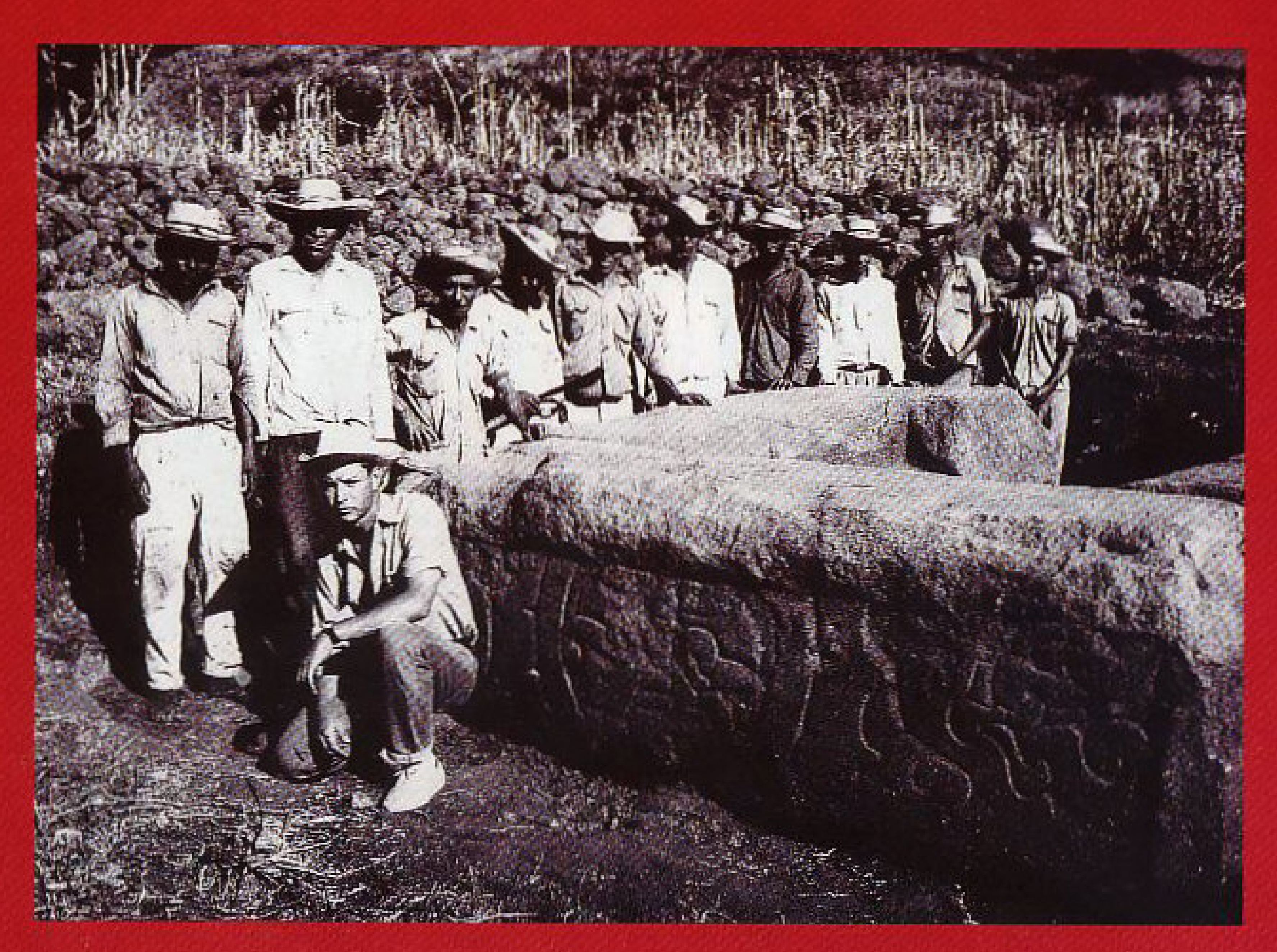
Boggs siguió trabajando en Tazumal, con el apoyo del gobierno salvadoreño, efectuando excavaciones y restauración durante los años de 1943-45 y 1948-50 y excavaciones limitadas de 1951 a 1953. Además, se encargó de un análisis de cerámica hallada, en 1939, en la construcción del Club Internacional, en el centro de San Salvador; supervisó la excavación de una tumba precolombina en el Cerro El Zapote; y escribió sobre los petrograbados en la piedra de Las Victorias, Chalchuapa, descubierta en 1942, la efigie de cerámica de Xipe Totec, hallada cerca de Tazumal por saqueadores en 1943, y un grupo de urnas funerarias y otras vasijas encontradas en Loma del Tacuazín, en 1946. En 1954 supervisó las primeras investigaciones científicas de Cihuatán.

El enfoque de las investigaciones de Boggs siempre fue histórico-cultural. Para él, la meta de la investigación arqueológica consistía en establecer cronologías y relaciones entre las antiguas civilizaciones de El Salvador. En un resumen de la arqueología salvadoreña, publicado en 1950, Boggs ofreció un plan de largo plazo para investigaciones futuras: (1) concentrar esfuerzos en sitios grandes de la zona del occidente, ya que estos producen secuencias largas; (2) comprobar los resultados con investigaciones en sitios pequeños del occidente; (3) excavar sitios grandes en el oriente; y (4) por medio de estudios detallados, formular un conocimiento de los sitios y sus antiguos habitantes en el contexto más amplio de la historia antigua de Centroamérica. Se puede decir que, en gran parte, estas sugerencias fueron tomadas en serio.

Varios arqueólogos llegaron durante la década de 1950 para contribuir a un entendimiento mejor de la historia cultural del país. Muriel Porter excavó en Barranco Tovar, en el sur del departamento de La Libertad, en 1953 y encontró cerámica preclásica en una posición estratigráfica semejante a la que habían hallado Lardé y Lothrop en Cerro El Zapote. Wolfgang Haberland hizo investigaciones cerca de Atiquizaya en 1954, en el sitio de Río Gualcho, departamento de Usulután, en 1955, y San Francisco, cerca de Aguilares, en 1958. William R. Coe comenzó excavaciones en la zona de El Trapiche, Chalchuapa, en 1954, mientras que Carlos Navarrete excavó el sitio de San Nicolás, departamento de Ahuachapán, en 1959. Todas estas investigaciones aumentaron el conocimiento de la cronología arqueológica de distintas zonas del país.



Wolfgang Haberland en la Cueva del Espíritu Santo, Corinto, Morazán.



E. Wyllys Andrews V con sus trabajadores en Quelepa, 1969



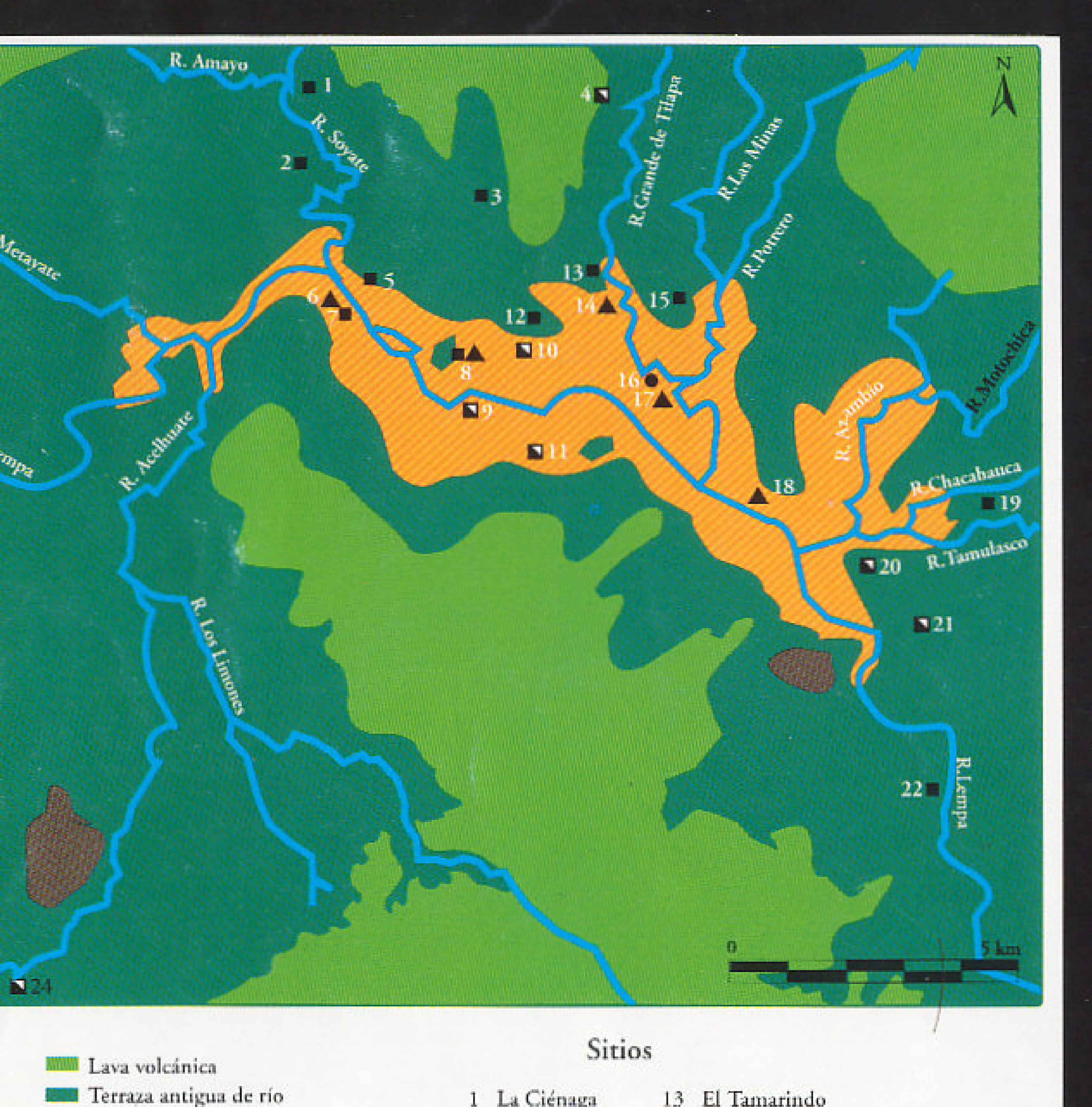
Excavación de la Estructura 8 de Quelepa por E. Wyllys Andrews V

El período *explicativo* en la arqueología americana, de acuerdo a Willey y Sabloff, comenzó alrededor de 1960. La meta durante esta etapa fue la explicación de los procesos de cambio cultural, con un énfasis especial en los procesos de desarrollo de las sociedades complejas y la interacción entre unidades políticas complejas a nivel interregional. Sin embargo, muchas investigaciones llevadas a cabo durante esta década siempre fueron de índole histórico-clasificatoria y en El Salvador esta clase de investigación se fortaleció durante este decenio. Efectivamente, los dos proyectos grandes de estos años –el de Chalchuapa, dirigido por Robert J. Sharer en 1966-70, y el de Quelepa, dirigido por E. Wyllys Andrews V en 1967-69– tuvieron como sus metas principales el establecimiento de secuencias arqueológicas y el estudio de las relaciones culturales. Estos dos proyectos fueron sumamente exitosos y representaron avances importantes en el conocimiento arqueológico: lograron sus metas histórico-culturales, elaboraron mapas topográficos de los dos sitios y recabaron muchos datos nuevos de los cuales fue posible abordar nuevos problemas arqueológicos. El aporte más valioso de los dos fue precisamente el establecimiento de secuencias cronológicas que más tarde sirvieran como un marco para entender el desarrollo cultural de las antiguas civilizaciones del país.

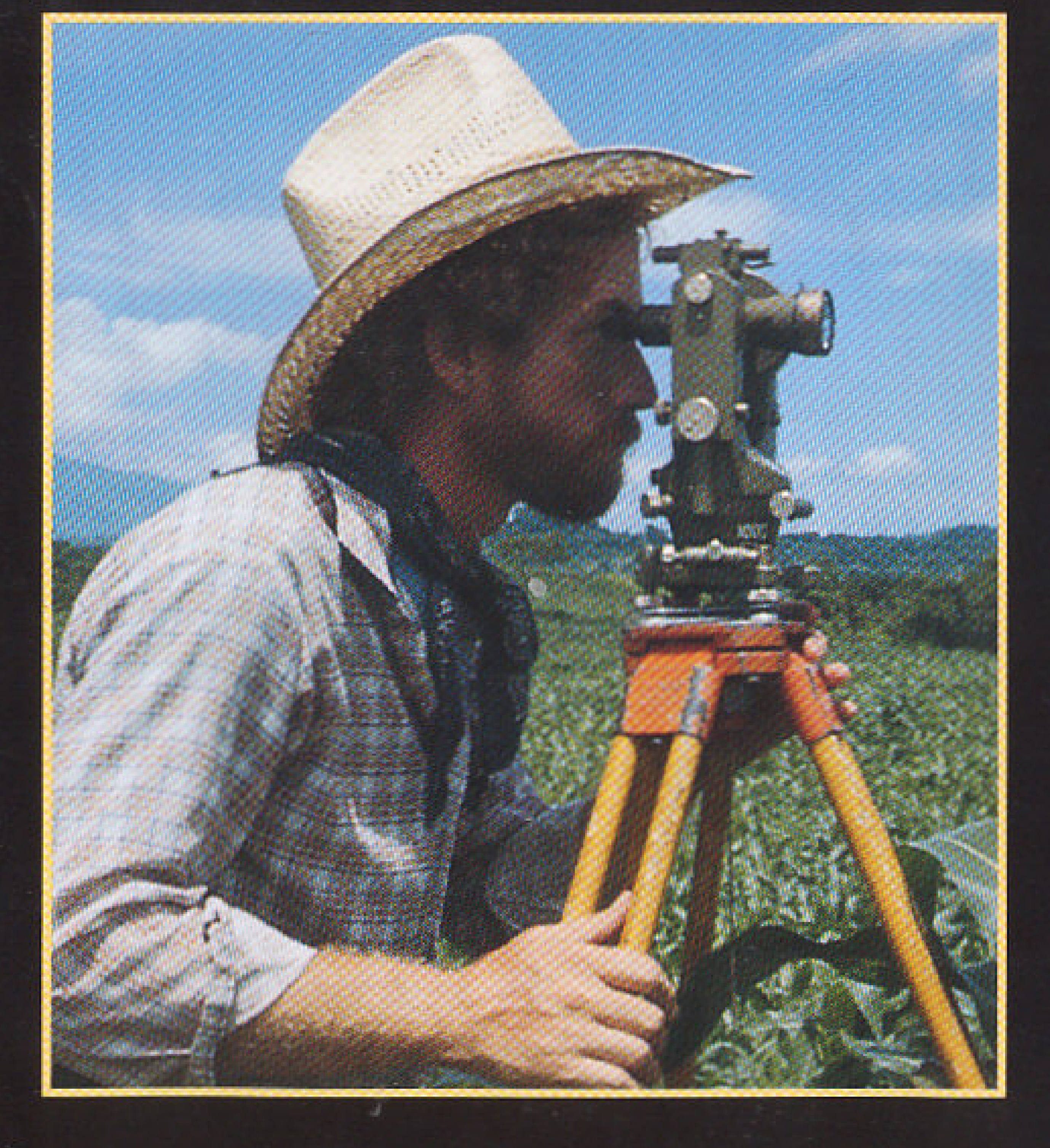
La construcción de la represa hidroeléctrica Cerrón Grande, a mediados de la década de 1970, requirió los esfuerzos de un proyecto de rescate arqueológico integrado por Richard Crane, Howard H. Earnest y William R. Fowler, quienes trabajaron bajo la supervisión general de Stanley H. Boggs. Durante los años de 1974 a 1977, hicieron un recorrido de la

Excavación de la Estructura E3-1 de El Trapiche, Chalchuapa, por Robert J. Sharer.

Vista aérea del lago de la represa hidroeléctrica Cerrón Grande.



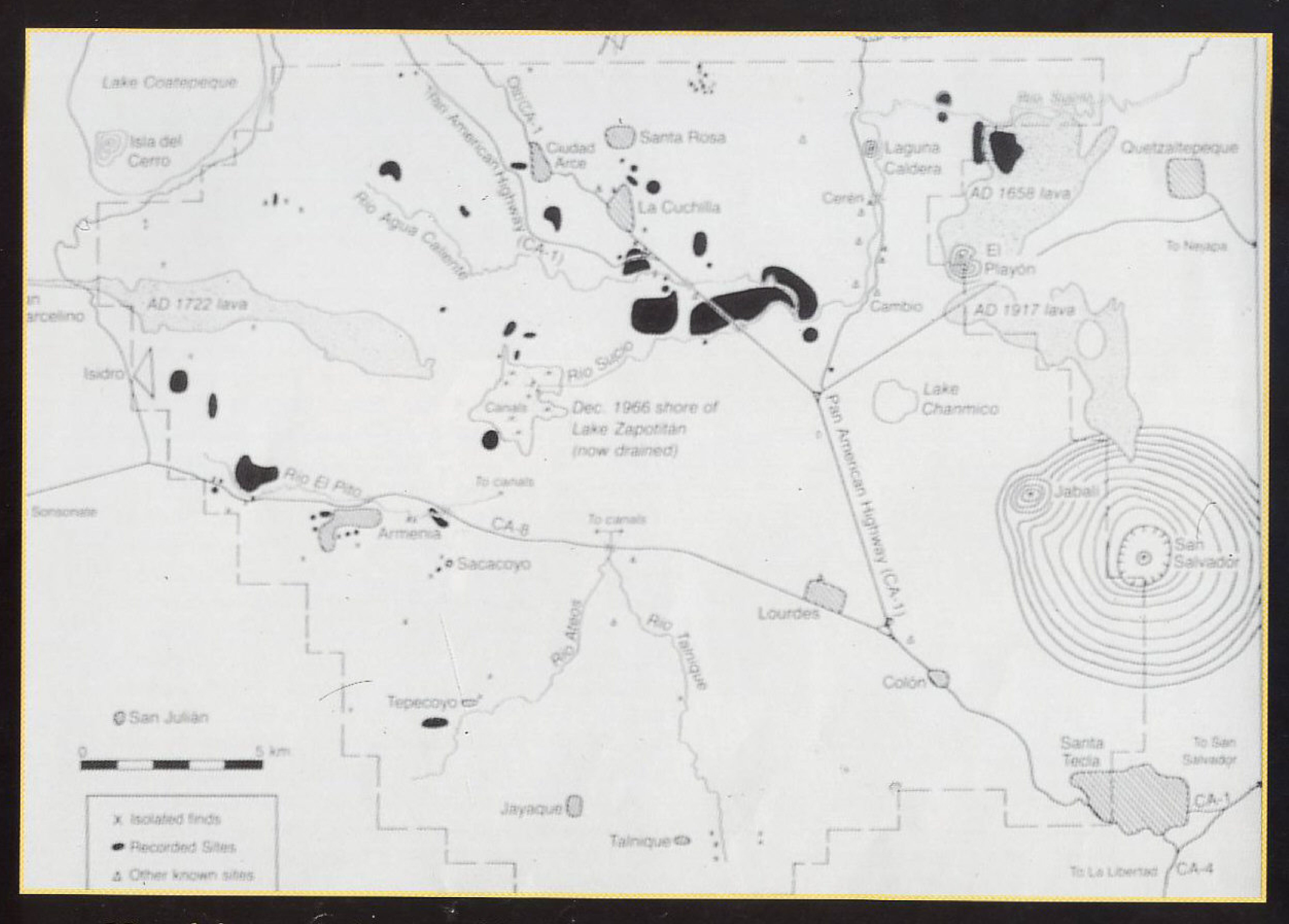
Mapa de los sitios encontrados en el reconocimiento del valle El Paraiso, basado en mapa original de Fowler y Earnest.



El autor realizando levantamiento topográfico del sitio Santa María, proyecto Cerrón Grande, en 1976.

cuenca de El Paraíso para identificar sitios de todas las épocas prehispánicas y excavaron varios sitios que fecharon desde el preclásico temprano hasta el postclásico. La presentación de los resultados de este proyecto por Fowler y Earnest se fundamentó en una perspectiva ecológica, analizando los cambios en el asentamiento a través del tiempo y relacionándolos con los aspectos geomorfológicos de la cuenca.

Mientras tanto, Payson D. Sheets, quien había formado parte del proyecto de Chalchuapa con Sharer, organizó su Proyecto Protoclásico en 1975 para investigar el impacto de la erupción del volcán de Ilopango. Prosiguiendo este tema, Sheets dirigió un reconocimiento y la excavación de prueba de varios sitios en el valle de Zapotitán en 1978. El proyecto tenía como enfoque principal la relación entre el vulcanismo y el asentamiento humano prehispánico en el valle y resultó en una reconstrucción de la historia de la actividad volcánica en la región. También se logró un reconocimiento, llevado a cabo por Kevin Black, de un 15% del valle, escogido al azar según métodos estadísticos, para determinar el número de asentamientos y el tamaño de la población prehispánica a través del tiempo, desde el preclásico medio hasta la época de la conquista. Marilyn Beaudry hizo el estudio de la cerámica recuperada. Otro aspecto interesante de este proyecto fue el descubrimiento y la excavación limitada, dirigida por Christian J. Zier, de los restos de dos estructuras y una milpa, debajo de unos cinco metros de ceniza volcánica arrojada de la Laguna Caldera, en el sitio recién descubierto de Joya de Cerén.

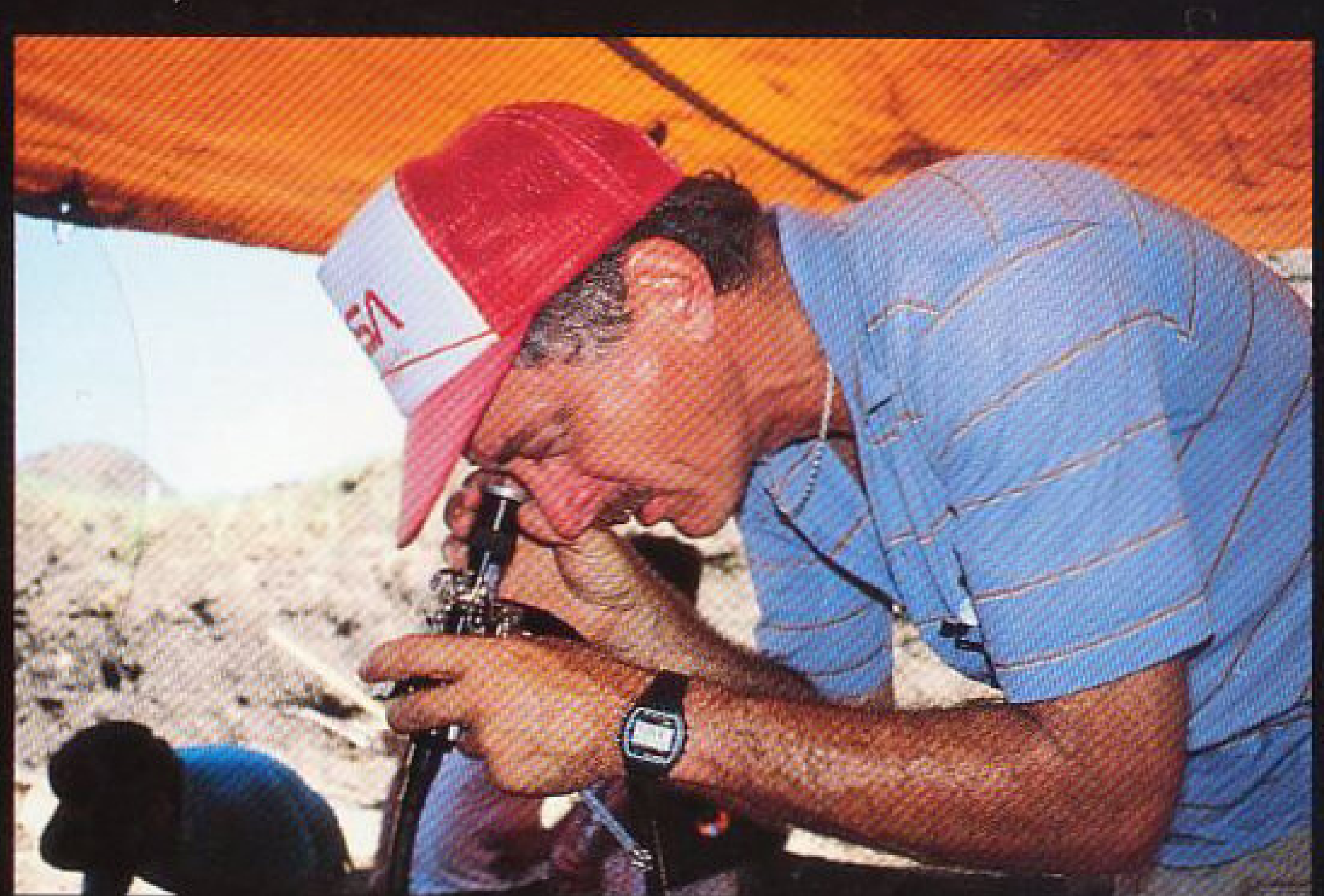


Mapa de los sitios prehistóricos del valle de Zapotitán según el reconocimiento de Kevin Black, tomado de Archeology and Volcanism in Central America: The Zapotitan Valley of El Salvador, *editado por Payson D. Sheets, 1978.*



Joya de Cerén, 1978. La Estructura 1, descubierta accidentalmente por un tractor en una obra de construcción.

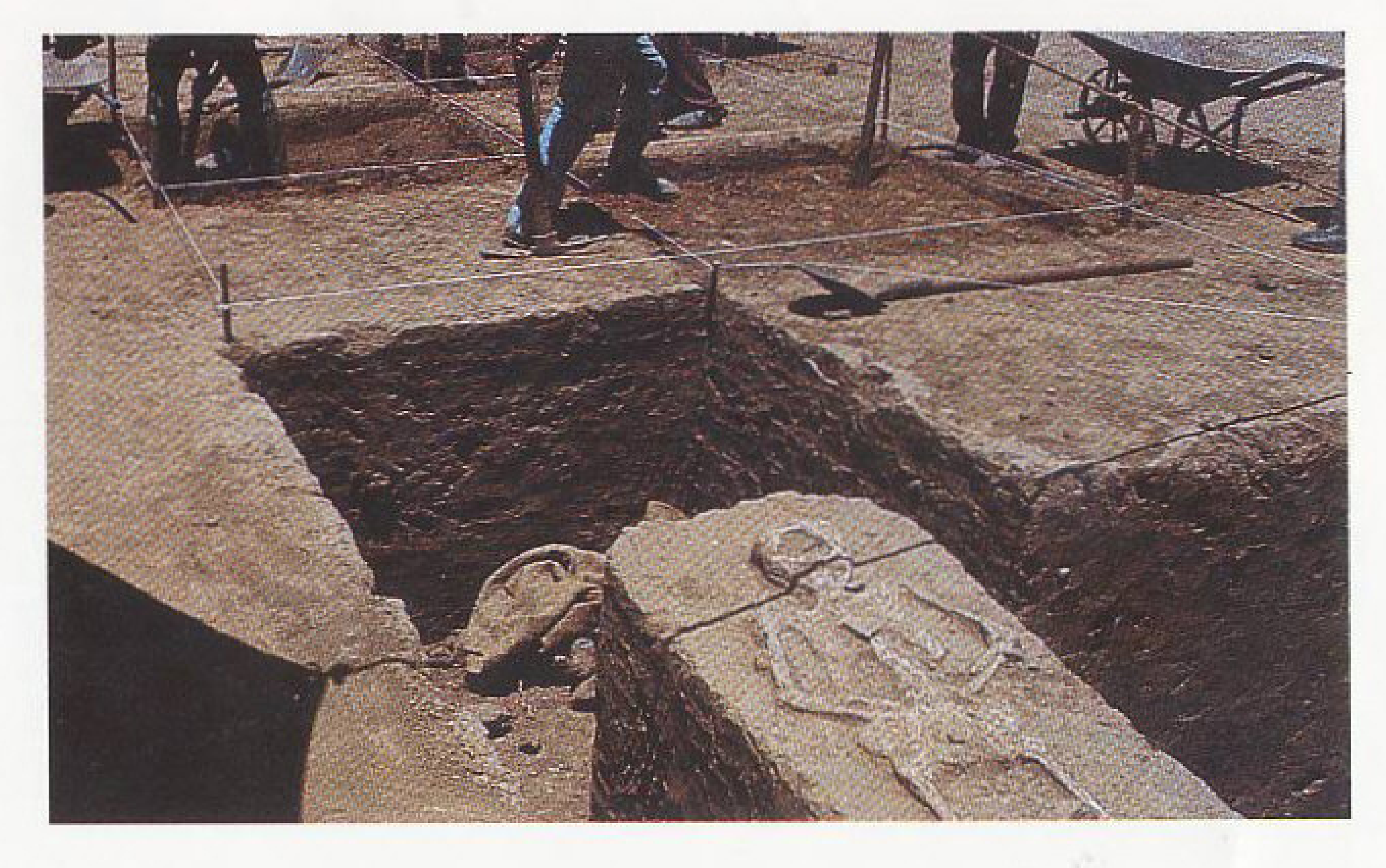
El sitio estuvo cubierto por más de cuatro metros de ceniza volcánica, arrojada por la Laguna Caldera, a finales del siglo VI.



Payson D. Sheets en Joya de Cerén.

Los arqueólogos usaron un protoscopio para investigar los huecos en la ceniza antes de excavarlos.

En 1977-78, Fowler con la colabroración de Manuel López y Manuel Méndez, realizó una excavación de rescate del Montículo E3-7 de El Trapiche, Chalchuapa, donde se descubrieron los restos óseos de 33 individuos que habían sido enterrados adentro de la estructura. Este hallazgo reveló la importancia del sacrificio humano y, según la interpretación del investigador principal, el papel de la guerra y el militarismo en la antigua sociedad de Chalchuapa.



Excavación de la Estructura E3-7 de Chalchuapa, en 1978.



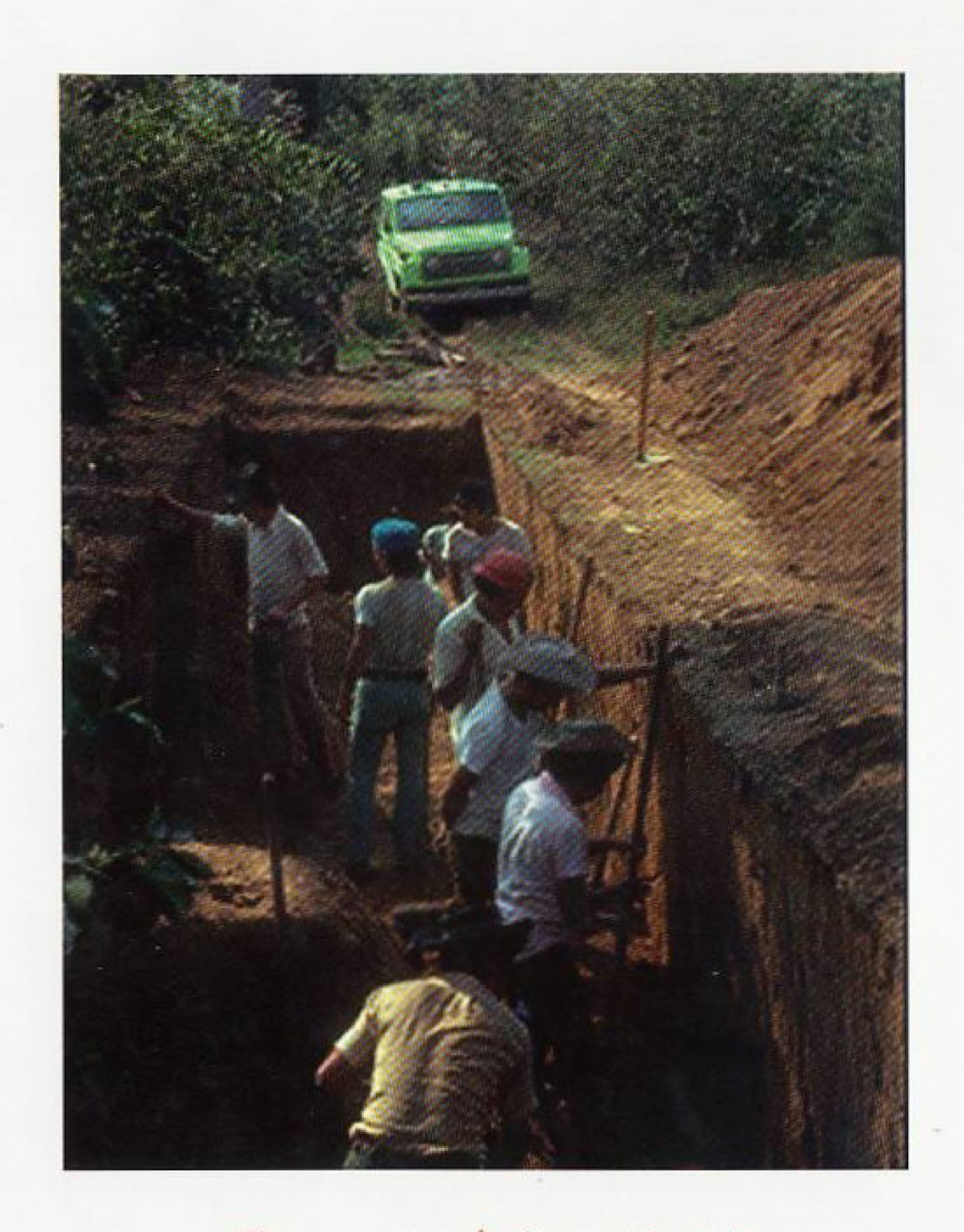
Secuencia de la limpieza de la Estructura P-7 de Cihuatán en 1949 (a y b), vista hacia el sureste. Estructura P-7 en la actualidad (c).

El sitio de Cihuatán volvió a recibir atención arqueológica a partir de 1965 con una excavación de la Estructura O-4, llevada a cabo por Boggs. Después, Gloria Hernández efectuó excavaciones y restauración en el Centro Ceremonial Poniente en 1974 y 1975. Karen O. Bruhns comenzó una investigación limitada de algunas de las zonas residenciales del sitio en 1975, la cual siguió con excavaciones de algunas viviendas antiguas en 1977 y 1978. Fowler se encargó del sitio por parte de la Administración del Patrimonio Cultural de 1978 a 1979 y dirigió excavaciones y consolidación de varias estructuras del Centro Ceremonial Poniente. También hizo, con la ayuda de Joyce Field Fowler, un estudio científico de los patrones de asentamiento del sitio. Jane H. Kelley encabezó otro proyecto de excavación de restos domésticos en el sitio en 1979. Estas investigaciones en conjunto resultaron en una mejor precisión de la cronología de Cihuatán, ya que fue posible concluir, por medio de análisis de la cerámica y fechas de radiocarbono, que la ocupación del sitio se remonta exclusivamente al postclásico temprano. Las investigaciones también representaron un avance en el entendimiento de varios aspectos de Cihuatán como comunidad antigua con vislumbres de sus dimensiones sociales, económicas, políticas y religiosas.



Descubrimiento del Monumento 2, de Santa Leticia.

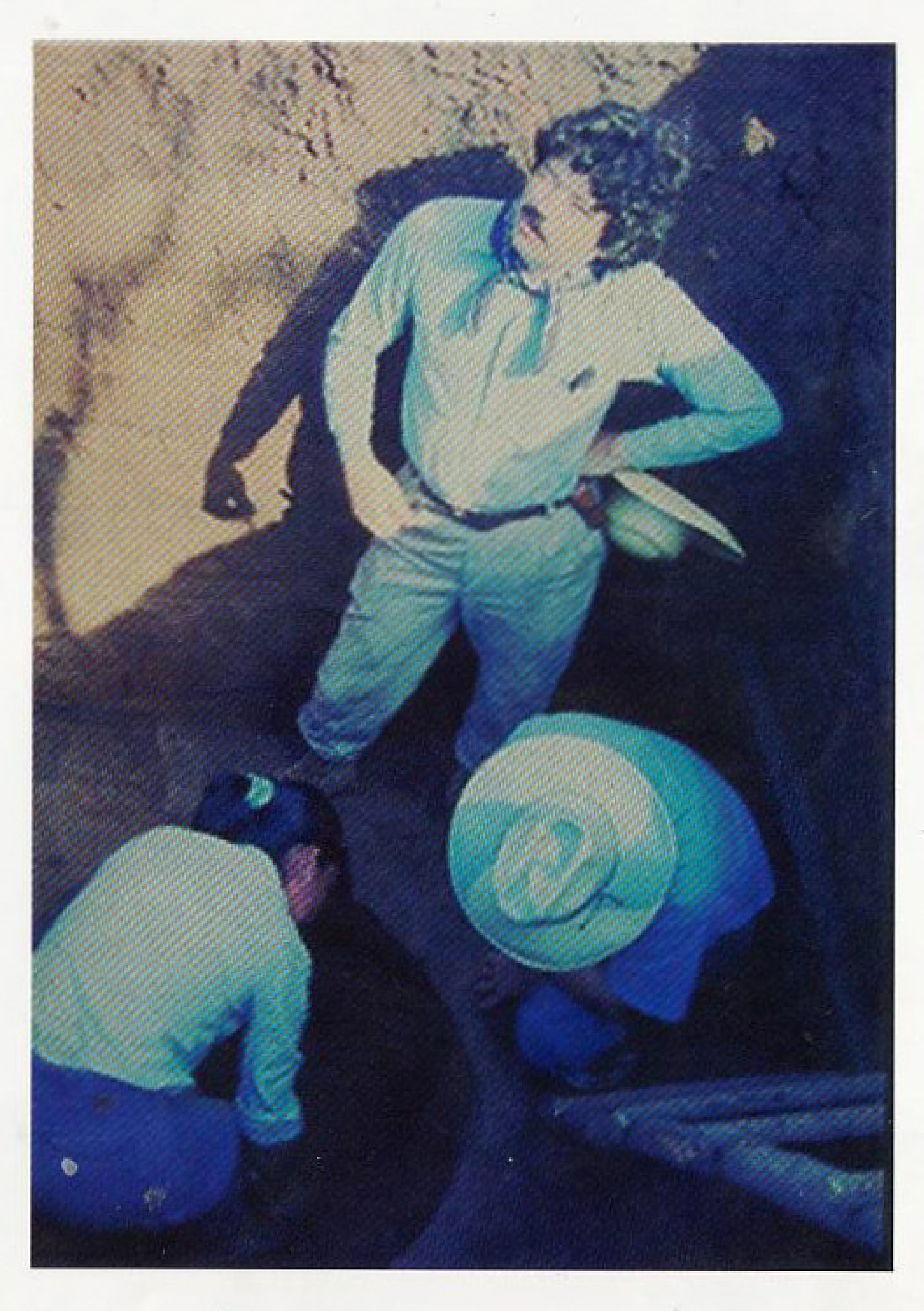
Arthur A. Demarest se dedicó a un proyecto de investigaciones en Santa Leticia en 1977. Entre los logros de este proyecto se destacan la elaboración de un mapa topográfico del sitio, el fechamiento indiscutible de las esculturas "gordiflones" al preclásico tardío y la revisión de la cronología de la cerámica de dicha época en la región del occidente. En colaboración con Sharer, Demarest extendió el análisis de la cerámica de Santa Leticia a un estudio comparativo detallado de la cerámica de los centros principales del preclásico tardío de la región sureste de Mesoamérica, especialmente la de los sitios de Chalchuapa y Kaminaljuyú, Guatemala, para entender mejor los nexos culturales de aquella época.



Excavación de Santa Leticia por Arthur A. Demarest, en 1977.

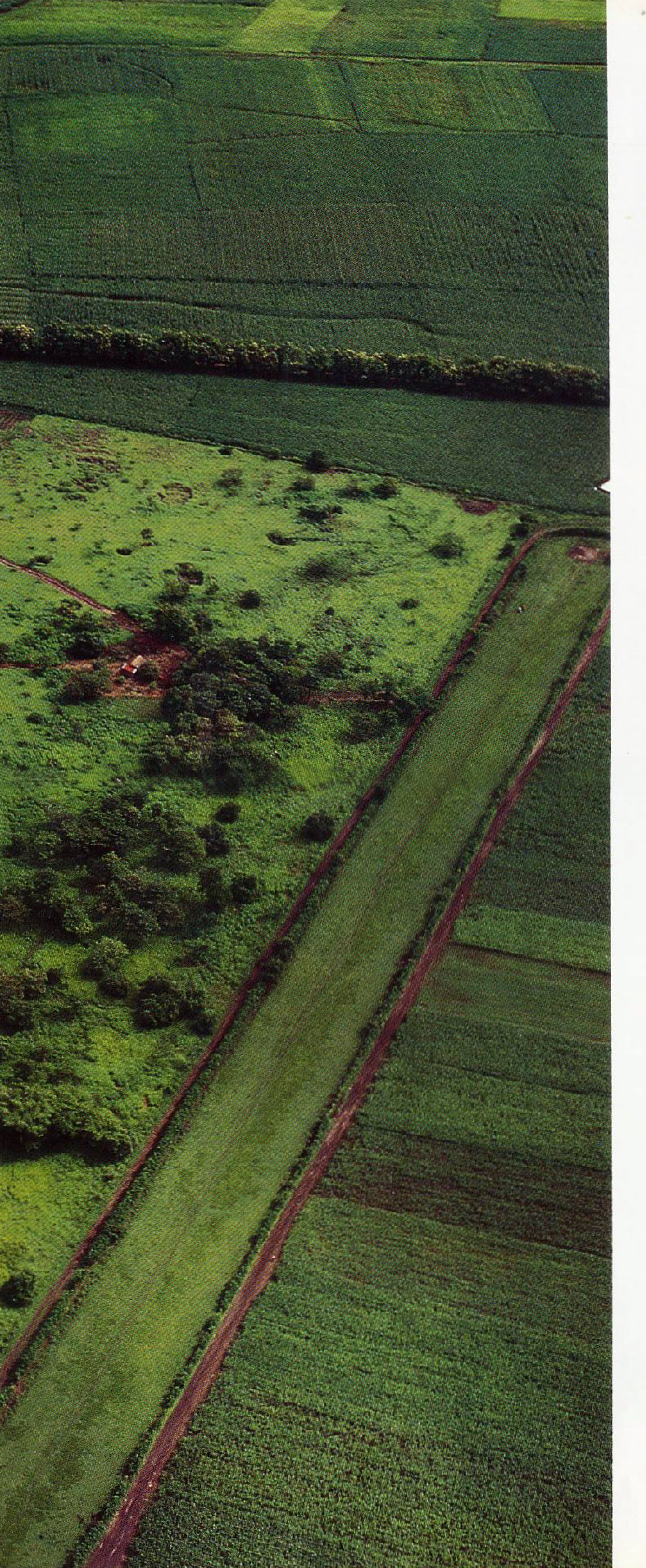
Como parte de un estudio del papel de la producción y el comercio de la sal entre los mayas antiguos, Anthony P. Andrews hizo un recorrido del litoral salvadoreño en 1978 para localizar centros productores de sal precolombinos. Mientras tanto, en 1979 y 1980, Hamed Posada efectuó operaciones de rescate en Asanyamba, en el golfo de Fonseca, un centro productor de sal durante las postrimerías del período clásico.

Con el estallido del conflicto armado, las investigaciones arqueológicas en el país menguaron durante la década de 1980. Un proyecto de rescate en la zona del embalse de la represa San Lorenzo, llevado a cabo por personal de la Administración del Patrimonio Cultural, comenzó en 1980 pero fue suspendido y continuado en 1982-83. Se registraron más de 80 sitios en un área de aproximadamente 100 km^2. Entre los ocho sitios excavados en esta región se destaca Loma China, donde se encontró el esqueleto de un individuo acompañado de varias vasijas de cerámica, características del postclásico temprano, y cuatro discos pequeños de mosaico compuesto de turquesa, pirita, jadeita y concha. Uno de ellos está muy bien conservado y lleva un motivo netamente tolteca, clara evidencia del comercio con el norte.



Arthur Demarest, Bárbara Arroyo y Paul Amaroli realizando la excavación de El Carmen, 1988.



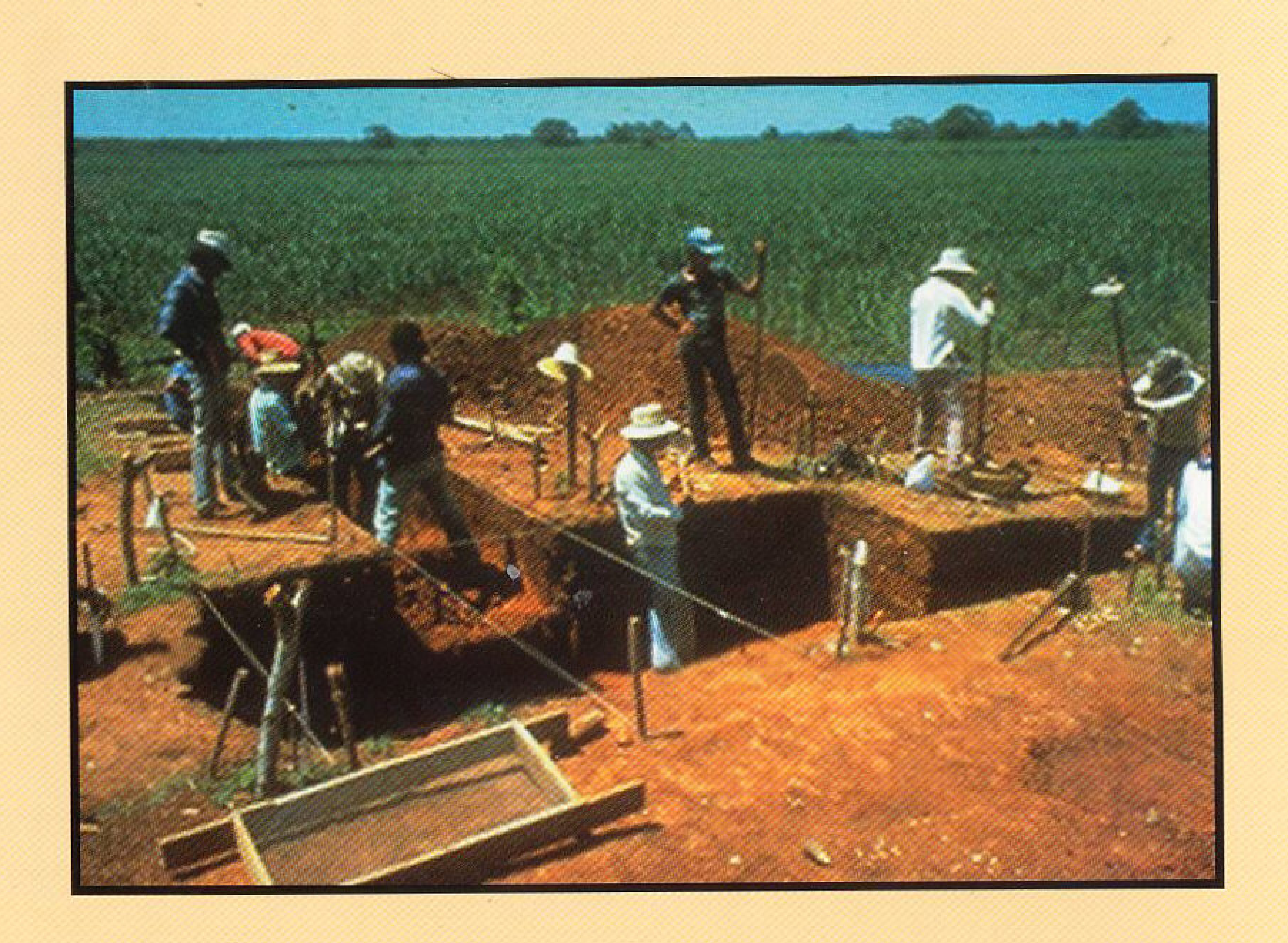


Un proyecto fue organizado en Cara Sucia, en 1982-83, por el Servicio de Parques Nacionales y Vida Silvestre del Ministerio de Agricultura, en colaboración con la Administración del Patrimonio Cultural, dirigido primero por Jorge Mejía y después por Paul E. Amaroli y Manuel Murcia. Amaroli analizó la cerámica posteriormente y definió una secuencia cultural, apoyada por fechas de radiocarbono, que comprueban dos ocupaciones principales en el preclásico tardío y finales del clásico. Los objetivos de esta investigación, según Amaroli, fueron los de establecer la cronología del sitio, identificar las afiliaciones culturales del centro y estudiar las relaciones que tenían sus antiguos habitantes con el medio natural.

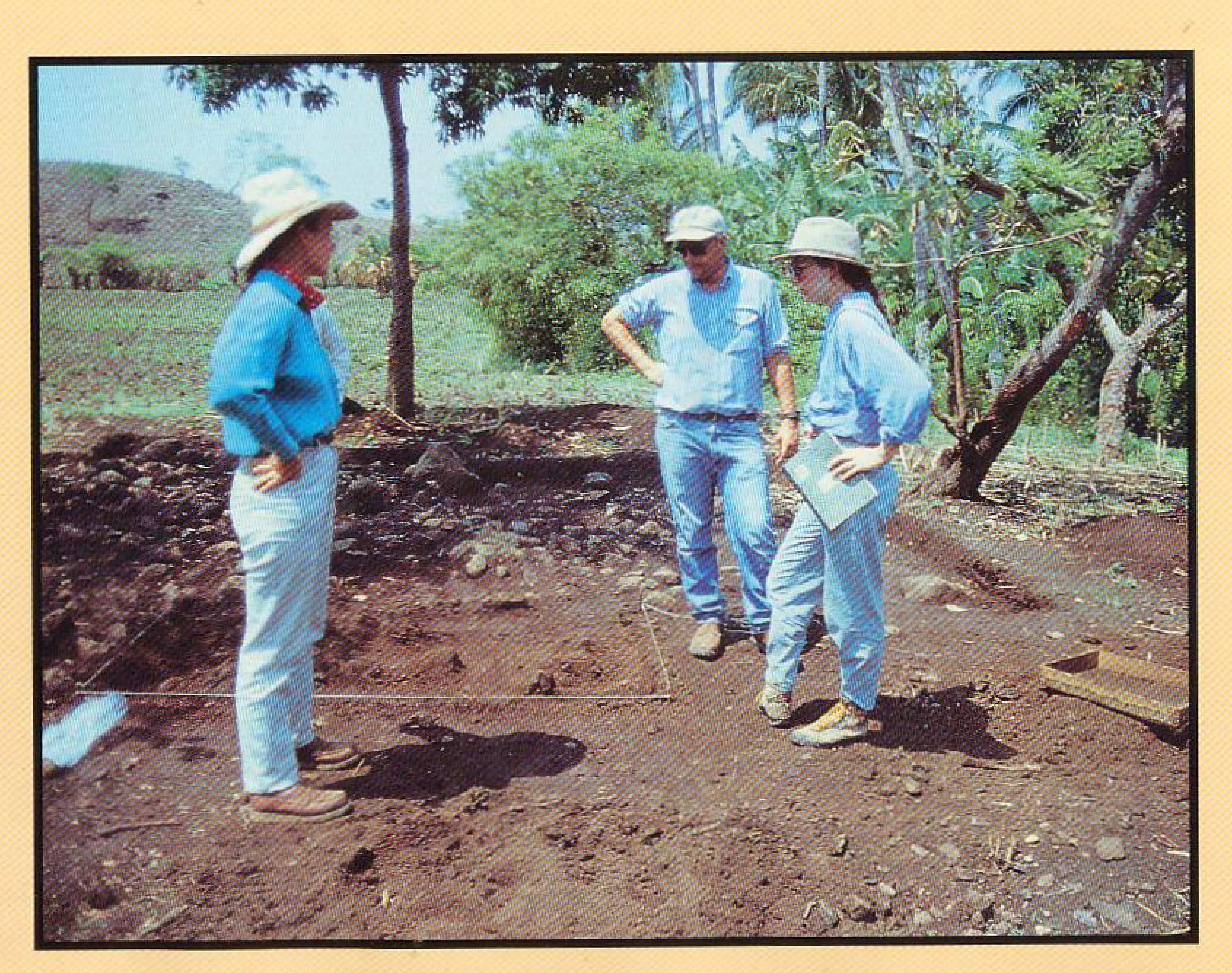
En 1984-85 se llevó a cabo el Proyecto Cuscatlán, dirigido por Amaroli. En un reconocimiento intensivo de la zona de Antiguo Cuscatlán, Amaroli identificó restos de ocupación que se remontan a los períodos clásico tardío y postclásico tardío. Con respecto al último, o sea la época de ocupación de los pipiles, Amaroli encontró restos distribuidos sobre un área de 85 hectáreas y excavó varias casas de habitación. Como complemento de las investigaciones arqueológicas, Amaroli recopiló datos históricos sobre la ubicación de Cuscatlán, comprobando así que Antiguo Cuscatlán fue la verdadera ubicación de la capital de los pipiles. También hizo un estudio etnohistórico de la geografía política y económica de Cuscatlán en la época de la conquista, trazando los linderos de la antigua provincia de Cuscatlán, reconstruyendo la distribución geográfica de los asentamientos y definiendo patrones de producción económica. Durante 1992-93, Amaroli dirigió excavaciones de rescate en la urbanización de Madreselva, en el suroeste de San Salvador, donde se encontraron restos de viviendas y templos que también corresponden a la antigua capital de los pipiles.

Vista aérea de Cara Sucia.
Los hoyos que se ven en la parte inferior de la fotografía son el resultado del saqueo ilícito.

En 1988, Demarest dirigió excavaciones de un montículo del preclásico temprano en El Carmen, un sitio descubierto por Amaroli en la costa del departamento de Ahuachapán. Fueron miembros de su equipo: Amaroli, Bárbara Arroyo, López y Mary E. Pye. Lograron encontrar la evidencia más temprana conocida hasta ahora de ocupación humana en El Salvador e identificaron posible evidencia de la explotación de la sal en el sitio.



Excavaciones de El Carmen, 1988.



Kathryn E. Sampeck (izquierda), Howard H. Earnest e Inez Verhagen en Caluco, 1994.

También en 1988, Fowler, asistido por Amaroli y Arroyo, organizó el Proyecto Yçalcos que comenzó con un recorrido en los departamentos de Sonsonate, Ahuachapán y La Libertad, con miras a identificar sitios pipiles de la época de la conquista. Se identificaron varios sitios pipiles, entre ellos Tacuscalco, donde se excavaron pozos de prueba en 1990. En 1994 Fowler, en colaboración con Roberto Gallardo e Inez L. Verhagen, dirigió excavaciones de la iglesia colonial de Caluco y los restos de viviendas antiguas en el pueblo, los cuales corresponden a la época colonial temprana. Verhagen se encargó del levantamiento topográfico de los restos del pueblo antiguo y continuó las excavaciones en 1995. En 1994-95 Kathryn E. Sampeck y Howard H. Earnest llevaron a cabo un reconocimiento completo del valle del río Ceniza, en el departamento de Sonsonate, para estudiar la historia del asentamiento humano en la región. Esta investigación representa el primer intento en El Salvador de hacer un reconocimiento completo de una región grande entera. Hallaron un total de 278 sitios que fechan desde el preclásico medio hasta la época de la República.

Sheets y su equipo volvieron a Joya de Cerén en 1979 y 1980 para efectuar investigaciones geofísicas, aplicando varios métodos de detección remota como la resistencia electromagnética y el radar, pero fue hasta 1989 que se excavaron más estructuras. Después de ese año se llevaron a cabo temporadas de excavación en 1990-91, 1992 y 1993. Hasta la fecha se han excavado 10 estructuras y se han detectado y confirmado la existencia de otras seis. Dieciocho estructuras adicionales han sido detectadas por radar pero su existencia todavía no ha sido comprobada por excavaciones. El alto grado de conservación de Joya de Cerén ha permitido una reconstrucción muy completa de la vida cotidiana de sus antiguos habitantes, la cual han logrado Sheets y sus colegas mediante un análisis multidisciplinario.

En resumen, la arqueología salvadoreña de las últimas tres décadas y media muestra características especiales. En primer lugar, se ha conservado la preocupación heredada del período clasificatorio-histórico con la cronología y las relaciones culturales. Sin embargo, la investigación ya no está orientada sólo al ordenamiento espacio-temporal de los objetos que se han encontrado sino que a los procesos del cambio cultural a través del tiempo. Un estudio somero de los libros, artículos publicados e informes inéditos de estos años indica que la arqueología salvadoreña del período explicativo retoma algunas de las tendencias más destacadas de la arqueología americana en general. Vemos, por ejemplo, varias investigaciones efectuadas dentro de un marco ecológico, diversos intentos de reconstruir la vida cotidiana y la organización socioeconómica de sociedades antiguas y un interés en el desarrollo de la civilización, además de la aplicación de métodos y técnicas de la estadística y las ciencias naturales en la recolección de datos y la interpretación de los resultados.

Es decir, la arqueología salvadoreña ha dejado de ser simplemente la recolección y clasificación de tiestos y otros objetos para convertirse en una disciplina que puede echar mano de una cantidad de herramientas y metodologías de otras disciplinas para arrojar luz sobre las antiguas civilizaciones. Si queremos conocer, tanto como sea posible, de nuestra historia precolombina, hay que aplicar estos nuevos enfoques de la arqueología pero también es imprescindible conservar y proteger los sitios arqueológicos frente al crecimiento económico y poblacional que estamos experimentando a finales del siglo XX.

2

EL MUNDO NATURAL

El medio ambiente de las antiguas civilizaciones

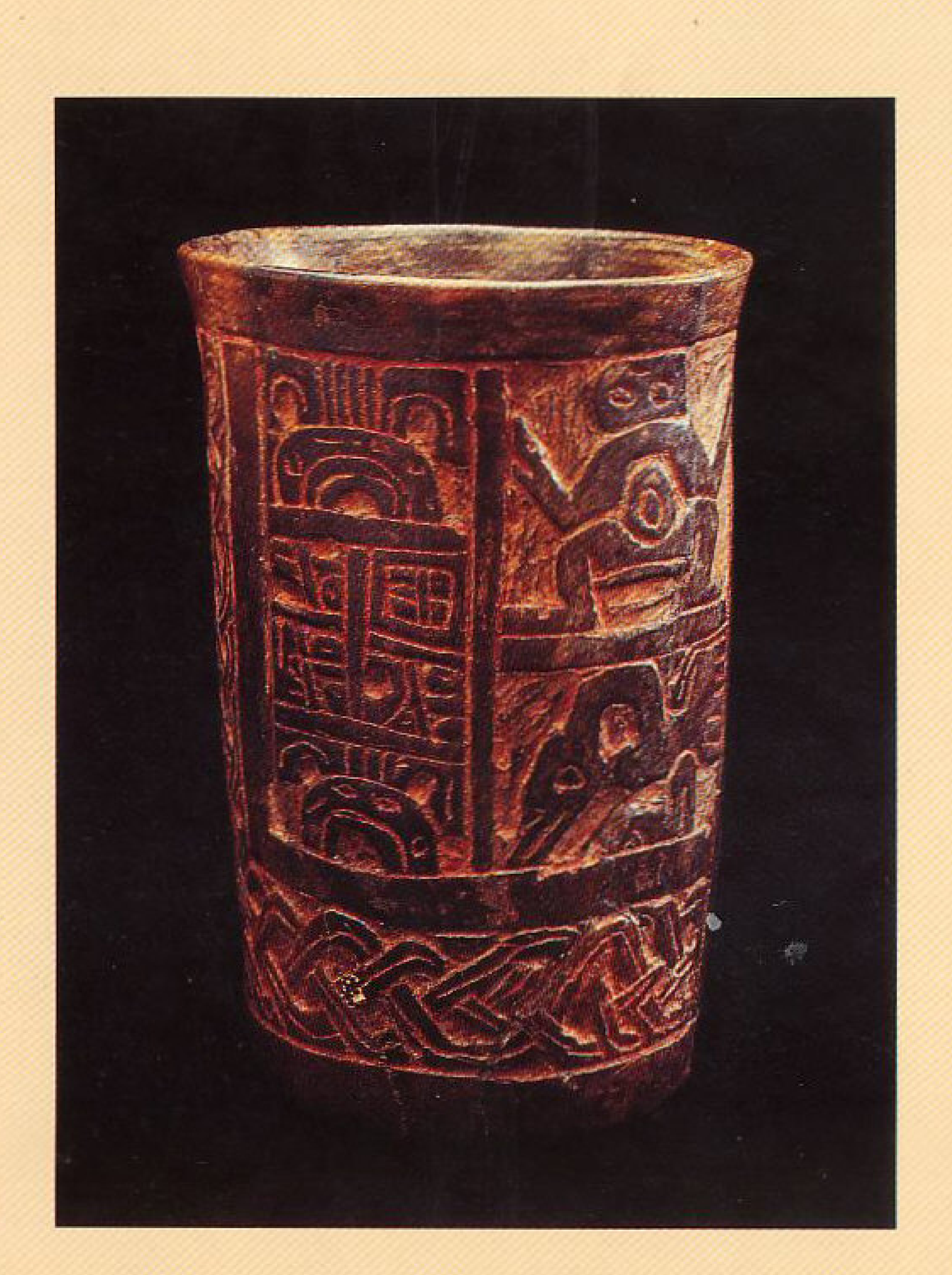


El entorno natural de El Salvador, como el de Mesoamérica en general, manifiesta una gran diversidad ambiental comprimida en un área relativamente pequeña. Esta diversidad natural estimuló la diversidad cultural prehistórica y el intercambio de materias primas y productos entre distintas zonas. El intercambio, ya sea de larga distancia o sólo entre las comarcas más próximas, facilitó a la vez la difusión de ideas y rasgos culturales y dio lugar a las alianzas y, a menudo, los conflictos entre los grupos sociales de distintas regiones.

Los factores ecológicos más importantes en el desarrollo cultural de los pueblos mesoamericanos fueron: el clima, con su variabilidad de temperatura y lluvia; los suelos; los minerales; y las comunidades naturales bióticas de plantas y animales. La combinación de estos factores estableció límites y posibilidades para el sustento de la vida y el desarrollo de la cultura humana. Como saben todos los agricultores campesinos, el medio ambiente presenta tanto oportunidades como riesgos, a los cuales hay que enfrentarse simultáneamente.

El factor más decisivo en un país como El Salvador que vive de la agricultura es, sin duda, la lluvia, ya que cualquier irregularidad en ella tiene efectos negativos en la productividad y repercusiones en la población humana.

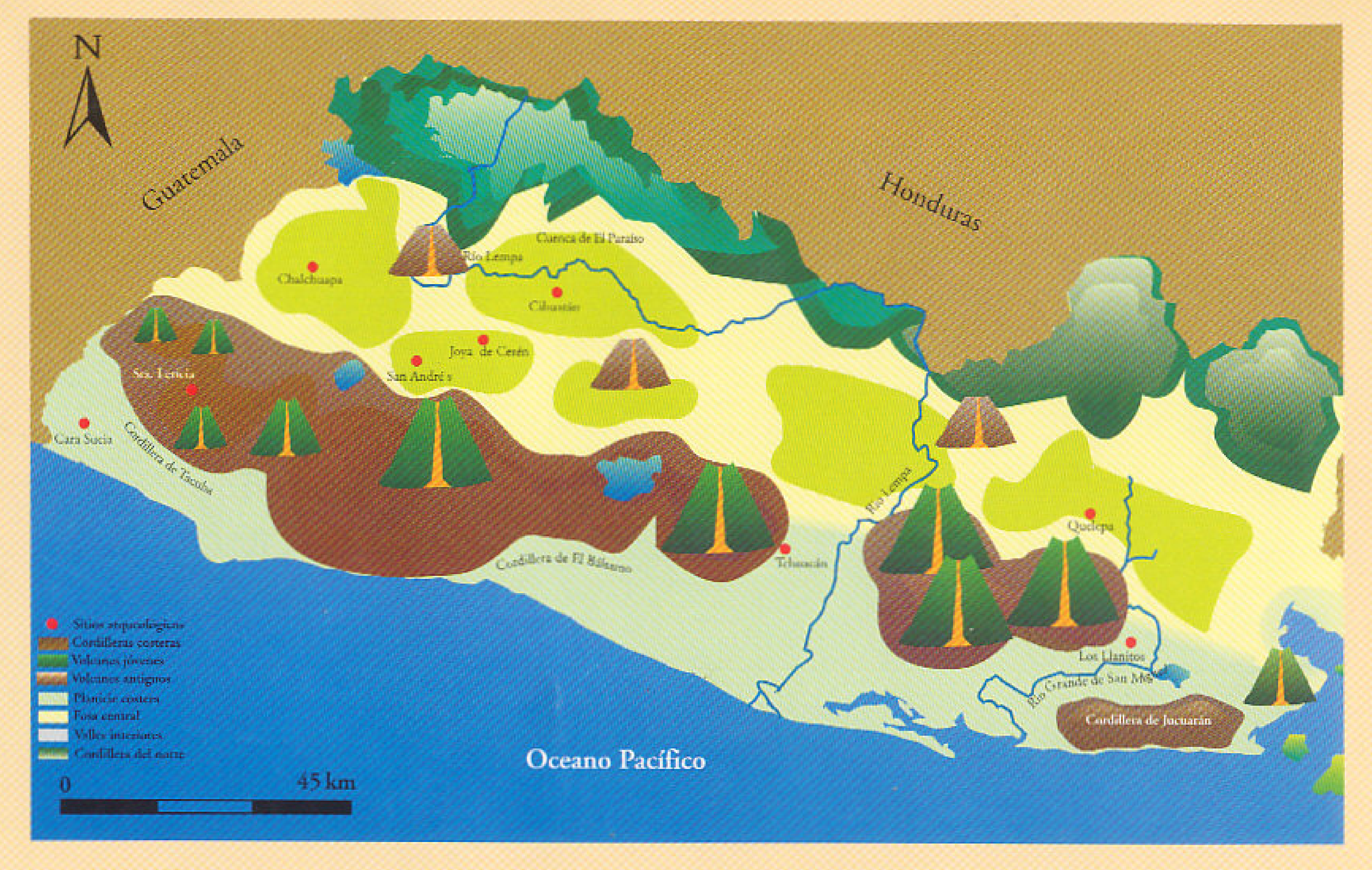
Los geógrafos han dividido Mesoamérica en tres zonas climáticas que corresponden a su potencial para ciertos cultivos: tierra caliente, abajo de los 1000 m sobre el nivel del mar; tierra templada, desde 1000 a 2000 m; y tierra fría, por encima de los 2000 m. Las diferencias climatológicas entre estas zonas están dadas por la lluvia. Por lo general, las regiones de tierra fría reciben relativamente poca precipitación, de 400 a 1000 mm por año, aunque en El Salvador esta zona recibe una apreciable precipitación anual que oscila entre 2000 a 3000 mm. Las zonas de tierra templada reciben una precipitación variable, con un rango de 500 a 2500 mm, mientras las regiones de tierra caliente son las más húmedas con un rango de 1000 a 5000 mm. Por encima de los 2000 m, se forma escarcha de octubre a marzo, lo que limita la capacidad para la agricultura. Abajo de los 2000 m, se dan casi todos los cultivos nativos de Mesoamérica pero, debido a la variación de condiciones, los cultivos de la tierra templada no son idénticos a los de tierra caliente. En todas las zonas, la lluvia se presenta con una marcada periodicidad, alternando entre la estación seca, o el verano, de noviembre a abril; y la estación lluviosa, o el invierno, de mayo a octubre; el 90% de la precipitación anual cae durante el invierno.



Vaso con decoración esculpida en bajo relieve decorado con figuras de ranas, garzas, motivos entrelazados y unas figuras que aparentemente representan al monstruo de la tierra. Tazumal, Chalchuapa, clásico tardío.

A excepción de los picos más altos de los macizos montañosos y los volcanes, casi todo El Salvador está clasificado como tierra caliente. La precipitación promedio anual para la mayoría del país es de 1500 a 2000 mm. Las temperaturas mínimas absolutas en las zonas abajo de los 1000 m oscila de unos 11° a 20° C y las máximas de 31° a 41° C, con variaciones cotidianas que no superan los 10° C. Es un clima agradable, sin extremos de calor y frío, y con lluvia suficiente para la agricultura. A estas condiciones climatológicas se suma una geología compleja con una variedad de suelos de distintas clases. Dos clases son de mayor importancia para la capacidad agrícola: los latosoles arcilloso rojizos y los regosoles y andosoles de origen volcánico. Los suelos y, por consecuencia, la vegetación natural, varían conforme a la morfología de la tierra. En términos muy generales, se puede dividir el territorio que comprende El Salvador en cuatro zonas topográficas principales: la planicie costera, las cordilleras costeras, la fosa central y la cordillera norte.

La planicie costera es una extensión que corre desde Chiapas y Guatemala hasta el Golfo de Fonseca, y constituye una sola zona ecológica que se extiende a lo largo de las montañas costeras y la cadena volcánica reciente. El litoral del Pacífico de Centroamérica



Este mapa topográfico de El Salvador indica las ubicaciones de los sitios arqueológicos principales en relación a las zonas fisiográficas.

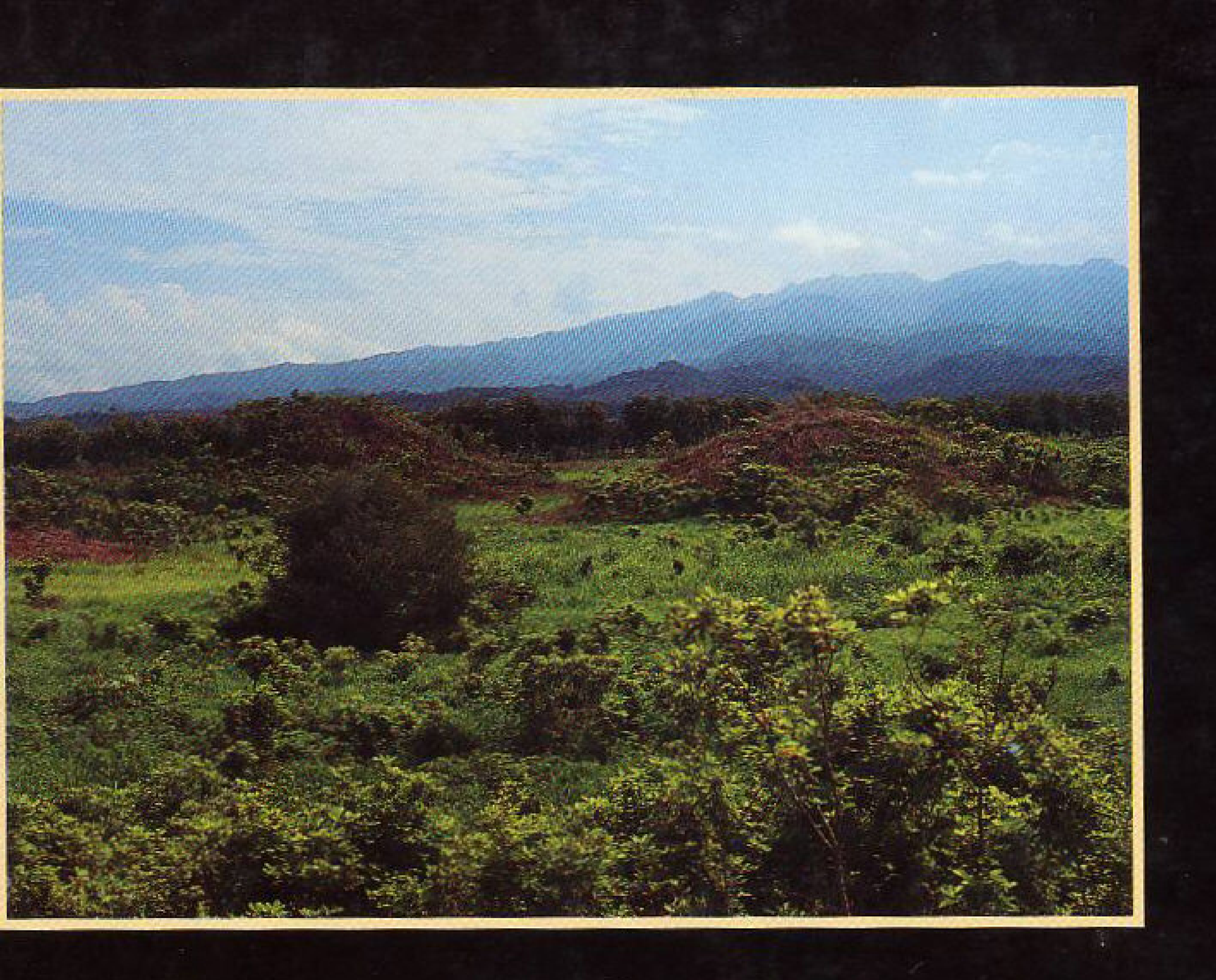
tiene un ancho promedio de unos 30 km desde la playa hasta las faldas de los volcanes. En El Salvador la planicie es más reducida, extendiéndose en una faja muy angosta de unos 15 a 20 km de ancho. Se inicia en la bocana del río Paz, en la frontera con Guatemala, y corre hacia el este, interrumpida por la cordillera del Bálsamo. Esta parte montañosa que se precipita hasta el mar llega hasta la playa de Conchalío y el puerto de La Libertad. Continúa la planicie costera hasta ser nuevamente interrumpida por el macizo montañoso de Jucuarán. De ahí continúa en una faja estrecha que rodea el golfo de Fonseca. La planicie alcanza su anchura máxima de 25 km sobre el abanico aluvial del bajo Lempa. Los suelos del litoral varían de latosoles arcilloso rojizos a regosoles aluviales originados de cenizas volcánicas, ambos de productividad moderadamente alta a muy alta. A veces ocurren manchas salinas en la planicie, las cuales limitan su capacidad agrícola. Los suelos más cercanos a los esteros tienen una alta concentración salina que apoya extensos bosques de mangle.

Las montañas costeras constan de tres macizos independientes, conocidos como las cordilleras de Apaneca (o Tacuba), Bálsamo y Jucuarán. La de Apaneca comienza a la ribera este del río Paz, a una altura de 300 m, y alcanza una altura de 1400 m en el altiplano de Tacuba. Su altura máxima, que se encuentra en el Cerro Grande de Apaneca, es de unos 1800 m. La cordillera del Bálsamo comienza al este del valle del río Ceniza, cerca de Izalco y Sonsonate, a una altura de 500 m, y llega a su cumbre al sur de Jayaque, con una altura máxima de 1500 m. Continúa hasta el volcán de San Vicente donde baja suavemente hacia el valle del río Jiboa. La cordillera de Jucuarán se inicia al este del valle del río Grande de San Miguel y se extiende hasta el volcán de Conchagua, con un rango de altura de 500 a 750 m. Los suelos, en la mayoría de las montañas costeras, son latosoles arcillosos rojizos, profundos y bien desarrollados, de moderado a alto potencial agrícola. En la sierra de Apaneca, la proximidad a los volcanes ha dado lugar a la deposición de suelos muy fértiles andosoles y regosoles derivados de cenizas volcánicas.

Un rasgo fundamental de la geología de Centroamérica es la fosa central de El Salvador, una depresión alargada y hundida en la corteza terrestre, inclinada del noroeste al sureste, delimitada por fallas estructurales en sus márgenes. Parte de la gran fosa centroamericana, también conocida como el *graben*, se ensancha a lo largo del país, desde el lago de Güija en el noroeste hasta el golfo de Fonseca en el sureste, con un ancho que varía entre 10 y 30 km.



La cordillera de El Bálsamo, vista aquí desde el Cerro de Ulata, se caracteriza por aristas altas paralelas.



La llanura costera desde Cara Sucia, Ahuachapán; al fondo, la cordillera de Tacuba.

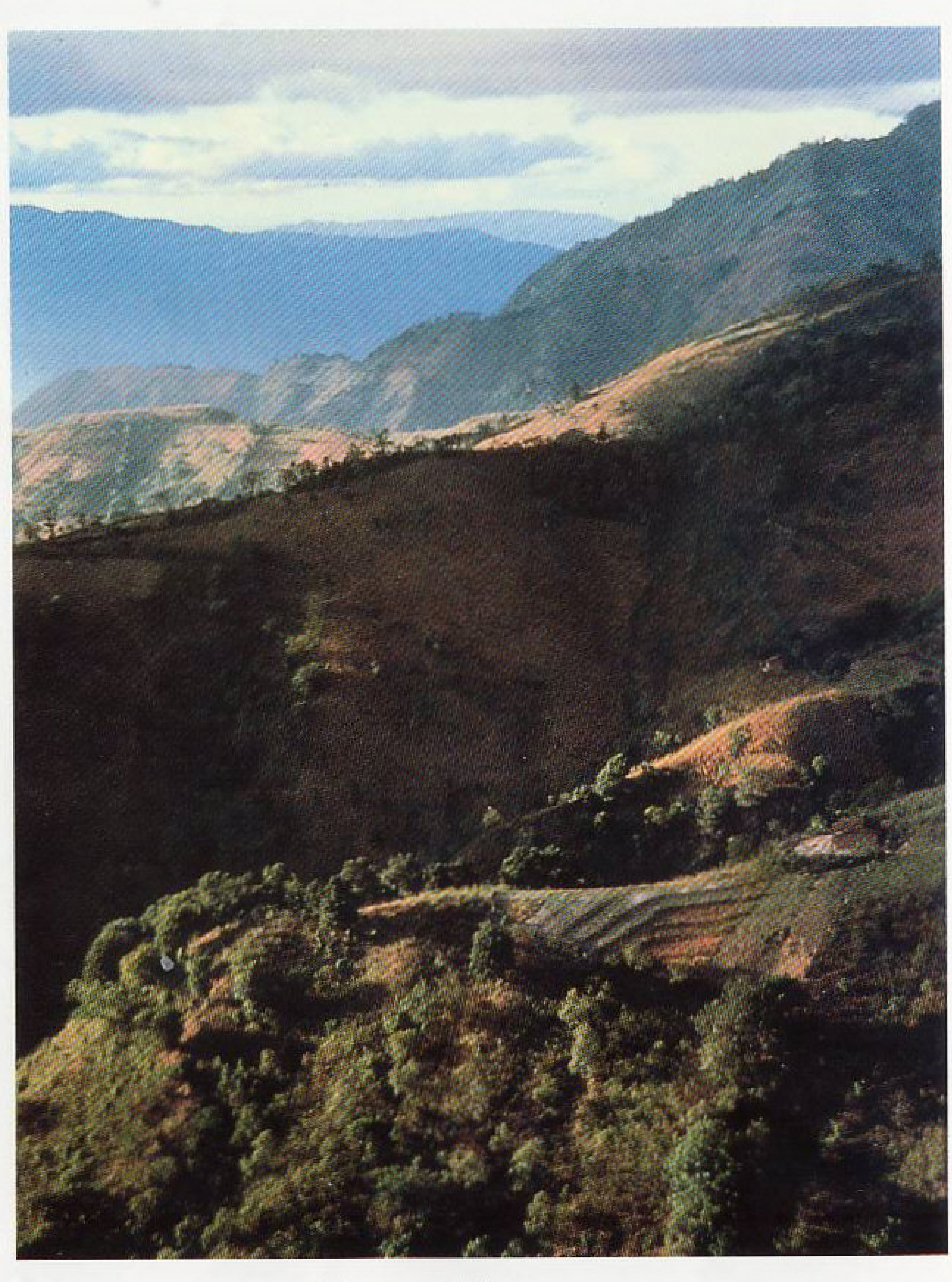
La cordillera de Tacuba, cerca de Apaneca.



Pasando el golfo, la depresión sigue hasta la bocana del río San Juan, en la costa atlántica de Nicaragua, extendiéndose una distancia total de unos 650 km. Entre las diversas clases de suelos del *graben* predominan los suelos andosoles y regosoles derivados de cenizas volcánicas, transportados por eyecciones volcánicas o por corrientes de agua, de alto potencial agrícola. También se encuentran en esta zona los llamados grumosoles, suelos arcillosos muy pesados de poco provecho para el cultivo.

A lo largo del margen sur de la fosa central se alza la cadena volcánica reciente, rasgo dominante del paisaje salvadoreño. El país siempre se ha caracterizado por una gran actividad volcánica, la cual está estrechamente ligada a la actividad sísmica, tanto ahora como en el pasado. La gran cadena volcánica del Pacífico, que corre de Alaska hasta Tierra del Fuego, está representada en El Salvador por cuatro complejos volcánicos principales, varias calderas y muchos conos aislados asociados. Los principales volcanes, todos los cuales se consideran activos aún, son: Santa Ana o Ilamatepec (2365 m), Izalco (1910 m), San Salvador o Quezaltepeque (1960 m), San Vicente o Chichontepec (2181 m), Tecapa (1594 m), San Miguel o Chaparrastique (2130 m), y Conchagua (1243 m). Las islas volcánicas del golfo de Fonseca, Conchagüita y Meanguera, continúan la cadena. Además de la cadena de volcanes recientes, existen varios volcanes antiguos o extinguidos, principalmente los de Guazapa, Siguatepeque y Cacaguatique. Las cimas y faldas superiores de los volcanes recientes tienen muchas piedras basálticas y andesíticas, capas de escoria, y suelos raquíticos en proceso de formación; el volcán Izalco, por ser de tan reciente formación, carece por completo de suelos. Las faldas inferiores y planicies de pie de monte tienen andosoles y regosoles, derivados de materiales piroclásticos y latosoles arcilloso rojizos, ambos de alta productividad. Los suelos asociados con los volcanes antiguos son de materiales volcánicos que han formado latosoles arcilloso rojizos, generalmente considerados productivos, pero están muy erosionados y pedregosos y por consiguiente sólo apoyan una agricultura de subsistencia.

Una serie de valles restringidos y discontinuos interrumpe la fosa central. Entre los valles principales se destacan los sistemas de los ríos Paz, Ceniza, Sucio, Acelhuate, el medio Lempa, Jiboa y Grande de San Miguel. En algunos casos, los accidentes geológicos han configurado cuencas más o menos bien definidas, como la cuenca de Zapotitán y la de El Paraíso, que tienen llanuras de inundación anchas y fértiles. Hay mucha variedad de suelos en los valles interiores; en algunas partes se encuentran regosoles derivados de cenizas volcánicas relativamente recientes, depositados encima de latosoles arcilloso rojizos más antiguos. En otras partes predominan los suelos arcilloso rojizos bien desarrollados. En ambos casos, se trata de suelos fértiles aptos para el cultivo siempre que no sean dañados por la erosión.



La cordillera norte, departamento de Chalatenango.



El complejo volcánico de Santa Ana desde Tacuscalco, departamento de Sonsonate.

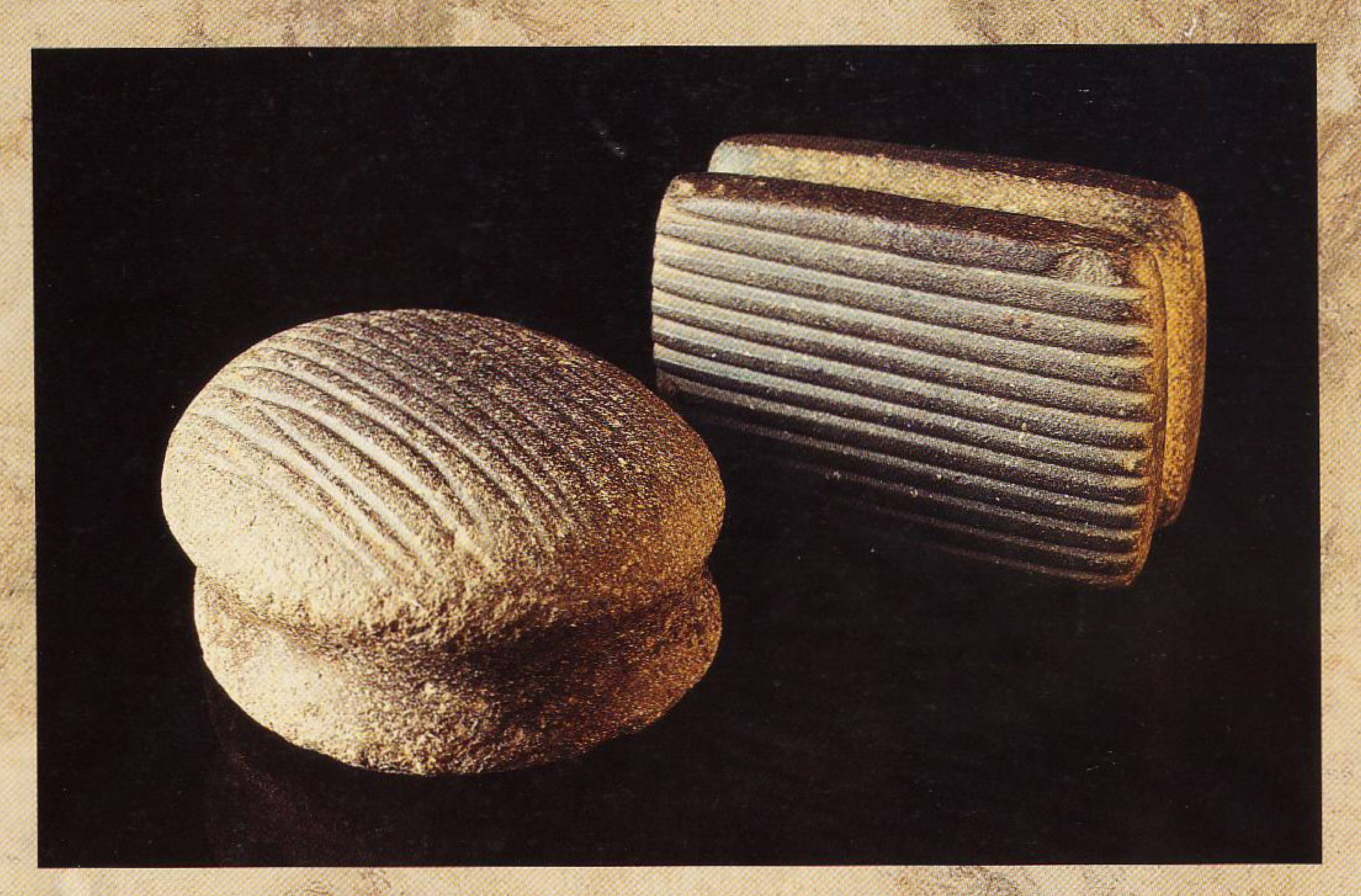


Pequeña tapadera de vasija monocroma, decorada con una efigie de sapo al pastillaje.
El Tanque, valle de El Paraíso, clásico tardío.



Cajete trípode de cerámica tipo policromo Campana. Al centro del interior se ve una figura fantástica que probablemente sea un cangrejo. Tazumal, Chalchuapa, clásico tardío.





Machacadores de piedra para hacer papel de amate. El naturalista del siglo XVI Francisco Hernández describió el amate y el proceso de hacer el papel en la siguiente manera:

"...es árbol grande con hojas como de limonero , con flor y fruto blancos dispuestos en corimbos, de sabor y olor casi nulos y de naturaleza fría y seca. Nace en los montes de Tepoztlan, donde con frecuencia se mira hormiguear una multitud de obreros que fabrican de este árbol un papel no muy a propósito para escribir o trazar líneas, aunque no deja pasar la tinta a su través, pero propio para envolturas y muy adecuado y útil entre estos indios occidentales para celebrar las fiestas de los dioses, confeccionar las vestiduras sagradas y para adornos funerarios. Se cortan solo las ramas gruesas de los árboles, para dejar que los renuevos se endurezcan; se maceran con agua y se dejan remojar durante la noche en los arroyos y ríos. Al día siguiente se les arranca la corteza, y después de limpiarla de la cutícula exterior, se extiende a golpes con una piedra plana pero surcada de algunas estrías, y que se sugeta con una vara de mimbre sin pulir doblada, en círculo a manera de mango. Cede aquella madera flexible; se corta luego en trozos que, golpeados de nuevo con otra piedra más plana, se unen facilmente entre sí y se alisan; se dividen por último en hojas de dos palmos de largo y palmo y medio aproximadamente de ancho, que imitan nuestro papel más grueso y corriente, pero son más compactas y más blancas, aunque muy inferiores a nuestro papel más terso..."

Un amate sale de la cima de un montículo del sitio de Tacuscalco, departamento de Sonsonate.



Figurilla con ruedas que representa un perro, Cihuatán, postclásico temprano.

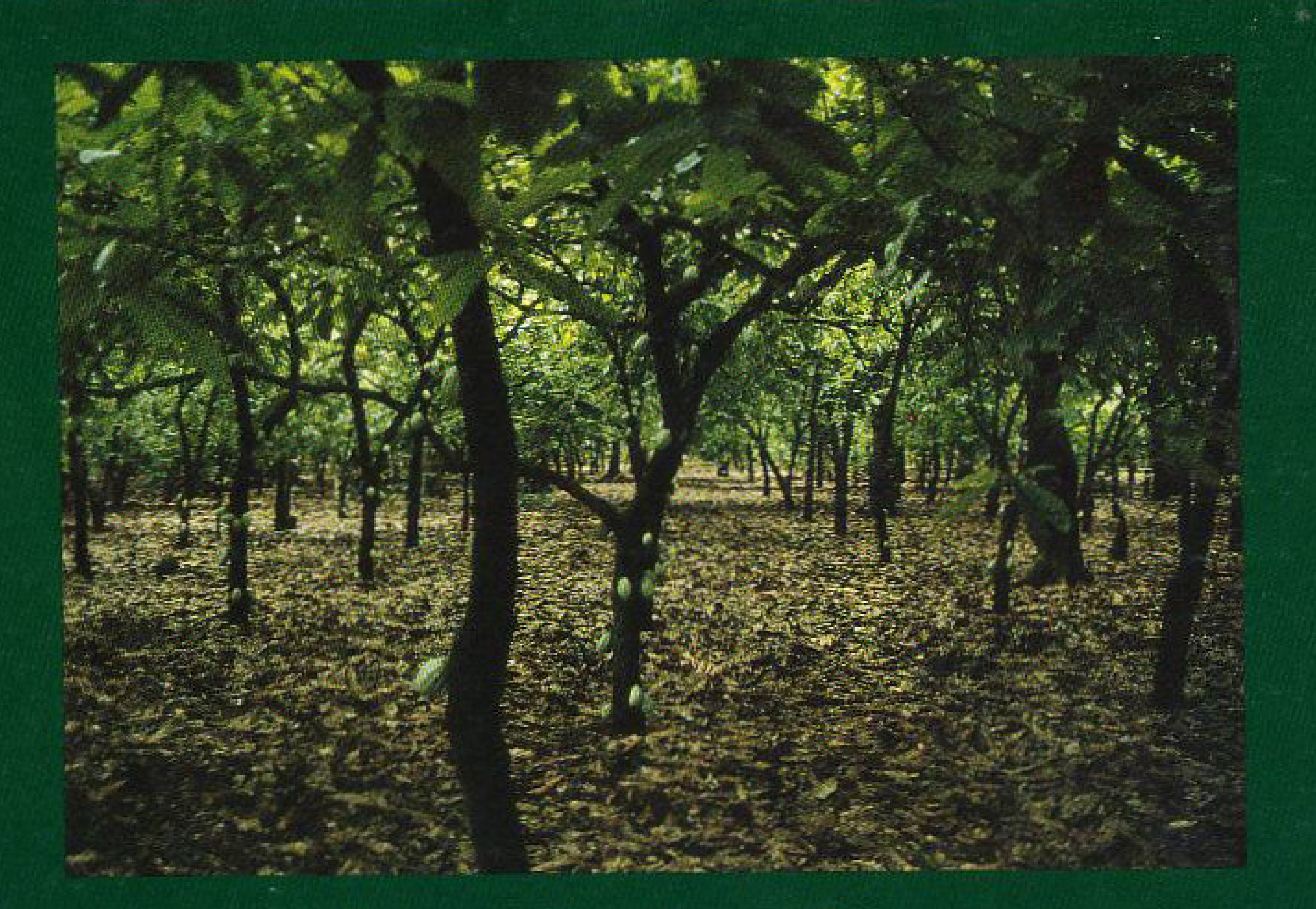


Vaso silbador de cerámica con efigie de mono, modelada, umal, Chalchuapa, clásico tardío.

Pito-flauta de cerámica con efigie de búho.
Región de Cara Sucia,
costa del departamento de Ahuachapán,
clásico tardío.

Pito-efigie modelo de litera cubierta o palanquín.
Descansando sobre las dos columnas y el respaldo
está un techo coronado por una
efigie al pastillaje de un garrobo o iguana.
Región de Cara Sucia, costa del departamento de
Ahuachapán, clásico tardío.





Huerta de cacao. Esta fotografía muestra una huerta en Izapa, Chiapas, México. Todavía se cultiva el cacao en pequeñas cantidades en la zona de Caluco, departamento de Sonsonate.



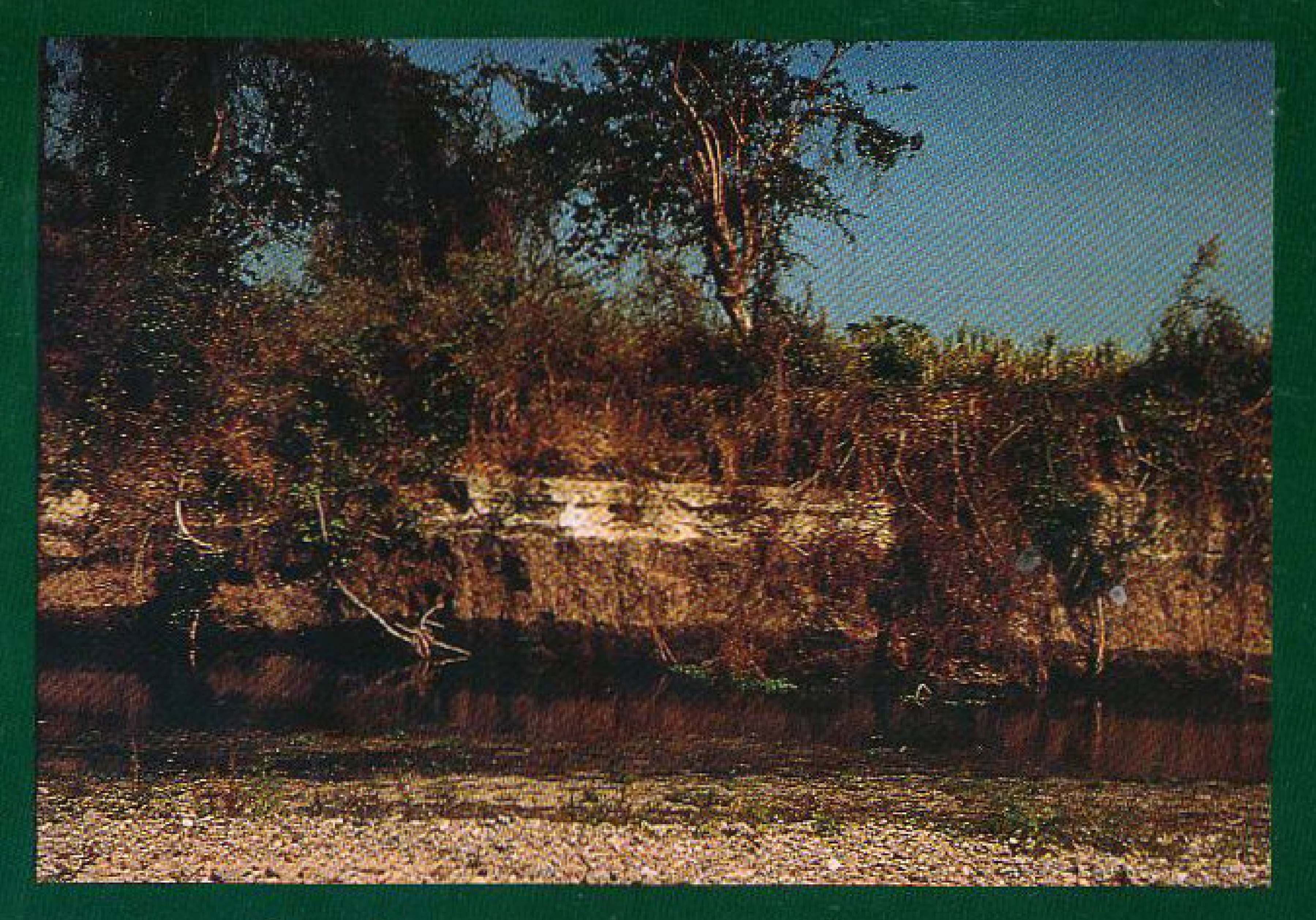
Procesamiento de cacao en Caluco.

La cuarta y última zona topográfica principal es la cordillera norte, compuesta de tres bloques de montañas altas y fuertemente diseccionadas que corren en dirección paralela a la costa del mar. Es aquí donde se alcanza la mayor elevación del país, en el cerro El Pital, cuya cima tiene una altura de 2730 m. En las partes más altas de las montañas se encuentran suelos podzoles rojo amarillentos de bajo potencial agrícola pero en las laderas inferiores hay latosoles arcilloso rojizos, aunque no muy profundos, que sirven para el cultivo de roza y quema.

En resumen, El Salvador muestra mucha variedad topográfica con una distribución complicada de suelos. Los latosoles arcilloso rojizos cubren mayor extensión, encontrándose en la planicie costera y los llanos de los valles de la fosa interior, y en el terreno ondulado de las montañas costeras hasta las montañas de la cordillera norte. Estos son suelos, por lo general profundos y bien desarrollados, de moderada a alta capacidad agrícola. Los andosoles y regosoles de origen volcánico se encuentran en las montañas costeras, las faldas de los volcanes y en la planicie costera y los valles de la fosa central. Aunque estos son suelos de muy alta productividad para todos los cultivos, hay que tomar en cuenta que la capacidad agrícola depende no solo del potencial de los suelos sino también de su protección de perturbaciones como los estragos de la erosión y las actividades del hombre como la tala y quema de los bosques u otras modificaciones de una naturaleza cultural.

Hasta hace unos 3,500 años, la caza y la recolección formaban las bases de subsistencia en Mesoamérica, cuando la producción agrícola llegó a ocupar el papel central como sustento de la vida. A partir de esa época, el medio ambiente de El Salvador sufrió muchos cambios a consecuencia de la agricultura y otras actividades de una población humana que creció casi constantemente hasta que llegaron las enfermedades europeas en el siglo XVI.

El clima idóneo, la lluvia abundante y los ricos suelos de El Salvador sentaron las bases de una vegetación natural exuberante y una fauna rica y variada de muchas especies útiles, que los humanos aprovecharon en la época precolombina. El geógrafo Howard E. Daugherty ha calculado que originalmente los bosques caducifolios representaban un 90% de la vegetación desarrollada del territorio nacional, distribuidos principalmente en las zonas de tierra caliente. Algunos ejemplos de árboles de esta clase, que utilizaban los nativos del país a la llegada de los españoles, incluyen el amate, el bálsamo, la



Un campo de cultivo de la época preclásica tardía en el sitio de Río Grande, departamento de Chalatenango, se observa en el corte del río. La milpa fue cubierta por ceniza de la erupción del volcán Ilopango en el tercer siglo d.C.



Una salina de evaporación cerca del sitio de Asanyamba, Chapernalito, La Unión. La sal se ha producido en las zonas costeras de El Salvador desde tiempos precolombinos.

ceiba, el conacaste, el copal, el jocote, el madre cacao y el marañón. De la corteza del amate se hacía papel de amate, muy importante en un sentido ceremonial para todos los pueblos indígenas de Mesoamérica. El aceite del bálsamo, como se sabe, tiene muchos usos medicinales y cosméticos. La ceiba, además de ser un árbol espléndido para sombra y de madera suave y fácil de trabajar, rinde una fibra lustrosa como seda que se usaba para hacer colchones. La madera del conacaste y del madre cacao se presta para muchos usos, la del primero especialmente para hacer cayucos, y el segundo para dar sombra a los árboles pequeños y frágiles de cacao. De la resina del árbol de copal se extraía incienso, para usos ceremoniales, mientras que los frutos del jocote y el marañón proporcionaban vitaminas esenciales.

Una planta de mucha importancia económica, que se daba en las zonas de tierra caliente de los valles interiores, fue el añil o jiquilite, del cual se saca un colorante de color azul oscuro. Junto con el algodón, cultivado en muchos lugares de los valles interiores, especialmente en la región central, el añil y varias otras plantas que rinden tinte probablemente formaban parte de una industria muy destacada de los grupos precolombinos del país.

Algunos árboles de la tierra templada también eran de importancia económica para las culturas indígenas. Entre ellos se puede mencionar el pino, para la producción de ocote y madera, y el liquidámbar, que da una resina de usos cosméticos. Ciertas palmas, como el coco, el corozo y el coyol, que se dan en las tierras calientes y templadas se utilizaban para alimento, bebida, aceite y fibra.

Entre las plantas cultivadas, el maíz, el frijol y el ayote formaban la base de la dieta de casi todos los grupos indígenas de El Salvador, como en el resto de Mesoamérica. Otros cultivos de mucha importancia fueron el chile, el aguacate, el tomate y el chipilín. El cacao, sin lugar a dudas el cultivo comercial de mayor importancia del área, se cultivaba en zonas limitadas, principalmente en la región de los Izalcos. El tabaco se cultivaba para usos ceremoniales. El maguey probablemente se cultivaba en el oriente, como ocurre hoy en día.

Los sistemas de cultivo que se han usado en el país en el pasado incluyen una gran variedad de métodos y prácticas. Los primeros agricultores, sin duda, empleaban el sistema de roza y quema, el cual consiste en sembrar un año ciertas parcelas para luego dejarlas descansar por un período de tres o cuatro

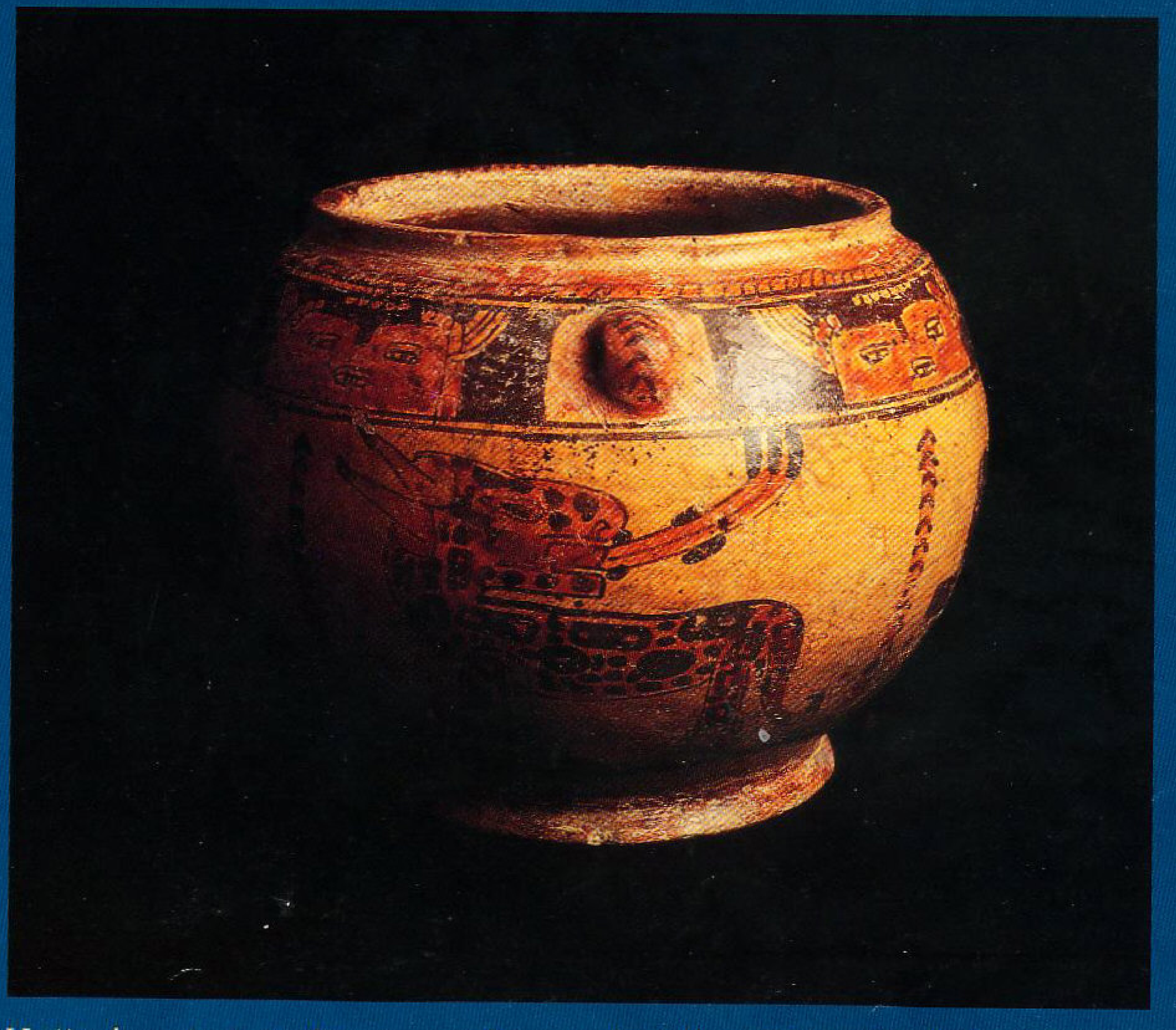


Pito de cerámica, efigie de un hombre parado, con un defecto facial del lado derecho de la boca y nariz, que posiblemente representa "haniche" o labio leporino. Costa de Ahuachapán o Sonsonate, clásico tardío.

años para restaurar su feracidad. Este tipo de cultivo todavía se practica en las zonas de menor potencial como, por ejemplo, en las pendientes de la cordillera norte. Después de más de un milenio de crecimiento de la población, fueron desarrollados nuevos sistemas de cultivo intensivo, quizas acompañados por la adopción de nuevas variedades de maíz. No es raro observar en los cortes de caminos, en la zona central y el occidente del país, campos de cultivo antiguos enterrados por ceniza volcánica, derivada de la erupción del volcán Ilopango, en aproximadamente 260 d.C. Estos campos se reconocen por su cárácteristica ondulación de surcos y camellones y, de acuerdo al arqueólogo Payson D. Sheets, mientras algunos fueron de regadío, otros fueron de cultivo seco, o sea, dependían de la lluvia para humedecer los suelos. Para el cultivo del cacao, un árbol muy delicado, era imprescindible el regadío.



Frasco de cerámica rectángular tetrápode con dos entrepaños esculpidos en los lados mayores y efigie de jaguar encima. Soyapango, departamento de San Salvador, clásico tardío.



Vasija de cerámica policroma con base anular y decoración pintada de un jaguar.



Los animales de caza de mayor importancia eran el venado de cola blanca y el conejo, aunque la danta y el jabalí también terminaban de vez en cuando en el fogón, al igual que el cusuco y la iguana, muy cotizados por su carne blanca y suave. Varios tipos de pescado y marisco, especialmente la mojarra y el tepemechín, el chacalín y el camarón, también se comían. Dos animales muy feroces, el jaguar y el caimán, se cazaban pero tenían un papel más bien ritual que alimenticio, ya que la gente creía que los shamanes se convertían en estos animales para salir de noche o para viajar al inframundo. Finalmente, las plumas largas del quetzal, adquiridas de las tierras frías de la cordillera norte, se cotizaban mucho para adornar los tocados de los nobles y los gobernantes.

El perro y el pavo fueron los únicos animales domésticos conocidos antes de la llegada de los europeos. Los dos aparecen frecuentemente en el arte cerámico de los antiguos pueblos salvadoreños. Ambos son animales de origen norteño, traídos hace milenios de México y Norteamérica.

La sal se extraía en muchos lugares de la costa. El proceso indígena para procesar la sal fue descrito por el Lic. Diego García de Palacio, cuando visitó El Salvador en 1575. Según él, se echaba la salmuera en ollas grandes de cerámica colocadas sobre un fuego para evaporar el líquido, dejando una sal limpia de alta calidad. El combustible que se usaba era leña de mangle. Palacio comentó que este método de hacer la sal era muy costoso en trabajo, leña y ollas.

La obsidiana era la piedra más común para la elaboración de los utensilios para cortar y raspar. Debido a que en El Salvador no hay yacimientos de obsidiana, todo este material que se usaba aquí era traído de Guatemala, donde se encuentran tres yacimientos de importancia: Ixtepeque, cerca de Asunción Mita; Jilotepeque, cerca de San Martín Jilotepeque; y El Chayal, cerca de la ciudad de Guatemala. Se supone que los mecanismos para obtener la obsidiana variaron a través del tiempo, según el nivel de complejidad de la sociedad. Al principio, la obtención directa fue el mecanismo más común, tal vez combinada con el trueque sencillo de persona a persona. Poco a poco, con el aumento de la población y la complejidad de la organización política de la sociedad, los mecanismos de obtención llegaron a ser más complicados y más sofisticados.

Como descubrieron los conquistadores, la gran riqueza natural de El Salvador precolombino estribó no sólo en su flora, su fauna y su agricultura, sino también en su población humana. Todos los observadores contemporáneos del siglo XVI, desde Pedro de Alvarado a Bartolomé de las Casas, coinciden en que la población nativa era muy densa en la época de la conquista. Según Rodolfo Barón Castro, connotado historiador salvadoreño, la población indígena total de todo el territorio salvadoreño al momento de la conquista era de 116,000 a 130,000 indios, pero esta cifra parece demasiado baja. Un nuevo cálculo sobre bases más sólidas, sugerido por William R. Fowler, permite estimar una población mínima de 1,000,000 de personas en El Salvador en 1519, antes de que los estragos de la primera epidemia de viruelas o sarampión azotara a todos los pueblos indígenas del sur de Mesoamérica.

Vasija de cerámica esculpida en forma de efigie de cusuco.
San Rafael Obrajuelo, La Paz, preclásico tardío. ▶

3

EL CAMINO A LA CIVILIZACION

El período preclásico



Aunque suponemos que los humanos ocuparon la región de El Salvador por primera vez hace más o menos 10,000 años, todavía no se ha detectado la evidencia física de esta presencia inicial. En cambio, en Norteamérica existen muchos sitios del llamado período paleoindio (anterior al 8000 a.C.), reconocidos por la presencia de puntas de lanzas acanaladas de los tipos Clovis y Folsom, cuyos nombres se derivan de dos poblados en el Estado de Nuevo México (U.S.A.). En los sitios de Clovis y Folsom fueron encontrados por primera vez los vestigios de grupos de cazadores-recolectores tempranos de hace 11,500 y 10,500 años respectivamente. En estos y otros sitios, las puntas y otros utensilios líticos se encuentran asociados con los restos óseos de mamíferos grandes ya extintos como el mamut, el mastodonte y el bisonte, que se cazaban al final de la última época glacial.

Los primeros inmigrantes al continente americano fueron los herederos de una tradición tecnológica que se había desarrollado en el noreste de Asia durante la época paleolítica tardía (hace 30,000-12,000 años). El sello de distinción de los primeros

cazadores americanos fue la lanza armada con punta de proyectil del estilo Clovis. Estas puntas, talladas por lo general de pedernal fino o sílex, tienen una forma lanceolada. Fueron elaboradas con mucho esmero y cuidado; para darles su acabado, el artesano desprendía una lasca pequeña en forma de acanaladura en las dos caras del extremo de la base. Por eso es que a veces las puntas de este estilo se llaman "puntas acanaladas". La acanaladura en la base servía para facilitar el montaje de la punta en un puño de hueso o marfil que luego se montaba al fuste de la lanza con cuerdas de ligamento, a las que se aplicaba sangre como pegamento. Para tirar las lanzas, los cazadores usaban una barra de tirar o *atlatl.* Este es un instrumento plano-rectangular o a veces cilíndrico, generalmente tallado de madera. En un extremo del *atlatl* había un gancho donde se insertaba el extremo del fuste de la lanza, dándole, efectivamente, más extensión al brazo del cazador para aumentar la fuerza y la velocidad con que se tiraba la lanza.



Punta Clovis (izquierda) y punta Folsom (derecha), enseñando la forma en que estaban colocadas en el asta.

¿Cuándo llegaron estos grupos humanos a América? Aunque siempre ha existido un debate encendido entre los especialistas con respecto al tiempo de la llegada de los primeros pobladores que cruzaron el puente de tierra sobre el estrecho de Bering, muchos arqueólogos opinan que una llegada anterior a 15,000 años es poco probable, y otros piensan que la fecha no puede ser anterior a 12,000 años. Esta fecha coincide con la aparición de las puntas Clovis en toda Norteamérica, y de las llamadas puntas "cola de pez", muy semejantes a las puntas Clovis, que se han hallado desde Costa Rica y Panamá hasta la Tierra del Fuego en Suramérica.

En las tierras altas de Guatemala se han hallado, a flor de tierra, algunas puntas acanaladas, al igual que en Belice, Costa Rica y Panamá, pero nunca en contextos estratigráficos que se puedan fechar. En El Salvador se han hallado restos de mamuts, pero sin materiales culturales asociados. La presencia en algunas colecciones particulares de puntas de obsidiana que se asemejan a las puntas Folsom y otras similares del período arcaico sugiere la existencia en El Salvador de sitios de gran antigüedad.

El período arcaico (8000-2000 a.C.) también representa una laguna en nuestro conocimiento de la historia indígena temprana de El Salvador. Sin embargo, se ha sugerido que los petrograbados de la Cueva del Espíritu Santo, en Corinto, Morazán, pertenecen al arcaico, pero el fechamiento de este sitio es poco preciso y esta posibilidad queda por confirmarse.

Considerando su ubicación con respecto al istmo centroamericano y la riqueza de sus recursos naturales, es casi imposible que el territorio de El Salvador actual no haya sido habitado, o por lo menos transitado, por grupos humanos en una fecha muy temprana. La carencia de datos de los períodos paleoindio y arcaico se debe, sin duda, a las malas condiciones de preservación de los sitios de poblamiento y el hecho de que la mayoría de los restos de estos períodos estarían enterrados a niveles muy profundos. Por el momento, se puede vaticinar que algún día se encontrará un sitio de gran antigüedad expuesto en un corte de camino debajo de ceniza de una erupción volcánica, de hace más de 5,000 años.

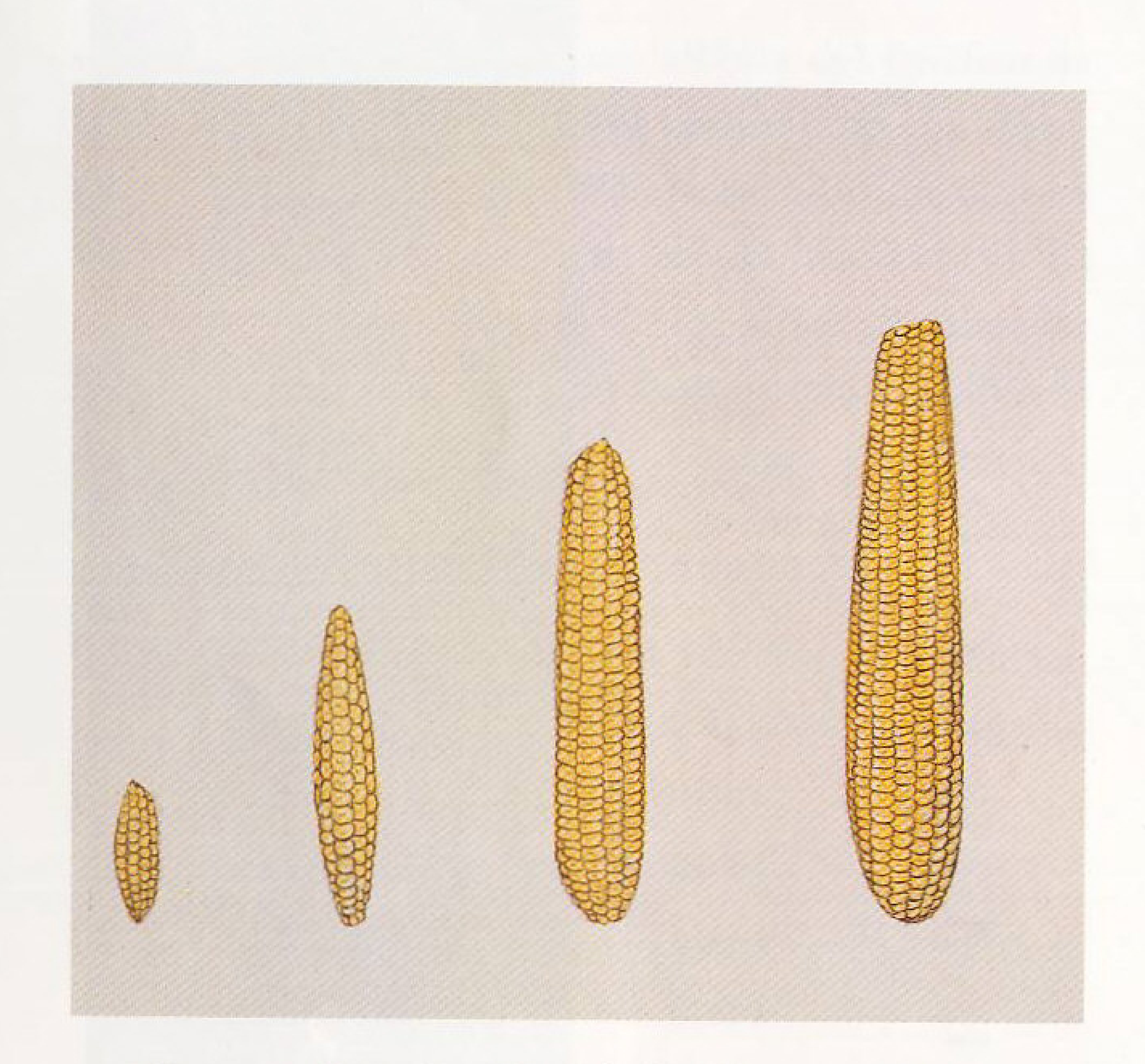
Si consideramos algunos hallazgos de otras regiones de Mesoamérica, podemos hacernos una idea de los procesos y los acontecimientos del período arcaico. Durante este largo período se desarrolló un patrón de vida aldeana, basada en el cultivo del maíz, que llegó a caracterizar a toda Mesoamérica. Hace más de 7,000 años, pequeños grupos de agricultores incipientes seminómadas tomaron los primeros pasos hacia la vida sedentaria cuando comenzaron a experimentar con una forma de maíz silvestre que, a primera vista, difícilmente pudiera haber llegado a ser la base de subsistencia para millones de personas. El maíz silvestre es una planta alta y delgada, con unas mazorcas miniaturas que tienen unos ocho o diez granos pequeños. Una mazorca típica de 5000 a.C., podría medir tres o cuatro centímetros de largo y un centímetro en diámetro. A través de un proceso largo de selección consciente para conseguir los rasgos que deseaban, los recolectores y agricultores tempranos de México y Centroamérica, poco a poco, convirtieron el maíz primitivo en la planta que conocemos ahora. Este proceso evolutivo duró más de 5,000 años. Si bien el maíz moderno es mucho más grande y más productivo que la variedad silvestre, sus características botánicas han cambiado muy poco.

En el valle de Tehuacán, en el sur del Estado de Puebla, México, los arqueólogos han estudiado los orígenes de la agricultura y han reconstruido la historia del desarrollo de la vida aldeana en Mesoamérica. Tehuacán, en realidad, era un lugar muy apartado de los centros principales del desarrollo de la civilización prehispánica de Mesoamérica, pero debido a su medio ambiente sumamente árido, que permite la preservación de restos orgánicos y la presencia de muchas cuevas secas que servían como viviendas para los antiguos habitantes, fue posible recobrar de las excavaciones la evidencia sobre la larga transición de la cacería y la recolección a la agricultura.

La evidencia de Tehuacán indica que, de 7000 a 3000 a.C., los habitantes del valle ya habían comenzado a domesticar las plantas de mayor importancia en la dieta mesoamericana como el maíz, el chile, el frijol, el ayote, el zapote y el amaranto, y usaban los morros para recipientes de líquidos. Pero los habitantes siempre siguieron practicando la recolección mientras perfeccionaban la técnica de los nuevos cultivos. Hay evidencias de prácticas religiosas en la forma de restos humanos incinerados, cráneos decapitados, y un entierro multiple de tres individuos que, al parecer, fueron sacrificados.

A partir del año 3000 a.C., los habitantes de Tehuacán disponían de un número creciente de plantas domesticadas, incluyendo el algodón, y habían domesticado al perro. La cerámica más antigua aparece alrededor de 2300 a.C. Esta cerámica parece ser una imitación bastante mal hecha de la loza que ya se elaboraba en el norte de Suramérica, anterior al 3000 a.C. Alrededor de 2000 a.C., los habitantes de Tehuacán ya se dedicaban plenamente a los cultivos y vivían en aldeas pequeñas de 100 a 300 habitantes en casas de bajareque.

Aunque Tehuacán es un caso especial por el excelente estado de conservación de la evidencia temprana con respecto al origen de la agricultura, no hay que dudar que un desarrollo semejante tuvo lugar en toda Mesoamérica. El valle de Oaxaca, que también tiene un medio ambiente árido, muestra un desarrollo muy parecido al de Tehuacán, pero una comparación de las evidencias de estas dos zonas indica que las plantas cultivadas aparecen a distintos tiempos en los lugares donde se abría paso la agricultura. En el valle de México, alrededor de 2500 a.C., se cultivaban las mismas plantas pero también se aprovechaban los productos lacustres como el pescado y las aves migratorias. Con el paso del tiempo, las



Mazorcas de maíz del valle de Tehuacán, México, enseñando la secuencia de desarrollo de la planta, desde 5000 a.C. a 1500 d.C.

comunidades de las tierras altas llegaron a ser cada vez más dependientes de las plantas cultivadas. Poco a poco, la gente dedicaba más esfuerzo al cultivo de las plantas y menos a la caza y a la recolección de plantas silvestres.

Mientras los sitios en las tierras altas de Mesoamérica se destacan por su alta calidad de preservación de restos orgánicos, las regiones costeras probablemente tienen una historia aun más larga de vida sedentaria que las tierras altas. En las costas del Golfo de México y del Océano Pacífico de Centroamérica, una abundancia de recursos naturales marinos hubiera facilitado la vida sedentaria aldeana desde una fecha temprana. Más tarde, en estas regiones costeras surgieron las primeras sociedades complejas de Mesoamérica, las cuales tenían nexos fuertes de intercambio, desde Veracruz y Tabasco hasta Guatemala y El Salvador.

La región de Soconusco, en la costa del Pacífico del Estado de Chiapas, México, ha proporcionado datos sobre el período arcaico que son sugestivos para el resto de la zona del Pacífico de Centroamérica. Aquí, en el sitio de Tlacuachero, Bárbara Voorhies ha excavado los restos de una casa de hace 4,000 años, con un piso de barro quemado y huellas de postes, evidencia de ocupación sedentaria. Otros restos de este sitio sugieren que el camarón se procesaba para el intercambio con otros grupos. La importancia del comercio se confirma también por la presencia de obsidiana proveniente de las tierras altas de Guatemala.

En la región de Mazatán, en la misma costa de Chiapas, se han hallado los restos de las primeras sociedades aldeanas en la vertiente del Pacífico. Allí se han encontrado tiestos de la primera cerámica conocida en la región, asignada a los complejos Barra, Locona y Ocós, del período preclásico temprano (1550 a 1150 a.C.). La alfarería del complejo Barra aparece plenamente desarrollada en dos formas principales: el tecomate y el cajete con lados divergentes. Estas vasijas elegantes tienen un acabado muy fino y llevan una gran variedad de decoración en la superficie. El complejo carece de cerámica sencilla sin engobe o decoración en la superficie. La sofisticación de la cerámica Barra hace suponer que la tecnología fue introducida desde el noroeste de Suramérica, donde la primera cerámica ha sido fechada anterior a 3000 a.C. De acuerdo a los arqueólogos John Clark y Michael Blake, las vasijas pueden haber servido como recipientes usados en fiestas rituales, lo que sugiere el papel importante que desempeñaron la competencia por alcanzar prestigio social y la reciprocidad en la vida de estas comunidades.

Según Clark y Blake, a partir de la fase Locona (1350 a.C.), los asentamientos de la zona de Mazatán ya presentan los rasgos de un cacicazgo sencillo: un patrón de asentamiento jerárquico de aldeas agrupadas de dos tamaños distintos; un patrón de distribución de obsidiana que indica que cada grupo de comunidades la recibía de una autoridad central; y una economía excedentaria en la cual las fiestas competitivas constituyen el modo de manifestar y mantener el alto rango social heredado por los caciques.

La cuestión de la identidad étnica de las culturas arqueológicas siempre estimula mucho debate. De acuerdo a una hipótesis planteada en 1977, por Gareth Lowe, la distribución geográfica de la cerámica Barra, Locona y Ocós corresponde en gran parte a la propuesta por los lingüistas Lyle Campbell y Terrence Kaufman para el grupo lingüístico protozoque (el grupo ancestral que dio lugar a los idiomas mixe y zoque); parece muy probable que se trata de la región de origen de este grupo. Además, la cronología de difusión de la tradición Locona-Ocós corresponde perfectamente a las estimaciones histórico-lingüísticas para la diversificación del protozoque, que, según los cálculos, comenzó alrededor de 1600 a.C., dando lugar a la divergencia del mixe en el oeste y el zoque en el este de la gran región ístmica.

Mientras que la cerámica del complejo Barra está limitada a la costa de Chiapas, sus descendientes Locona y Ocós tienen una amplia distribución a través de todo el istmo centroamericano desde Chiapas, el oeste de Tabasco y el sur de Veracruz, a lo largo del litoral Pacífico de Guatemala y El Salvador, hacia el interior hasta la zona de Alta Verapaz de las tierras altas mayas en Guatemala, y el drenaje del río Pasión de las tierras bajas. Los sitios

	Fecha	Costa del Pacifico
Periodo Preclasico	300	
	400	
	500	
	600	Conchas Tardio
	700	Conchas Temprano
	800	Jocotal
	900	Cuadros
	1000	Cherla
	1100	Ocos
	1200	
	1300	Locona
	1400	Barra
	1500	
	1600	?
	1700	
	1800	
	1900	
	2000	
	2100	
	2200	
	2300	
	2400	Chantuto A
	2500	
	2600	
	2700	
	2800	
	2900	
	3000	
	3100	
	3200	
	3300	
	3400	
	3500	
	3600	Chantuto B
	3700	
	3800	
	3900	
	4000	

de La Blanca y El Mesak, en la costa del Pacífico de Guatemala, son asentamientos importantes con materiales Locona-Ocós, que indican la difusión de esta tradición, y la penetración de zoques, hacia el sur. La cerámica del complejo Xe de los sitios de Altar de Sacrificios y Seibal en el río Pasión, está relacionada con la cerámica temprana de Chiapas y representa, según E. Wyllys Andrews V, una incursión fechada alrededor de 900 a.C., de zoques procedentes de Chiapas o las tierras altas del Petén de Guatemala, que en aquel entonces aún no había sido ocupado por los mayas.

La tecnología, las formas, la decoración y la distribución de la cerámica Barra, Locona y Ocós, por otro lado, contrastan con las de la primera alfarería conocida en las tierras bajas mayas, de los complejos Swasey y Bladen, que aparece por primera vez en sitios de la península de Yucatán, alrededor de 900 a.C. Las formas predominantes de esta cerámica son la olla con asas, el cántaro y la jarra con vertedera. Su distribución geográfica incluye las tierras bajas del Petén de Guatemala y Belice. Se supone que esta región es la tierra natal de los grupos de habla maya. Este patrón interesante tiene implicaciones para la identidad étnica de los primeros habitantes de El Salvador que, como se verá más adelante, probablemente hablaban el zoque y no el maya.



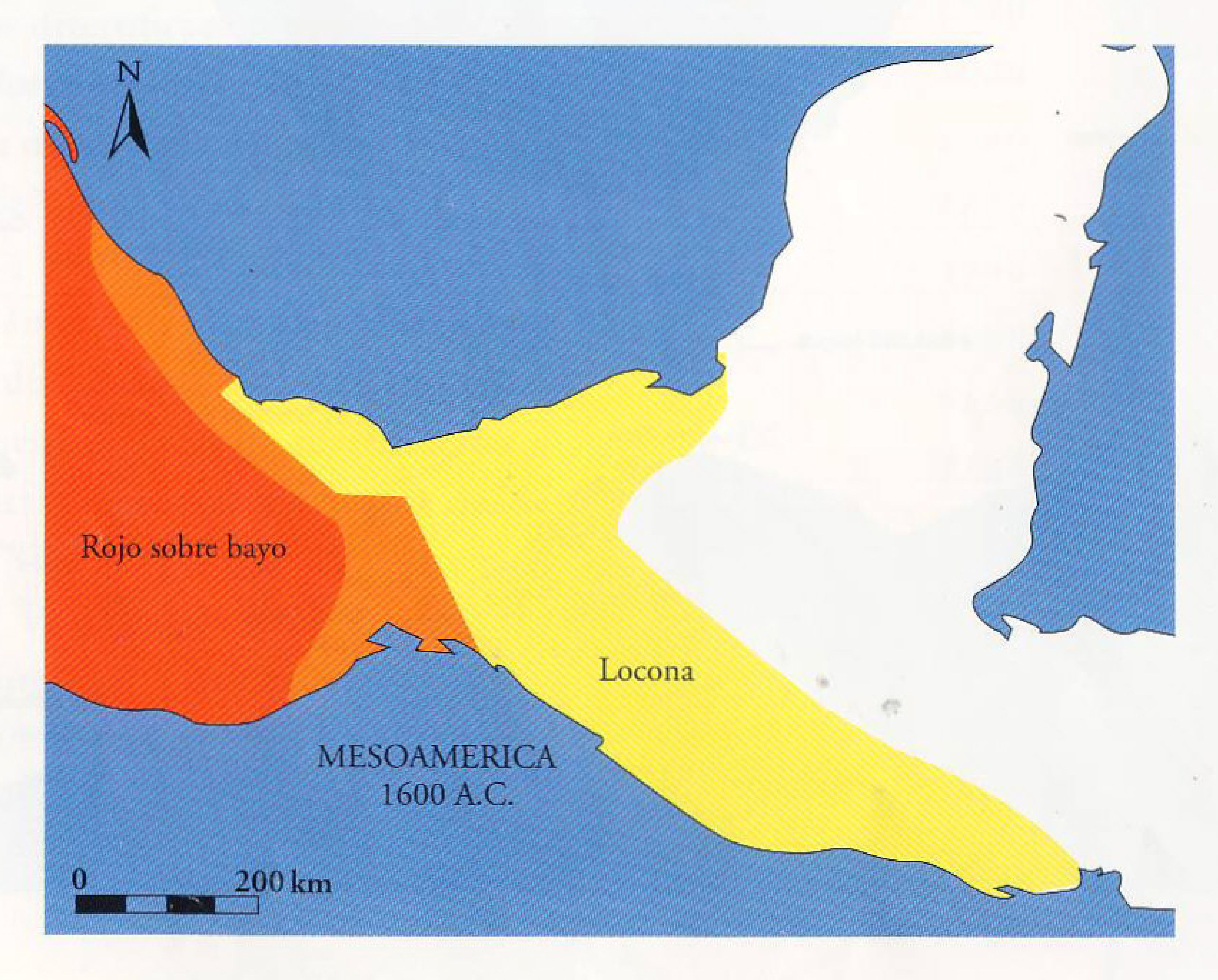
Sitios principales del período preclásico de Mesoamérica

Los primeros habitantes permanentes del territorio actual de El Salvador colonizaron la planicie costera del Pacífico durante el arcaico. Allí podrían haber aprovechado la abundancia de animales y plantas silvestres en las montañas y los recursos marinos en la franja litoral. La planicie es suficientemente estrecha como para que los habitantes de un asentamiento ubicado en esta zona aprovecharan la variedad amplia de alimentos sin tener que pasar largos períodos en campamentos estacionales, alejados del asentamiento principal. El sedentarismo, producto de esta diversidad ecológica, habría propiciado el desarrollo de la agricultura complementado con alimentos de alto valor proteínico derivados de la cacería y la pesca.

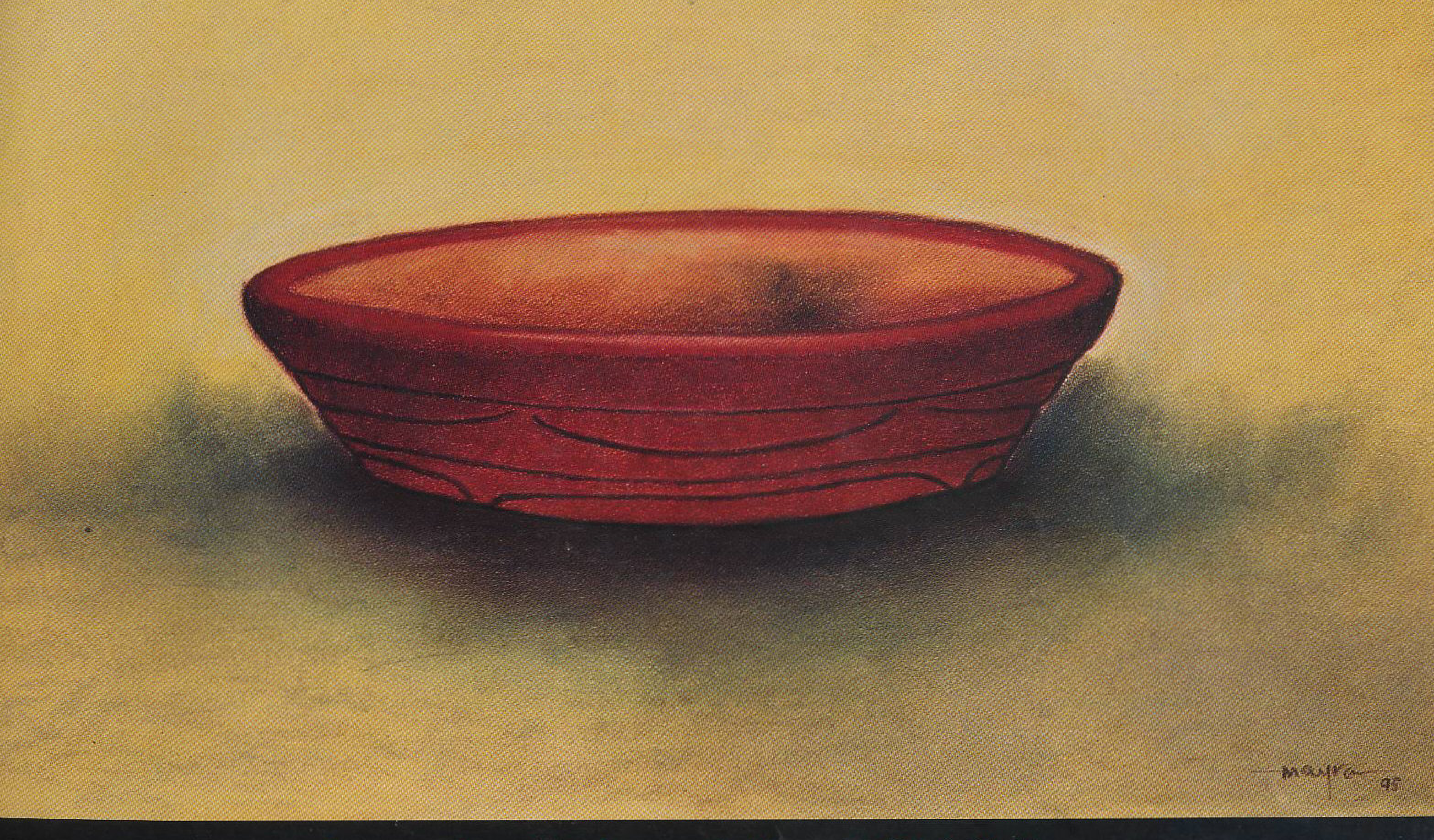
El asentamiento más antiguo que se conoce en El Salvador se encuentra en la Hacienda El Carmen, en el departamento de Ahuachapán, en el valle del río Cara Sucia, donde la planicie costera se reduce a sólo ocho kilómetros de ancho. En esta faja angosta hay un gran número de montículos que, al parecer, representan todos los subperíodos del preclásico, desde 1400 a.C. hasta 250 d.C. Un montículo de la zona, excavado en 1988 por Arthur Demarest, Bárbara Arroyo y Paul Amaroli, rindió evidencia de una ocupación muy temprana. Asignada al complejo Bostán (1400-1250 a.C.), una variante de Locona de Chiapas, la cerámica recuperada consiste en su mayoría de tecomates con bordes pintados de color rojo y decoración esgrafiada en el exterior.

Las excavaciones del montículo descubrieron una serie de pisos de ocupación estratificados, catorce pozos de almacenaje, tres fogones y varios basureros. De los pozos de almacenaje y los fogones, los arqueólogos recuperaron una muestra de carbón, fechada por medio del radiocarbono en torno al 1480 a.C. ± 90, y fragmentos pequeños de mazorcas de maíz. Las mazorcas eran muy pequeñas, propias de una etapa temprana en la domesticación de la planta.

En Chalchuapa se descubrieron evidencias de asentamientos de los primeros habitantes en dos localidades: una en la orilla norte de la Laguna Cuzcachapa, y la otra cerca del manantial de El Trapiche. Obviamente, la disponibilidad de agua fresca fue una consideración importante para los primeros pobladores de la zona. La evidencia de esta



Distribución geográfica del complejo de cerámica Locona.



Representación artística de una vasija del complejo Tok de Chalchuapa.

ocupación temprana consiste en tiestos de cerámica, figurillas y artefactos líticos (obsidiana y piedras de moler), correspondientes al último siglo del preclásico temprano, o sea aproximadamente 1000 a.C. El arqueólogo Robert Sharer ha señalado que la cerámica más temprana conocida de Chalchuapa tiene claros indicios de un origen en la zona de la costa del Pacífico de Chiapas y Guatemala. Asignada al complejo Tok, esta cerámica se presenta en las dos formas principales que ya se producían en la costa del Pacífico durante siglos: el tecomate y el cajete con lados divergentes. Los hallazgos de El Carmen apoyan la interpretación de que esta ocupación temprana de Chalchuapa tiene su origen en una cultura antecedente derivada de un complejo Locona-Ocos procedente de la gran región del litoral Pacífico. Además, estos nexos observados en la cerámica indican que las primeras poblaciones del occidente de El Salvador probablemente eran de habla zoque.

Se supone que los primeros habitantes de El Carmen, Chalchuapa, y otros sitios de la costa y los valles interiores, durante el preclásico temprano, todavía practicaban una economía mixta de agricultura, caza y recolección. La agricultura, probablemente de roza y quema, con una sola cosecha al año, predominaba ya en el preclásico temprano. A fines del arcaico, la mezcla de subsistencia probablemente variaba de un lugar a otro: las comunidades costeñas dependían más del pescado y las conchas, con el cultivo como una actividad secundaria, mientras que los asentamientos del interior tenían distintas estrategias que combinaban la recolección, la caza y la agricultura.

A partir del preclásico medio, aproximadamente 1000-900 a.C., con una base de subsistencia viable ya establecida, ocurrió una expansión demográfica en el occidente y en la parte central del país. Nuevos asentamientos aparecen en varios sitios del





Representación de conjunto de vasijas del complejo Tok de Chalchuapa.

occidente y la zona central del país. Este crecimiento probablemente estuvo relacionado con la introducción o el desarrollo de nuevas variedades de maíz más productivas.

Alrededor de 900-800 a.C., se había desarrollado un nexo de intercambio entre los centros de poder político y económico de las sociedades descendientes de la cultura Locona-Ocós, que ya se extendía desde Oaxaca hasta El Salvador. Es más, los nexos culturales de estas sociedades, en efecto, definen el mundo civilizado de Mesoamérica durante el preclásico medio, desde el occidente de México hasta Guatemala y El Salvador. Los centros más destacados de aquel entonces fueron Chalcatzingo, Morelos; San José Mogote, Oaxaca; La Venta, Tabasco; La Blanca, El Mesak y Abaj Takalik, Guatemala; y Chalchuapa, El Salvador. La sociedad predominante fue la de los llamados olmecas de la costa del Golfo de México.

En muchos sitios fuera de la costa del Golfo se encuentra evidencia de algún grado de influencia olmeca, manifestada en la cerámica, con motivos como el jaguar humano o la serpiente de fuego, el estilo de monumentos de piedra o la arquitectura. Los sitios han sido interpretados como centros estratégicos controlados por los olmecas de la costa del Golfo de México. Según esta interpretación, los olmecas representan la "cultura madre" de Mesoamérica, o sea, la primera civilización de la cual todas las subsiguientes descendieron. Se ha pensado que los olmecas tenían mucho interés en ciertos lugares alejados del Golfo para conseguir artículos suntuarios como el cacao, el jade, la obsidiana, las pieles de animales y las plumas de pájaros tropicales. De este modo, la difusión de los llamados rasgos olmecas se ha interpretado como el resultado del comercio, la conquista militar, o el proselitismo religioso por parte de los olmecas para controlar los centros de adquisición de recursos valiosos.

Sin embargo, hay una tendencia reciente entre los especialistas a considerar estos sitios con rasgos olmecas como participantes en una red de interacción de sociedades que compartían una ideología religiosa y un inventario común de motivos simbólicos, los cuales interpretaban y usaban a su propia manera. La interacción entre la élite de los centros principales era multidireccional y provenía no sólo del Golfo sino de todos los centros participantes en el sistema. Los bienes suntuarios eran muy codiciados para poder establecer y mantener el alto rango social de los caciques y sus seguidores. El intercambio de bienes de prestigio reforzaba las relaciones sociales y políticas y servía para reforzar la importancia de la élite de todos los grandes centros. Vistos de esta manera, la mayoría de los rasgos que se han aceptado como evidencia de influencia olmeca pueden haber procedido de otras regiones, e incluso algunos centros en la región del Pacífico de Centroamérica probablemente influyeron sobre los propios centros olmecas del Golfo de México.

Chalchuapa desempeñó un papel central en estos acontecimientos. Se convirtió, durante el preclásico medio temprano, en el centro ceremonial pre-eminente para el extremo sureste de Mesoamérica. Durante esta época se construyó la Estructura E3-1-2, ubicada en la plaza central de la zona del sitio conocido como El Trapiche, esta estructura tenía forma cónica y alcanzó una altura de más de 20 metros. Fue uno de los edificios más grandes de Mesoamérica de su época, comparable a la gran pirámide de La Venta, Tabasco. En excavaciones del interior de la pirámide se halló el entierro de un niño de unos 9 a 11 años, posiblemente parte de una ceremonia de sacrificio dedicado a la construcción del templo.

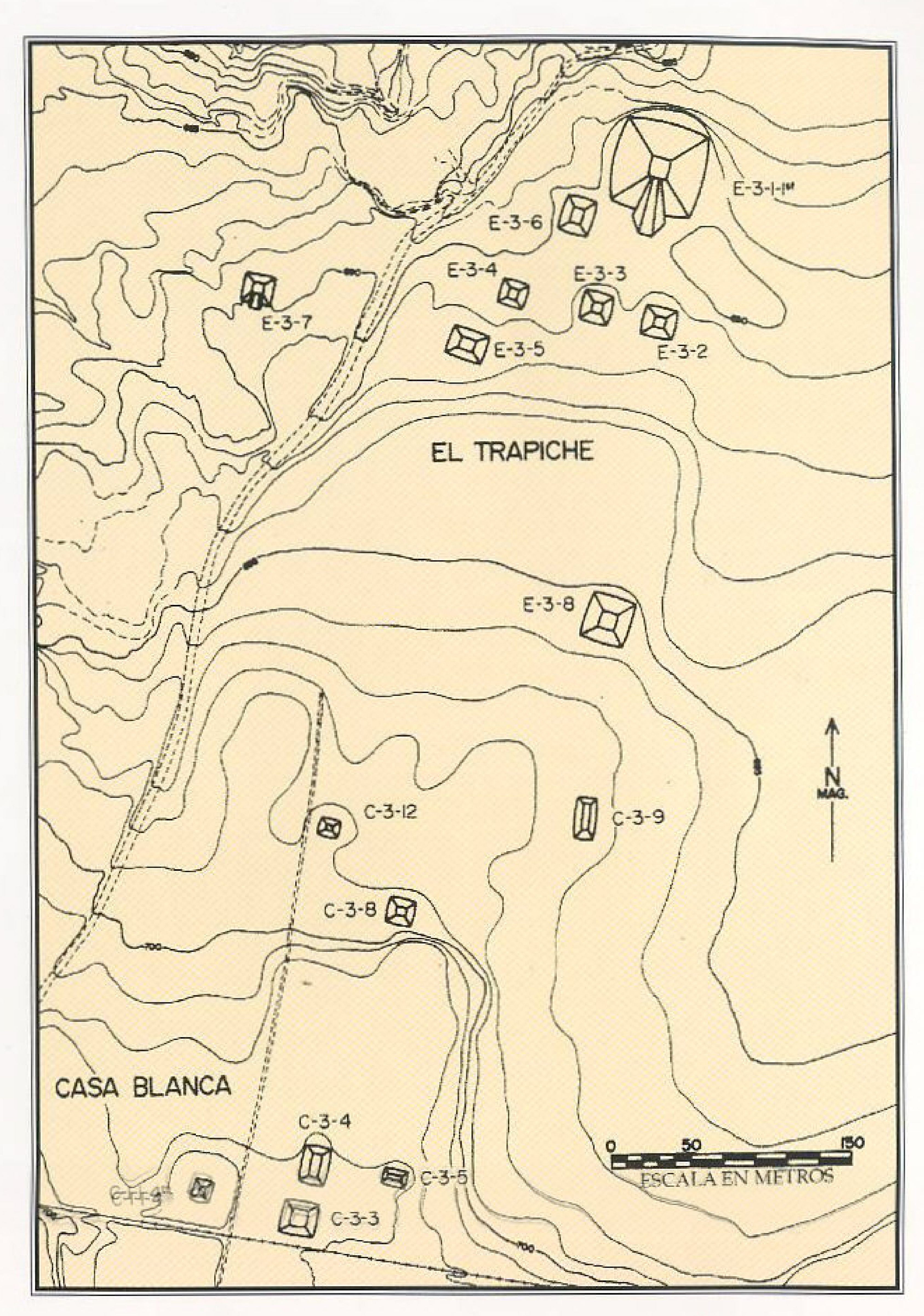
Figura principal grabada en el Monumento 12 o piedra de Las Victorias de Chalchuapa. Existen otros tres petrograbados en el monumento, de menor tamaño, representando a otros personajes. ▶






mayra

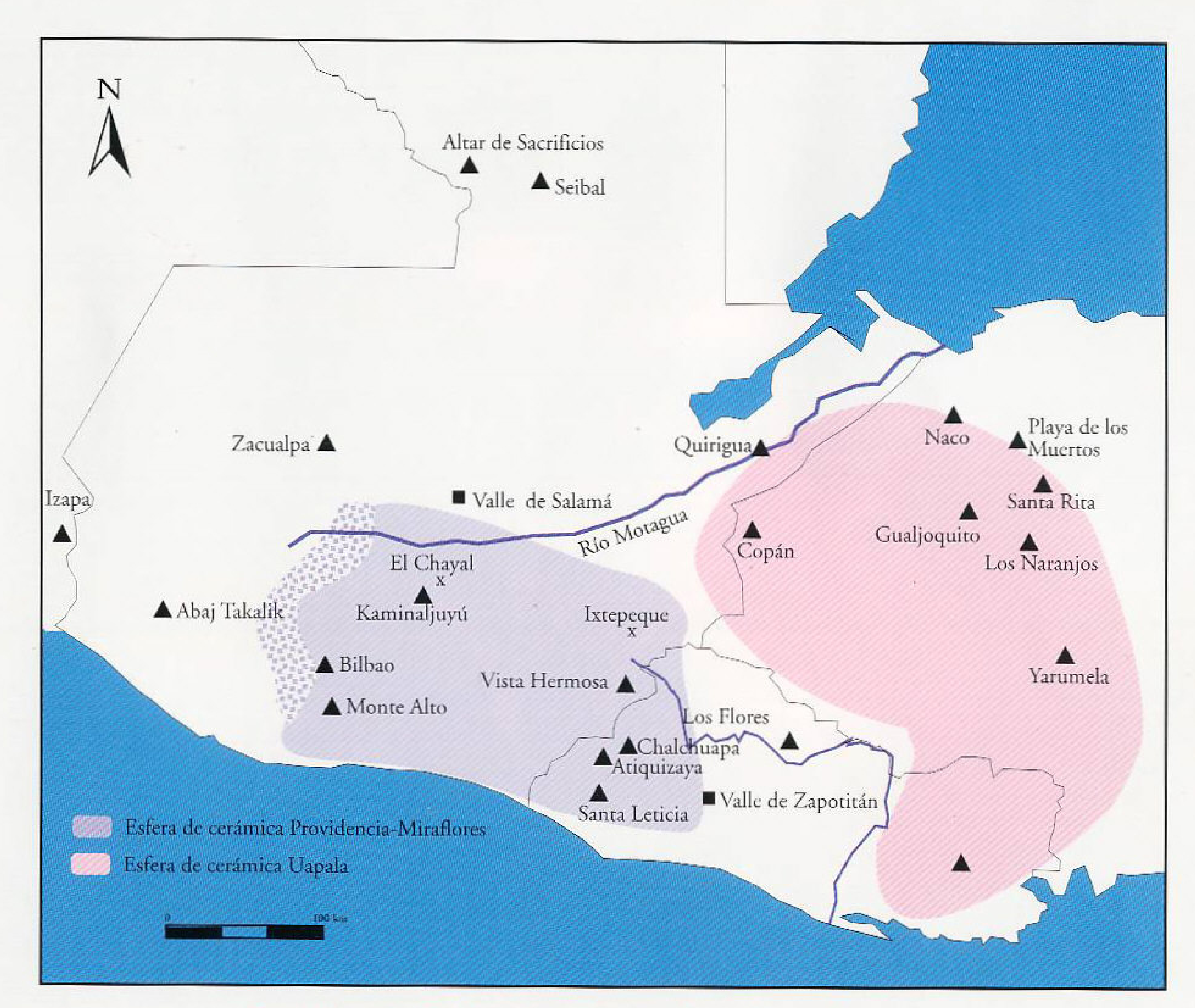
La pirámide y el entierro de El Trapiche son indicios de una complejidad social y una diferenciación interna fundamentalmente distintas a las que existían en las primeras aldeas del arcaico y el preclásico temprano. La sociedad ya estaba estratificada entre dos segmentos: la élite y los plebeyos; es decir, se había desarrollado la desigualdad social. La construcción de la pirámide requirió la labor de muchos trabajadores que indudablemente aportaron su esfuerzo como tributo al cacique. Es muy probable que el cacao ya había llegado a ser un producto importante en la economía, cultivado por los plebeyos y pagado en tributo al cacique. Para satisfacer la demanda de los bienes suntuarios de la élite, los artesanos, patrocinados por el cacique, producían artefactos de obsidiana, jade, hueso, madera, pieles y otros materiales. Los alfareros elaboraban cerámica fina que fue comerciada a través de todo el sureste de Mesoamérica. Es posible que el cacicazgo de Chalchuapa controlaba el yacimiento de obsidiana de Ixtepeque, que dista unos 50 km al oeste en Guatemala. Varios artefactos de obsidiana de esta fuente han sido hallados en el sitio de San Lorenzo, Veracruz, en la región del Golfo de México.



Distribución de la ocupación preclásica en Chalchuapa.

No es por casualidad que en la misma época de la primera construcción de la Estructura E3-1 fue tallada la piedra de Las Victorias (Monumento 12), hallada por Stanley Boggs en 1942, en la finca del mismo nombre, a 2 km al este de Chalchuapa. Este monumento, considerado el ejemplo más meridional de arte olmeca conocido, tiene cuatro paneles grabados en bajo relieve que representan a tres personajes parados y uno sentado. El estilo de este monumento es equiparable al de otras piedras esculpidas halladas en Chiapas, Guerrero y Guatemala.

Se ha sugerido que Chalchuapa era un eslabón en una cadena de centros colonizados o dominados por los olmecas de la región del Golfo. Desde Chalchuapa, supuestamente, los olmecas expandieron sus intereses comerciales a través de todo el sur de Mesoamérica. Sin embargo, aparte de tres o cuatro figurillas olmecoides que, al parecer, fueron importadas de la región olmeca del Golfo, el Monumento 12 es el único rasgo cultural de Chalchuapa que parece revelar una conexión con los olmecas. Bien es cierto que se conocen algunos objetos de jade en estilo olmeca, en colecciones particulares, de procedencia desconocida, supuestamente de Ahuachapán, pero en todo el occidente de El Salvador no aparecen rasgos olmecas apreciables en la cerámica, las figurillas u otra clase de cultura material. Es posible que la escultura de Las Victorias conmemora una visita de personajes principales, quizás diplomáticos o mercaderes, de la tierra olmeca a Chalchuapa. Pero sería más factible, como ha señalado Demarest, que la piedra de Las Victorias



Distribución de las dos principales esferas de cerámica del preclásico tardío en el sureste de Mesoamérica.

resultó de contactos entre Chalchuapa y algún otro centro del gran nexo de interacción como La Blanca o Abaj Takalik, en la costa del Pacífico de Guatemala, donde existían varios cacicazgos poderosos e independientes. Desde esta perspectiva, vemos el ascenso de Chalchuapa y otros centros en el preclásico medio como un fenómeno autóctono y no como el producto de la hegemonía olmeca. El factor central en el desarrollo rápido de estos cacicazgos fue la intensiva interacción interregional.

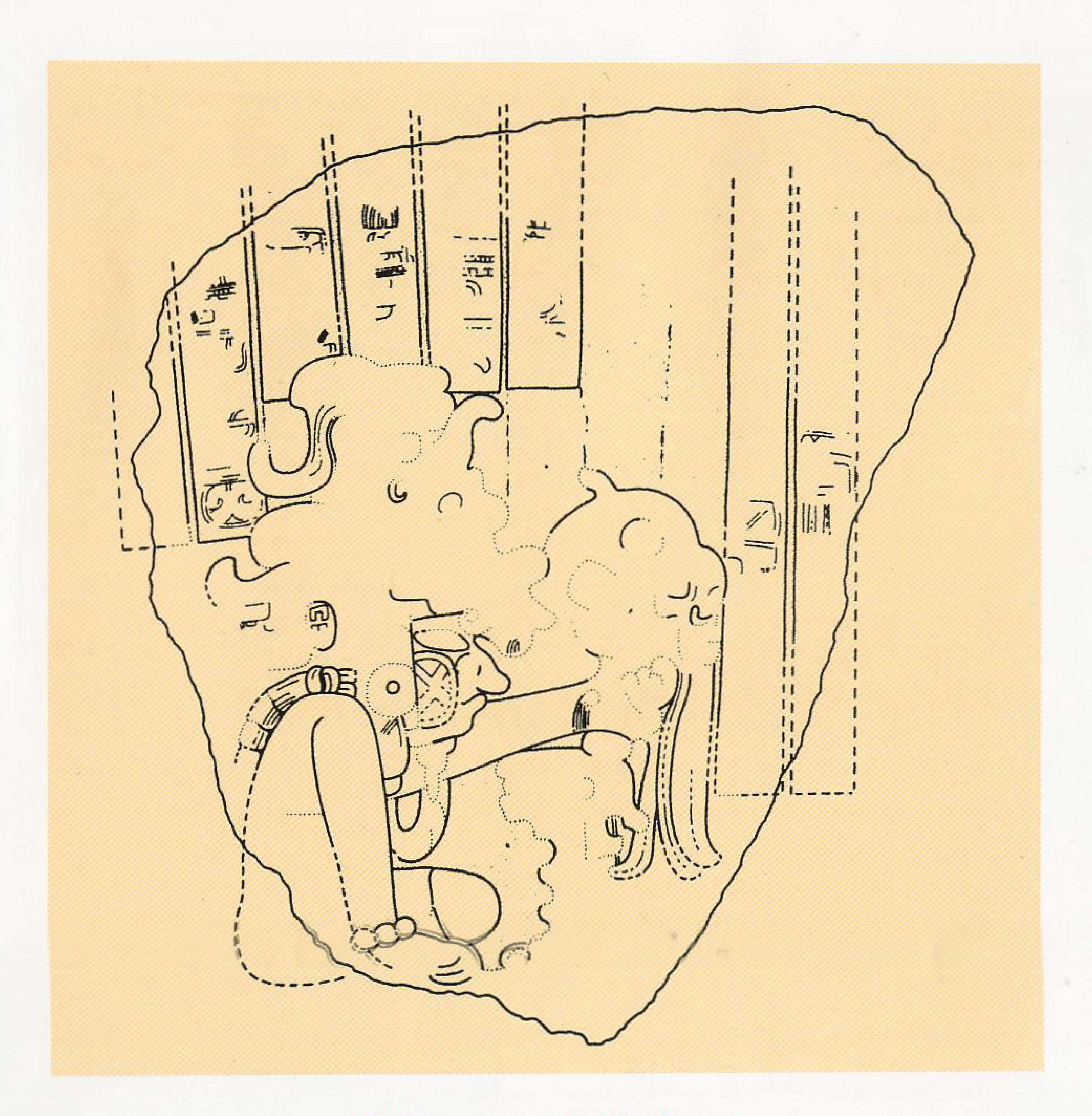
Alrededor de 500-400 a.C., hubo una fuerte expansión demográfica en El Salvador, especialmente en las zonas de tierra caliente, abajo de los 1000 m de altitud, y de tierra templada hasta una altitud de unos 1400 m. Se aprecia un incremento en el número de sitios conocidos en todas las zonas del país donde los datos son relativamente buenos. Relacionado a este crecimiento poblacional, se ampliaron los contactos interregionales y se desarrollaron una serie de nexos culturales a través del sureste de Mesoamérica. Una red cultural unió el occidente de El Salvador con las tierras altas centrales de Guatemala durante el preclásico tardío. Concretamente, Chalchuapa, Santa Leticia y Atiquizaya, en El Salvador, estaban aliados con Kaminaljuyú, Bilbao, Monte Alto y Vista Hermosa, en Guatemala. Estos sitios comparten rasgos arquitectónicos, los mismos tipos de cerámica y figurillas, los mismos estilos escultóricos (gordiflones y cabezas estilizadas de jaguar), las mismas prácticas funerales y los mismos adornos personales. De acuerdo a Demarest y Sharer, estas fuertes semejanzas en la cultura material de estos sitios son el reflejo arqueológico de dos esferas culturales consecutivas –la esfera Providencia, fechada de 400-100 a.C., y la esfera Miraflores, fechada de 100 a.C-250 d.C– con sus respectivos nexos sociales y económicos. Además, estas semejanzas probablemente reflejan la presencia de un solo grupo étnico y posiblemente lingüístico en toda la zona de las tierras altas del sureste de Mesoamérica.



Vasija miniatura del tipo Olocuilta Anaranjado.
Al igual que la cerámica Usulután, este tipo era muy popular en el preclásico tardío.



Cajete tetrápode con decoración negativa estilo Usulután.



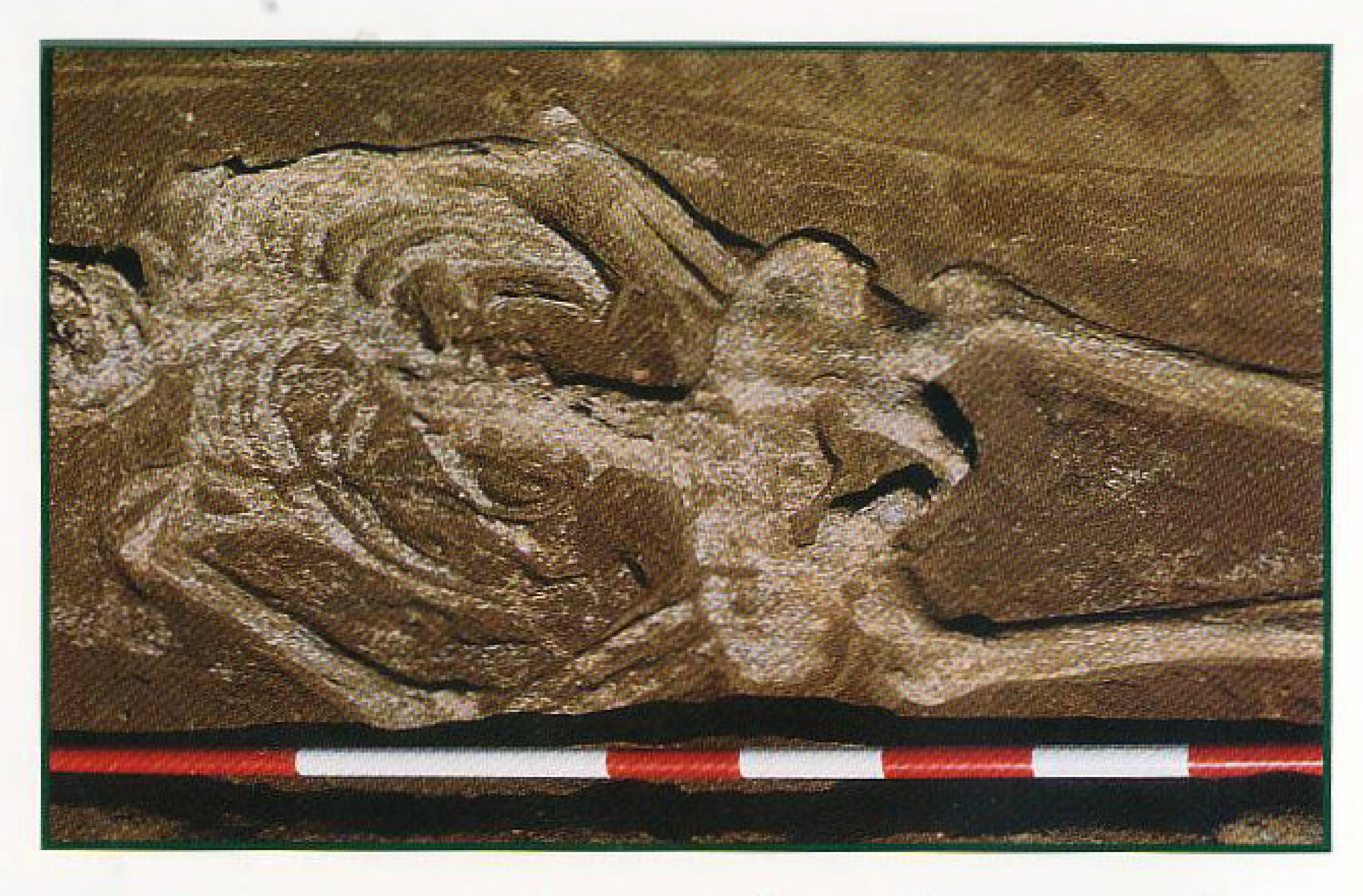
El Monumento 1 de Chalchuapa.

Como uno de los centros principales en este nexo cultural, la posición de Chalchuapa con respecto al área maya no tenía carácter periférico en el preclásico tardío. Era uno de los sitios más grandes del sureste de Mesoamérica y había desarrollado ya un sistema calendárico y de escrituras: una estela con glifos (Monumento 1), encontrado en el interior de la Estructura E3-1 de El Trapiche, permite plantear que ésta es una de las zonas del área maya en donde pudo haberse originado este tipo de conocimiento. Chalchuapa mantuvo una fuerte relación con sitios en las tierras bajas mayas. La cerámica "Usulután", que se distingue por su decoración negativa o batik, fue probablemente producida en la región de Chalchuapa y llegó a ser uno de los principales artículos de comercio en la zona maya. Se ha sugerido también que Chalchuapa controló igualmente el comercio de obsidiana de Ixtepeque hacia las tierras bajas mayas.



Uno de los entierros encontrados en el Montículo E3-7 , El Trapiche, Chalchuapa.

En el preclásico tardío de Mesoamérica la guerra ya desempeñaba un papel importante en la dinámica cultural. Para establecer y mantener su posición dentro de los nexos culturales de las tierras altas y su relación con las tierras bajas, Chalchuapa, sin duda, contaba con una fuerza militar potente. Esta fuerza puede verse en uno de los montículos de El Trapiche, la Estructura E3-7, excavado por Manuel López, Manuel Méndez y Fowler, en 1977-78. Allí encontraron un grupo de entierros sin ofrendas de cerámica, fechado alrededor de 100 a.C.-100 d.C., de 33 individuos, todos los esqueletos boca abajo, con manos y pies atados, unos decapitados, otros mutilados. De tres individuos sólo se encontraron los cráneos y estos probablemente representan trofeos de guerra. Se pudo determinar que 24 eran varones y se estimó que la mayoría murió a una edad entre los 17 y 45 años. La evidencia parece indicar que fueron guerreros tomados prisioneros y sacrificados a la manera de lo que, mucho después, en el período clásico, sería una práctica común. Este entierro múltiple también evidencia un componente militar importante en la sociedad y, correlativamente, la existencia, hacia finales del preclásico, de una sociedad claramente estratificada. Es muy interesante, también, haber encontrado el mismo tipo de entierro múltiple en los sitios de Kaminaljuyú y Los Manglares, en el valle de Salamá, Alta Verapaz, Guatemala.



Detalle que muestra los restos de papel amate en el área del tronco del esqueleto.



Cajete con decoración batik usuluteca.





El sacrificio de prisioneros de guerra era muy común en Mesoamérica a partir del preclásico tardío. En Chalchuapa se encontraron los restos de 33 individuos que, se supone, fueron sacrificados y enterrados como ofrendas.



Daga de obsidiana de El Trapiche, Chalchuapa.



Incensario antropomorfo de tres púas, hallado en El Trapiche, Chalchuapa.

Otro sitio importante de esta época es Santa Leticia, excavado por Demarest en 1977. Ubicado en las faldas del cerro de Apaneca, a 1400 m de altura, el sitio cubrió alrededor de 15 hectáreas de tierras muy fértiles. Su ocupación se inició alrededor de 500 a.C., como una aldea de agricultores humildes pero, más tarde, en el preclásico tardío, llegó a ser un impresionante centro ceremonial. Se levantaron tres plataformas grandes y se construyó una gran terraza artificial de 70 m de ancho, sobre la cual se colocaron tres esculturas monumentales "gordiflones", que pesan entre siete y doce toneladas cada una. La cerámica recuperada de las excavaciones indica que la construcción de los montículos comenzó alrededor de 300 a.C., mientras la de la terraza corresponde al primer siglo antes de Cristo. El apogeo del sitio como centro ceremonial puede fecharse alrededor de 100 a.C.

Según Demarest, la ubicación de Santa Leticia, en una loma alta del macizo montañoso de Apaneca, entre la llanura costera y la fosa central, fue decisiva en el desarrollo del papel que jugaba el sitio como centro religioso. Es poco probable que un centro ceremonial de esta naturaleza hubiera servido solamente a la población local. El sitio probablemente funcionó como un centro de peregrinaje para los habitantes del occidente durante el preclásico tardío.

Santa Leticia también ha proporcionado la mayor parte de la información disponible para reconstruir la vida cotidiana de las comunidades de este período. Demarest excavó varios basureros campaniformes, cavados en la tierra, que debieron haber sido utilizados originalmente para almacenar los granos y después para echar basura. Estos basureros contenían no sólo miles de tiestos de cerámica, muchos fragmentos de obsidiana y numerosas piedras de moler, sino también restos de las plantas que utilizaban los habitantes del sitio. La base de la



El Monumento 1 de Santa Leticia, una de las esculturas monumentales "gordiflones".



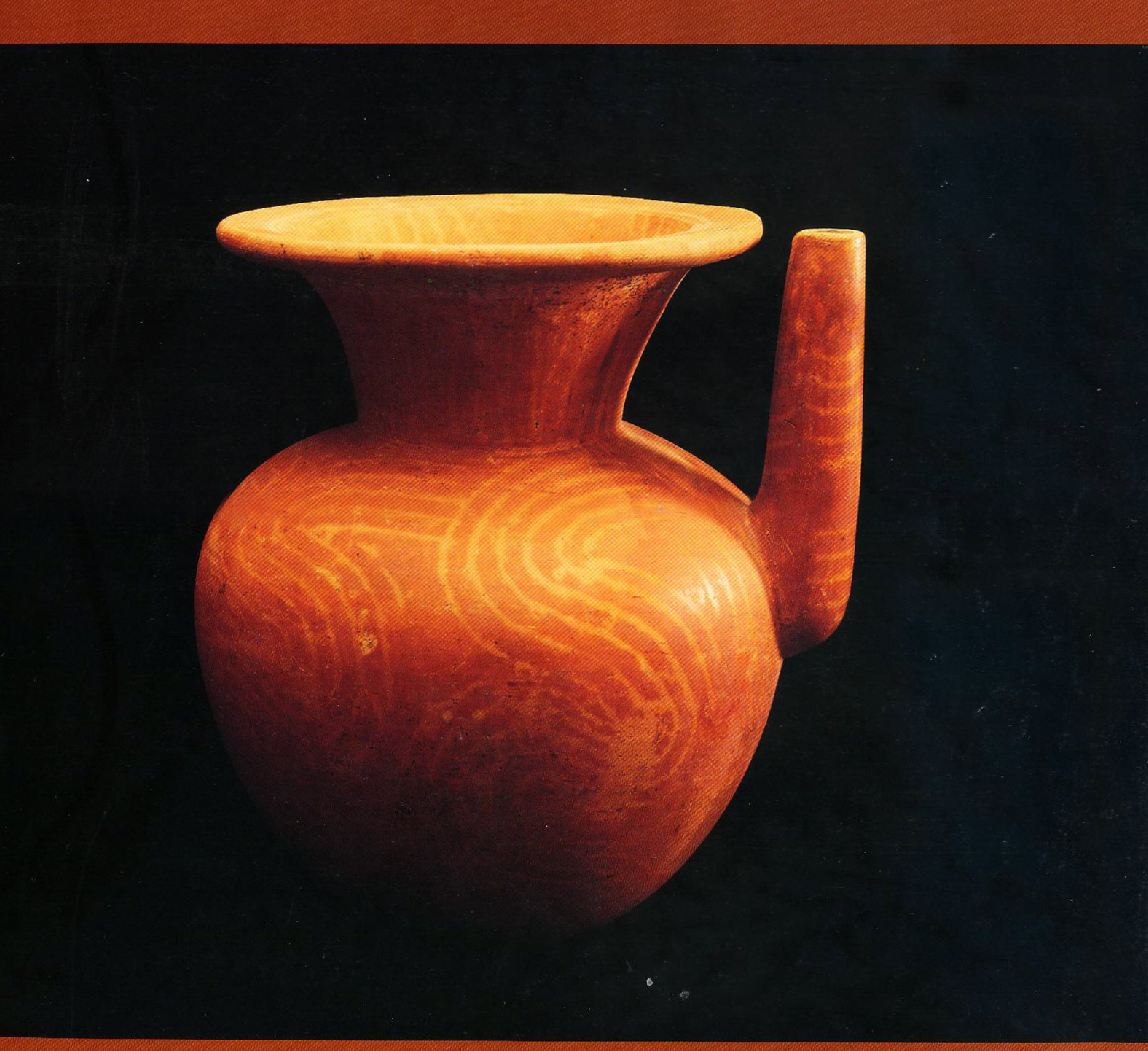


Concepción artística del sitio de Santa Leticia, aproximadamente 100 a.C.

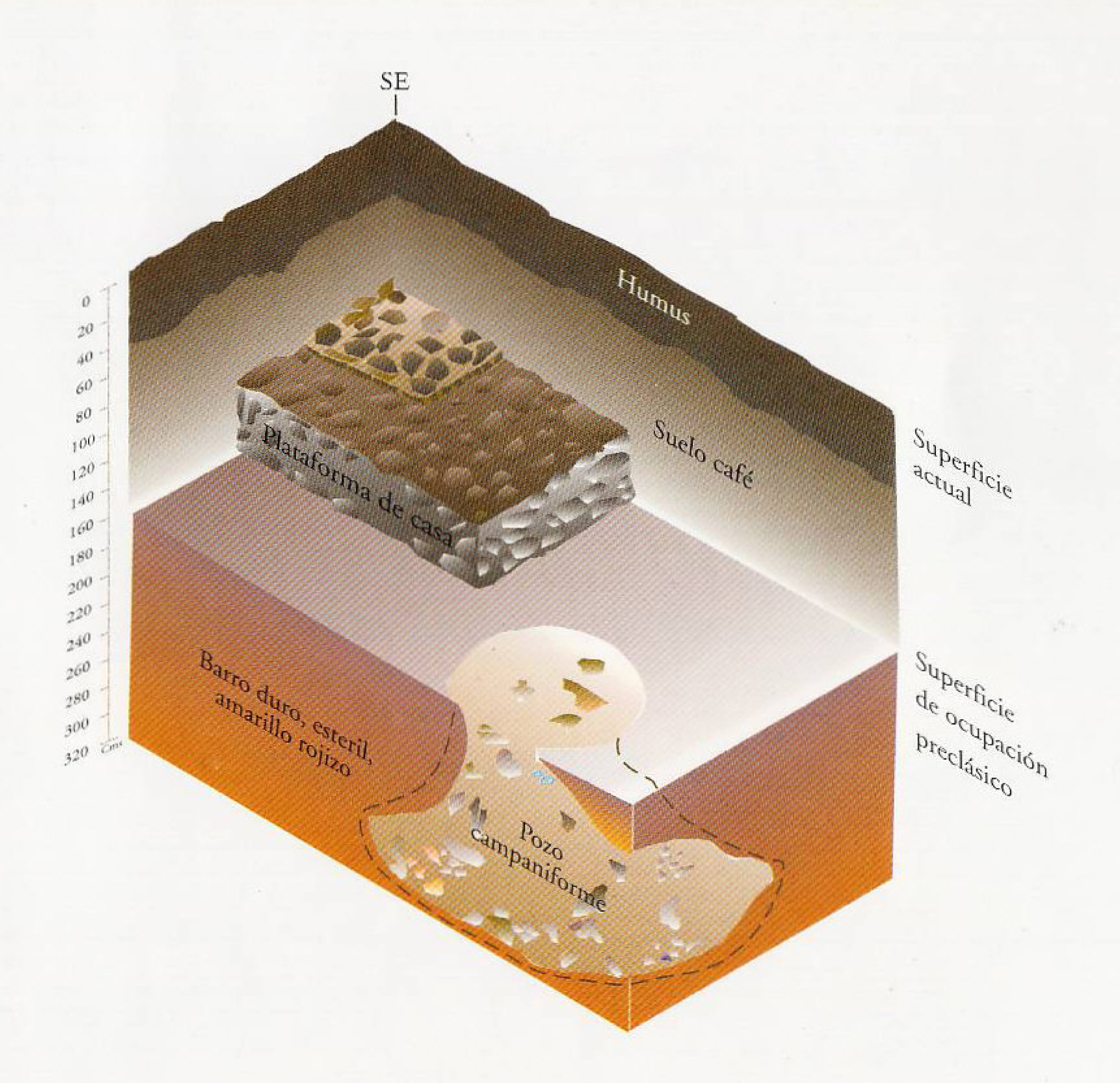




Vasija antropomorfa de cerámica estilo Usulután.



Jarro con vertedera de cerámica estilo Usulután.



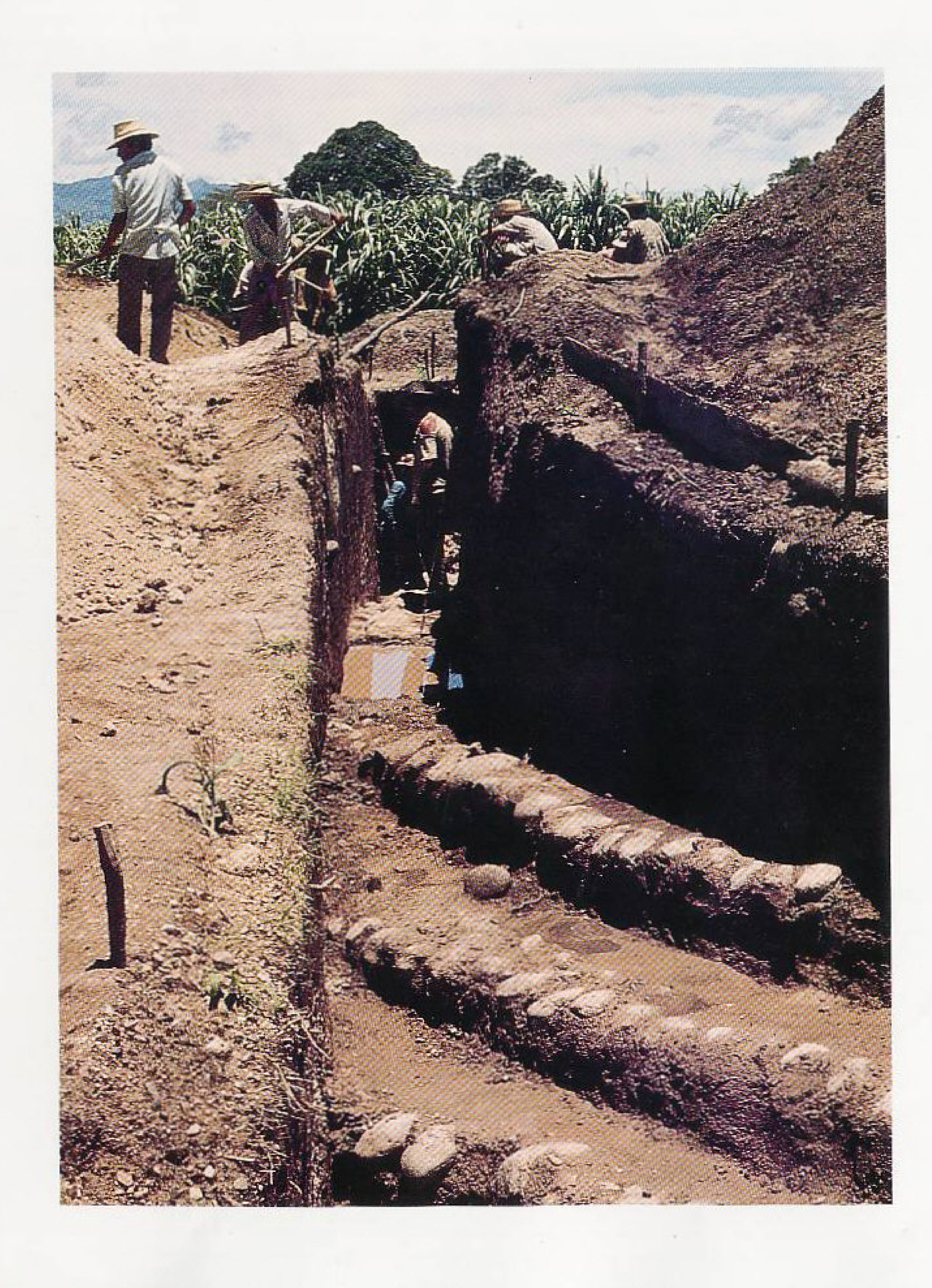
Corte estratigráfico que muestra la relación entre una de las casas antiguas de Santa Leticia y el pozo campaniforme.

subsistencia, como era de esperarse, fue el maíz, identificado como de la raza *Dzit Bacal*, una variedad muy frecuente en el período clásico del área maya, y que en Tamaulipas (México) y Belice se ha encontrado en depósitos del preclásico tardío. Probablemente se sembraba en las laderas de las colinas, que los habitantes habían terraceado para impedir la erosión, utilizando como retenes árboles como el chichipince, que hoy día se sigue utilizando con el mismo fin. Distribuida entre las casas y en los campos de cultivo se encontraba una gran variedad de árboles frutales como mamey, jocotes, capulines, aguacates y morros que complementaban la dieta. Había también pequeños huertos familiares cultivados con girasoles. La dieta proveniente de estos cultivos indudablemente se complementaba con piezas de la caza.

En la región del Cerrón Grande, o la cuenca de El Paraíso, Richard Crane, Howard Earnest y William Fowler identificaron y excavaron, en 1974-75, cinco sitios que pertenecen al período preclásico. Indudablemente existen otros sitios que no se hallaron ya que, con una sola excepción, todos los sitios de esta época se encuentran enterrados debajo de una capa gruesa de ceniza volcánica. El sitio más antiguo conocido en la comarca es El Perical, cuya ocupación arranca en el preclásico medio, alrededor de 1000-900 a.C., y se caracteriza por un complejo de cerámica bastante parecida a la primera cerámica de Chalchuapa.

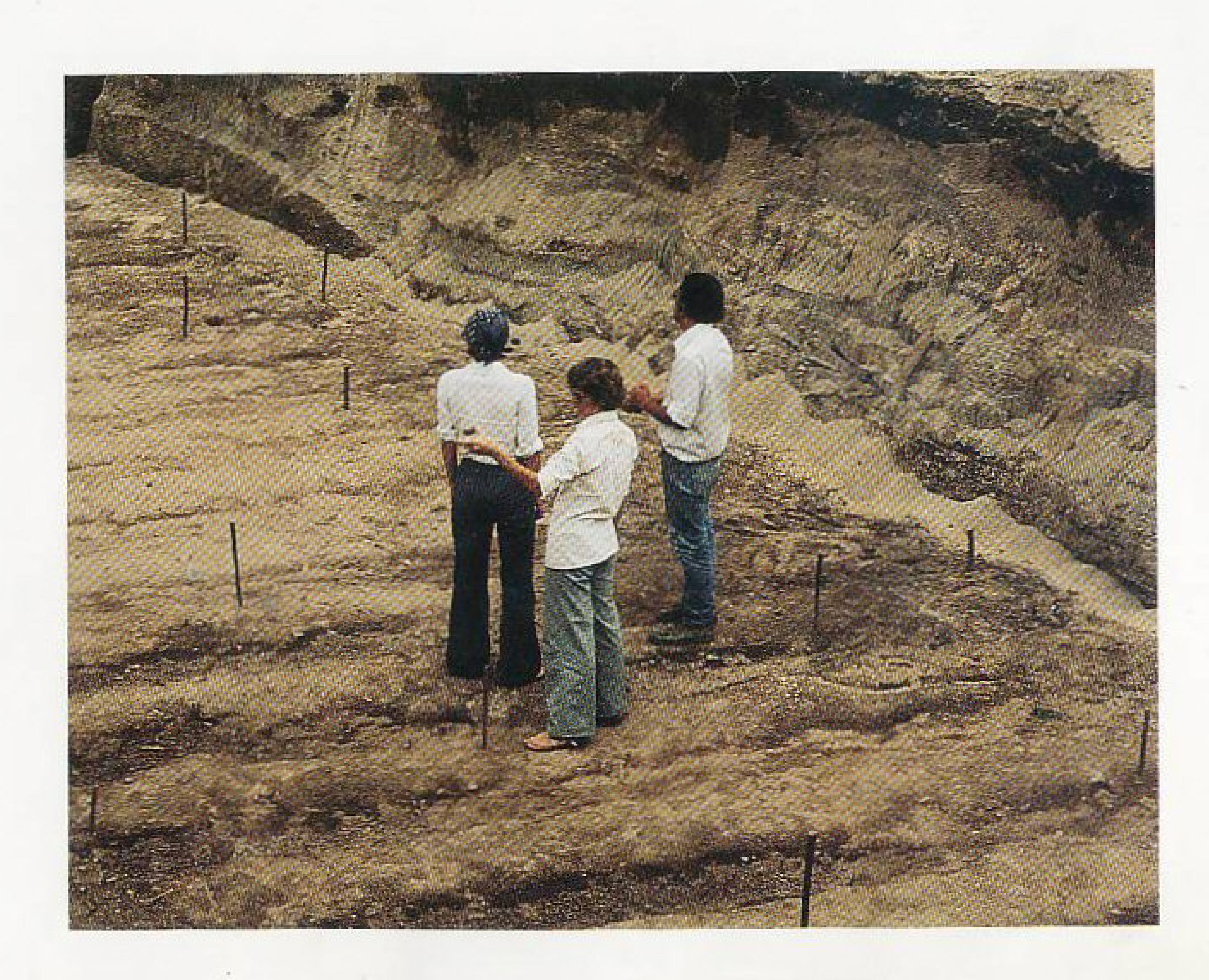
Los sitios más importantes conocidos del preclásico tardío en la cuenca de El Paraíso son Río Grande, donde Earnest excavó buena parte de un campo de cultivo con camellones y surcos que atestiguan al cultivo intensivo con un sistema de regadío; y Los Flores, donde Fowler excavó los restos de tres montículos redondos, que conformaban la plaza de este centro ceremonial-administrativo. Los hallazgos de Río Grande constituyen evidencia de un incremento demográfico en la región del medio Lempa, mientras Los Flores sugieren la existencia de una estructura socioeconómica centralizada. Earnest y Fowler han sugerido que Río Grande era un asentamiento tributario de Los Flores, indudablemente el centro de un cacicazgo menor que controlaba la comarca.

Los sitios preclásicos del Cerrón Grande no participaron en las esferas culturales Providencia y Miraflores; es decir, carecen de los rasgos específicos que pudieran indicar una relación muy estrecha con el nexo Chalchuapa-Kaminaljuyú, lo cual sugiere que la población de esta zona se apartaba en cierta medida de las sociedades al oeste y que tenía su propia cultura que se desarrollaba a un ritmo distinto al de los grandes centros de las tierras altas. Los cambios culturales que se aprecian en la cerámica son de un carácter lento y conservador, lo que se podría esperar en una región retirada de los centros importantes de la civilización preclásica de Mesoamérica. Además del conservadurismo en la cerámica, hay diferencias en otras clases de cultura material. La obsidiana, por ejemplo, es relativamente rara en Río Grande y Los Flores, mientras que en Chalchuapa la obsidiana constituye casi todo el complejo lítico.



Izquierda, excavaciones de Los Flores.

Abajo, excavaciones de Río Grande.





Concepción artística del sitio Los Flores, aproximadamente 200 d.C.

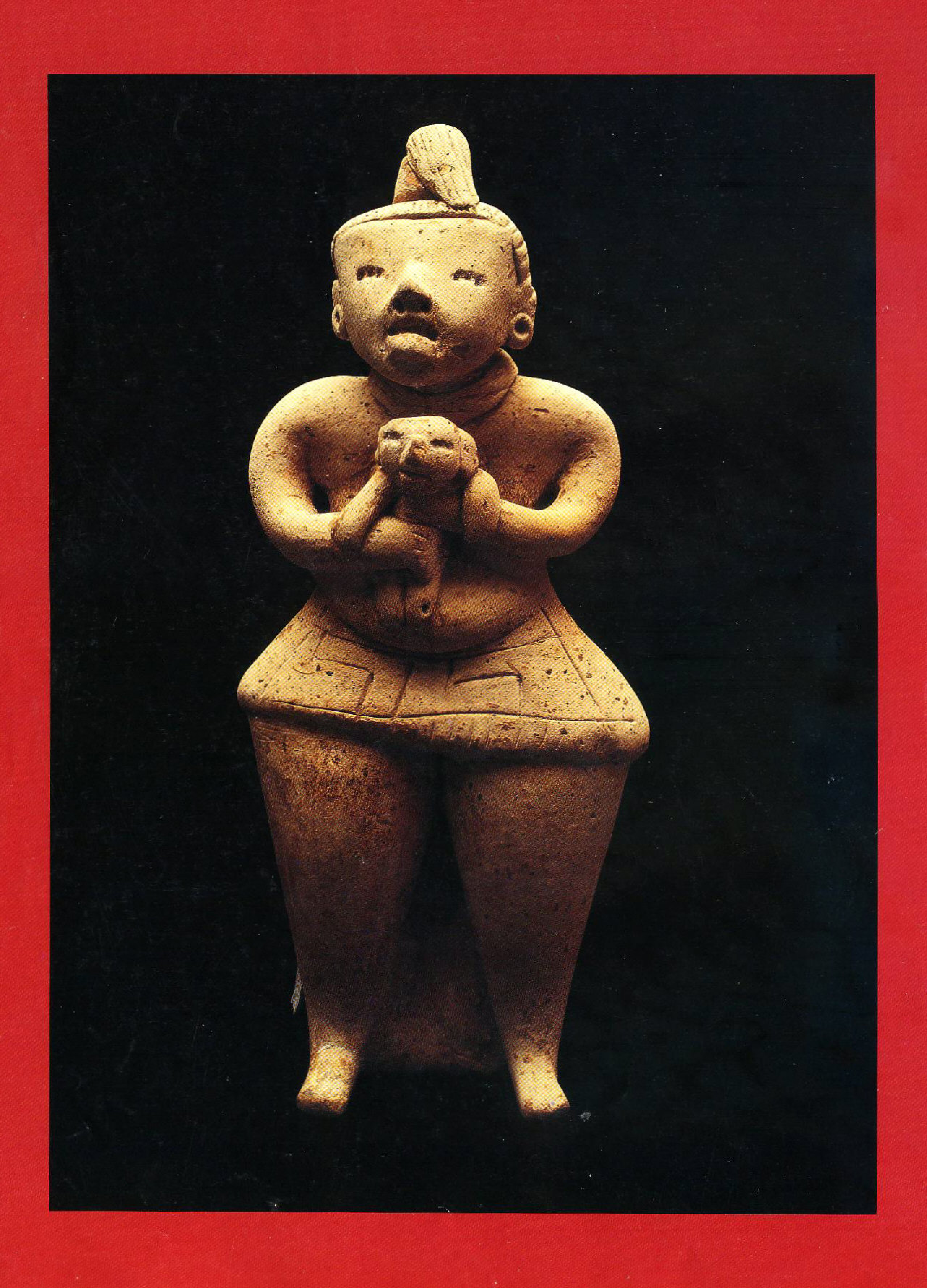




Las figurillas del tipo Bolinas del preclásico tardío, encontradas en sitios de l
otros detalles de ornamentación personal de aquella época. Casi todas las f
en cuanto a la vestimenta y la ornament



l occidente, son una fuente rica de información sobre los atuendos, tocados y figuras Bolinas conocidas representan a mujeres, siendo cada una distinta ción y, hasta cierto grado, en las posturas.







El Altar del Jaguar en Quelepa.

Además, Río Grande tenía una industria de utensilios de piedra, incluyendo raspadores grandes y machacadores hechos de guijarros que no se conocen en Chalchuapa, lo cual indica que los habitantes de la cuenca de El Paraíso tenían un patrón de subsistencia distinto –a lo mejor una economía mixta que todavía dependía bastante de la recolección y el procesamiento las plantas silvestres.

En el oriente de El Salvador y el oeste de Honduras, existía otra red de interacción cultural durante el preclásico tardío, conocida como la esfera de cerámica Uapala, a la cual perteneció el sitio de Quelepa, excavado por Andrews en 1967 y 1968. Este sitio está ubicado en la ribera norte del río San Esteban, un tributario del río Grande de San Miguel, a ocho kilómetros al noroeste de la ciudad de San Miguel. Consiste de unas 40 estructuras que cubren un área de aproximadamente 75 hectáreas. La ocupación más antigua que se conoce en el sitio consiste de los restos de una plataforma hallada a una profundidad de 4 m por debajo de la superficie actual. Asociada con esta estructura se encontró una concentración de cerámica del complejo Uapala, fechada de 200 a.C a 200 d.C. Se supone que la primera ocupación del sitio ocurrió alrededor de 200 a.C.

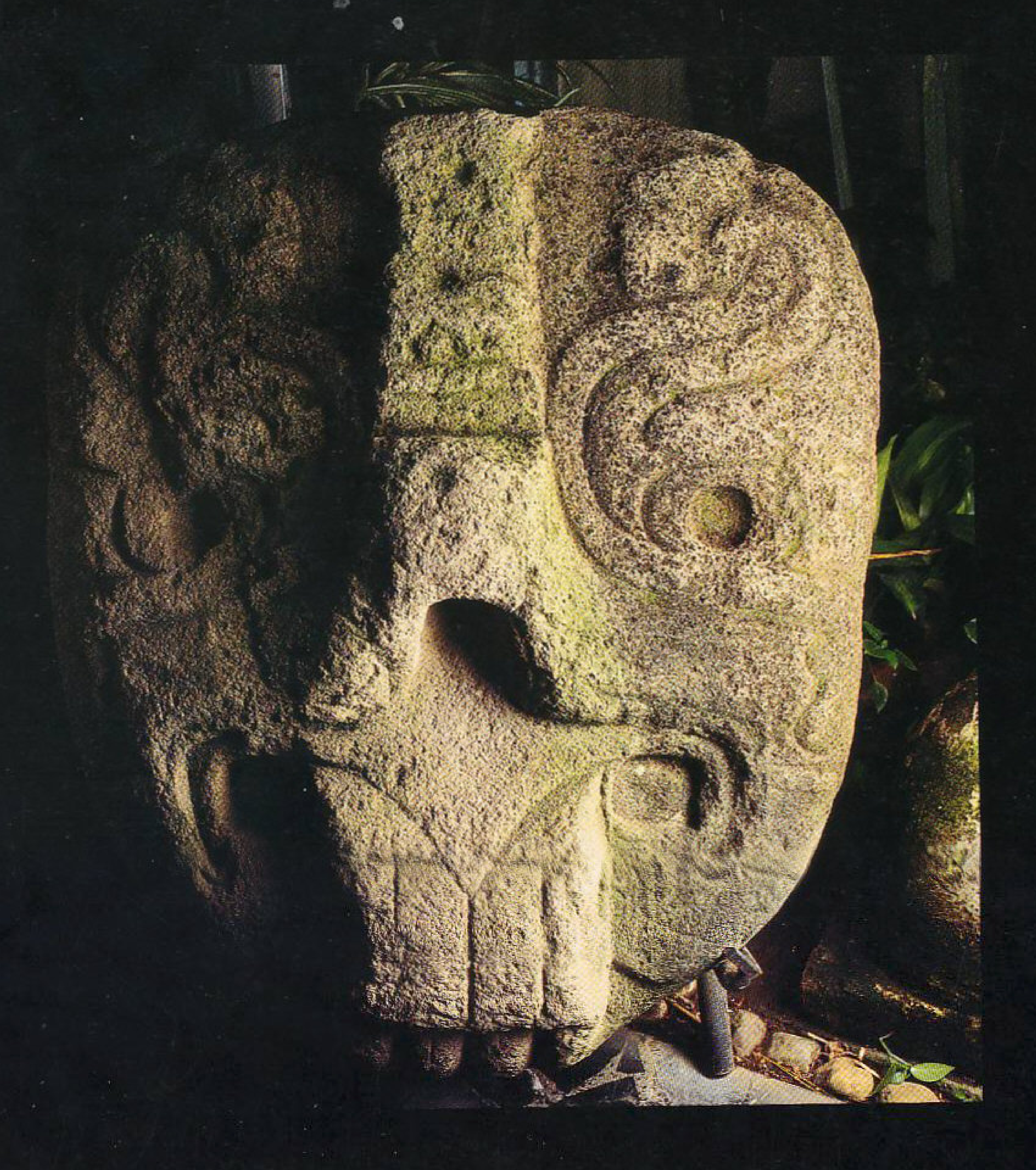
Durante el preclásico tardío, la población de Quelepa mantenía relaciones con el occidente de El Salvador. Andrews encontró en Quelepa mucha cerámica del tipo Usulután (el 60% de toda la cerámica hallada del complejo Uapala), que probablemente llegó como artículo de comercio proveniente de la región de Chalchuapa. La mayoría de la obsidiana recuperada en Quelepa, de esta época, proviene del yacimiento de Ixtepeque, Guatemala, igual a la obsidiana de Chalchuapa. Ya se mencionó la posibilidad de que Chalchuapa controló este yacimiento. Es posible que Quelepa obtuvo la obsidiana de Ixtepeque por medio de Chalchuapa. El motivo esculpido del Altar del Jaguar de Quelepa, un monumento de piedra que destaca una cabeza estilizada de jaguar, es muy parecido a la cara de jaguar esculpida en el famoso disco hallado en Cara Sucia y las de otras esculturas conocidas en Chalchuapa, Santa Leticia y otros sitios del occidente. Esta evidencia de nexos con el occidente indica que los habitantes de Quelepa, desde el tiempo de la primera ocupación del sitio, participaban en una red mesoamericana de intercambio económico, social e ideológico.





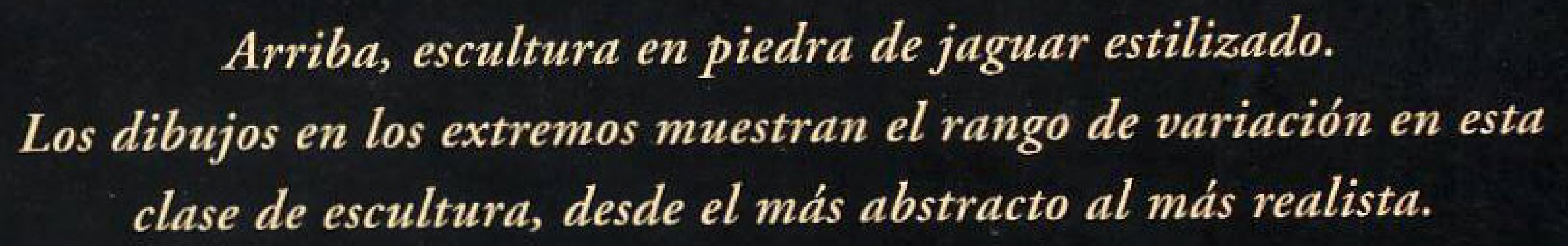












Arriba, escultura en piedra de jaguar estilizado.
Los dibujos en los extremos muestran el rango de variación en esta clase de escultura, desde el más abstracto al más realista.

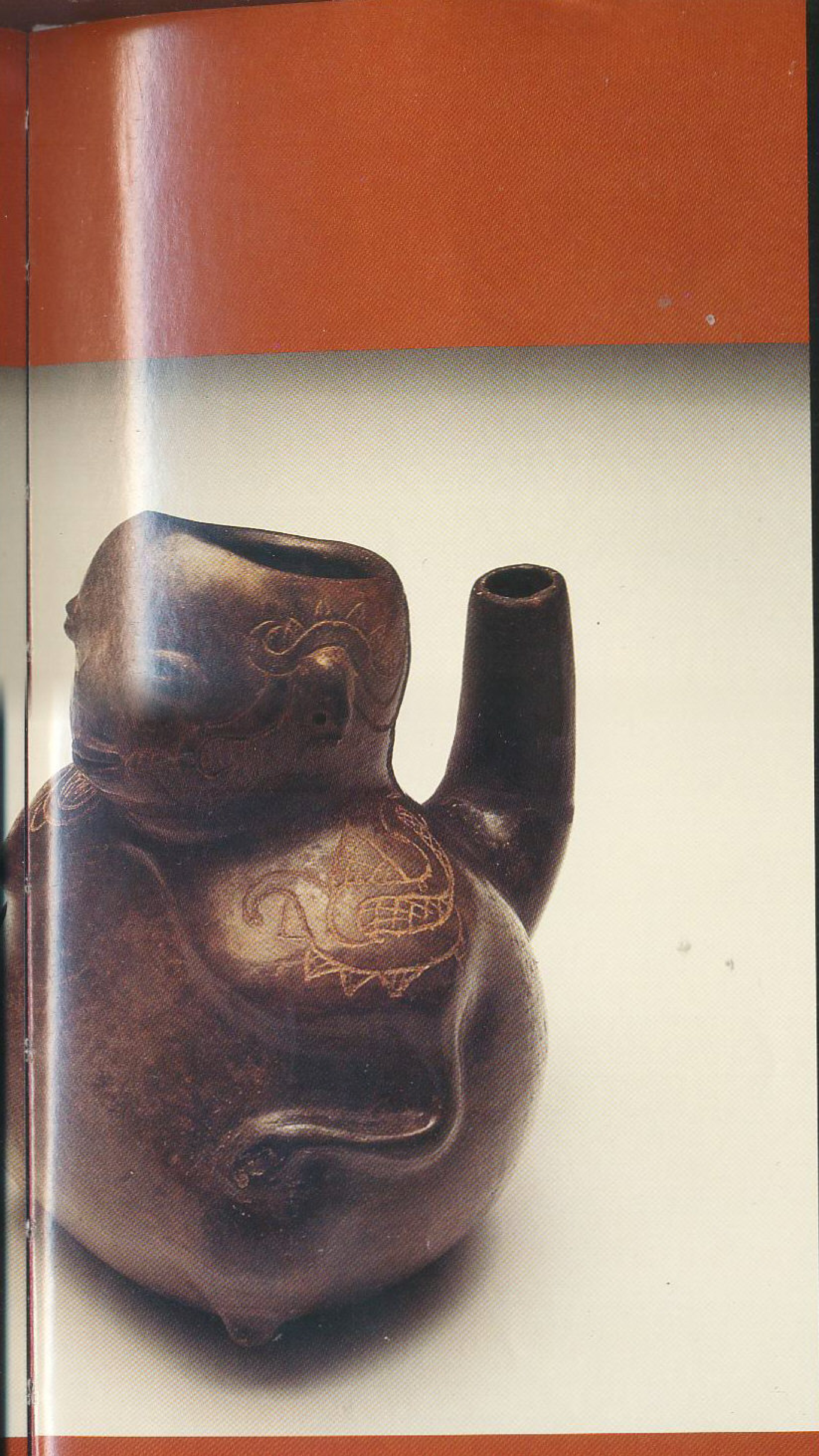






Vaso tetrápode mamiforme de cerámica estilo Usulután.

Vaso



ar ámica antropomórfico con vertedera de decoración incisa en la cabeza y en los hombros.

Sin embargo, la mayoría de los rasgos culturales de Quelepa durante el preclásico tardío son semejantes a los sitios mencionados en el oeste de Honduras, como, por ejemplo, Copán, Yarumela, Los Naranjos y Santa Rita –sitios que, según Andrews, formaban con Quelepa la esfera de cerámica Uapala. Todos los sitios hondureños indican ocupaciones del preclásico medio desde varios siglos antes del primer asentamiento de Quelepa. Estos datos, sumados a la evidencia histórica sobre la distribución de los lencas en el oriente de El Salvador, sugieren que Quelepa fue poblada por lencas que llegaron desde el oeste de Honduras donde habitaban desde por lo menos el preclásico medio.

El desarrollo de las sociedades en el occidente y la zona central del país fue seriamente impactado por la erupción catastrófica del volcán de Ilopango, alrededor de 260 d.C., que depositó grandes cantidades de ceniza volcánica en un extenso territorio. La erupción cubrió cerca de 10,000 km^2, obligando a la población en distintas zonas a reubicarse. Muchos centros grandes y pequeños quedaron abandonados. Sólo la zona oriental no fue afectada por la erupción. Sin embargo, es probable que la mayoría de la población del área impactada solamente se trasladó a terrenos cercanos más altos para evitar las inundaciones causadas por la gran cantidad de ceniza que atoraba los cauces de los ríos. La zona cubierta de ceniza quedó inhabitable durante varios años o, en algunos casos, varias generaciones. Pero la evidencia indica que no hubo migraciones grandes de larga distancia para escapar de los efectos de la erupción del volcán de Ilopango.

Cabezas de figurillas del período preclásico tardío. ▶





4

EL FLORECIMIENTO DE LA CIVILIZACION

El período clásico



El período clásico (250-900 d.C.) en Mesoamérica es la época del surgimiento de las grandes ciudades y el desarrollo de complejas instituciones estatales. Durante estos siglos se dio una creciente sofisticación en las artes y las artesanías, la arquitectura, y la religión, y se desarrolló el conocimiento astronómico, el calendario y la escritura jeroglífica. Es decir, la época clásica representa el apogeo de la civilización mesoamericana.

En el altiplano del México central se evidencia un dramático crecimiento poblacional y urbanístico en la ciudad de Teotihuacán alrededor del tiempo de Cristo. Esta fue una urbe majestuosa formada por pirámides gigantescas, templos soberbios, palacios suntuosos y un centro cívico-administrativo frente a un mercado central, justo donde se cruzaban los dos ejes de la ciudad. La mayoría de sus habitantes eran agricultores que vivían en complejos de apartamentos bulliciosos y salían a diario a cultivar

las milpas que rodeaban la ciudad. La gran metrópoli llegó a ser el centro de un imperio poderoso con presencia colonial, o por lo menos algún tipo de presencia, en lugares tan retirados como Matacapán, Veracruz; Tikal y Kaminaljuyú, Guatemala; Copán, Honduras; y posiblemente Chalchuapa, El Salvador. Los teotihuacanos se sintieron atraídos a estos lugares tan alejados debido, sin duda, a la disponibilidad de recursos valiosos como el cacao, el algodón, la sal, la obsidiana, el jade, las pieles de jaguar y las plumas de quetzal –objetos de riqueza y prestigio usados por los gobernantes para ostentar su poder y para premiar a sus seguidores.


Teotihuacán mantuvo una relación estrecha con Monte Albán, Oaxaca, la capital zapoteca, ubicada en las tierras altas del sur de México. Hubo un barrio zapoteca en Teotihuacán, donde sus habitantes conservaron las tradiciones de su tierra, como también existen evidencias de que Teotihuacán mandaba misiones diplomáticas a Monte Albán para concretar las relaciones políticas y económicas entre los dos Estados. En las tierras bajas del sur de la península de Yucatán, en México, Guatemala y Belice, y en el oeste de Honduras, más de una docena de ciudades colaboraron en el desarrollo de una de las más enigmáticas civilizaciones del mundo antiguo, la de los mayas. Cada uno de los centros mayas del período clásico tenía su propio rey y familia real, que dominaban un territorio que se extendía o se encogía según el carisma y la habilidad política del rey y su fortuna en la guerra y la diplomacia.

En El Salvador, en las zonas occidental y central del país, ocurría una lenta recuperación de los estragos causados por la erupción del volcán de Ilopango. Un sitio en la cuenca de El Paraíso (zona del Cerrón Grande), denominado La Boquita, ubicado en el río Grande y excavado por Earnest, es importante en este sentido. Los habitantes preclásicos del valle prefirieron vivir en, y explotar los recursos de, la llanura de inundación del río Lempa y sus afluentes. Aunque se podría suponer que después de la erupción hubiera sido fácil reubicarse en las terrazas arriba de la llanura (y arriba de los depósitos de ceniza), según parece, esta opción no fue viable para los habitantes de aquel entonces. En la localidad de La Boquita, quizás un siglo después de la erupción, el río cortó por un depósito grueso de aluvión y redepositó una mezcla de suelo fértil y piedra pómez, permitiendo la agricultura de nuevo. Los datos de este sitio demuestran que los habitantes de la región volvieron a ocupar la zona de la llanura de inundación en cuanto que los procesos fluviales lo hicieron posible. Es interesante que la cerámica de La Boquita muestra continuidad con la del período anterior en la zona, pero también hay conexiones con Quelepa, lo cual indica la importancia de los nexos de intercambio con el oriente, o sea, la zona menos afectada por la erupción.

En Chalchuapa, a pesar de que la erupción depositó una capa de ceniza de 50 cm de grosor en el lugar, los habitantes nunca abandonaron el sitio. Según Robert Sharer, la cantidad de cerámica recuperada correspondiente al clásico temprano es muy reducida, por lo que se supone una baja en el tamaño de la población. También se paró la construcción monumental y, según parece, el sitio ya no gozaba de la relación estrecha que tenía con Kaminaljuyú y otros sitios de las tierras altas de Guatemala. Sin embargo, hay una continuidad impresionante entre la cerámica del preclásico tardío y la del clásico temprano, la cual indica indiscutiblemente una supervivencia de la población local en Chalchuapa y su capacidad de adaptarse a las nuevas condiciones creadas por el impacto de la erupción.

El valle de Zapotitán, más cerca del epicentro de la erupción, recibió más de un metro de ceniza y, según Payson D. Sheets, estuvo abandonado por dos






o tres siglos, mientras la ceniza se convirtió lentamente en suelo y las plantas y animales recolonizaron el área. De acuerdo al análisis de la cerámica que efectuó Marilyn Beaudry-Corbett, no hubo ocupación en la región durante el clásico temprano (250-500 d.C.), pero a partir de aproximadamente 500 d.C. se comenzó a poblar de nuevo el valle. Según parece, la reocupación fue un proceso relativamente rápido.

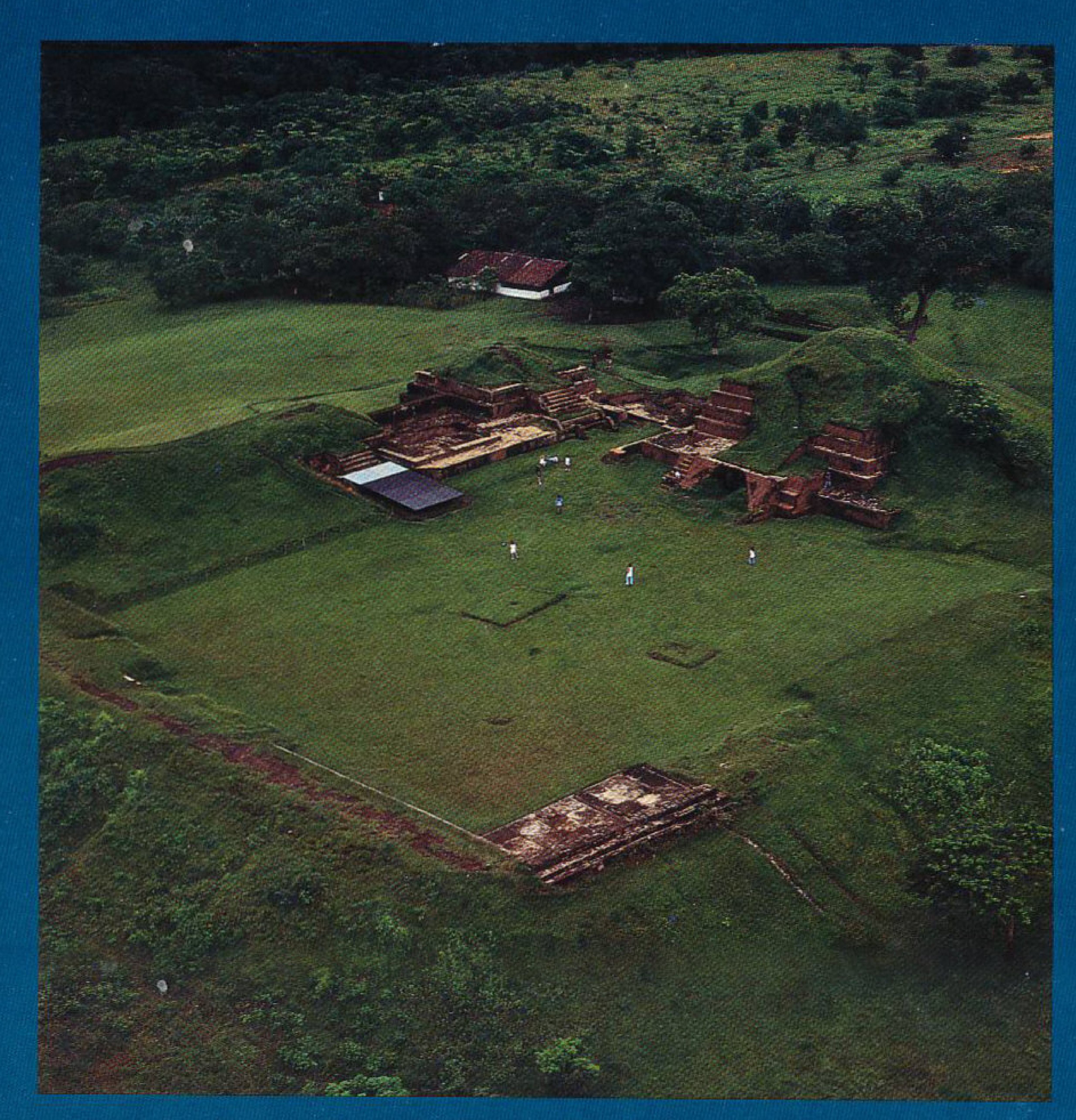
En su reconocimiento de 1978, Kevin Black registró un total de 42 sitios en el valle de Zapotitán que estaban habitados durante el período clásico tardío (600-900 d.C.), incluyendo 11 caseríos, 14 aldeas pequeñas, siete aldeas grandes, tres recintos rituales aislados, cuatro aldeas grandes con construcción ritual, dos centros secundarios regionales y un centro primario regional. Ya que el reconocimiento de Black se basó en una muestra del 15% de la superficie del valle, puede estimarse un total de 280 sitios ocupados durante este período para el valle entero. Con base a los tamaños de los sitios conocidos y otros datos demográficos de las tierras altas de Mesoamérica, Black estimó una población total de 40,000 a 100,000 en el valle durante el clásico tardío.

El centro primario regional del valle durante el clásico tardío fue San Andrés, ubicado cerca de la confluencia de los ríos Sucio y Agua Caliente, en suelos aluviales fértiles. Según Black, el área de ocupación del sitio abarcaba más de 3 km^2 y consistió en un centro ceremonial-administrativo rodeado por residencias de los habitantes. El centro del sitio ocupa un área de aproximadamente 20 hectáreas, sobre la cual se destaca una acrópolis con una plaza grande elevada con pirámides y plataformas en tres lados. Se supone que en los lados norte y oeste de la plaza hubo un complejo de residencias de la élite. El hecho de que el acceso a la plaza fue restringido demuestra su carácter sagrado. La estructura más

La acrópolis de San Andrés.







La acrópolis, vista hacia el sureste.

Las Estructuras 1 (al centro) y 2 (a la izquierda) de la acrópolis de San Andrés.

Escultura en piedra de cabeza de serpiente con espiga horizontal.
Hallada en los escombros de la Estructura 2 de San Andrés.



Pedernal excéntrico de San Andrés, hallado en un escondrijo de la Estructura 7, que representa a un personaje sentado en un banco o trono. El tocado lleva un penacho en la parte superior y una efigie de animal en frente. Estos objetos finamente tallados servían como símbolos de alto rango. Son comunes en las tierras bajas mayas y probablemente fue importado del Petén o de Belice.

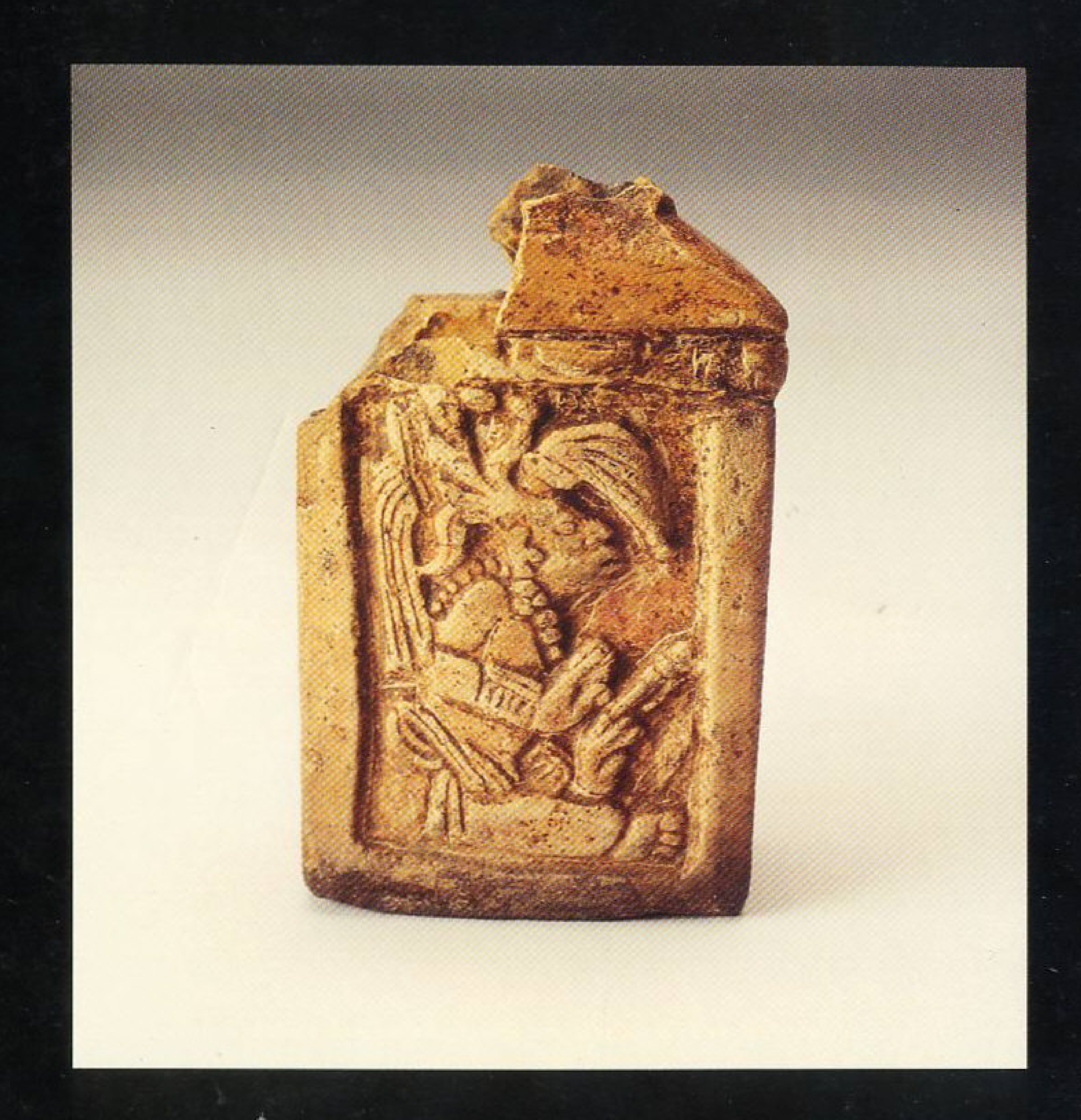


Cajete tetrápode de policromo Campana. La figura central tiene un atavío muy elaborado con tocado en forma de penacho, camisa y un braguero que está decorado con plumas y que corre en la parte de atrás del individuo.

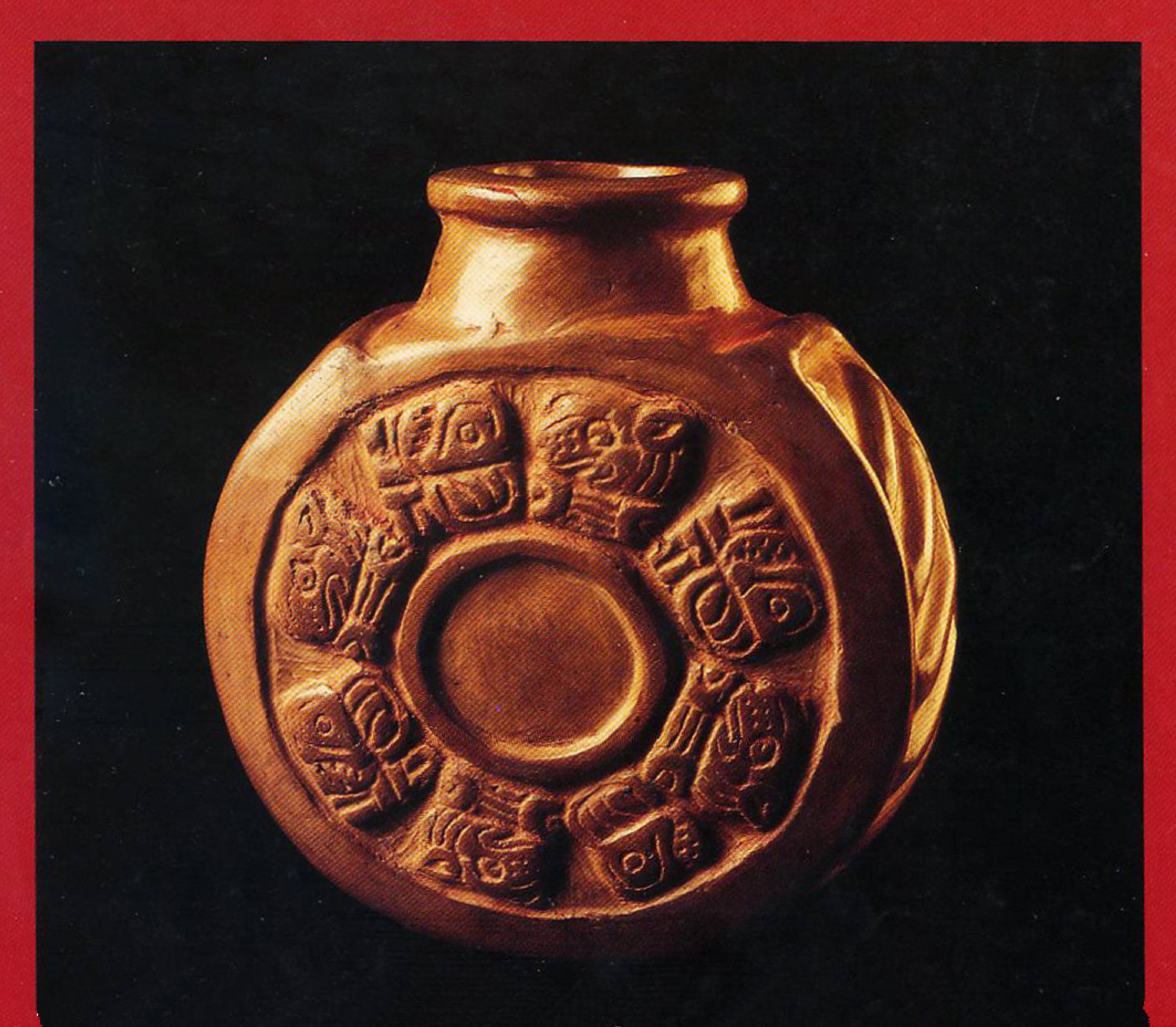
grande de San Andrés es una pirámide campaniforme de 15 m de altura construida encima de una plataforma ancha al norte de la acrópolis, la cual sirvió como base de un templo principal.

San Andrés fue el asiento de un Estado regional poderoso durante el clásico tardío. Desempeñó el papel de principal centro económico, político y religioso del valle durante esta época. Sheets ha descrito las relaciones económicas intestinas del valle, sobre todo con respecto a la producción y al comercio de implementos de obsidiana. La clase dominante se encargó de la obtención y la distribución de materiales exóticos de gran valor como la obsidiana, proveniente del yacimiento de Ixtepeque en el sureste de Guatemala. Desde el mercado de San Andrés, la obsidiana era distribuida a los artesanos, pero el centro también proveyó especialistas que viajaban a los caseríos y las aldeas para fabricar cuchillos, navajas, raspadores y otros utensilios. Es probable que los mismos mercaderes que traían la obsidiana de Guatemala también trajeron el jade desde su fuente en la región del valle del Motagua. Otros materiales provenientes de afuera incluyeron los pigmentos como el cinabrio (sulfato de mercurio, HgS) y la hematita (óxido de hierro, FeO), los cuales eran transportados en vasijas pequeñas cilíndricas de cerámica (a menudo llamadas "perfumeras"). El hecho de que los cilindros fueran de tamaño estandarizado indica que, al igual que otros bienes exóticos, su distribución probablemente estuvo bajo un control económico centralizado.

Además del comercio, otro aspecto importante de la organización económica de los Estados regionales como San Andrés fue sin duda el tributo, aquel pago de productos y servicios a un Estado dominante exigido por medio de la fuerza o la amenaza



Vasijas miniaturas cilíndricas ("perfumeras") usadas durante el período clásico tardío para guardar y transportar pigmentos como el cinabrio y la hematita.



de la misma. Se puede especular que la élite de San Andrés recibía diversos productos en tributo como maíz y otros cultivos, algodón y diversos textiles, cacao, cerámica, petates, sal, pescado, pieles de animales y plumas de pájaros tropicales.

Uno de los pueblos sometidos al Estado precolombino de San Andrés, y quizás uno de los primeros sitios que se repoblaron en el valle, después de la erupción del Ilopango, pudo haber sido Joya de Cerén, una aldea de campesinos que distaba 5 km del centro primario regional. Según el análisis de Beaudry-Corbett, la cerámica del sitio es característica del período clásico medio-tardío (500-800 d.C.). Sin embargo, la ocupación fue de corta duración, quizás sólo de un siglo más o menos. La aldea fue enterrada, por completo, por ceniza húmeda arrojada por el volcán de Laguna Caldera, ubicado a 1.4 km al norte del sitio, que estalló alrededor de 590 d.C. ± 90 años, según las fechas de radiocarbono obtenidas por Sheets. La ceniza húmeda ayudó a conservar los elementos orgánicos del asentamiento. Es más, los habitantes aparentemente huyeron de la erupción con mucha prisa y dejaron casi todas sus pertenencias en sus lugares, en las casas y otras estructuras (hasta dejaron comida en las ollas), convirtiendo el sitio en una especie de "cápsula de tiempo".

Concepción artística de un grupo de tres estructuras que conformaron una vivienda de Joya de Cerén, en el siglo VI. En primer plano, Estructura 2, la casa de residencia; en medio, Estructura 7, la bodega; al fondo, Estructura 9, un temascal.



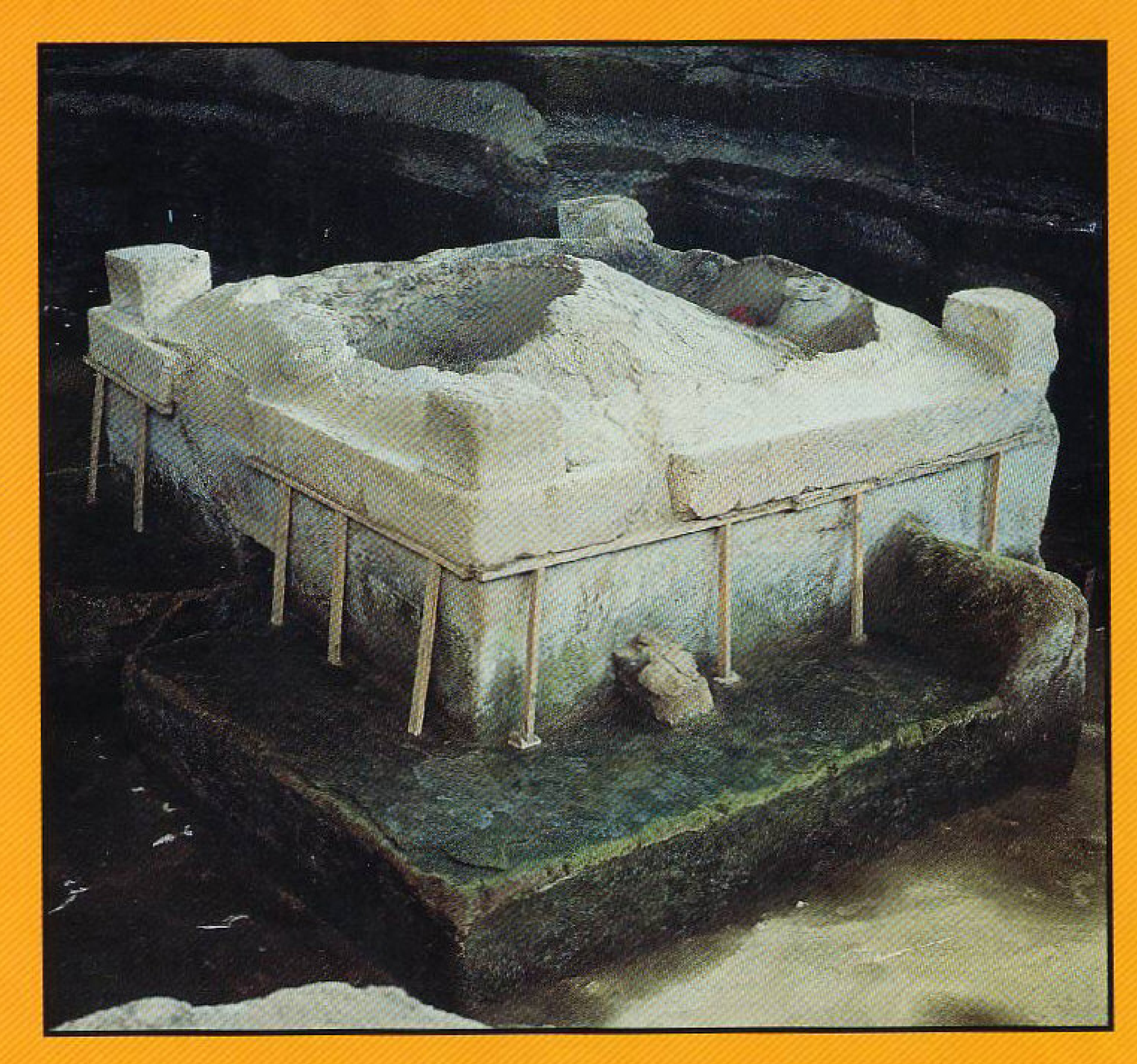




Figurilla de hueso tallado en forma de hombre con sombrero, hallado en la Estructura 7.

Joya de Cerén, Estructura 4, una casa de residencia.

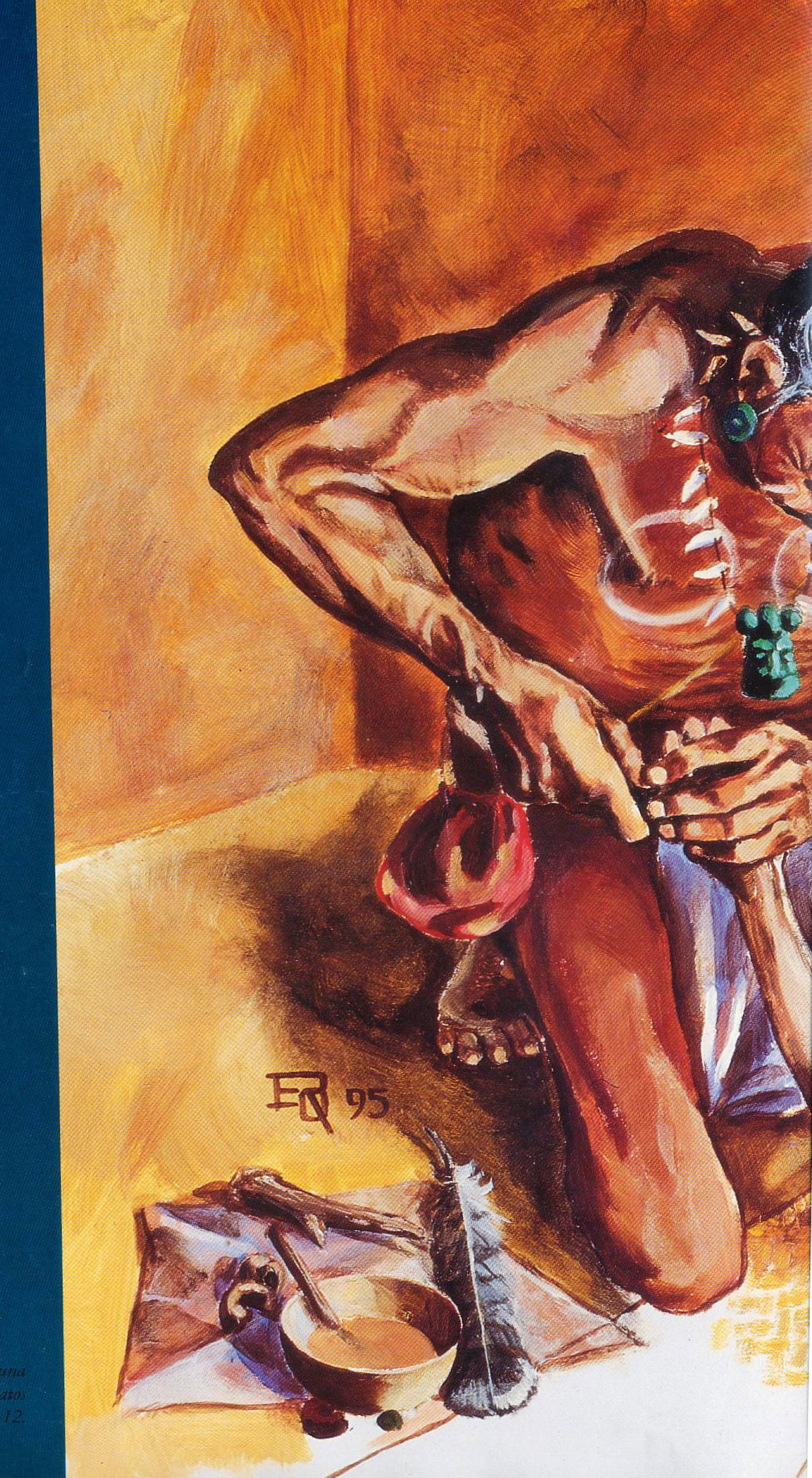




El temascal era usado para la purificación ritual entre las culturas indígenas de Mesoamérica. En esta escena de Joya de Cerén, una partera imparte consejos a una mujer joven después de parir.

El jesuita Francisco Hernández, el primer naturalista de México del siglo XVI, escribió sobre el parto de las mujeres aztecas de esta manera:

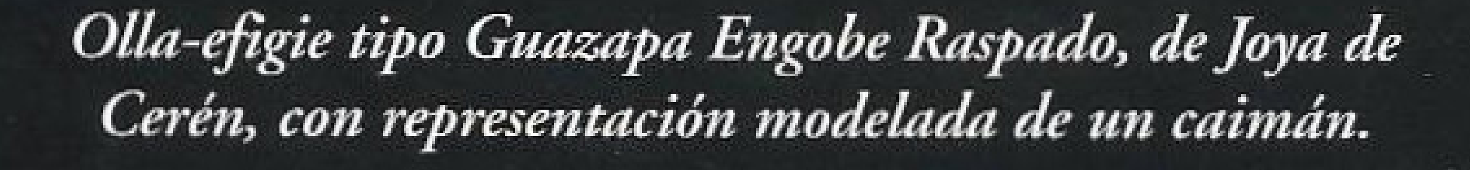
"Cuando la nueva casada en su preñez llegaba al séptimo mes del embarazo, sus consanguíneos después de que habían comido y bebido, discutían acerca de elegir la partera, con cuyo arte y consejo diera a luz más segura y fácilmente. Iban por consiguiente a la que conocían como más perita en la ciudad y más diligente en ejercer su arte, para que cuidase de la salud de la grávida y la ayudase cuando pariera, y se lo rogaban con fervorosas preces. Respondía ella con razones lenes y blandas que haría en el asunto cuanto pudiera con toda la diligencia y cuidado que comprendiera que fuera conveniente para ellos y para el mimo y salud de la embarazada. Y así después la visitaba con frecuencia y no sólo la llevaba a menudo al baño, que se llama temascal en la lengua patria y que se usa mucho entre ellos para las embarazadas y paridas y para los convalecientes de enfermedades, sino que también prescribía la regla de vida que debía observarse con gran cuidado y religiosidad al tiempo de parir".



Un curandero de Joya de Cerén presta servicios a una anciana enferma. Esta escena está basada en datos arqueológicos recuperados de la Estructura 12.



La conservación excelente de Joya de Cerén es la razón de su gran importancia. Como ha comentado Sheets, "si la Laguna Caldera no hubiera erupcionado y las estructuras de Joya de Cerén hubieran sido abandonadas bajo circunstancias normales, el sitio no sería nada excepcional. Sería como cualquier sitio común y corriente del período clásico, de los que se encuentran diseminados por toda Centroamérica". Debido a la extraordinaria conservación del sitio y su corto lapso de ocupación, Joya de Cerén se presta al análisis etnográfico casi como si fuera una comunidad viva. Los arqueólogos del equipo de Sheets han orientado sus investigaciones para reconstruir, por ejemplo, las técnicas de construcción de las estructuras y la variación arquitectónica entre ellas, ofreciendo interpretaciones sobre las distintas funciones que tenía cada estructura. Las estructuras domésticas incluyen casas de residencia, bodegas, talleres y cocinas, que como conjunto forman viviendas. También se destacan estructuras de función especial como un edificio público, que pudo haber sido una casa comunal; una casa con rasgos no comunes que bien podría haber sido la residencia de un *shamán* o curandero; y un temascal o baño sauna, usado para la purificación ritual.



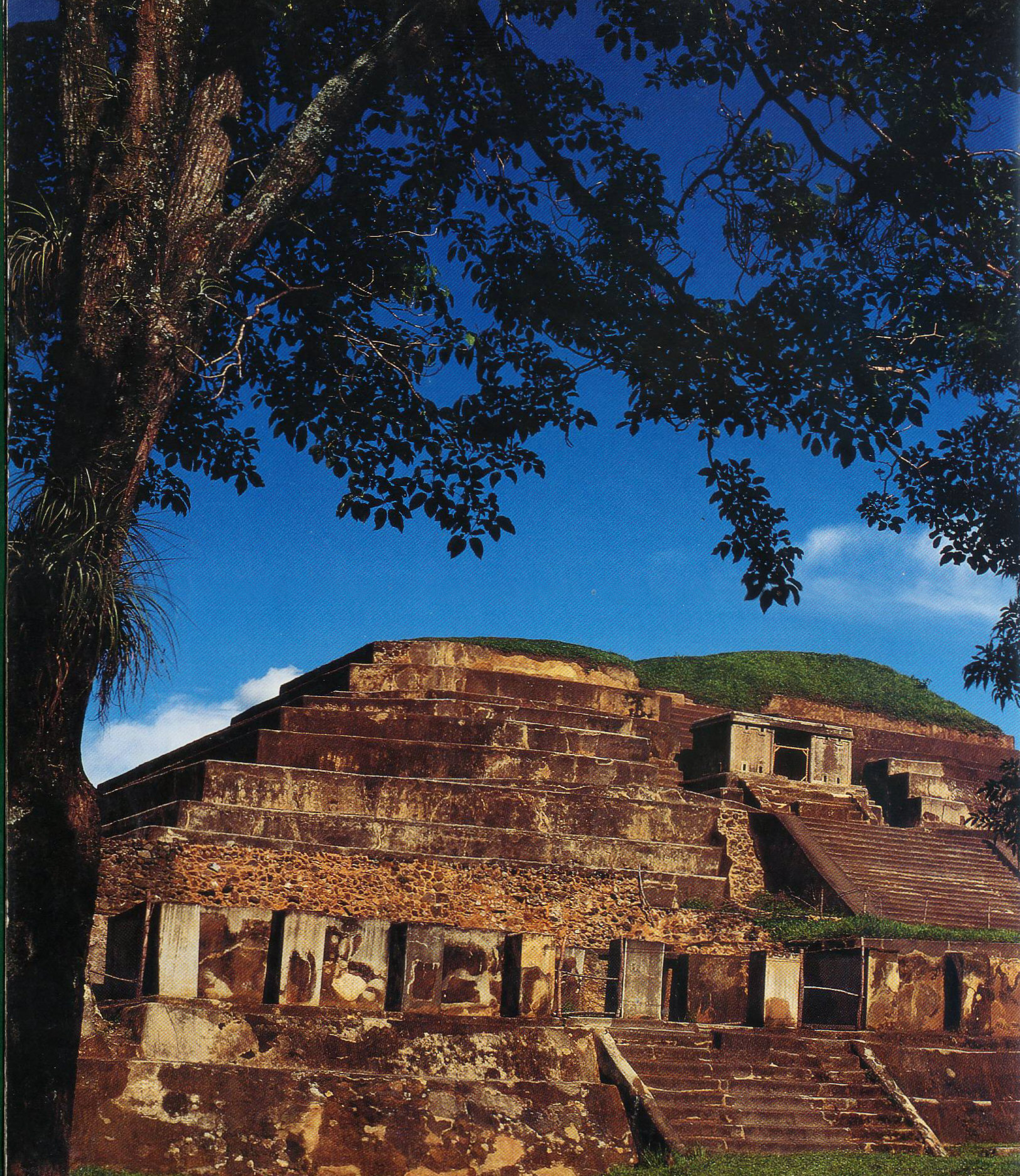
Olla-efigie tipo Guazapa Engobe Raspado, de Joya de Cerén, con representación modelada de un caimán.

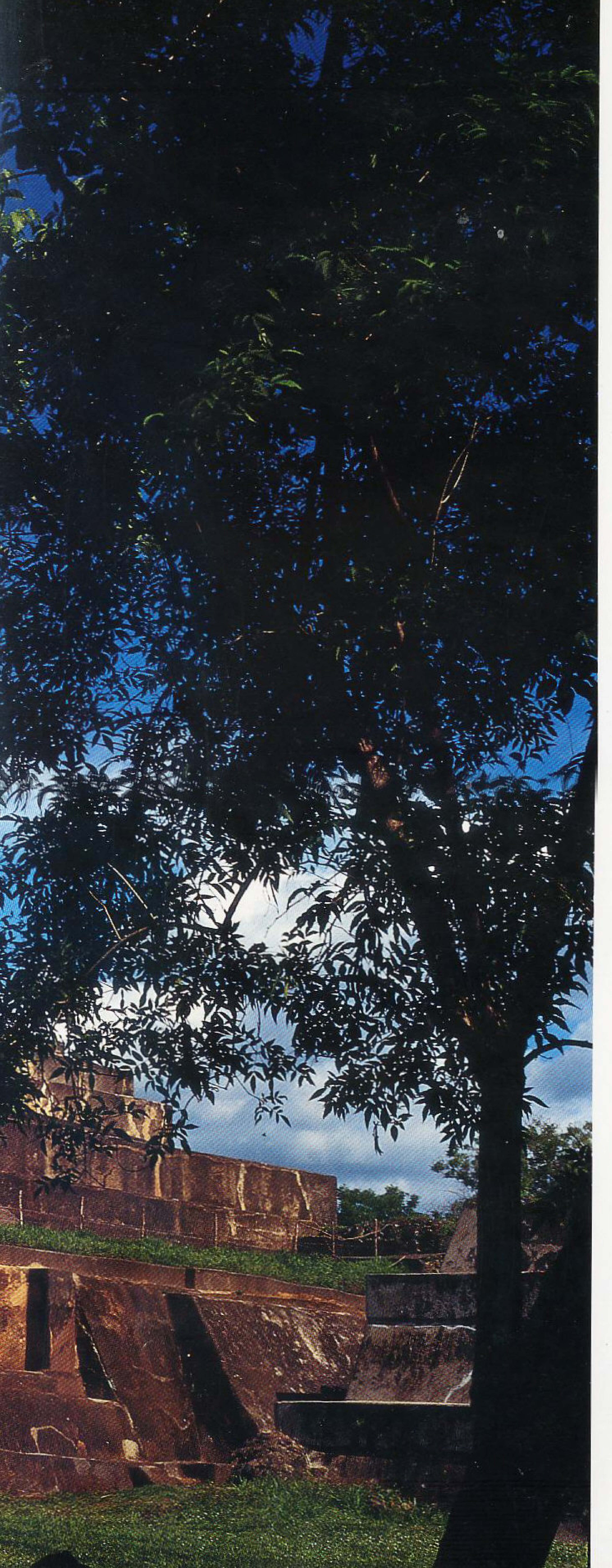
Las investigaciones en Joya de Cerén también han arrojado luz sobre muchos aspectos de la vida cotidiana y el comportamiento de los antiguos habitantes. Los biólogos han identificado las plantas y animales del sitio, mientras que los arqueólogos han descubierto patrones de almacenamiento. Por ejemplo, las navajas de obsidiana se guardaban (o mejor dicho, se escondían) en medio de los techos, supuestamente para proteger su filo y para evitar que manos pequeñas las alcanzaran. Los petates para dormir se guardaban encima de las vigas de los techos durante el día y los metates se apoyaban en horquetas. En las bodegas y cocinas se guardaban muchas vasijas de cerámica, morros, manos y metates, malacates y, por supuesto, muchas clases de comida como maíz, frijoles, chile y cacao. Se suspendían vasijas de las vigas para proteger la comida de los animales. Por cierto, la cantidad de información que se puede recabar del sitio sobre las actividades cotidianas de sus habitantes es abrumadora. Podemos suponer que otras comunidades del valle de Zapotitán y de las regiones central y occidental del país, durante el clásico tardío, se asemejaron mucho a Joya de Cerén.

Otro sitio importante de la época fue Chalchuapa, un Estado regional que tuvo nexos con el de San Andrés y, más allá, con el centro maya de Copán, Honduras. La erupción del volcán de Ilopango puso paro a la construcción monumental en Chalchuapa y rompió los nexos de intercambio que tenía con Kaminaljuyú. Se supone que disminuyó el tamaño de la población de Chalchuapa durante el período clásico temprano (250-500 d.C.), pero no hay evidencias de que el sitio fuera abandonado. Además, se ve una fuerte continuidad en la cerámica y otros aspectos de la cultura material entre el preclásico y el clásico.



Perspectiva aérea de las Estructuras B1-1 y B1-2 del grupo Tazumal, Chalchuapa, vista hacia el noreste.





El centro principal de actividad durante el período clásico fue el grupo de 13 estructuras conocido como Tazumal, ubicado en el extremo sur de la zona arqueológica de Chalchuapa. Tazumal consistía de varias estructuras, un juego de pelota y una plataforma redonda que ya no existe. La construcción principal de Tazumal es la Estructura B1-1, una pirámide grande formada por terrazas verticales que cubre una extensión de 2 hectáreas y alcanza una altura de 24 m. Las excavaciones que efectuó Stanley Boggs, de 1942 a 1953, revelaron 13 etapas de construcción que comenzaron alrededor de 200 d.C. La época más intensiva de construcción fue del clásico medio al tardío, probablemente entre 550 y 850 d.C. Las etapas de construcción han sido ordenadas cronológicamente por medio de observaciones de los contenidos de las 20 tumbas del período clásico, excavadas en la estructura. Se recuperaron más de 320 vasijas completas de cerámica, y todavía falta llevar a cabo un estudio pormenorizado de los objetos de las tumbas, lo cual ofrecería una cronología mas precisa para Tazumal.

En el lado oeste de la pirámide se destaca un palacio que consiste en una estructura larga, dividida en tres salas. La fachada está formada por una serie de ocho pilastras rectangulares y dos columnas que estaban pintadas de blanco y decoradas con representaciones humanas y aves. El palacio se construyó en el clásico temprano, tal vez alrededor de 400 d.C., y aun después de estar completamente tapado por construcciones posteriores, siempre conservó una fuerte significación simbólica para los habitantes. Aquí, siglos más tarde, excavaron tumbas para depositar los restos mortales de sus gobernantes o quizás de parientes cercanos de los gobernantes. Estos entierros fueron acompañados por ricas ofrendas que sugieren algún tipo de relaciones con Teotihuacán. La Tumba 14, por ejemplo, excavada por Boggs en 1950-52, contenía entre sus ofrendas una vasija

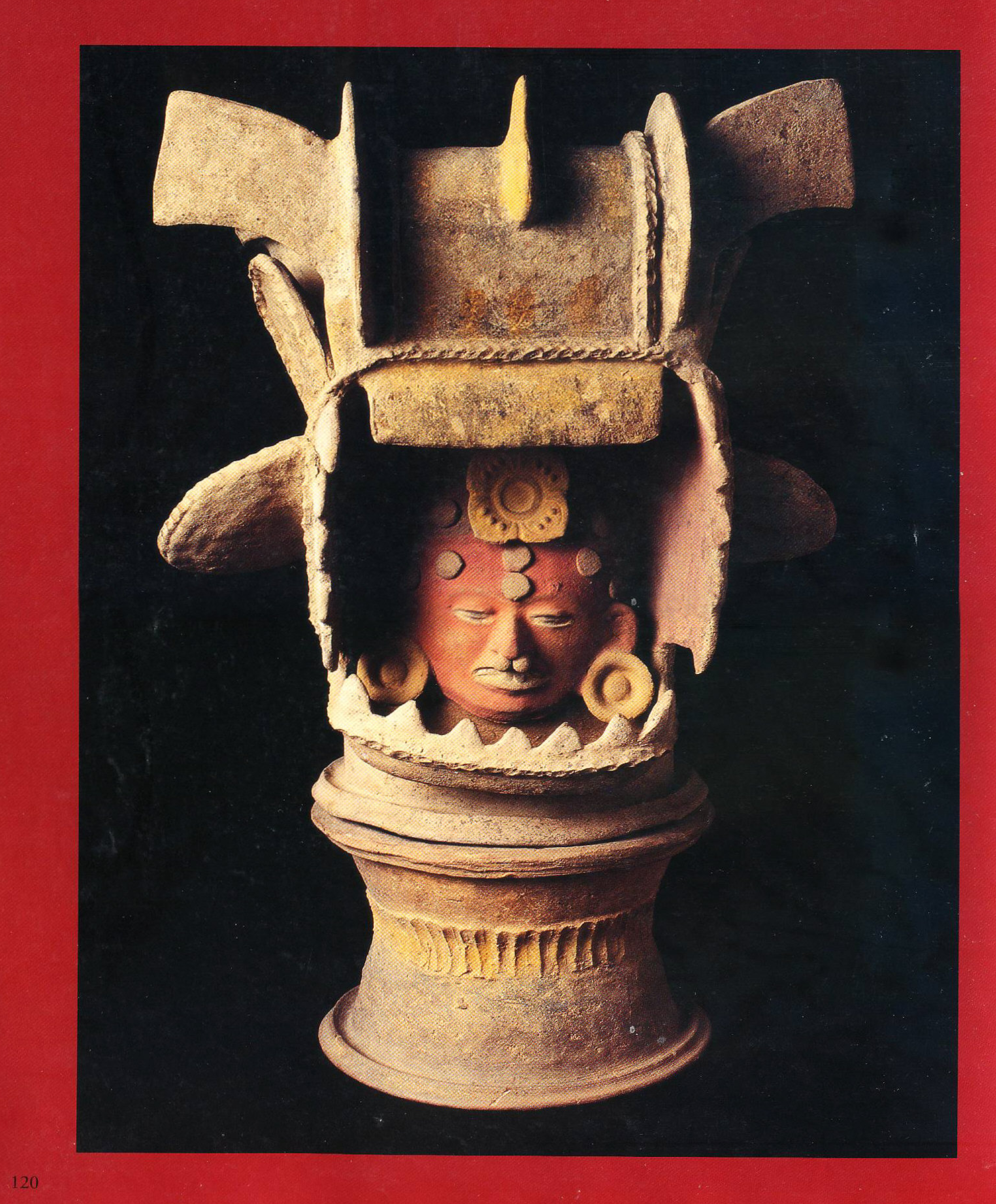
El lado oeste de la Estructura B1-1 de Tazumal, Chalchuapa.



Incensarios y otras vasijas de cerámica halladas por
El incensario en el cent

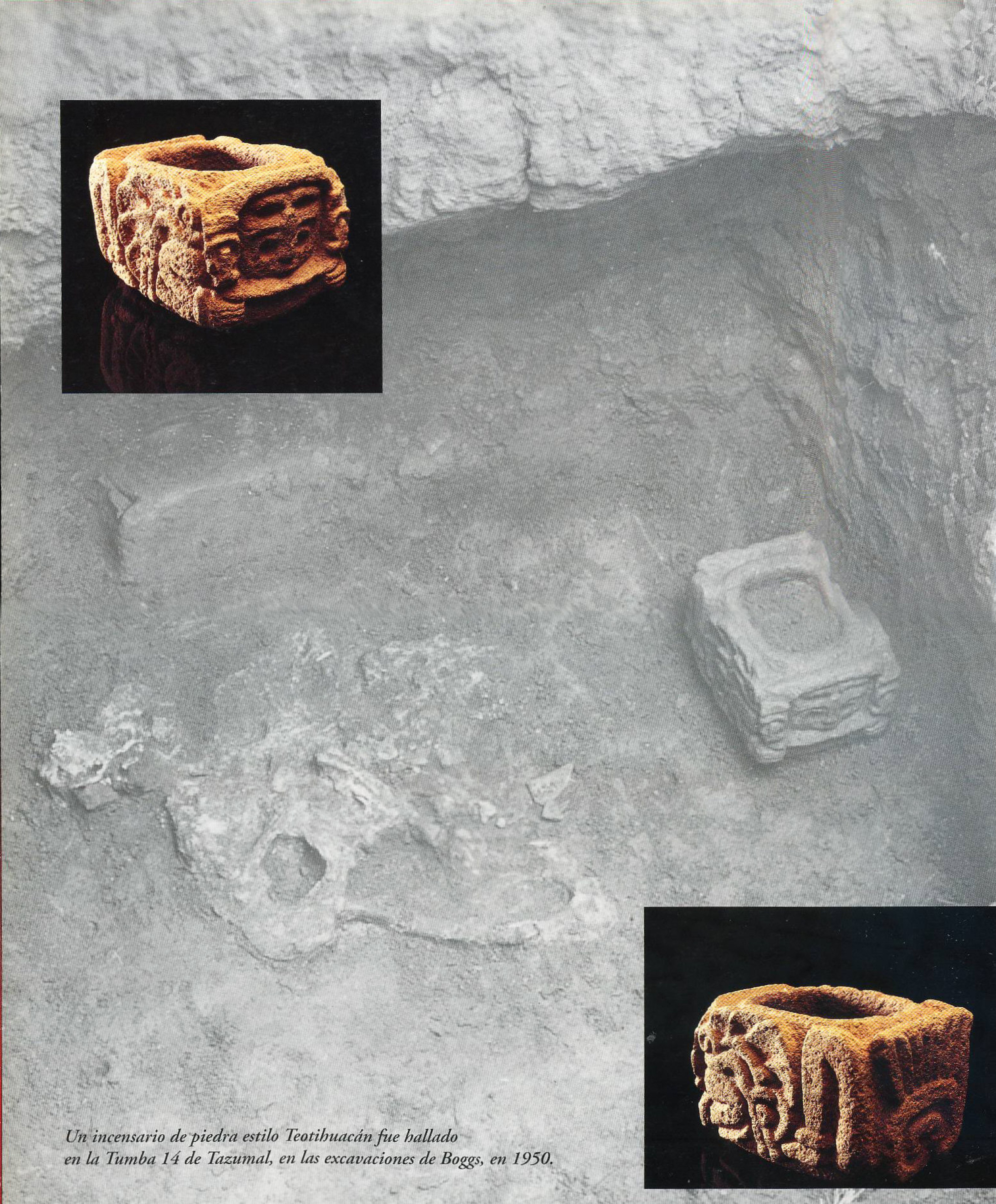


n las tumbas de la Estructura B1-1 de Tazumal.
estilo Teotihuacán.





Izquierda, incensario teotihuacanoide de la costa de Ahuachapán. Arriba, máscara de cerámica estilo Teotihuacán de Chalchuapa; abajo, dos vistas de un incensario teotihuacanoide de Tazumal.



Un incensario de piedra estilo Teotihuacán fue hallado en la Tumba 14 de Tazumal, en las excavaciones de Boggs, en 1950.

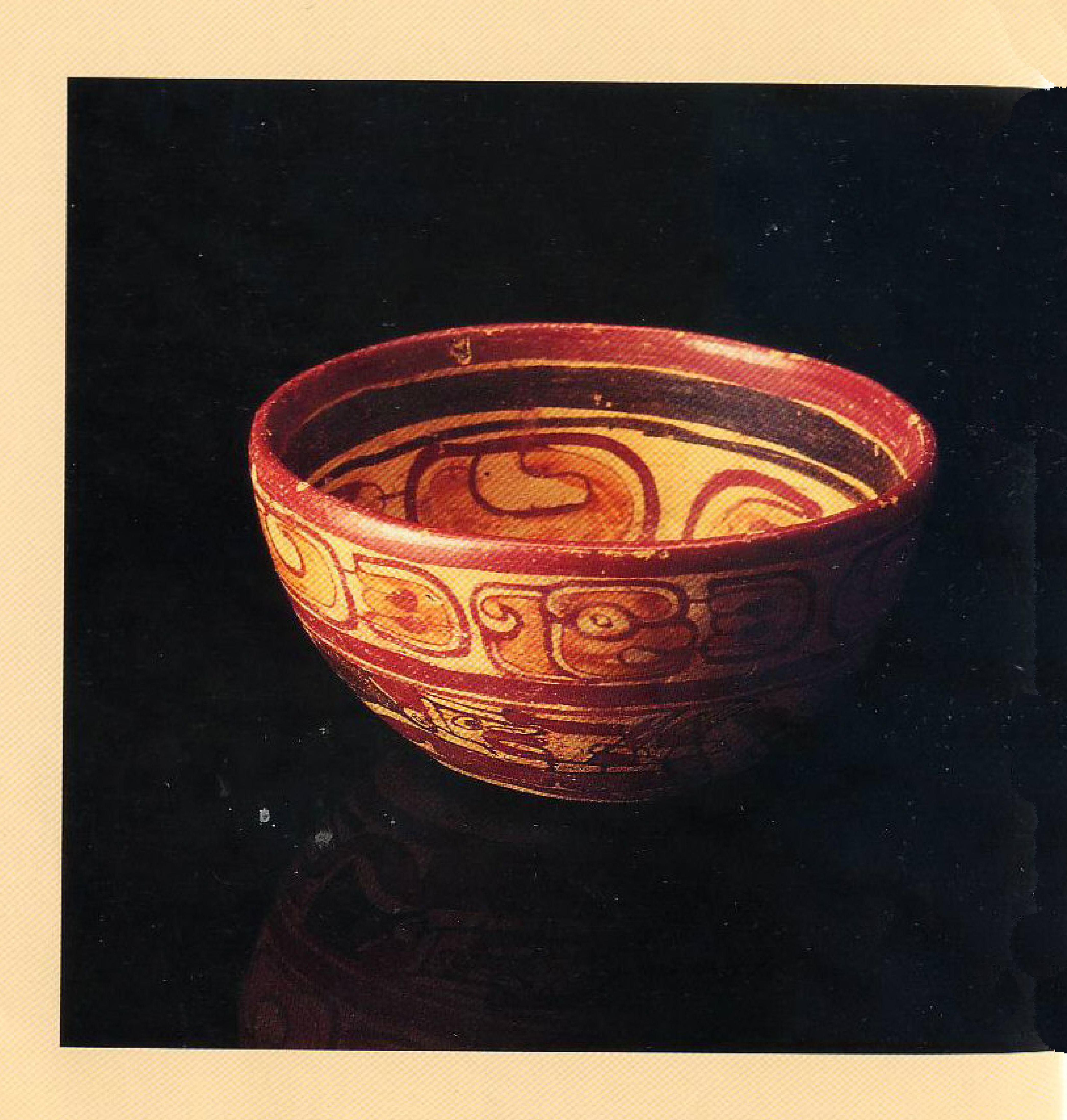


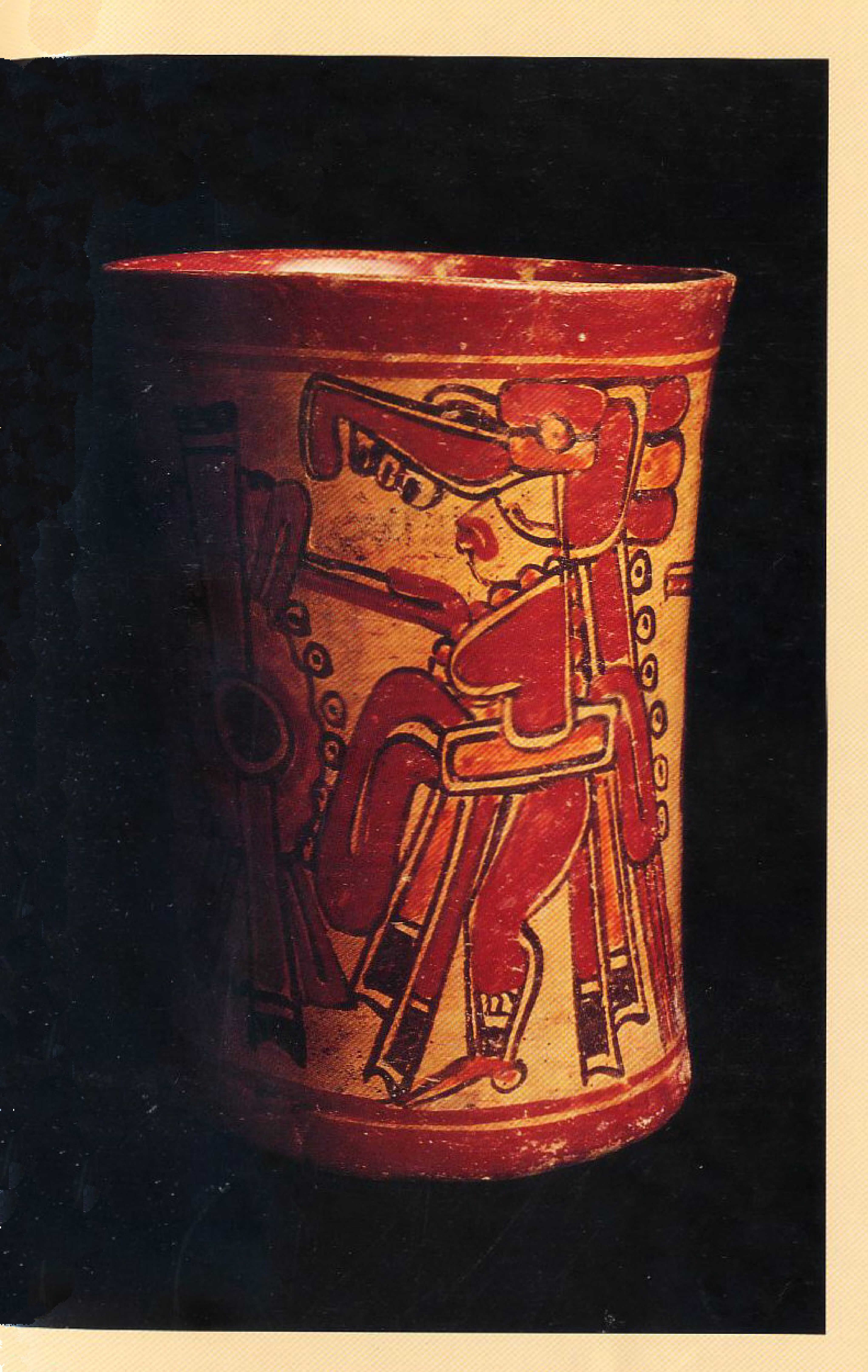
Piedra tallada en forma de hongo, de Tazumal.

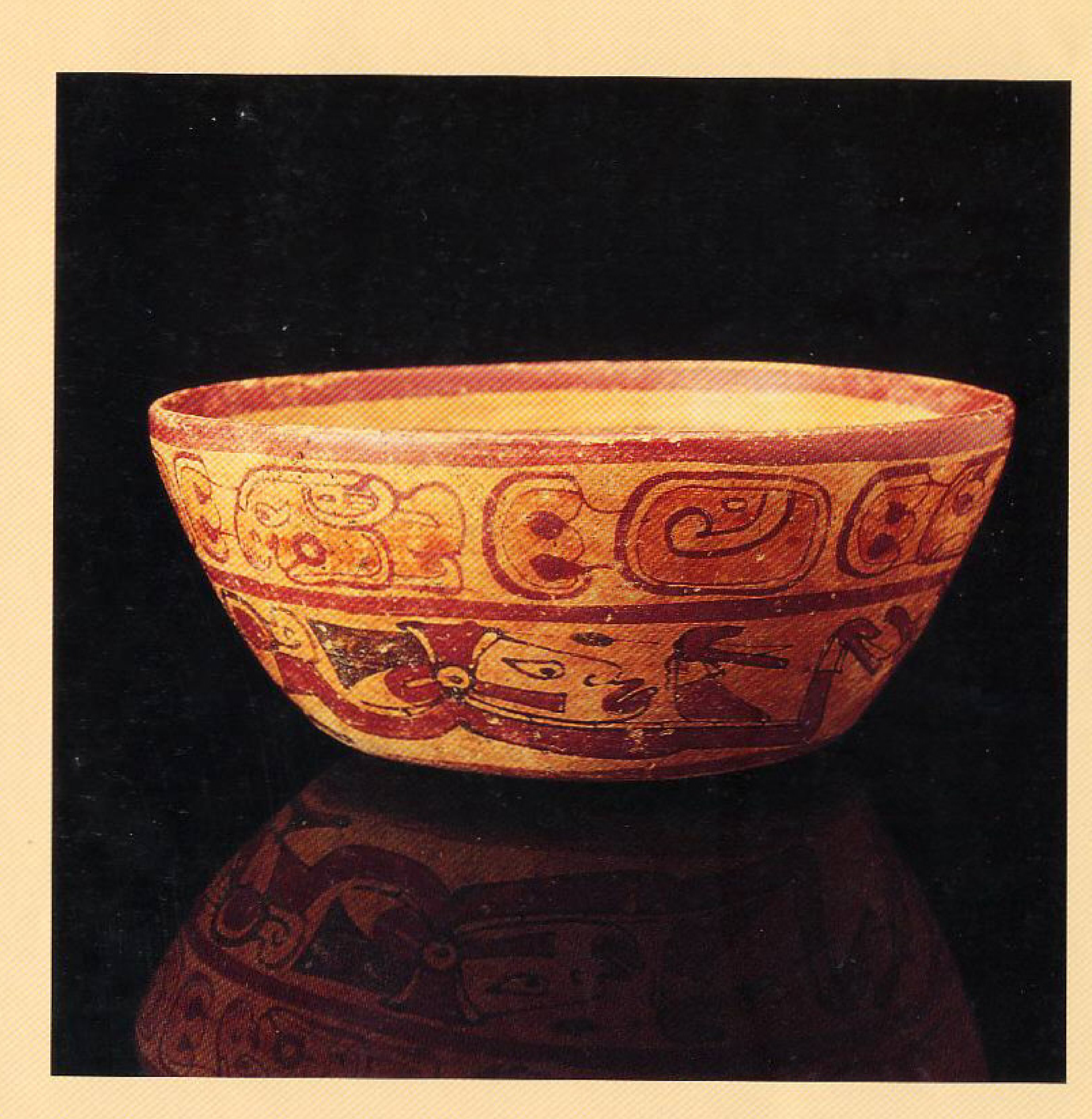
trípode cilíndrica teotihuacanoide, un incensario de piedra grabado con motivos derivados del arte teotihuacano y un incensario de cerámica estilo Teotihuacán. También existen en colecciones particulares varios objetos de estilo Teotihuacán hallados en Chalchuapa. Estos hallazgos nos obligan a considerar la posibilidad de que la nobleza de Chalchuapa durante el período clásico descendía de una dinastía establecida por teotihuacanos. Sin embargo, también es posible, y quizás más probable, que estos elementos teotihuacanos llegaron a Tazumal, y fueron aceptados e incorporados en los cánones artísticos locales, mediante los contactos con un centro poderoso en el área maya como Copán o Kaminaljuyú, ambos de los cuales tuvieron fuertes nexos con Teotihuacán.

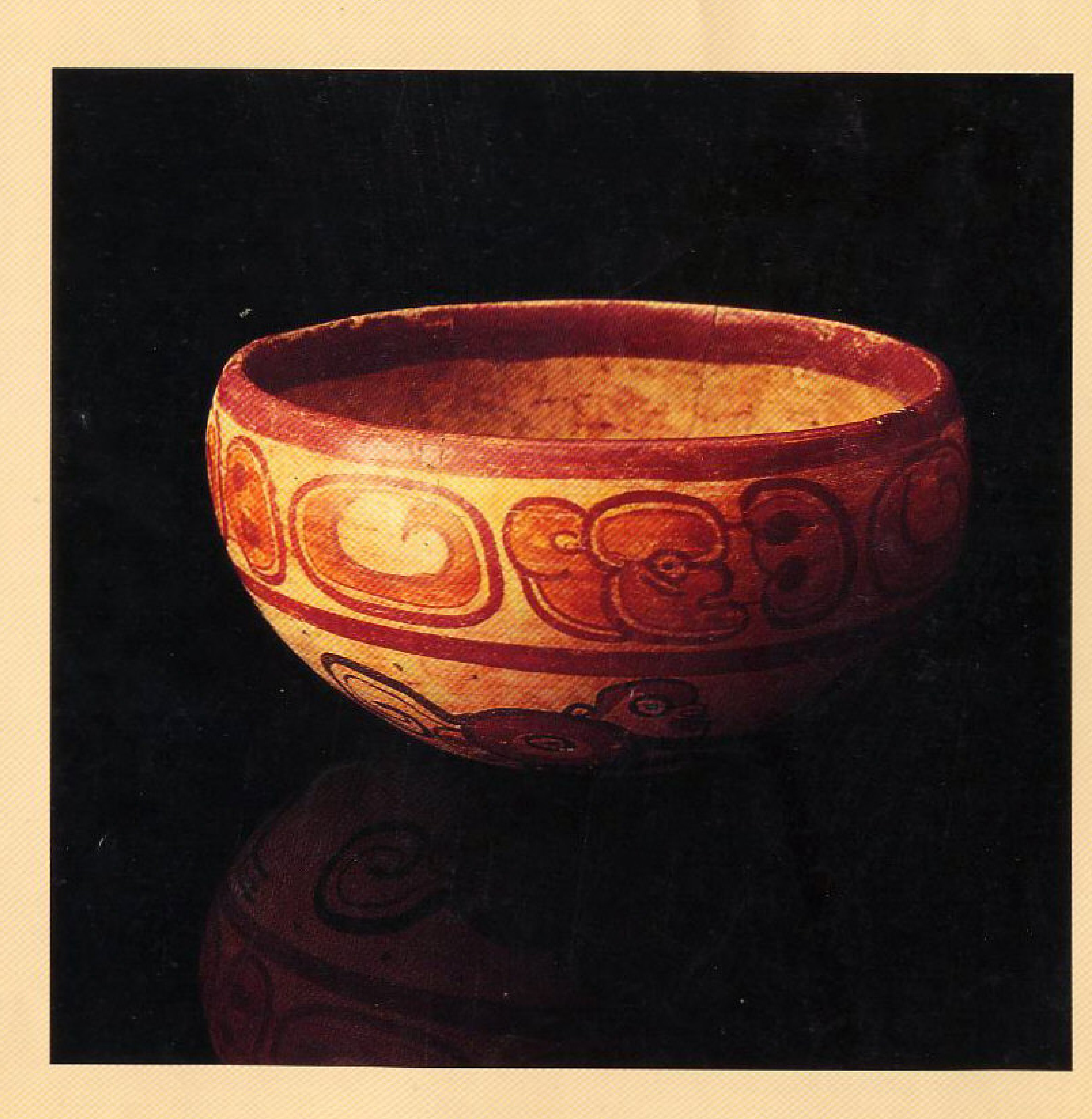


Muchos objetos recuperados de las tumbas de Tazumal, que forman parte del complejo de cerámica Payu (650-900 d.C.) definido por Robert J. Sharer, sugieren fuertes enlaces con Copán. Se destaca la presencia de cerámica de los grupos Copador y Gualpopa, ambos probablemente fabricados en el área de Copán pero el segundo posiblemente introducido originalmente desde El Salvador. Los dos grupos se distinguen por sus características figuras de "nadadores", seudoglifos y motivos geométricos pintados en rojo y negro sobre un fondo anaranjado o beige. La diferencia principal entre los dos consiste en el uso de pigmento de hematita especular en vasijas del grupo Copador. En la opinión de Beaudry-Corbett, la producción de estas dos clases de cerámica estuvo en manos de alfareros (o alfareras) que trabajaban por su propia cuenta, organizados de una forma no centralizada, probablemente al nivel socioeconómico de la vivienda o la comunidad. La distribución amplia de la cerámica Copador y Gualpopa, desde el occidente de El Salvador hasta la región de Copán y la zona central de Honduras, indica que había una red de comercio bastante sofisticada que unificó estas zonas durante el clásico tardío.









Vasijas del tipo policromo Copador. El nombre del tipo es una contracción de Copán y El Salvador, una referencia a su zona de distribución en la región al sur de Copán y al occidente y centro de El Salvador durante el clásico tardío.

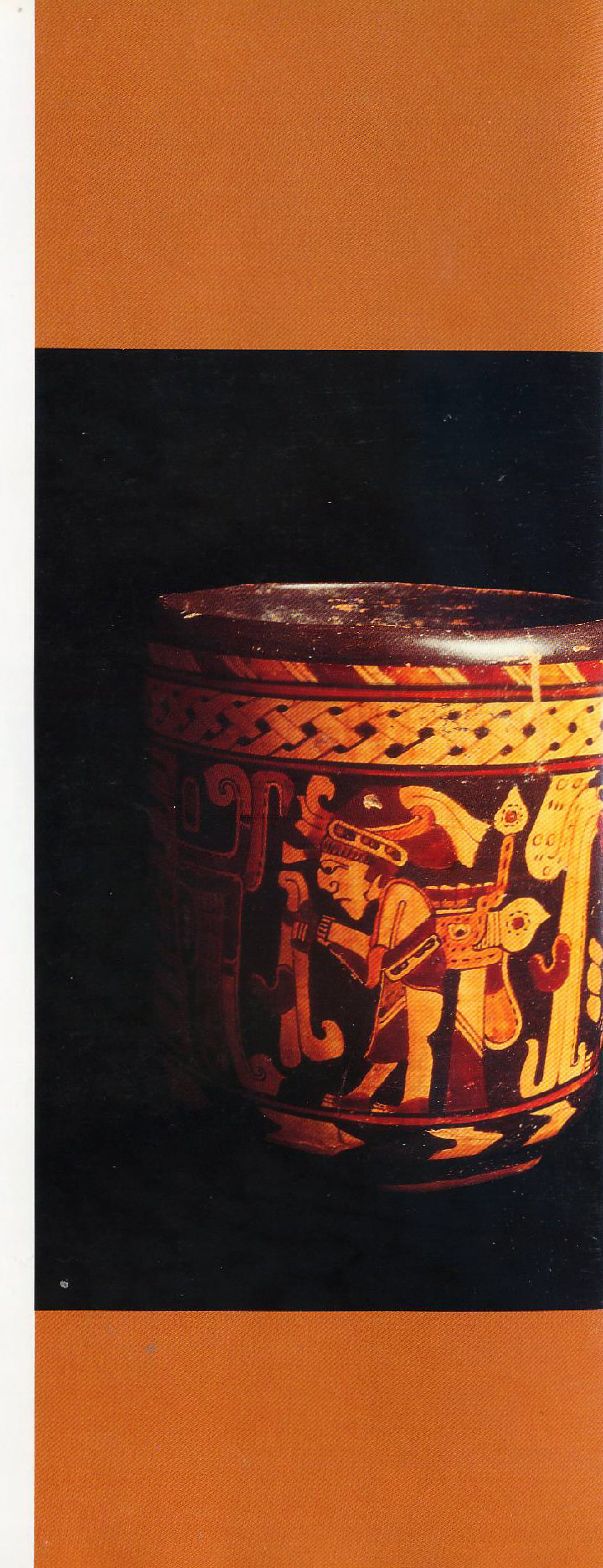


Un taller de cerámica Copador del clásico tardío.
Se supone que ambos sexos participaban en la producción de esta loza.

Otras lozas importadas que llegaron durante esta época incluyen la cerámica del llamado grupo Salúa (o Ulúa-Yojoa), probablemente del oeste de Honduras, que lleva una variedad de diseños pintados naturales y mitológicos, ejecutados en negro y anaranjado; y la policroma Campana, probablemente fabricada en la zona central de El Salvador, que se caracteriza por diseños geométricos, abstractos y naturales, pintados en línea fina y rápida en negro, anaranjado y rojo sobre un fondo de color crema-anaranjado. También hay evidencias del intercambio con otros centros y otras regiones como el oriente de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

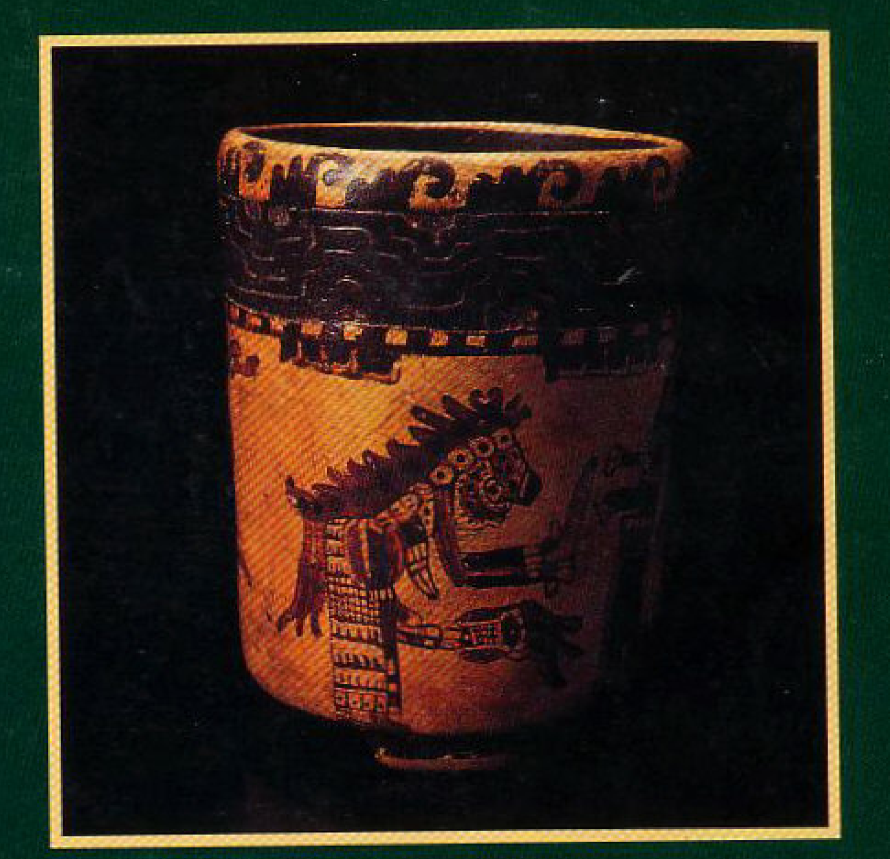
En el valle de El Paraíso, el clásico tardío es un período de repoblamiento, crecimiento demográfico y desarrollo político y económico. Existieron varios sitios en la zona durante esta época como El Tanque, El Remolino y La Ciénaga, que son sitios nucleados con muchos montículos ceremoniales, incluyendo juegos de pelota, y plataformas para residencias. La cerámica y los artefactos encontrados en estos sitios son semejantes a los de Tazumal y San Andrés, lo que probablemente indica una unidad étnica entre las poblaciones de la zona central y el occidente.

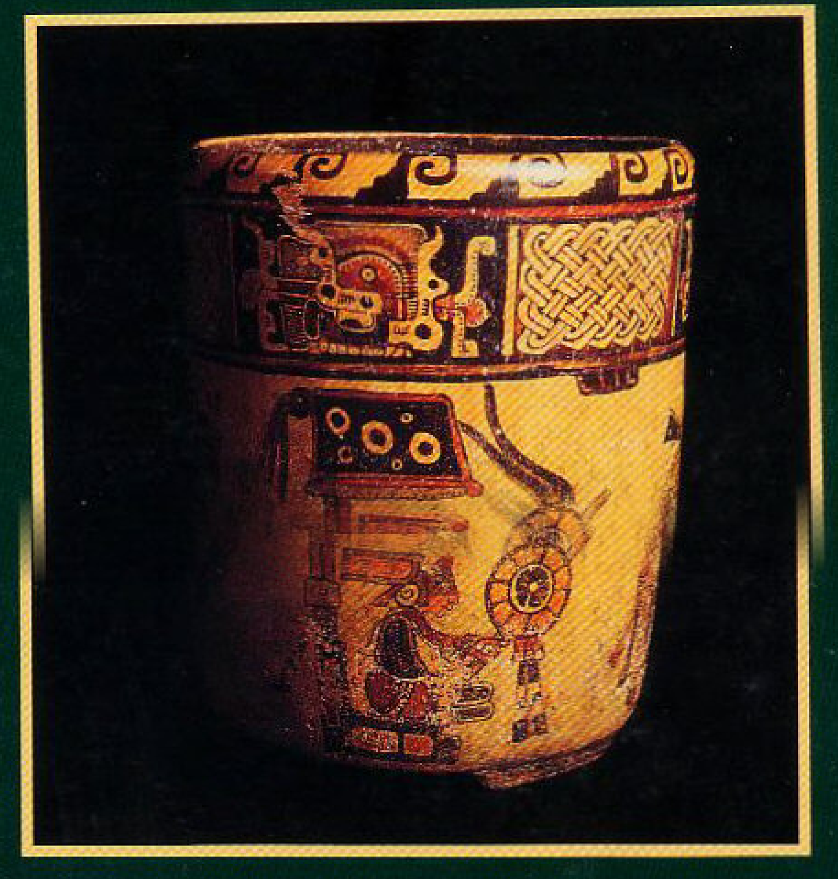
¿Cuál fue la identidad étnica de estas poblaciones? Hace algunos años, Sheets amplió una formulación etnohistórica del arqueólogo británico J. Eric S. Thompson, quien sustuvo que el límite sur del territorio de los mayas chortis estuvo en el departamento de Chalatenango. Sheets planteó la hipótesis de que los chortis se extendían más al sur a la zona central y el occidente de El Salvador y que estas zonas fueron reocupadas por una colonización de chortis dirigida desde Copán. Esta idea ahora parece poco probable. Como ha señalado Demarest, no se puede negar que hubo nexos importantes entre Copán y los centros relacionados en El Salvador, pero la población tuvo





Vasijas de cerámica Salúa de la zona central de El Salvador.





Muchas vasijas Salúa repiten una escena que trata de un cacique sentado en un trono con danzantes disfrazados de jaguares.

La concepción artística es una recreación de tal escena.







Pectorales de jadeita hallados en las tumbas de Tazumal, período clásico tardío.

su origen en la misma población que moraba en las regiones del centro y el occidente de El Salvador antes de la erupción del volcán Ilopango. El intercambio que se evidencia en la distribución de la cerámica Copador y Gualpopa facilitó el desarrollo político en las zonas central y occidental del país, durante el clásico tardío, mediante la interacción entre las élites de estas zonas con las élites mayas de Copán. Sin duda, las élites de Tazumal, San Andrés y los sitios del valle de El Paraíso emularon a los mayas de Copán para reforzar su posición política, pero el desarrollo político que se dio fue un proceso autóctono; no fue fomentado por Copán y ni mucho menos fue producto de invasores que llegaron de afuera.

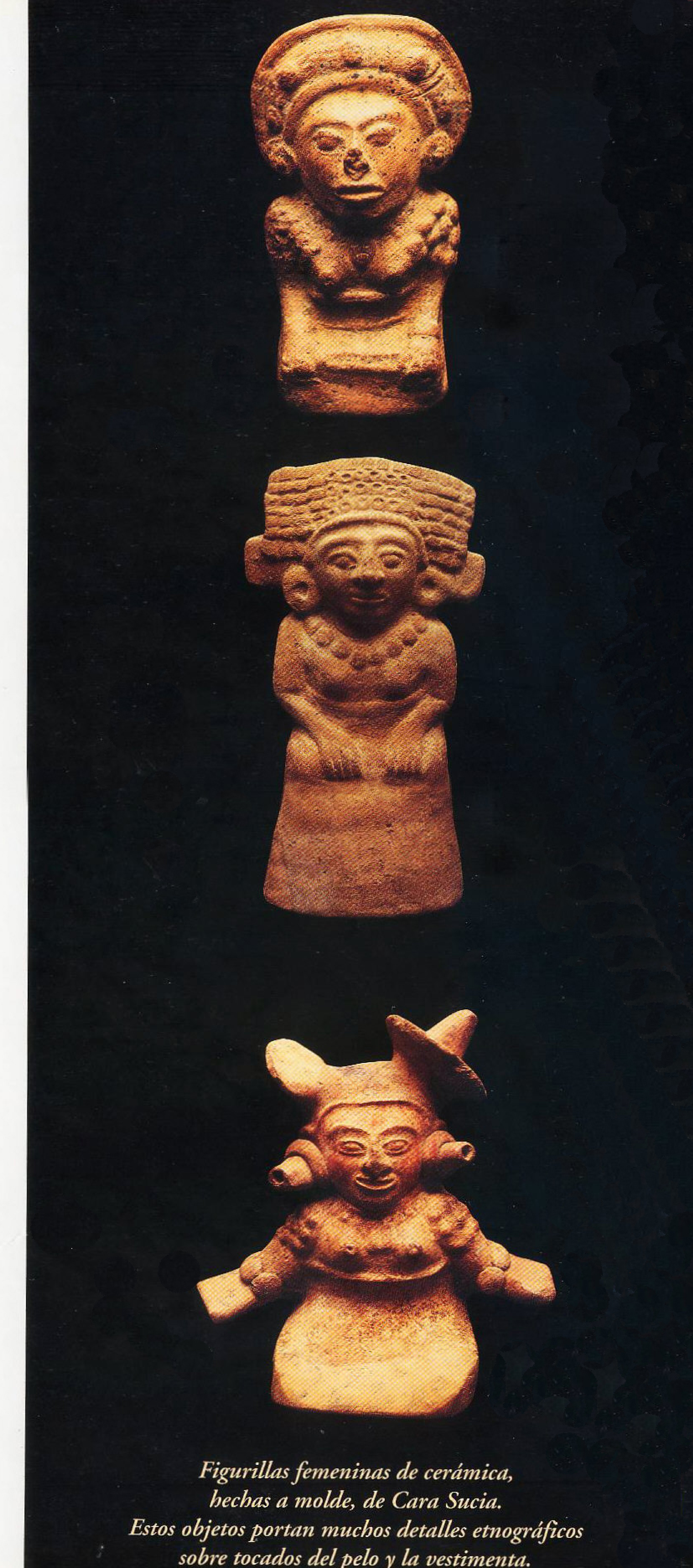


Vasija cilíndrica estucada estilo maya de El Remolino, valle de El Paraíso. La superficie exterior está recubierta de una capa de estuco pintado de rojo, con diseños de personajes alternando con paneles de glifos esgrafiados.

de pelota de Copán con la plaza de monumentos al fondo.

Sin embargo, las evidencias del occidente y el oriente indican que sí hubo invasiones durante el clásico tardío en estas regiones. Estos acontecimientos fueron directamente relacionados al colapso de la civilización maya del clásico. En el sitio de Cara Sucia, ubicado cerca de la aldea del mismo nombre en el litoral del departamento de Ahuachapán, la ocupación del clásico tardío-terminal (700-950 d.C.), estudiada por Paul Amaroli, representa una extensión de la cultura Cotzumalguapa, que tenía su centro de distribución en la zona de Escuintla, en la costa sureste del Pacífico de Guatemala. Los cotzumalguapanecos se sintieron atraídos a Cara Sucia para apoderarse de la producción de cacao, algodón y sal. Estos fueron recursos de la zona que eran de importancia comercial desde por lo menos el preclásico medio. Los cotzumalguapanecos estaban siguiendo la misma ruta de extensión de su poder e influencia que, como hemos visto, se desarrolló unos siglos antes cuando llegaron a Chalchuapa grupos afiliados a Teotihuacán.

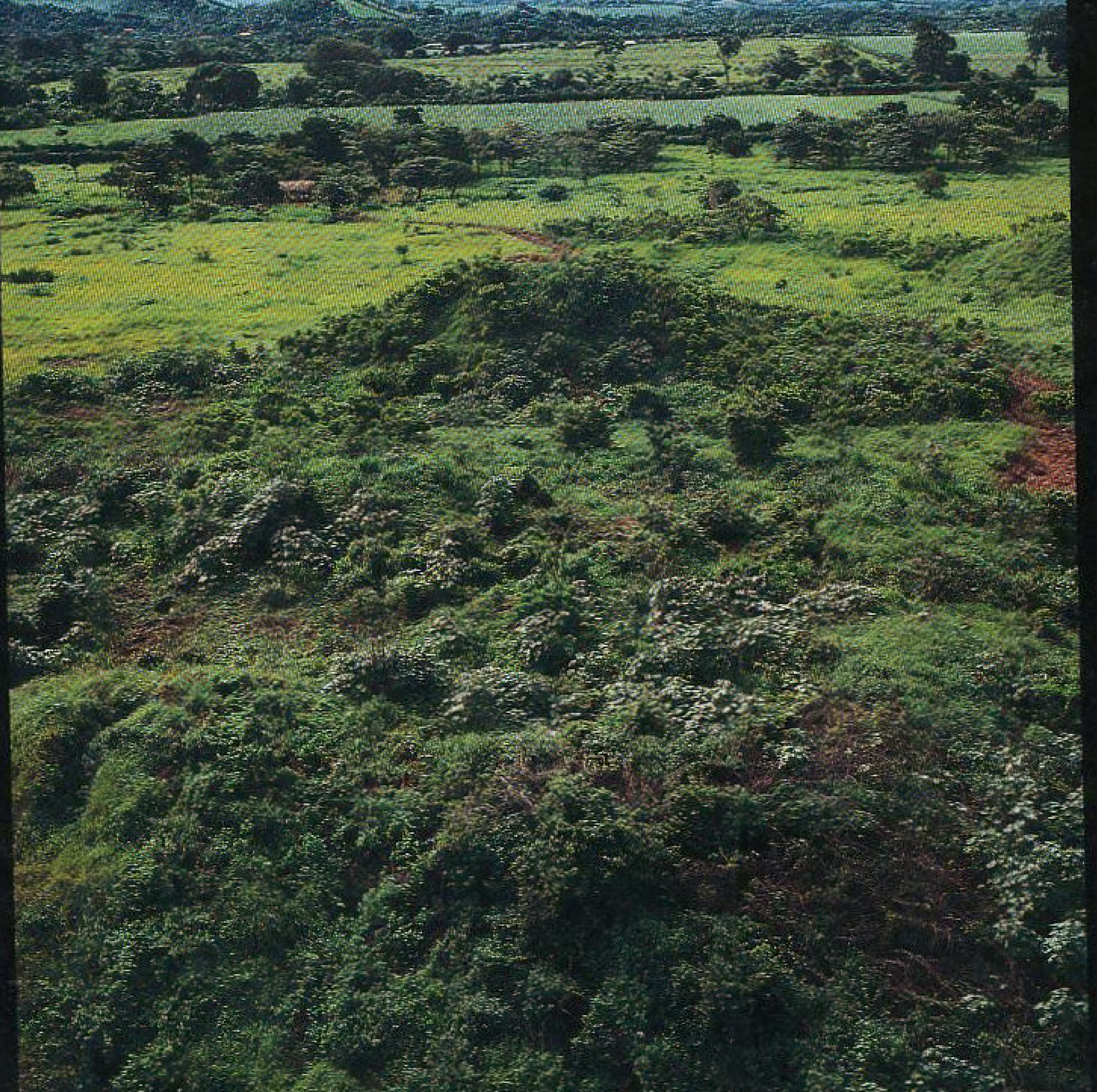
El origen de la cultura Cotzumalguapa del clásico tardío es un viejo problema en la arqueología del sureste de Mesoamérica. Al contrario de la opinión de muchos especialistas, esta cultura (o estilo artístico) no tiene absolutamente nada que ver con los pipiles. Este error, cometido por muchos, tiene su origen en el hecho de que la cultura Cotzumalguapa floreció en una zona, en el sureste de Guatemala, que estaba ocupada predominantemente por los pipiles en la época colonial. Los elementos iconográficos de la escultura de Cotzumalguapa sí reflejan influencias del altiplano central y la costa del golfo de México, pero no hay ninguna indicación de que Cotzumalguapa era de afiliación náhuat. Efectivamente, lo más probable es que los pipiles causaron la caída final de la cultura Cotzumalguapa cuando comenzaron a llegar al sureste de Guatemala y el occidente de El Salvador, alrededor de 900 d.C.



Figurillas femeninas de cerámica, hechas a molde, de Cara Sucia. Estos objetos portan muchos detalles etnográficos sobre tocados del pelo y la vestimenta.

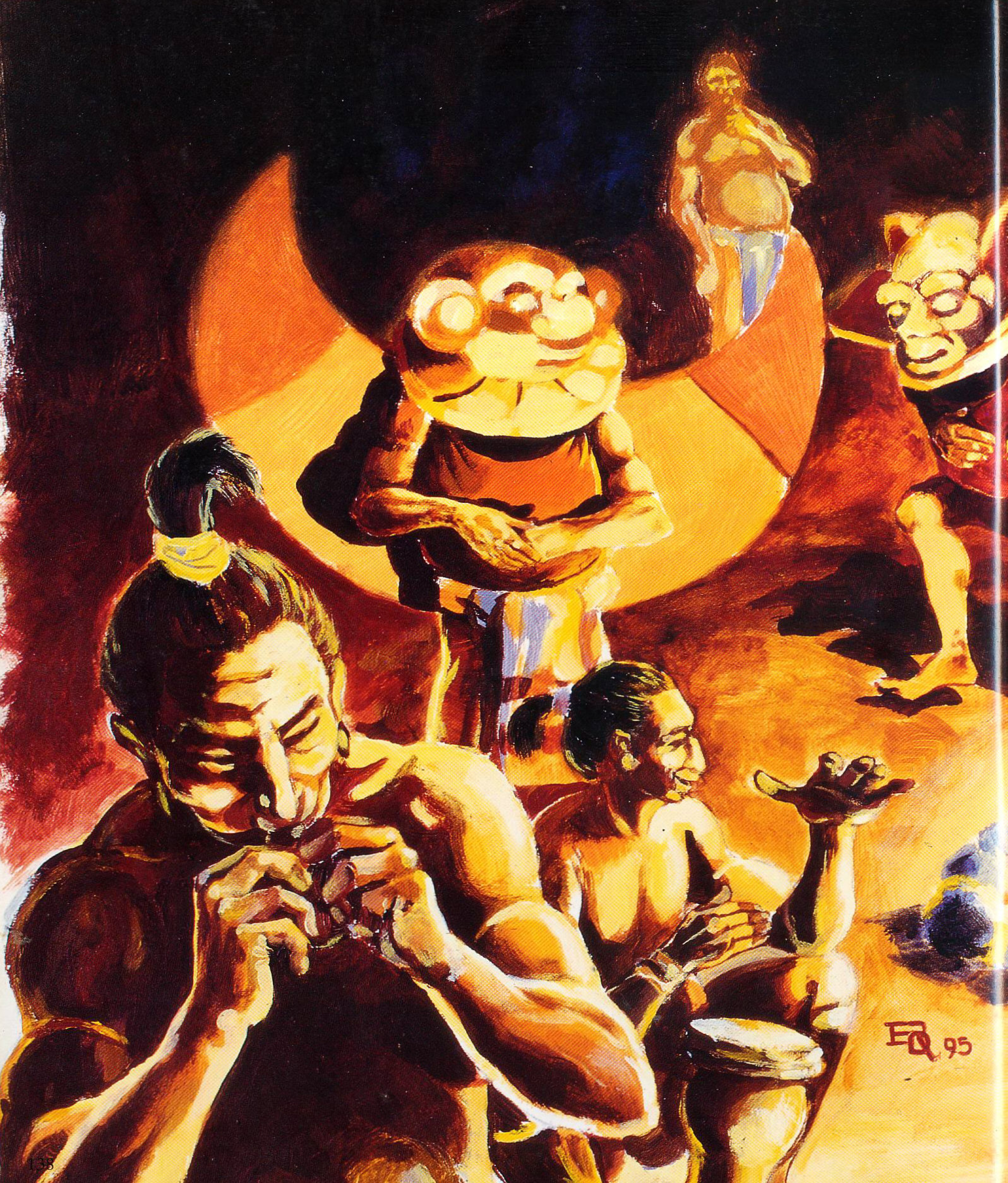


Vasija antropomorfa que representa a un anciano.
Esta pieza es muy representativa del arte de cerámica de la zona de Cara Sucia.



Vista aérea de la acrópolis de Cara Sucia.

Concepción artística de Cara Sucia, aproximadamente 800 d.C., vista hacia el norte.

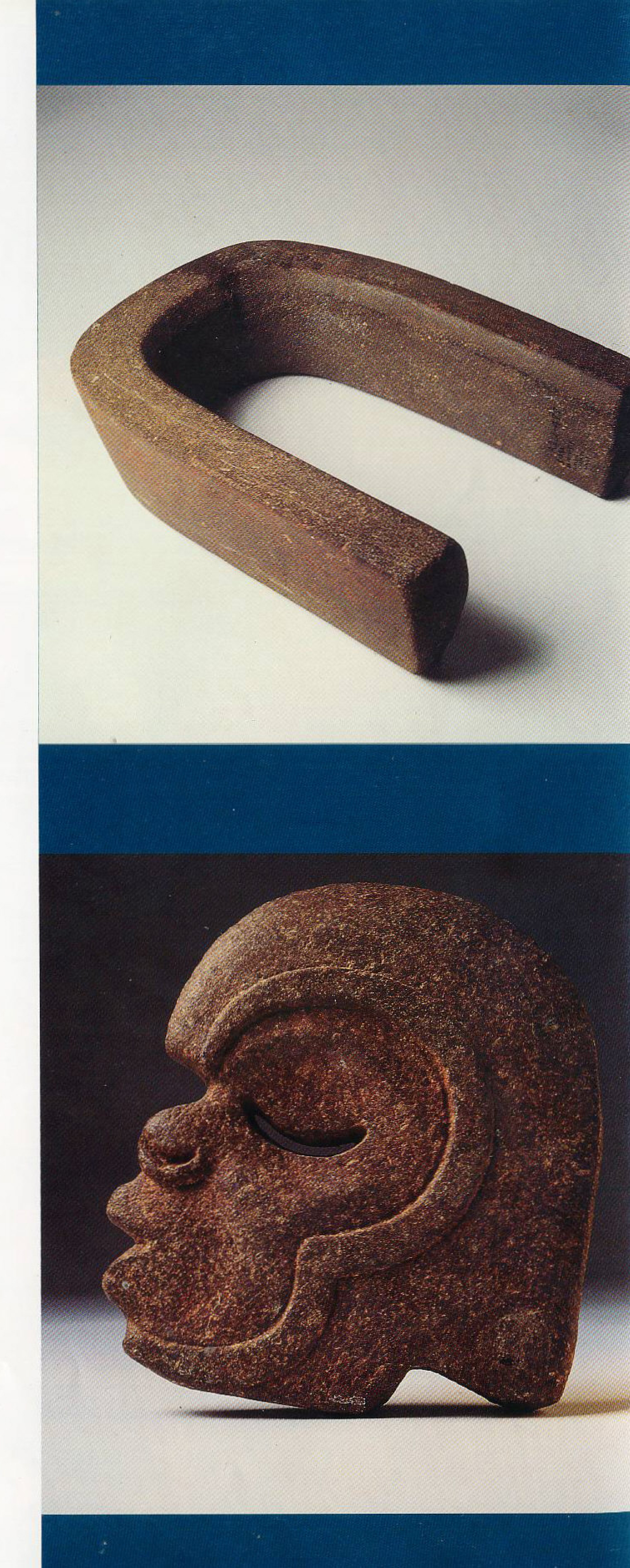




Una ceremonia religiosa nocturna de Cara Sucia. Los danzantes llevan disfraces de animales que representan su nagual, *o sea, el espíritu de animal en el que se transformaban.*

Cara Sucia muestra vínculos en la escultura, la arquitectura, la cerámica y las figurillas con Cotzumalguapa durante el clásico tardío. Todo el inventario cultural demuestra conexiones con Cotzumalguapa. Amaroli ha interpretado estos rasgos como una toma de la región por los cotzumalguapanecos quienes se apoderaron de los recursos como las huertas de cacao y las salinas. Aunque la cultura de Cotzumalguapa tiene fuertes nexos con Veracruz, Amaroli afirma que fue un fenómeno de desarrollo local, y que no hay que recurrir a la hipótesis de invasión para explicar la presencia de esta cultura en Guatemala y El Salvador.

Pasando al oriente, y volviendo a Quelepa, durante la fase Shila (200-750 d.C.) el sitio experimentó actividad constante de construcción. De acuerdo a E. Wyllys Andrews, todos los indicios son de que esta fase representa la permanencia de una población lenca en el sitio. Pero en el siglo VIII llegaron unos invasores y reemplazaron a la población original. A partir de la fase Lepa (750-950 d.C.), según Andrews, se nota una serie de cambios drásticos en la cultura material y rasgos exóticos incluyendo cerámica de pasta fina, figurillas con ruedas, flautas de cerámica, yugos, palmas y una hacha (los últimos tres asociados al juego de pelota), todos los cuales indican nexos con Veracruz y probablemente la presencia de un grupo de la costa del Golfo de México.


Yugo y hacha de piedra de Quelepa.

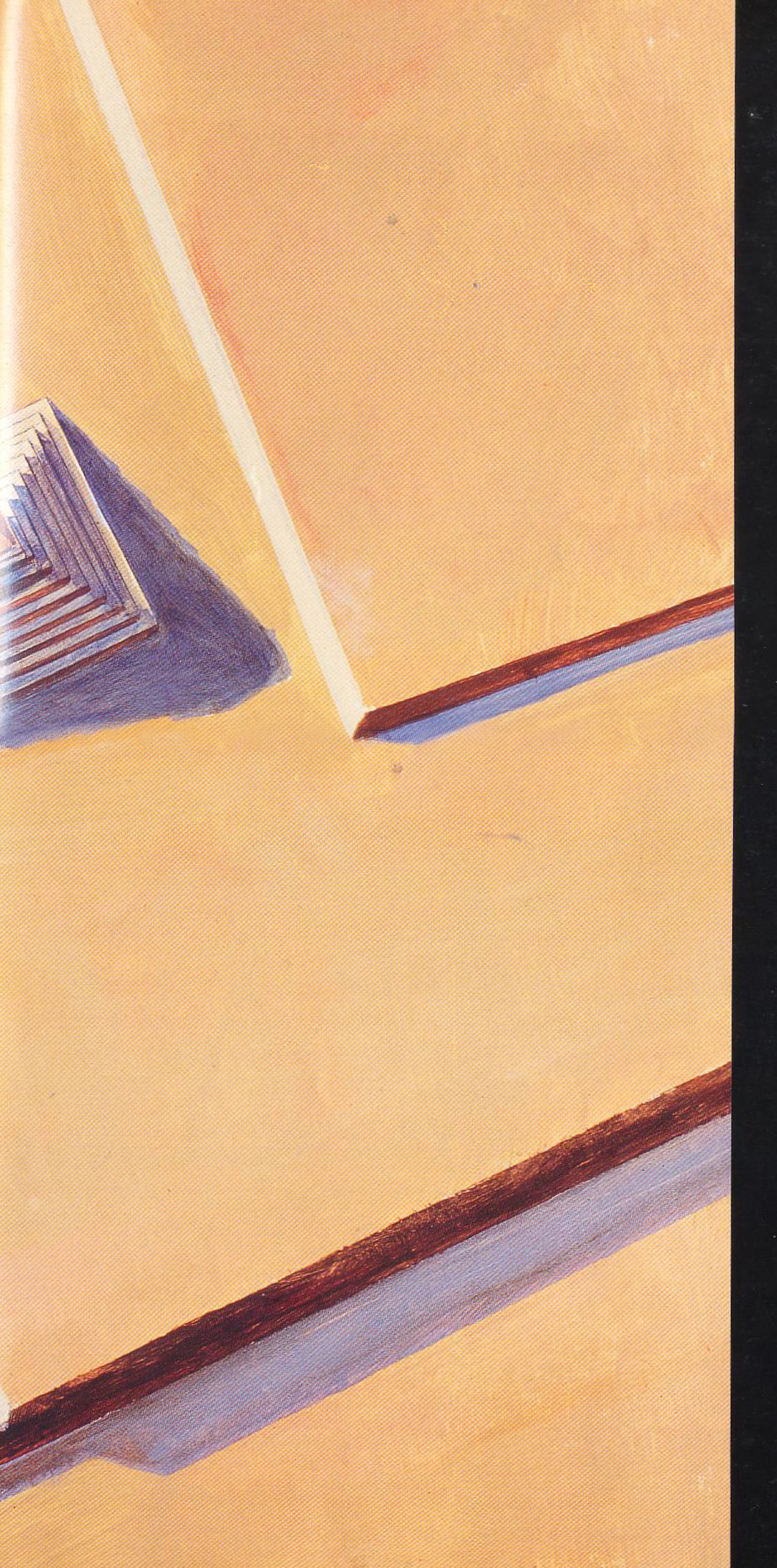
El hacha está grabada en forma de mono.

Página contigua, palma grabada de piedra de Quelepa que representa al dios mexicano Quetzalcóatl en su manifestación como Ehecatl.

Estas tres clases de objetos tienen su origen en la región de la costa del golfo de México y fueron asociados al juego de pelota.







Este nuevo grupo también manifestó su presencia y su etnicidad en otros aspectos culturales. De repente, en el siglo VIII, el centro ce-remonial de la fase Shila, en el Grupo Oriental del sitio de Quelepa, fue abandonado y se construyó un nuevo grupo de 15 estructuras alrededor de una plaza rectangular en el Grupo Occidental. El arreglo y el estilo arquitectónico de las nuevas estructuras son muy distintos a los de la fase anterior, lo que indica el arribo de una población nueva. Otro indicio de suma importancia es de que las costumbres mortuorias de esta fase también difieren a las anteriores. El complejo de cerámica es completamente distinto, con muchos tipos nuevos. Efectivamente, la mayoría de los nuevos rasgos apuntan a la región del Golfo de México como el origen de esta población.

Alrededor de 1000 d.C. Quelepa fue abandonado, los nexos entre El Salvador y la región del Golfo de México siguieron fuertes durante los últimos siglos antes de la conquista española.

Concepción artística de las Estructuras 3 y 4 del Grupo Oriente de Quelepa.

UN NUEVO ROSTRO PARA LA CIVILIZACION

El período postclásico



A finales del siglo IX comenzó el notorio "colapso" de la civilización maya. Los Estados poderosos de las tierras bajas del sur, tales como Tikal, Piedras Negras y Palenque, se desintegraron y las ciudades fueron cubiertas por la selva. En todos los grandes centros del Petén se suspendió la construcción de templos y palacios y dejaron de levantarse estelas con inscripciones jeroglíficas. Las causas del colapso han sido debatidas pero muchos especialistas sostienen que se trata de una combinación de factores como la presión demográfica, las enfermedades, la degradación del medio ambiente, la mala administración, la inestabilidad política, la guerra intestina y las invasiones de grupos militarizados del extranjero.

En las tierras bajas del norte se dió un florecimiento tardío de la civilización: Chichén Itzá surgió en el siglo IX como un centro político y económico importante en el norte de la península de Yucatán. Poco a poco, Chichén Itzá llegó a dominar la región. El poder de Chichén Itzá se basó en el tributo y en el control de la producción y distribución de productos costeros como la sal y el algodón, al igual que los bienes exóticos como la obsidiana, el jade y la turquesa. Su papel como centro económico se explica en gran parte por la reorganización, durante el postclásico temprano (900-1200 d.C.), de las rutas de intercambio y la nueva importancia del comercio marítimo alrededor de la península y a lo largo de la costa del Caribe que

terminó conectando la costa del golfo de México con Yucatán y Centroamérica. El grupo dominante de Chichén Itzá, los itzaes, una rama de los mayas putunes de la región del golfo de México, fueron famosos por su destreza marinera y sus habilidades comercial y militar.

Chichén Itzá estuvo íntimamente ligado también con Tula, Hidalgo, el legendario Tollán de los toltecas, en el altiplano central de México. Ambos centros comparten la mayoría de sus rasgos iconográficos y arquitectónicos específicos, incluyendo: el uso de la decoración talud-tablero; templos redondos; *tzompantli*, o plataformas con una planta en forma de T, encima de la cual se armaron astilleros con calaveras humanas, víctimas de sacrificio; columnatas de filas de columnas, generalmente esculpidas en bajo relieve; figuras atlantes que apoyaban dinteles o pabellones; y representaciones de guerreros con sus insignias de aguilas y jaguares que se asemejan a las de las órdenes militares posteriores de los aztecas. En Chichén Itzá y en Tula se destacan imágenes de Tlaloc, el dios de la lluvia del México central; Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, dios principal y héroe cultural de los toltecas; y el llamado Chac Mool, monumentos de piedra que representan una figura humana recostada con un recipiente en las manos para recibir ofrendas.



Vaso de cerámica anaranjado fino, grabado en bajo relieve, con motivo que representa una serpiente emplumada. Hallada en Loma China, la vasija probablemente fue importada desde la costa del golfo de México.

Al nivel simbólico, quizás, el vínculo más importante entre Chichén Itzá y Tula es el mito confundido de Quetzalcóatl. Según la tradición, un gobernador de Tollán con este nombre fue destronado y echado de la capital tolteca durante el siglo X. Huyó con sus seguidores a Yucatán donde asumió su nombre maya: Kukulkán, y estableció una dinastía de reyes extranjeros en Chichén Itzá. La interpretación más generalizada de las múltiples similitudes y las conexiones mitológicas entre Tula y Chichén Itzá ha puesto mayor énfasis en los nexos entre los itzaes y los toltecas, la huida mitológica de Quetzalcóatl y la imposición del dominio tolteca en Yucatán. Desde una perspectiva más amplia, vemos una interacción de larga duración entre las sociedades mayas de Yucatán y las sociedades mexicanas del México central y el golfo de México. El factor principal en las fuertes semejanzas entre Tula y Chichén Itzá probablemente fue la fusión sistemática de las economías de estos dos Estados.

El postclásico temprano fue una época de confusión. Como resultado de los muchos cambios económicos y realineaciones políticas que se dieron durante la época de los toltecas, muchos grupos étnicos emigraron en búsqueda de territorio para habitar y recursos para explotar. Entre los grupos que se vieron obligados a buscar espacios nuevos estaban los de habla náhuat que emigraron de México a Centroamérica, donde fueron conocidos como los pipiles. El nombre se deriva del náhuat *pipiltin* que significa "noble", lo que sugiere que las migraciones fueron organizadas en base a los linajes nobles.

Santo Domingo de Guzmán es uno de los pocos pueblos en El Salvador donde se conserva la tradición alfarera. En la foto se ve a una mujer pipil en la elaboración de comales.



Los historiantes de Nahuizalco salen en el día de San Juan para la fiesta del santo patrono del pueblo.

Esta costumbre combina tradiciones europeas con indígenas.

En la época de la conquista española se encontraban grupos de habla náhuat en todos los países actuales de Centroamérica, pero la mayoría de los pipiles habitaban la zona del sureste de Guatemala y las regiones occidental y central de El Salvador. Se estima que unos 2,000 hablantes del náhuat viven ahora en el occidente de El Salvador, principalmente en Nahuizalco y Santo Domingo de Guzmán, en el departamento de Sonsonate. Los pipiles desempeñaron un papel esencial en los acontecimientos prehispánicos de la periferia sur de Mesoamérica, y su herencia cultural, genética y lingüística en Centroamérica sigue siendo indiscutiblemente fuerte a fines del siglo XX.

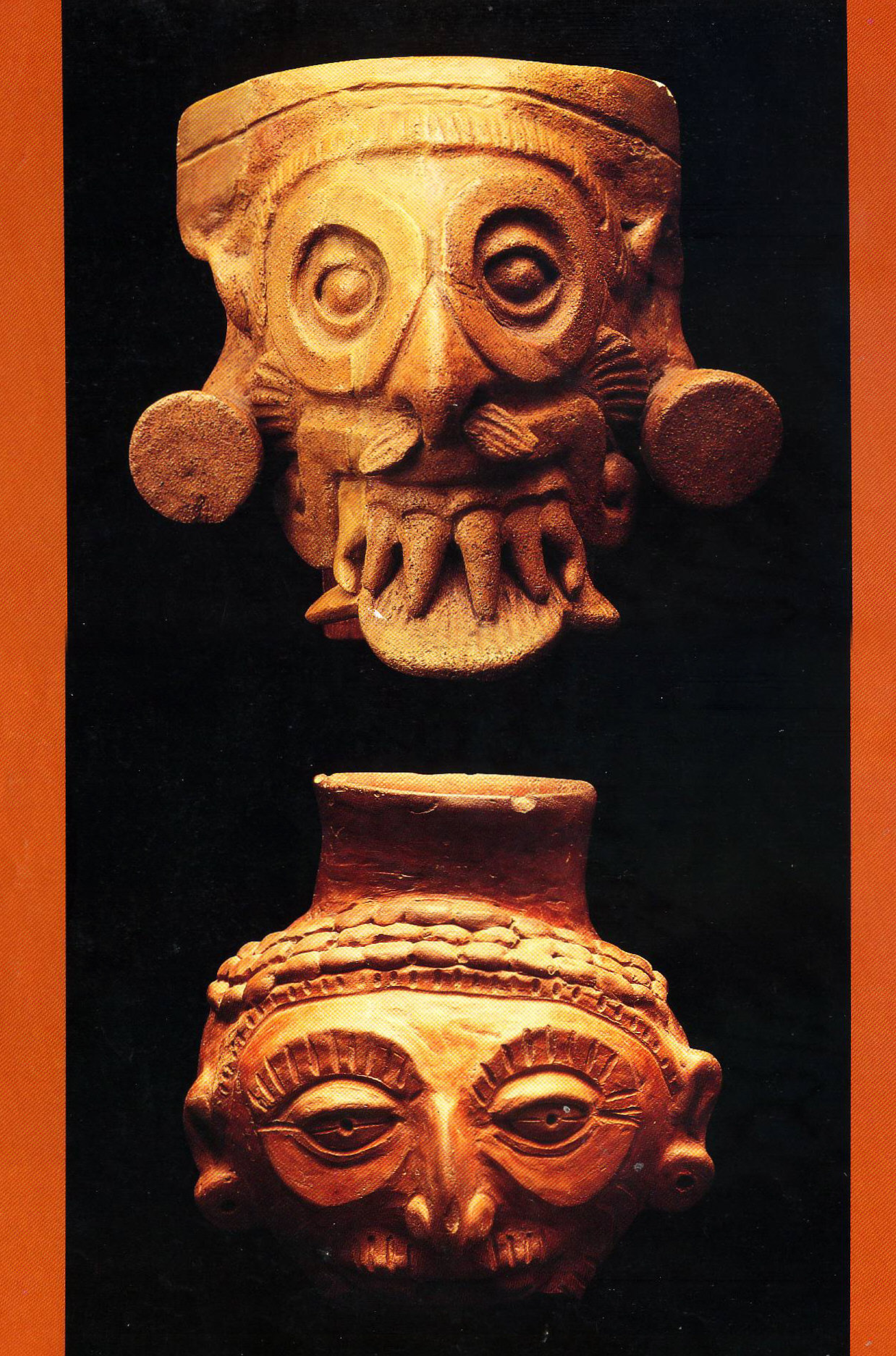
Las evidencias arqueológicas se combinan con los testimonios históricos y los estudios lingüísticos para demostrar, sin lugar a dudas, que las migraciones ocurrieron. La relación histórica más informativa y detallada sobre estos movimientos es la del fraile franciscano Juan de Torquemada, escrita entre 1591 y 1613. Según esta tradición, los indios "de Nicoya" o los chorotegas, de habla mangue, y "los nicaraguas, que son de la [tierra] de Anahuac, mexicanos", de habla nahua, salieron de una zona entre Tehuantepec y Soconusco hace "siete u ocho edades, o vidas de viejos". El motivo de la migración fue la tiranía de sus amos, los olmeca-xicallancas, quienes les demandaban tributos muy onerosos. Por lo tanto, determinaron emigrar de Soconusco hacia el sur. Torquemada apuntó que los chorotegas "iban en la delantera", dando la impresión, confirmada por la arqueología moderna, que ellos emigraron antes de los pipiles. Los grupos de habla náhuat pasaron por Quauhtemallan (Guatemala), donde algunos establecieron nuevos pueblos como Mictlan (Asunción Mita), Yzcuintlan (Escuintla) y Eçalcos (Izalco, El Salvador), mientras que otros siguieron la migración hasta llegar a la zona del Pacífico de Nicaragua, donde fueron conocidos como los nicaraos.

Esta relación ha sido tema de mucha interpretación. Walter Lehmann sugirió en 1920 que una "edad" podría ser alrededor de 80 años y calculó que las migraciones habrían ocurrido alrededor de 886-966 d.C. Lehmann también sugirió que una "vida de viejos" podría referirse al *huehuetiliztli*, el período mexicano de dos ciclos de 52 años. Esta sugerencia fue usada posteriormente por J. Eric S. Thompson y Wigberto Jiménez Moreno en sus intentos de fechar las migraciones de los pipiles. Suponiendo que la relación de Torquemada se escribió originalmente alrededor de 1550, Thompson calculó que las migraciones podrían fecharse alrededor de 750-800 d.C. Jiménez Moreno calculó un tiempo semejante: 748-852 d.C., y planteó el año de 800 d.C. para la fecha aproximada de las migraciones pipiles.

Las primeras migraciones de grupos de habla náhuat en México probablemente se dieron durante el clásico tardío (700-900 d.C.), tal y como sugieren Lehmann, Thompson y Jiménez Moreno. La evidencia histórico-lingüística indica un período activo de divergencia del nahua (idioma materno del náhuat) fechado alrededor de 650-850 d.C. Esta divergencia involucró a los dialectos de la región del golfo de México y los de Centroamérica. Sin embargo, hasta ahora no hay evidencias arqueológicas de asentamientos de los pipiles en Centroamérica correspondientes a a este período. Asimismo, no hay ningún indicio arqueológico de la presencia de los pipiles en El Salvador durante el clásico tardío.

Las primeras migraciones pipiles que llegaron a Centroamérica ocurrieron durante el período postclásico temprano (900-1200 d.C.). Estas estaban íntimamente vinculadas con el fenómeno tolteca en México. La evidencia histórico-lingüística indica otro episodio activo de divergencia en el nahua entre 900 y 1100 d.C., mientras la evidencia arqueológica indica que grupos de origen mexicano llegaron a El Salvador durante este período.

Durante la primera parte del postclásico temprano fueron habitados los sitios de Cihuatán y Santa María, en la cuenca de El Paraíso de la región Cerrón Grande. Estos dos sitios emparentados tienen un complejo cultural fuertemente asociado con los de Tula. Efectivamente, es difícil señalar algún rasgo cultural de Cihuatán que no tuviera su origen en el altiplano central o la costa del golfo de México. Especialmente llamativos son el patrón de asentamiento muy semejante al de Tula; la arquitectura de estilo tolteca en la cual se destaca el uso de la decoración talud-tablero; los incensarios grandes bicónicos con adornos modelados en forma



Efigie de cerámica de una calavera humana. El corte en la zona lateral superior es posiblemente una representación de la trepanación.
Abajo, dos figurillas tipo Mazapan, un rasgo netamente tolteca.



Objetos de Cihuatán.
Izquierda arriba, efigie de cerámica del dios Tlaloc.
Izquierda abajo, vasija plomiza Tohil que representa a Huehueteotl, el dios viejo.

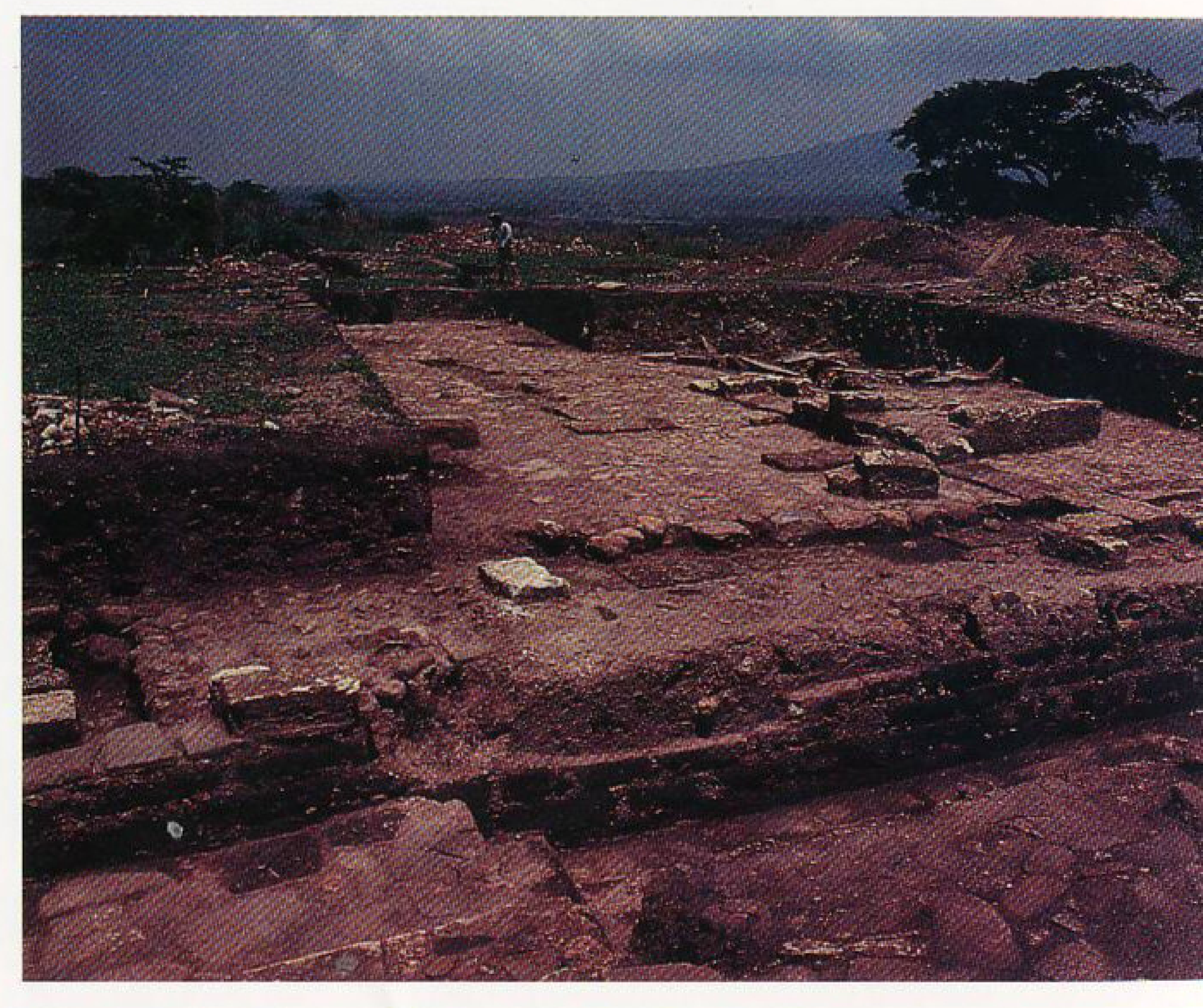


Vista aérea de Cihuatán.



El juego de pelota norte de Cihuatán con la Estructura P-7 al fondo.





En 1979, Fowler dirigió excavaciones de un complejo residencial de élite en Cihuatán (el Patio Sureste), situado contiguo al templo mayor (Estructura P-7) del Centro Ceremonial Poniente del sitio. Se trata de un palacio de los gobernantes o sacerdotes.

Arriba, vista de las excavaciones desde la cima de la Estructura P-7. Abajo izquierda, vista hacia el sur del callejón que corrió por el lado oeste del complejo. Abajo derecha, vista hacia el este del complejo.

de espigas o caras de deidades nahuas, especialmente Tlaloc; las efigies en tamaño natural de cerámica modelada que representan a deidades nahuas, especialmente Tlaloc, Xipe Totec y Mictlanteuctli; figurillas con ruedas y figurillas del estilo Mazapan, una de las últimas, al parecer, procedente directamente de Tula; un complejo de cerámica que destaca formas y técnicas decorativas del complejo Mazapan en el México central, y que incluye los tipos exóticos de plomiza y policromo Nicoya; y un complejo de piedra tallada en que se destacan las formas bifaciales muy semejantes a las del México central.

Chalchuapa fue abandonado al final del clásico tardío y, según parece, repoblado por un grupo de origen mexicano en el postclásico temprano. En esta época, el sitio ya muestra rasgos mexicanos como la arquitectura con decoración talud-tablero, un templo redondo, una efigie en barro del dios mexicano Xipe Totec, dos esculturas de piedra de Chac Mool y obsidiana verde que podrían ser evidencia de la presencia de un grupo de pipiles o influencia de tal grupo en una región cercana. La efigie de Xipe Totec, hallada cerca de Tazumal en 1943, es casi idéntica al famoso ejemplo descubierto por Sigvald Linné en la sección de Tlamimilolpa de Teotihuacán, que se fecha al postclásico temprano.



Efigie en cerámica a tamaño natural del dios Xipe Totec, hallada en Chalchuapa, 1943.

Punta de proyectil tallada de pedernal blanco, hallada en la superficie de Cihuatán, 1979.

Otros sitios en El Salvador, como Tacuscalco, cerca de Sonsonate; Punta Las Conchas, en la orilla del lago de Güija; Cerro de Ulata, en la cordillera del Bálsamo; y Loma China, en la región del embalse de San Lorenzo, también muestran materiales culturales relacionados que indican una plena participación en el mundo tolteca. Se trata de una invasión o una serie de invasiones a las regiones central y occidental de El Salvador por grupos de habla náhuat que trajeron consigo una tradición cultural formada en México. Comenzando en el altiplano central, las migraciones pasaron por la costa del golfo de México y el istmo de Tehuantepec. Después de establecerse en El Salvador, los pipiles mantuvieron nexos comerciales con México y Yucatán.

En el sitio de Loma China, en la ribera este del río Lempa en el departamento de Usulután, se excavaron tres estructuras como parte de un proyecto de rescate en la zona del embalse de la represa San Lorenzo. Desafortunadamente, carecemos de un informe sobre este proyecto pero Paul Amaroli ha resumido los detalles más interesantes. Una de las estructuras guardaba un entierro múltiple con ofrendas. El entierro principal fue de un varón adulto, acompañado de cuatro discos pequeños de cerámica con decoración en mosaico compuesto de jade, turquesa, concha y pirita de hierro. El motivo es un hombre erguido que lleva el casco, el pectoral, el chaleco y los caites típicos del atuendo de un guerrero tolteca de Tula o Chichén Itzá. En una mano sostiene un escudo cuadrado y en la otra una serpiente emplumada que se arquea y menea atrás de la figura humana. Encima del cráneo del entierro principal se encontró una cantidad considerable de piezas pequeñas de turquesa que supuestamente for-maban parte de una máscara colocada sobre la cara del muerto. Otras ofrendas fueron vasijas de cerámica, incluyendo 13 de plomiza

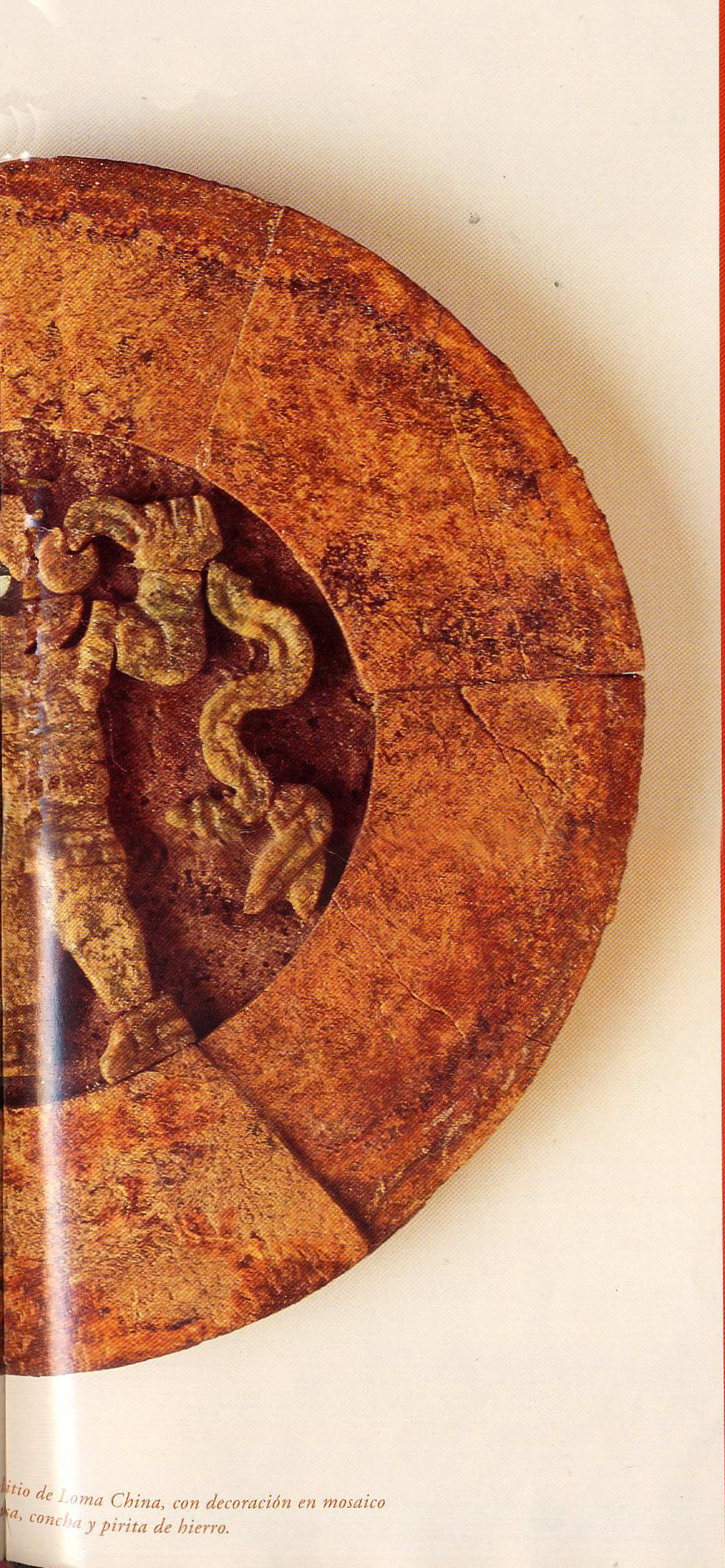


Uno de los discos de cerámica hallad... compuesto de jade...

Tohil, 34 de policroma Nicoya, y una de anaranjado fino Silho –tipos muy característicos del postclásico temprano que fueron comercializados por toda Mesoamérica. Al menos otros tres entierros acompañaron al entie-rro principal. Todos fueron mutilados y uno consistió solamente de un tronco del cuerpo con las costillas calcinadas. También apareció un escondrijo con varias navajas de obsidiana verde procedente del yacimiento de Pachuca, Hidalgo. Loma China puede representar una de las primeras incursiones de los pipiles en esta zona o podría haber sido una colonia de pochtecas o mercaderes toltecas. Al menos, el sitio da testimonio contundente de la importancia de los nexos de intercambio entre El Salvador y el mundo tolteca durante el postclásico temprano.

La última serie de movimientos de grupos de habla náhuat a Centroamérica tuvo lugar durante la primera mitad del postclásico tardío. Estas migraciones estaban vinculadas con la disolución del Estado tolteca en México, la cual ocurrió hacia finales del siglo 12. El último episodio de divergencia del nahua está corresponde a 1200-1350 d.C. y fue consecuencia, sin duda, del colapso de Tula y los acontecimientos resultantes.

Todavía es difícil distinguir entre los grupos que llegaron a El Salvador durante el postclásico temprano y los que llegaron durante el postclásico tardío. Aunque se suele decir que la "diáspora" de los toltecas, o sea, el colapso de Tula, fue responsable de la última serie de migraciones pipiles, y especialmente la llegada de los pipiles nonoalcas a El Salvador, carecemos de evidencias arqueológicas que confirmen la hipótesis de la migración de los nonoalcas a Centroamérica. La evidencia principal que apoya esta tradición es toponímica; consiste de algunos paralelos llamativos entre la región de Nonohualco, en el sur de Puebla, y las



...itio de Loma China, con decoración en mosaico ...a, concha y pirita de hierro.



Los alfareros de la cerámica plomiza muchas veces realizaban efigies representando humanos y animales. Esta pieza, mostrada desde dos ángulos, es un fino ejemplo de la representación de la figura humana.

Página contigua, conjunto de vasijas de cerámica policroma Nicoya y plomiza.


a
b
c
d
e
f

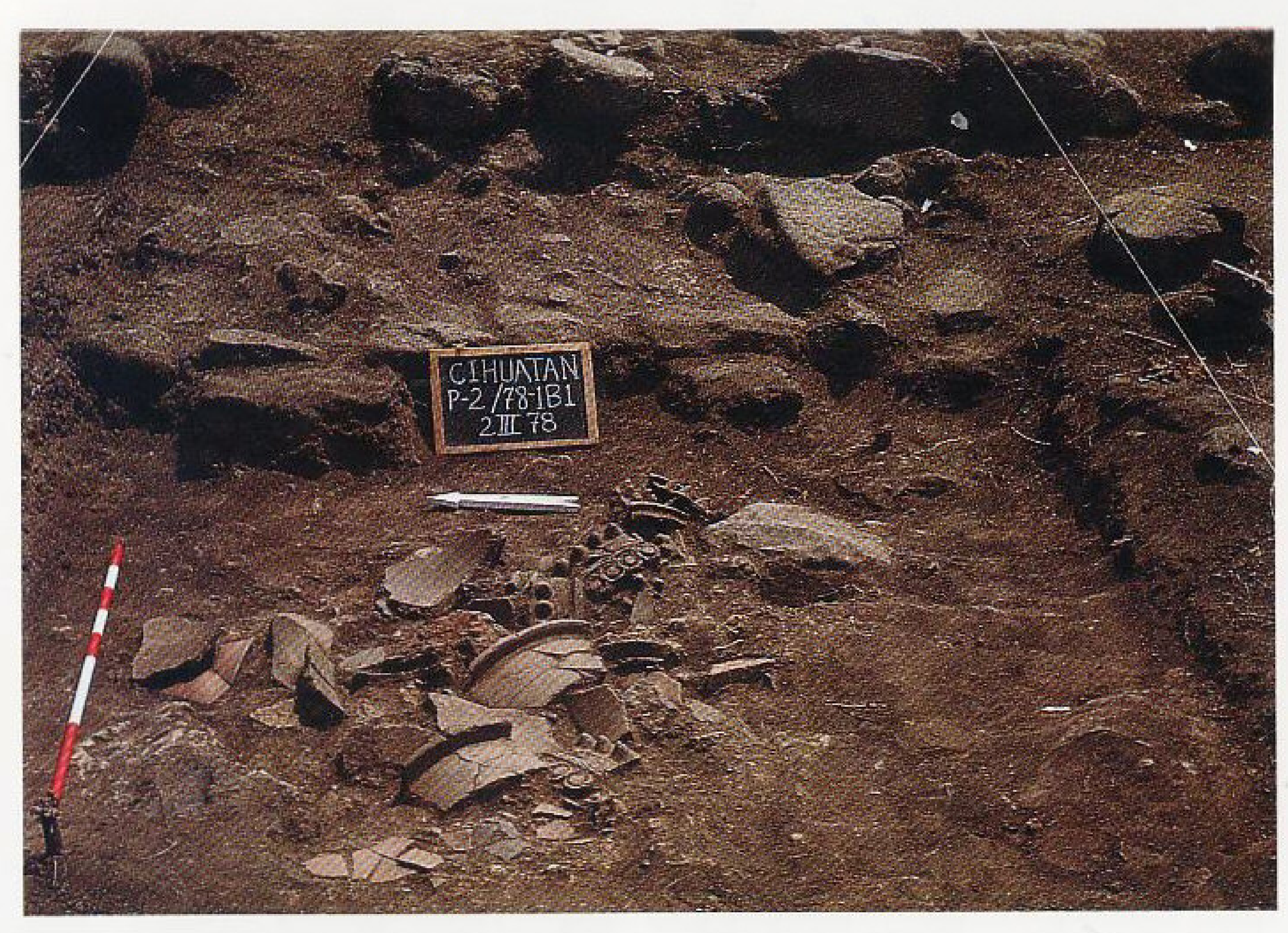
zonas central y occidental de El Salvador. Paul Kirchhoff reconstruyó las migraciones de los nonoalcas de Tula hasta la región de Nonohualco; de allí supuestamente siguieron la misma ruta por las regiones del golfo de México y el Pacífico que habían atravesado los migrantes anteriores, hasta llegar a Centroamérica. Mientras estos paralelos son intrigantes, es igualmente posible que los antecesores de los grupos pipiles que los españoles encontraron en El Salvador en el siglo XVI habían estado ahí desde el postclásico temprano. Sin embargo, no descartamos la posibilidad de que los nonoalcas penetraron al territorio de El Salvador en el siglo XIII. Es posible que Cuscatlán, uno de los Estados más poderosos en la periferia sureste de Mesoamérica, fue un centro de los nonoalcas. En su reconocimiento de la zona de Antiguo Cuscatlán, Amaroli encontró restos de asentamiento fechados al postclásico tardío, pero ninguna evidencia de ocupación fechada al período anterior.

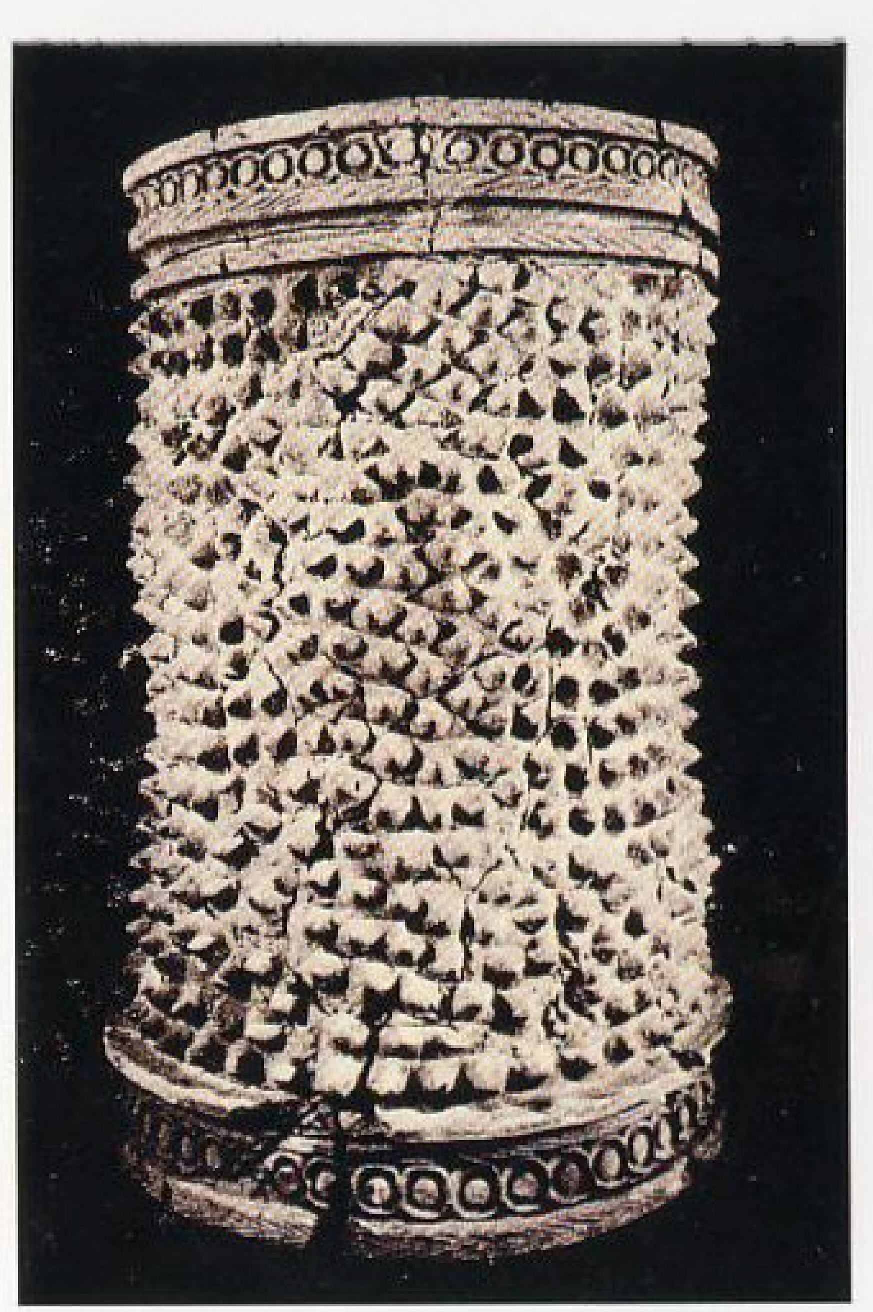
Es interesante que en el occidente, en los departamentos de Sonsonate y Ahuachapán, se ha observado que los sitios del postclásico temprano muestran una tendencia de estar situados en lugares altos como en la cima de un cerro o en la parte alta de una terraza, mientras que los sitios del postclásico tardío también se encuentran en los valles y en la planicie costera. Cerro de Ulata, por ejemplo, fechado al postclásico temprano, fue una verdadera fortaleza situada en un cerro alto con fines eminentemente defensivos. El sitio de Azacualpa, cerca de Jujutla, también está ubicado en la cima de un cerro alto, de la cual se tiene vista al mar (a una distancia de más de 16 km) y se divisa todo el valle alrededor. El fechamiento de este sitio, en el postclásico tardío, indica que la guerra todavía jugaba un papel importante en la realidad de aquel entonces. Sin embargo, muchos de los sitios del postclásico tardío están situados en los valles o en la planicie costera. Los principales sitios de los Izalcos –Caluco, Nahulingo, Tacuscalco y el mismo Izalco– están situados en la ribera del río Ceniza o en la llanura del valle; la ubicación de estos sitios guarda relación con los requisitos de la producción agrícola.

Este patrón de asentamiento refleja la consolidación del poder de los grupos pipiles que arribaron a la zona en el postclásico temprano. Después de establecerse en los sitios estratégicos fue posible fundar pueblos y aldeas en zonas más bajas, que no disfrutaban de ventajas de defensas naturales. Después de la conquista española, todos los sitios en las cumbres que estaban ocupados durante el postclásico tardío fueron abandonados. Este cambio tal vez se debió a la práctica española de congregación (reubicación forzosa) para mayor control de la población indígena. Por el contrario, los sitios en los valles y en la planicie costera continuaron ocupados después de la conquista, aunque algunos, como Acatepeque, dejaron de estarlo dentro de poco tiempo.

En la cuenca de El Paraíso los sitios del postclásico temprano ocupan todas las zonas fisiográficas, pero Cihuatán, el centro primario regional, está situado en un cerro, a unos 50 m arriba del valle circundante. Lamentablemente, el postclásico tardío de esta región es virtualmente desconocido. Cabe mencionar que Cihuatán y Santa María fueron quemados y abandonados al final del postclásico temprano, posiblemente como consecuencia de un conflicto con otro grupo pipil, como los nonoalcas.

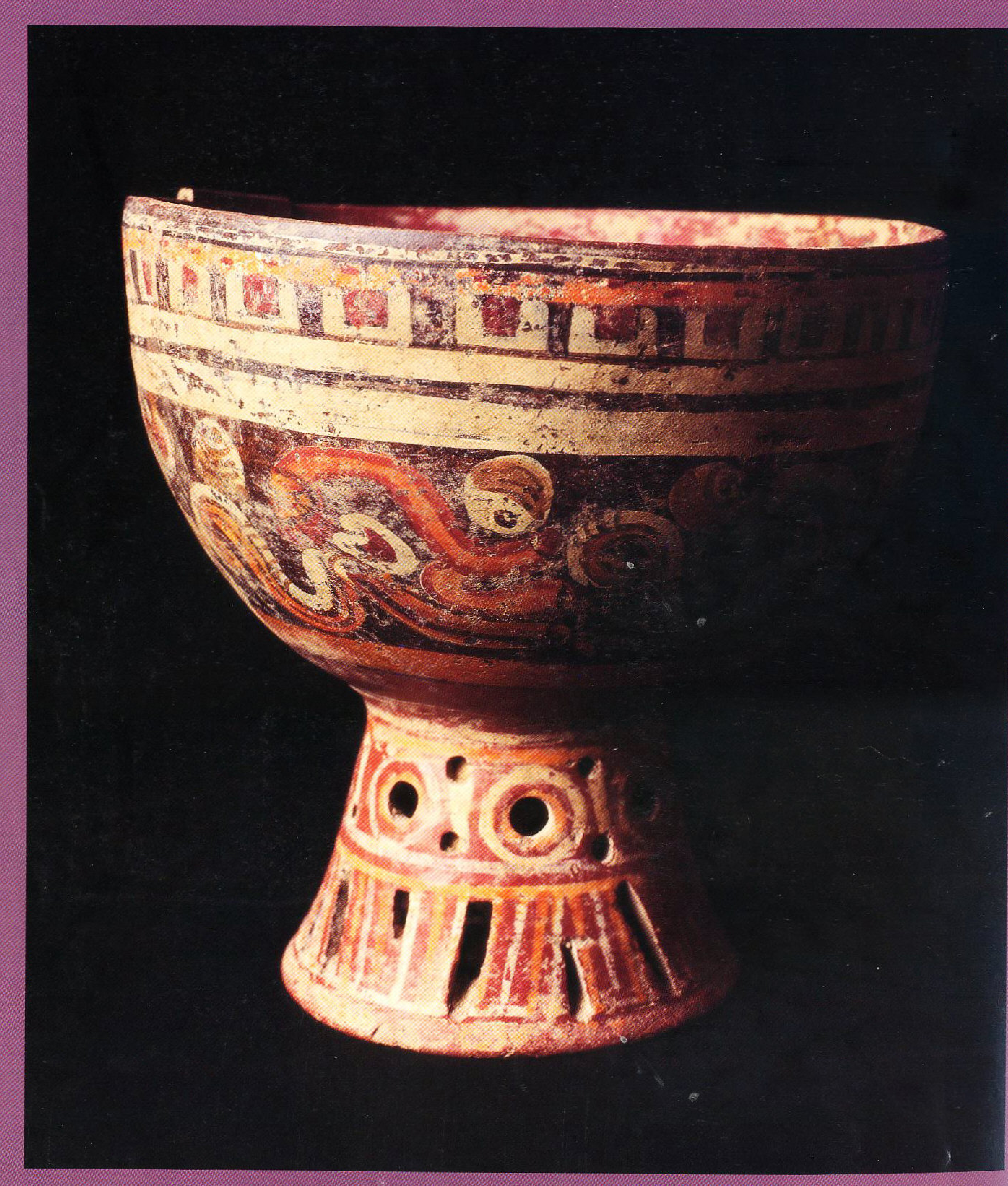
Por otro lado, en el valle de Zapotitán, Kevin Black señaló, con base a evidencias escasas, que los sitios del postclásico temprano tienden a estar ubicados en el fondo del valle, pero aquí también hacen falta datos sobre sitios del postclásico tardío. Para el postclásico temprano se identificaron 29 sitios, 24 de los cuales habían sido ocupados desde el clásico tardío, 4 fueron asentamientos nuevos en las montañas de la orilla oeste del valle, y uno fue un asentamiento





Arriba, vista hacia el sur, con el mar al fondo, desde el sitio de Azacualpa, cerca de Jujutla, departamento de Sonsonate.

Abajo, cerámica quebrada dejada en las gradas de uno de los templos de Cihuatán. Este depósito se relaciona con el abandono del sitio. La mayoría de los tiestos grandes que se ven pertenecen a un incensario grande espigado tipo Las Lajas, como el ejemplo que se muestra al lado. Estos incensarios tenían más de un metro de alto.



Copa de cerámica policroma con base pedestal estilo mixteca-puebla.



Arriba, sahumador con un mango largo en forma de efigie de lagarto con una cabeza humana en las fauces.

Abajo, incensario de cerámica estilo mixteca-puebla.

nuevo en la cordillera del Bálsamo. El total estimado de sitios con base de la muestra estadística fue 191. No hubo cambio de asentamientos a lugares defensivos encima de montañas como en los altos de Guatemala durante el postclásico temprano. La población estimada durante este período es 38,000-90,000. En cambio, se hallaron sólo cinco sitios del postclásico tardío con un total estimado de 33 sitios y una población estimada de 27,000 a 65,000. Estas cifras representan un descenso en población del postclásico temprano al tardío de un 80% en el número de sitios y un 30% en población. Pero Black sugiere que la mayoría de los sitios del postclásico tardío están debajo de asentamientos actualmente habitados.

Mediante los datos de los documentos coloniales podemos formarnos una idea de la organización de la sociedad, la economía, la política y la religión de los pipiles en la época de la Conquista. La sociedad pipil estaba dividida en tres clases: los nobles, los plebeyos y los esclavos. La afiliación de clase fue por lo general hereditaria, pero los puestos de alto rango requerían la legitimación social, de tal manera que la movilidad vertical fue posible sólo por medio de la realización de hazañas en la guerra; por ejemplo, un plebeyo podía distinguirse en la guerra y lograr así el estado de noble. Los nobles ocuparon los altos puestos políticos y religiosos; fueron caciques, miembros del *tatoque* (consejo), capitanes de guerra y sacerdotes. Los plebeyos fueron agricultores, cazadores, pescadores, soldados, comerciantes y artesanos. Los esclavos, generalmente cautivos de guerra, fueron explotados por su mano de obra, y a menudo fueron víctimas del sacrificio.

Los linajes nobles fueron un rasgo importante de la estructura social de los pipiles. Como ya se mencionó, el nombre "pipil" debe ser entendido como una referencia a los linajes nobles. Como en el México central, los linajes nobles de los pipiles respondían a funciones económicas y políticas que desempeñaban un papel esencial en la estratificación social. El jefe titular controlaba las tierras de su linaje como propiedad corporativa, distribuyéndolas entre sus nobles y los plebeyos que dependían de él a cambio de tributo y servicios personales.

Parece que en muchos casos los linajes nobles entre los pipiles correspondían con los *calpulli*. El término *calpulli* tenía muchos significados entre los antiguos pueblos mexicanos; generalmente, un calpulli fue una unidad político-administrativa de tamaño variable que no necesariamente estaba determinada por el parentesco. Pero en la región tolteca-chichimeca de Cuauhtinchan, en el valle de Puebla, el *calpulli* era un tipo específico de unidad social que tenía tierras en común, una estratificación interna con base al parentesco, y una dirección política que ejercía el señor mayor del linaje. Una situación semejante parece haber prevalecido entre los pipiles. El pueblo de Caluco, en el departamento de Sonsonate, por ejemplo, estaba dividido entre cinco *calpulli*, cada uno con su propio cacique o cabeza titular. Casi todas las familias nucleares tenían huertas de cacao que probablemente se les habían asignado antes de la Conquista en el contexto del *calpulli* al cual pertenecía cada una.

Los conquistadores españoles encontraron en Centroamérica una cantidad de sociedades indígenas basadas en la producción de un excedente económico. La evidencia demuestra que la sociedad pipil, poco antes de la Conquista, ya se diferenciaba en clases sociales y tenía una economía tributaria. Los datos no son claros ni abundantes, pero suponemos que la capacidad de pagar el tributo a los españoles en la época colonial temprana, o sea inmediatamente después de la Conquista, refleja una economía tributaria prehispánica. El pago de tributo se hizo en productos agrícolas y en productos de hechura artesanal especializada. Después de la

pacificación de la región, los pueblos pipiles pagaron tributo a sus encomenderos en cacao, algodón, mantas, maíz, chile, frijoles, miel, pescado y sal. Los mismos productos indudablemente fueron objetos de tributo antes de la Conquista.

La élite gobernante controló el uso de la tierra para propósitos agrícolas. Entre los pipiles, los linajes nobles controlaban el uso de la tierra y era el privilegio del soberano asignar el uso de la tierra comunal a los jefes de cada linaje. A su vez, cada linaje tenía sus plebeyos afiliados y esclavos para trabajar las tierras.

El intercambio regional e interregional fue sumamente importante para los pipiles. Partiendo de los datos contenidos en documentos como la Relación Marroquín de 1532 y las tasaciones de tributos de Alonso López de Cerrato de 1548-51, Fowler reconstruyó patrones regionales de producción especializada que sirvieron de estímulo fuerte al intercambio. Por ejemplo, algunos pueblos de la provincia de Cuscatlán, como Cojutepeque, Cuscatlán y Ateos, fueron connotados por su producción de maíz, y algunos producían el maíz para cambiarlo por otros productos. Otro producto muy importante para los pueblos de Cuscatlán fue el algodón. En comparación con Cuscatlán, los pueblos de las provincias de Izalco y Escuintla producían relativamente poco maíz y algodón. Pero los pueblos de estas provincias se especializaron en la producción del cacao. Es interesante que en 1549 los pueblos de Izalco pagaron tributo de 3,700 *xiquipiles* (32,190 kilos) de cacao, y los de Escuintla, Guatemala, pagaron 1,595 *xiquipiles* (13,877 kilos), mientras los de San Salvador pagaron solamente 739 *xiquipiles* (6,429 kilos) de cacao (un xiquipil equivalía a 8,000 granos de cacao; tres *xiquipiles* eran una carga, o aproximadamente 50 libras). Los pueblos de la provincia de Izalco que pagaron el tributo más alto de cacao fueron Izalco, Caluco, Nahulingo y Tacuscalco.

Parece que los pipiles de Cuscatlán producían un excedente de algodón, el cual, junto con los productos tejidos como las mantas y los toldillos, intercambiaban con los pipiles de Izalco para conseguir el cacao. Otros productos comerciales como la sal y el pescado seco también sugieren la existencia de patrones regionales de producción especializada y probablemente eran llevados por mecaderes de una provincia a otra.

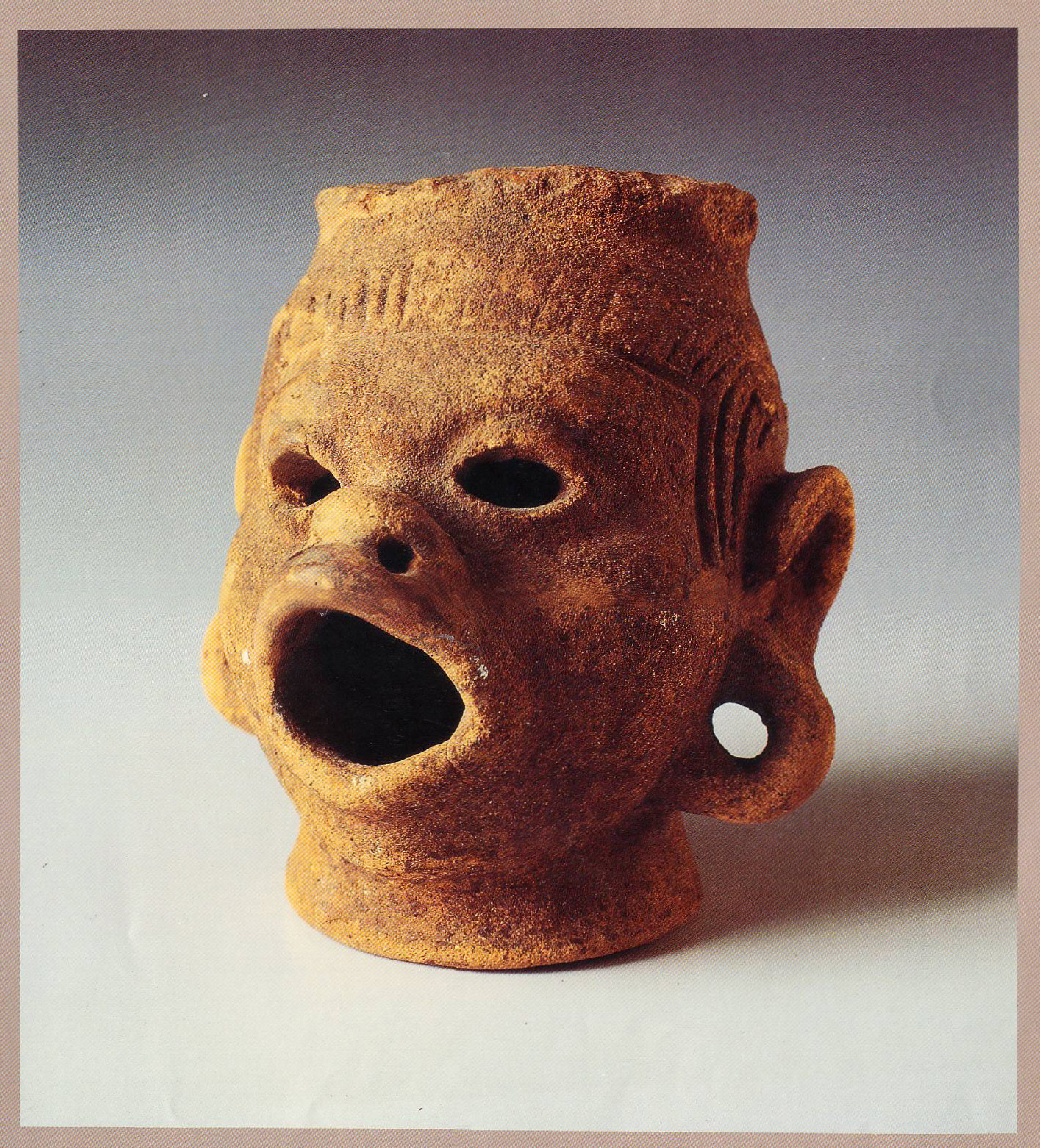


Asentamientos pipiles de la época de la Conquista.

Dos poderosos señoríos pipiles dominaban la región al sur y al oeste del río Lempa a la llegada de los españoles. Estos señoríos eran ciudades-Estado con dominio regional, semejantes a muchas que existieron en varias partes de Mesoamérica durante el período postclásico, como lo fueron, por ejemplo, las ciudades-Estado del valle de México antes del imperio mexica o las de la región mixteca del Estado de Oaxaca.



Dos representaciones en cerámica plomiza del dios Huehueteot



Efigie de cerámica que representa al dios Xipe Totec.



Representación artística del sacrificio de una mujer que se encontró con los restos de un perro en excavaciones de la Estructura 0-4 de Cihuatán.

Uno de los señoríos se centraba en Tecpan Izalco y el otro en la ciudad de Cuscatlán. El señorío de Izalco tenía bajo su dominio 15 asentamientos principales, con un territorio de cerca de 2,500 km2 y controlaba algunas de las tierras agrícolas más fértiles de la vertiente del Pacífico centroamericano. Los asentamientos principales fueron Izalco propiamente, Caluco, Nahulingo y Tacuscalco. Estos pueblos se conocen en los documentos del siglo XVI como "los içalcos". Antes de la conquista, Izalco y Caluco formaban un solo pueblo disperso, al igual que Nahulingo y Tacuscalco.

Según datos de la Relación Marroquín de 1532, documento de suma importancia para el estudio de la época de la conquista, el señorío de Cuscatlán consistía de 59 pueblos pipiles, con un total de aproximadamente 12,000 viviendas indígenas. La provincia abarcaba un área de unos 7,500 km^2. Los asentamientos principales fueron Cojutepeque, Nonualco, Tecoluca y el propio Cuscatlán. Parece que, poco antes de la conquista, los señores de Cuscatlán habían incorporado a su dominio a Nahuizalco y Santa Catarina Masahuat, dos pueblos que formaban parte del territorio del señorío de Izalco. Indudablemente, el propósito de esta expansión era controlar la producción de cacao de Izalco. A su vez, esta acción puede que haya resultado del aumento en la demanda comercial de cacao, algodón y otros bienes suntuarios en Mesoamérica.

Tal como ocurre con la estructura sociopolítica, la religión pipil muestra muchas semejanzas con la de los aztecas. Los pipiles tenían un sacerdocio especializado que consistió de varios rangos. Según García de Palacio, los pipiles de Mita tenían un "papa" (sacerdote supremo) que llamaban *tecti* [*teucti*, equivalente al azteca *teuctli*]. El *teucti* usaba una vestidura azul y un tocado con plumas de quetzal. El sacerdote segundo tenía el titulo *tehuamatlini*, y era "el mayor hechicero y letrado en sus libros". Cuatro sacerdotes auxiliares, conocidos como *teupixqui*, ayudaban en las ceremonias; cada uno de ellos llevaba una vestidura de color distinto (negro, rojo, verde, o amarillo). Además, tenían un "mayordomo" que se encargaba de los sacrificios.

Los sacerdotes vivían en los templos, llamados *teupas* [*teupan*]. Según García de Palacio, el templo mayor estaba junto a la residencia del sacerdote supremo. La arqueología comprueba esta asociación. La excavación del centro pipil de Cihuatán reveló una asociación espacial entre el principal montículo del templo mayor y un recinto residencial élite (el Patio Sureste) que posiblemente funcionaba como un palacio para el sacerdote supremo y sus dependientes.

Los dioses que los pipiles adoraban eran muy semejantes a los de los otros pueblos nahuas de Mesoamérica. García de Palacio mencionó a dos de ellos: Quetzalcóatl e Itzqueye. El último fue una diosa madre que tuvo su origen en la costa del golfo de México. García de Palacio también mencionó que los pipiles de Mita tenían un "ídolo . . . señalado para la caza y pesca"; este probablemente fue Mixcoat. La arqueología indica que Tlaloc (o Quiateot) y Xipe Totec también eran dioses de mucha importancia entre los pipiles. Las representaciones de Tlaloc son comunes en botellas efigies de cerámica y en decoración modelada en incensarios grandes hallados en Cihuatán y otros sitios. Xipe Totec aparece en efigies de cerámica de tamaño natural encontradas en Chalchuapa, el lago de Güija y Cihuatán. Estos son casi idénticas a las efigies de Xipe Totec encontradas en el altiplano de México y correspondientes a la época de los toltecas.

Los pipiles tenían un calendario casi idéntico al de los aztecas, con el *tonalpohualli* de 260 días y el *xihuitl* de 365 días. Cada día se identificaba con un número y un símbolo. La tabla del calendario ilustrada por Fuentes y Guzmán muestra los glifos para los símbolos *calli* (casa), *cuat* (serpiente), *suchit* (flor), y posiblemente *acat* (caña) y *tecpat* (cuchillo de pedernal).

García de Palacio también informó que los pipiles tenían dos tipos de ritos de sacrificio, según la víctima fuera de la comunidad o cautivo de guerra. Las víctimas de la comunidad eran hijos ilegítimos, de seis a 12 años de edad, sacrificados dos veces al año: uno al principio del invierno y el otro al principio del verano. Estas ceremonias probablemente marcaron los solsticios. Tenían un carácter sumamente secreto, pues sólo las observaban los caciques y los indios principales. Los cautivos de guerra eran sacrificados en público, con ceremonias de danza que duraban de cinco a 15 días.

Así era el mundo de los pipiles en la víspera de la conquista española: un mundo de diversas sociedades ricas con fuertes tradiciones culturales heredadas de sus antepasados. Los pipiles tuvieron un profundo impacto en los acontecimientos prehispánicos de la región sureste de Mesoamérica. Aunque su población se disminuyó drásticamente después de la conquista, la herencia genética, cultural y lingüística de los antiguos pueblos náhuat de El Salvador siguieron fuertes durante la colonia.

CATALOGO

PAGINA iii
Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 30 cm.Colección: Museo Nacional "David J. Guzmán" (MNDJG).

PAGINA iv
Procedencia: Chalatenango. Largo: 8.5 cm. Colección: Particular.

PAGINA iix
Procedencia: Asanyamba, La Unión. Alto: 25.4 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA xv
Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 17 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 16
Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 16.1 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 17
Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 16 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 31
Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 21.8 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 38
Izquierda. Procedencia: Desconocida. Largo: 10.2 cm. Colección: MNDJG.
Derecha. Procedencia: Desconocida. Largo: 9.2 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 42
Procedencia: Costa de Ahuachapán o Sonsonate. Alto: 24.6 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 43
Arriba. Procedencia: Usulután. Alto: 9.0 cm. Colección: MNDJG.
Abajo. Procedencia: Punián, La Libertad (?). Alto: 20.5 cm. Colección: Particular.

PAGINA 44
Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 14.4 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 45
Procedencia: El Tanque, Chalatenango. Diámetro: 8 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 46
Arriba. Procedencia: Cihuatán, San Salvador. Alto: 13.3 cm. Colección: MNDJG.
Abajo. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 20.8 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 47
Izquierda. Procedencia: zona costera de Ahuachapán o Sonsonate. Alto: 19.9 cm. Colección: MNDJG.
Derecha. Procedencia: Hacienda Nueva York, Cara Sucia, Ahuachapán. Largo: 32 cm. Colección: Particular.

PAGINA 49
Procedencia: San Rafael Obrajuelo, La Paz. Alto: 22 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 66
Arriba. Procedencia: Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 7 cm. Colección: Particular.
Abajo. Procedecia: Desconocida (¿Usulután?). Alto: 13.2 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 69
Procedencia: Desconocida, (¿Usulután?). Diámetro: 30 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 72
Procedencia: El Trapiche, Chalchuapa, Santa Ana. Largo: 21.3 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 73
Procedencia: El Trapiche, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 40.6 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 78
Procedencia: Desconocida. Alto: 22.5 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 79
Procedencia: Cara Sucia, Ahuachapán. Alto: 23.7 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 84
Izquierda. Procedencia: Desconocida. Alto: 16.8 cm. Colección: MNDJG.
Derecha. Procedencia: Desconocida. Alto: 17.8 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 85
Izquierda. Procedencia: Desconocida. Alto: 18.3 cm. Colección: MNDJG.
Derecha. Procedencia: Desconocida. Alto: 20.2 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 86
Procedencia: Desconocida. Alto: 17.6 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 87
Arriba. Procedencia: Desconocida. Alto: 7.2 cm. Colección: MNDJG.
Abajo izquierda. Procedencia: Desconocida. Alto: 11.6 cm. Colección: MNDJG.
Abajo derecha. Procedencia: Desconocida. Alto: 12.1 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 88
Procedencia: Quelepa, San Miguel. Largo: 3.14 m. Colección: MNDJG.

Pagina 90
Procedencia: Desconocida. Alto: 19 cm. Colección: Particular.

Pagina 91
Procedencia: Atiquizaya, Ahuachapán. Alto: 17.5 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 100-101
Procedencia: San Andrés, La Libertad. Largo: 66.4 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 102
Procedencia: San Andrés, La Libertad. Largo: 43.8 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 103
Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Diámetro: 30 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 104
Izquierda. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 12.3 cm. Colección: MNDJG.
Derecha. Procedencia: Desconocida, (¿Santa Ana?). Alto: 9.8 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 105
Arriba. Procedencia: Zona costera de Ahuachapán o Sonsonate. Alto: 7.1 cm. Colección: MNDJG.
Abajo. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 7.2 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 109
Procedencia: Joya de Cerén. Alto: 6.2 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 114
Procedencia. Joya de Cerén. Alto: 42 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 118
Arriba. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Largo: 25cm. Colección:MNDJG.
Centro. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 10.7 cm. Colección: MNDJG.
Abajo. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 16.3 cm. Colección: MNDJG.

PAGINAS 118-119
Centro. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 26 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 119
Arriba. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 15.4 cm. Colección: MNDJG.
Centro. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 12.5 cm. Colección: MNDJG.
Abajo. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 18.2 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 120
Procedencia: Zona costera de Ahuachapán. Alto: 56.3 cm. Colección: Particular.

PAGINA 121
Arriba. Procedencia: Chalchuapa, Santa Ana. Largo: 11.5 cm. Colección: Particular.
Abajo. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 48 cm. Colección: Particular.

PAGINA 122
Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Largo: 30 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 123
Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Largo: 17 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 124
Arriba. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Diámetro: 17.5 cm. Colección: MNDJG.
Abajo. Procedencia: El Remolino, Hda. Colima, Cuscatlán. Diámetro: 18.7 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 125
Izquierda. Procedencia: Chalatenango. Alto: 22.8 cm. Colección: Particular.
Derecha arriba: Procedencia: Cumbres de Cuscatlán. Diámetro: 21.2 cm. Colección: MNDJG.
Derecha abajo: Procedencia: San Antonio Monte Rico, Sonsonate. Diámetro: 15.9 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 128
Procedencia: Piedras Gordas, Chalatenango. Alto: 21 cm. Colección: Particular.

PAGINA 129
Derecha. Procedencia: El Dorado, Chalatenango. Alto: 18 cm. Colección: Particular.

PAGINA 131
Arriba. Procedencia: El Remolino, Hda. Colima, Cuscatlán. Alto: 15 cm. Colección: MNDJG.
Abajo. Procedencia: Mapilapa. Alto: 21.5 cm. Colección: Particular.

PAGINA 133
Arriba izquierda. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Largo: 7 cm. Colección: MNDJG.
Arriba centro. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Largo: 6.9 cm. Colección: MNDJG.
Arriba derecha. Procedencia: Tazumal, Chalchuapa, Santa Ana. Largo: 7 cm. Colección: MNDJG.
Abajo. Procedencia: El Remolino, Hda. Colima, Cuscatlán. Alto: 23.5 cm. Colección: MNDJG.

PAGINA 134
Arriba. Procedencia: zona de Cara Sucia, Ahuachapán. Alto: 14.4 cm. Colección: MNDJG.
Centro. Procedencia: La Hachadura, Ahuachapán. Alto: 23.7 cm. Colección: MNDJG.
Abajo. Procedencia: Zona de Cara Sucia, Ahuachapán. Alto: 16.4 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 140
Arriba. Procedencia: Quelepa, San Miguel. Largo: 40 cm. Colección: MNDJG. Abajo: Procedencia: Quelepa, San Miguel. Largo: 19 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 141
Procedencia: Quelepa, San Miguel. Alto: 49 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 145
Procedencia: Loma China, Usulután. Alto: 21.6 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 148
Arriba. Procedencia: Cihuatán, San Salvador. Alto: 17.2 cm. Colección: MNDJG.
Abajo. Procedencia: Cihuatán, San Salvador. Alto: 13.4 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 149
Arriba. Procedencia: Cihuatán, San Salvador. Alto: 12 cm. Colección: MNDJG.
Abajo izquierda. Procedencia: Cihuatán, San Salvador. Alto: 22.5 cm. Colección: MNDJG.
Abajo derecha. Procedencia: Cihuatán, San Salvador. Alto: 22 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 155
Izquierda. Procedencia: Chalchuapa, Santa Ana. Alto: 1.43 m. Colección: MNDJG.
Derecha. Procedencia: Cihuatán, San Salvador. Largo: 14.3 cm. Colección: MNDJG.

Paginas 156-157
Procedencia: Loma China, Usulután. Diámetro: 7.3 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 158
Procedencia: Desconocida. Alto: 20.5 cm. Colección Particular.

Pagina 159
a Procedencia: Hda. El Angel. Alto: 19.5 cm. Colección: Particular.
b Procedencia: Loma China, Usulután. Alto: 30.7 cm. Colección: MNDJG.
c Procedencia: Guayabal, Cabañas. Alto: 16.8 cm. Colección: Particular.
d Procedencia: Loma China, Usulután. Alto: 17.8 cm. Colección: MNDJG.
e Procedencia: Loma China, Usulután. Alto: 20.9 cm. Colección: MNDJG.
f Procedencia: Antiguo Museo Nacional, Cerro El Zapote, San Salvador. Alto: 24.5 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 161
Abajo derecha. Procedencia: Cihuatán, San Salvador. Alto: 108.3 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 162
Procedencia: Desconocida. Alto: 15.3 cm. Colección: Particular.

Pagina 163
Arriba. Procedencia: Zacate Amargo, Chalatenango. Largo: 35 cm. Colección: Particular.
Abajo. Procedencia: Cumbres de Cuscatlán. Largo: 25.2 cm. Colección : MNDJG.

Pagina 166
Izquierda. Procedencia: Desconocida. Alto: 10.8 cm. Colección: MNDJG.
Derecha. Procedencia: Desconocida. Alto: 10.8 cm. Colección: MNDJG.

Pagina 167
Procedencia: Desconocida. Alto: 11.3cm. Colección: MNDJG.

BIBLIOGRAFIA

ALVARADO, PEDRO DE

1934 Relación hecha por Pedro de Alvarado a Hernán Cortés. Otra relación hecha por Pedro de Alvarado a Hernán Cortés. En *Libro viejo de la fundación de Guatemala y papeles relativos a D. Pedro de Alvarado.* Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia.

AMAROLI, PAUL

1984 Cara Sucia: Nueva luz sobre el pasado de la costa occidental de El Salvador. *Universitas* 1:15-19. San Salvador.

ANDERSON, DANA

1978 Monuments. En *The Prehistory of Chalchuapa, El Salvador*, edición de Robert J. Sharer, vol. 1, págs. 155-180. Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.

ANDREWS, E. WYLLYS, V

1976 *The Archaeology of Quelepa, El Salvador.* Middle American Research Institute, Pub. 42. New Orleans: Tulane University.

1977 The Southeastern Periphery of Mesoamerica: A View from Eastern El Salvador. *En Social Process in Maya Prehistory*, edición de Norman Hammond, págs. 113-134. New York: Academic Press.

1979 *Correspondencias fonológicas entre el lenca y una lengua mayance.* Colección Antropología e Historia, no. 5. San Salvador: Administración del Patrimonio Cultural.

1990 Early Ceramic History of the Lowland Maya. En *Vision and Revision in Maya Studies*, edición de Flora S. Clancy y Peter D. Harrison, págs. 1-19. Albuquerque: University of New Mexico Press.

BARON CASTRO, RODOLFO

1942 *La población de El Salvador.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

BARBERENA, SANTIAGO I.

1914-17 *La historia de El Salvador*, 2 tomos. San Salvador: Imprenta Nacional.

1926 La gruta de Corinto. *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística* 1:315-319.

BERNAL, IGNACIO

1979 *Historia de la arqueología en México.* México: Editorial Porrúa.

BISHOP, RONALD L., MARILYN P. BEAUDRY, RICHARD M. LEVENTHAL, Y ROBERT J. SHARER

1986 Compositional Analysis of Copador and Related Pottery in the Southeast Maya Area. En *The Southeast Maya Periphery*, edición de Patricia A. Urban y Edward M. Schortman, págs. 143-167. Austin: University of Texas Press.

BLAKE, MICHAEL

1991 An Emerging Early Formative Chiefdom at Paso de la Amada, Chiapas, Mexico. En *The Formation of Complex Society in Southeastern Mesoamerica*, edición de William R. Fowler, Jr., págs. 27-46. Boca Raton: CRC Press.

BOGGS, STANLEY H.

1943a Notas sobre las excavaciones en la Hacienda San Andrés, Departamento de La Libertad. *Tzunpame* 3:104-126.

1943b Observaciones respecto a la importancia de Tazumal en la prehistoria salvadoreña. *Tzunpame* 3:127-133.

1944a A Human Effigy Pottery Figure from Chalchuapa, El Salvador. *Notes on Middle American Archaeology and Ethnology*, no. 31. Washington: Carnegie Institution of Washington.

1944b A Preconquest Tomb on the Cerro del Zapote, El Salvador. *Notes on Middle American Archaeology and Ethnology, no. 32.* Washington: Carnegie Institution of Washington.

1944c Excavations in Central and Western El Salvador. En *Archaeological Investigations in El Salvador*, por John M. Longyear, III, págs. 51-72. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. 9, no. 2. Cambridge: Harvard University.

1945a Informe sobre la tercera temporada de excavaciones en las ruinas de Tazumal. *Tzunpame* 5:33-45.

1945b Archaeological Material from the Club Internacional, El Salvador. Notes on Middle American Archaeology and Ethnology, no. 60. Washington: Carnegie Institution of Washington.

1950a Archaeological Excavations in El Salvador. En *For the Dean: Essays in Anthropology in Honor of Byron S. Cummings*, edición de Erik K. Reed y Dale S. King, págs. 259-276. Santa Fe: Hohokam Museums Association y Southwestern Monuments Association.

1950b "Olmec" Pictographs in the Las Victorias Group, Chalchuapa Archaeological Zone, El Salvador. *Notes on Middle American Archaeology and Ethnology*, no. 99. Washington: Carnegie Institution of Washington.

1962 Excavations at Tazumal, El Salvador. *The American Philosophical Society Year Book 1961*, págs. 488-492. Philadelphia.

1964 Excavations at Tazumal, El Salvador. *The American Philosophical Society Year Book 1963*, págs. 505-507. Philadelphia.

1966 Pottery Jars from the Loma del Tacuazin, El Salvador. *Middle American Research Records*, vol. 3, no. 5. Middle American Research Institute, Pub. 28, págs. 175-185. New Orleans: Tulane University.

1971 An Olmec Mask-Pendant from Ahuachapan, El Salvador. *Archaeology* 24:356-358.

1972 *Figurillas con ruedas de Cihuatán y el Oriente de El Salvador.* Colección Antropología, no. 3. San Salvador: Ministerio de Educación.

1973 *Salvadorean Varieties of Wheeled Figurines.* Contributions to Mesoamerican Anthropology, no. 1. Miami: Institute of Maya Studies of the Museum of Science.

1973 *Vestimentas y tocados antiguos.* Colección Antropología e Historia, no. 8. San Salvador: Administración del Patrimonio Cultural.

1976 Las esculturas espigadas y otros datos sobre las ruinas de Cara Sucia, Departamento de Ahuachapán. *Anales del Museo Nacional "David J. Guzmán"* 42-48:37-56.

1979 Current Archaeological Research in El Salvador. *Mexicon* 1:43-44. Berlin.

1981 Continuing Archaeological Work in El Salvador. *Mexicon* 3:61. Berlin.

1982 A Jadeite and Pyrite Discoidal Ornament from El Salvador. *Mexicon* 3:64.

1984 Archaeological Excavations in El Salvador, 1983. *Mexicon* 6:4-5.

BRUHNS, KAREN OLSEN

1980 *Cihuatan: An Early Postclassic Town of El Salvador: The 1977-1978 Excavations.* University of Missouri Monographs in Anthropology, no. 5. Columbia: Department of Anthropology, University of Missouri.

1986 The Role of Commercial Agriculture in Early Postclassic Developments in Central El Salvador: The Rise and Fall of Cihuatan. En *The Southeast Maya Periphery*, edición de Patricia A. Urban y Edward M. Schortman, págs. 296-312. Austin: University of Texas Press.

CAMPBELL, LYLE

1985 *The Pipil Language of El Salvador.* Berlin: Mouton.

CAMPBELL, LYLE, AND TERRENCE KAUFMAN

1976 A Linguistic Look at the Olmecs. *American Antiquity* 41:80-89.

CASASOLA GARCIA, LUIS

1975 Panorama general de la arqueología en El Salvador. *América Indígena* 25:715-726.

1976-77 Notas sobre las relaciones prehispánicas entre El Salvador y la costa de Veracruz, México. *Estudios de Cultura Maya* 10:115-138.

CLARK, JOHN E.

1991 The Beginnings of Mesoamerica: Apologia for the Soconusco Early Formative. En *The Formation of Complex Society in Southeastern Mesoamerica*, edición de William R. Fowler, Jr., págs. 13-26. Boca Raton: CRC Press.

Cobos, Rafael

1994 *Síntesis de la arqueología de El Salvador.* Colección Antropología e Historia, no. 21. San Salvador: Consejo Nacional para la Cultura y el Arte.

Crane, Richard

1976 Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas de rescate efectuadas en 1974 en la Hacienda "Colima", Depto. de Cuscatlán (Proyecto No. 2, Programa de Cerrón Grande). *Anales del Museo Nacional "David J. Guzmán"* 42-48:13-28.

1978 Notes on a Precolumbian Grave Form in North-Central El Salvador. En *Codex Wauchope: A Tribute Roll,* edición de Marco Giardino, Barbara Edmonson, y Winifred Creamer. *Human Mosaic* 12:145-149. New Orleans: Tulane University.

Dahlin, Bruce H.

1978 Figurines. En *The Prehistory of Chalchuapa,* El Salvador, edición de Robert J. Sharer, vol. 2, págs. 134-211. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Davies, Nigel

1977 *The Toltecs: Until the Fall of Tula.* Norman: University of Oklahoma Press.

Demarest, Arthur A.

1986 *The Archaeology of Santa Leticia and the Rise of Maya Civilization.* Middle American Research Institute, Pub. 52. New Orleans: Tulane University.

1988 Political Evolution in the Maya Borderlands: The Salvadoran Frontier. En *The Southeast Classic Maya Zone,* edición de Elizabeth Hill Boone y Gorden R. Willey, Editors, págs. 335-394. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

1989 The Olmec and the Rise of Civilization in Eastern Mesoamerica. En *Regional Perspectives on the Olmec,* edición de Robert J. Sharer y David C. Grove, págs. 303-344. Cambridge: Cambridge University Press.

Demarest, Arthur A., y Robert J. Sharer

1982 The Origins and Evolution of the Usulutan Ceramic Style. *American Antiquity* 47:810-822.

1986 Late Preclassic Ceramic Spheres, Culture Areas, and Cultural Evolution in the Southeastern Highlands of Mesoamerica. En *The Southeast Maya Periphery,* edición de Patricia A. Urban y Edward M. Schortman, págs. 194-223. Austin: University of Texas Press.

Demarest, Arthur A., Roy Switsur, y Rainer Berger

1982 The Dating and Cultural Associations of the Pot-Bellied Sculptural Style. *American Antiquity* 47:557-571.

Diehl, Richard A.

1983 *Tula: The Toltec Capital of Ancient Mexico.* New York: Thames and Hudson.

Dimick, John M.
1941 Salvador. *Carnegie Institution of Washington Year Book*, 40:298-300. Washington, DC.

Fowler, William R., Jr.
1976 *Programa de rescate arqueológico Cerrón Grande: Sub-proyecto Hacienda Los Flores.* Colección Antroplogía e Historia, no. 6. San Salvador: Administración del Patrimonio Cultural.

1981 *The Pipil-Nicarao of Central America.* Tesis doctoral, Universidad de Calgary. Ottawa: National Library of Canada.

1989 *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations:* The Pipil-Nicarao of Central America. Norman: University of Oklahoma Press.

1991 The Formation of Complex Society among the Nahua Groups of Southeastern Mesoamerica: A Comparison of Two Approaches. En *The Formation of Complex Society in Southeastern Mesoamerica*, edición de William R. Fowler, Jr., págs. 193-213. Boca Raton: CRC Press.

Fowler, William R., Jr., y Howard H. Earnest, Jr.
1985 Settlement Patterns and Prehistory of the Paraíso Basin of El Salvador. *Journal of Field Archaeology* 12:19-32.

Fowler, William R., Jr., y E. Margarita Solis
1976 El mapa de Santa María: Un sitio postclásico de la región Cerrón Grande. *Anales del Museo Nacional "David J. Guzmán"* 50:13-19.

Garcia de Palacio, Diego
1983 *Carta-relación de Diego García de Palacio a Felipe II sobre la provincia de Guatemala, 8 de marzo de 1576.* Versión paleográfica de María del Carmen León Cázares. Mexico: Universidad Nacional Autónoma de México.

Habel, Simeon
1878 *The Sculptures of Santa Lucia Cosumalwhuapa in Guatemala.* Smithsonian Contributions to Knowledge, vol. 22, no. 269. Washington: Smithsonian Institution.

Haberland, Wolfgang
1960 Ceramic Sequences in El Salvador. *American Antiquity* 26:21-29.

Hasemann, George, y Gloria Lara Pinto
1993 La zona central: Regionalismo e interacción. En *Historia general de Centroamérica*, Tomo 1: Historia antigua, edición de Robert M. Carmack, págs. 135-216. Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Henderson, John
1993 El mundo maya. En *Historia general de Centroamérica*, Tomo 1: Historia antigua, edición de Robert M. Carmack, págs. 61-133. Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Hernandez, Francisco
1942 *Historia de las plantas de Nueva España*, 3 tomos. México: Imprenta Universitaria.

Kelley, Jane H.
1988 *Cihuatán, El Salvador: A Study in Intrasite Variability.* Vanderbilt University Publications in Anthropology, no. 35. Nashville: Vanderbilt University.

Lardé, Jorge
1926a Cronología arqueológica de El Salvador. *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística* 1:153-162.

1926b Indice provisional de los lugares del territorio salvadoreño en donde se encuentran ruinas u otros objetos de interés arqueológico. *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística* 1:213-221.

1926c Lenguas indianas de El Salvador: Su distribución geográfica. *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística* 1:281-286.

1926d Los chorotegas en El Salvador. *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística* 1:175-183.

Longyear, John M., III
1944 *Archaeological Investigations in El Salvador*, with an appendix by Stanley H. Boggs. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. 9, no. 2. Cambridge: Harvard University.

1966 Archaeological Survey of El Salvador. En *Handbook of Middle American Indians*, vol. 4, edición de Robert Wauchope, Gordon F. Ekholm, y Gordon R. Willey, págs. 132-155. Austin: University of Texas Press.

Lothrop, Samuel K.
1926 Lista de sitios arqueológicos en El Salvador. *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística* 1:325-328.

1927a Pottery Types and Their Sequence in El Salvador. *Indian Notes and Monographs* 1:165-220. New York: Museum of the American Indian, Heye Foundation.

1927b The Museum Central American Expedition, 1925-1926. *Indian Notes* 4(1):12-33. New York: Museum of the American Indian, Heye Foundation.

1939 The Southeastern Frontier of the Maya. *American Anthropologist* 41:42-54.

Ries, Maurice
1940 First Season's Archaeological Work at Campana San Andrés, El Salvador. *American Anthropologist* 42:712-713.

Sharer, Robert J.
1978 *Pottery and Conclusions.* The Prehistory of Chalchuapa, El Salvador, vol. 3, edición de Robert J. Sharer. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

1994 *The Ancient Maya.* Stanford: Stanford University Press.

SHEETS, PAYSON D.
1978 Artifacts. En *The Prehistory of Chalchuapa*, El Salvador, edición de Robert J. Sharer, vol. 2, págs. 1-131 .. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

1984 The Prehistory of El Salvador: An Interpretive Summary. En *The Archaeology of Lower Central America*, edición de Frederick W. Lange y Doris Z. Stone, págs. 85-112. Albuquerque: University of New Mexico Press.

1992 *The Ceren Site: A Prehistoric Village Buried by Volcanic Ash in Central America.* Fort Worth: Harcourt Brace Jovanovich.

SHEETS, PAYSON D., ED.
1983 *Archeology and Volcanism in Central America: The Zapotitán Valley of El Salvador.* Austin: University of Texas Press.

SOL, ANTONIO E.
1929 Informe sobre las ruinas de Cihuatán. *Revista del Departamento de Historia* 1:19-23. San Salvador.

SPINDEN, HERBERT J.
1915 Notes on the Archeology of Salvador. *American Anthropologist* 17:446-487.

THOMPSON, J. ERIC S.
1970 *Maya History and Religion.* Norman: University of Oklahoma Press.

WILLEY, GORDON R., Y JEREMY A. SABLOFF
1980 *A History of American Archaeology*, 2a edición. New York: W. H. Freeman.



Hacha ceremonial de piedra cubierta con cinábrio con representación de la muerte tallada en bajo relieve. Tazumal, Chalchuapa, clásico tardío.

"Nuestro país posee una vasta y rica cantidad de sitios arqueológicos, los cuales guardan innumerables conocimientos culturales y arquitectónicos."

Stanley H. Boggs



Disco de cerámica hallado en el sitio de Loma China, con decoración en mosáico compuesto de jade, turquesa, concha y pirita de hierro.